
RUSSIAN SINNERS
MARCADA
ROMANCE DE MAFIA RUSA
EVA WINNERS

MARCADA
ROMANCE DE MAFIA RUSA

EVA WINNERS

Derechos reservados © 2021 por Winners Publishing LLC y Eva Winners

Diseñador de imagen de portada: Eve Graphic Design LLC

Modelo: Renan

Fotógrafo: Wander Aguiar

Traducción, edición y corrección al español: Sirena Audiobooks Productions, LLC

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Visita: www.evawinners.com y suscríbete a mi boletín.

Grupo de Facebook: https://bit.ly/3gHEe0e

Página de Facebook: https://bit.ly/30DzP8Q

Instagram: http://Instagram.com/evawinners

BookBub: https://www.bookbub.com/authors/eva-winners

Amazon: http://amazon.com/author/evawinners

Goodreads: http://goodreads.com/evawinners

TikTok: https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/

ÍNDICE

NOTA DE LA AUTORA
SERIE RUSSIAN SINNERS

Prólogo
1. Dimitry
2. Anastasia
3. Dimitry
4. Anastasia
5. Dimitry
6. Anastasia
7. Dimitry
8. Anastasia
9. Dimitry
10. Anastasia
11. Dimitry
12. Anastasia
13. Dimitry
14. Anastasia
15. Dimitry
16. Anastasia
17. Dimitry
18. Anastasia
19. Dimitry
20. Anastasia
21. Dimitry
22. Anastasia
23. Dimitry
24. Anastasia
25. Dimitry
26. Anastasia
27. Dimitry
28. Anastasia

29. Dimitry
30. Anastasia
31. Dimitry
32. Anastasia
33. Dimitry
34. Anastasia
35. Dimitry
36. Anastasia
37. Dimitry
38. Anastasia
39. Dimitry
40. Anastasia
41. Dimitry
42. Anastasia
43. Dimitry

CICATRICES
Prólogo
Agradecimientos
¿QUÉ SIGUE?
SOBRE LA AUTORA

NOTA DE LA AUTORA

Este libro toca temas delicados y algunos lectores podrían encontrarlo perturbador.

Hay contenido desencadenante relacionado con: pérdidas familiares, abuso y violencia.

El parecido con personas y cosas vivas o muertas, lugares o sucesos reales es pura coincidencia.

A ti, querido lector, por leer mis palabras y emprender este viaje conmigo.

SERIE RUSSIAN SINNERS

La serie trata de tres mejores amigos por separado. Aunque cada libro de la serie puede leerse de forma independiente, para disfrutar al máximo considera leerlos en el orden publicado.

¡Que la disfrutes!
Eva Winners

PRÓLOGO

ANASTASIA



Olivia, Scarlett y yo nos movíamos al ritmo de la música en *Russian Orchid*, riendo y sin ninguna preocupación. Según lo que escuchó Scarlett, este *club* nocturno en Moscú había que visitarlo. Este era el mejor verano de todos y lo recordaríamos por siempre. No podía evocar la última vez que las tres nos habíamos sentido tan felices y relajadas. Nos la estábamos pasando como nunca. Nuestra última aventura antes de que la vida nos llevara a cada una por su camino y nos devolviera a la realidad. Había una joven cantante rusa en el escenario y, aunque no entendíamos nada, el ritmo hacía a nuestros cuerpos bailar.

—¡Una ronda más! —exclamó Scarlett, ligeramente borracha, con una gran sonrisa. Se moría de ganas de que apareciera su hombre misterioso. Olivia y yo estábamos deseando conocer al tipo que la había cautivado.

El brillante vestido plateado de Scarlett contrastaba con su larga melena oscura, haciéndola parecer más pequeña de lo que realmente era. Era un *look* que dejaría boquiabierto a su amante esta noche. Era la más romántica del grupo a pesar de que parecía una pequeña diosa del sexo. Era hermosa; sin embargo, eran sus cálidos ojos castaños y su amable personalidad los que la atrajeron a la amistad que Olivia y yo teníamos desde que éramos niñas.

Miré a mis dos mejores amigas y sonreí con afecto. El vestido corto, negro y brillante de Olivia, con la espalda abierta, no era lo que ella prefería, pero Scarlett insistió en que se lo pusiera. Y desde luego estaba bellísima. Tenía una magnífica y abundante cabellera pelirroja y unos ojos azul celeste que hacían a los hombres caer rendidos. Tenía una vulnerabilidad a su alrededor que encajaba perfectamente con su vida. Éramos mejores amigas desde siempre, como nuestras madres.

Me vi bajo las tenues luces del espejo situado detrás de la pista de baile. A diferencia de Olivia y Scarlett, opté por unos ajustados *shorts* dorados de satén que dejaban ver mis largas piernas. Los combiné con un revelador *top* negro atado con tirantes a la espalda, dejándola al descubierto. Mi cabello caoba caía por mi espalda en suaves rizos. Era bajita, aunque ese día, con mis tacones de diez centímetros, me sentía más bien alta. Mis ojos verdes me devolvían la mirada.

Siempre me sorprendía lo bien que nuestros ojos ocultaban la agitación que sucedía dentro. Habían cambiado tantas cosas a lo largo de los años, habían ocurrido demasiadas cosas y seguían sucediendo. Era como si estuviera esperando a que las piezas del ajedrez encajaran, pero se nos estaba acabando el tiempo. Olivia se estaba sacrificando para salvar a su madre y la familia de Scarlett había concertado un matrimonio para su hija hacía nueve años con un hombre al que nunca había conocido. Apenas tenía diecisiete años cuando decidieron atarla a un perfecto desconocido.

«No es el momento ni el lugar, lo estamos pasando bien».

Instintivamente, supe que nunca habría otro momento así. Éramos jóvenes, sin preocupaciones y felices.

Mientras caminábamos hacia el bar, la multitud se dispersó para nosotras como si fuéramos celebridades importantes. Casi me hizo reír. Nos ofrecieron otra ronda de bebidas gratis. Opté por una cerveza mientras Olivia y Scarlett elegían *shots.* Estos hombres rusos llamaban la atención, mirándonos fascinados. Aunque parecía que éramos las tres únicas extranjeras en este lugar, actuaban como si fuéramos las únicas estadounidenses que habían visto.

—Gracias. —Les sonreí dulcemente.

Teníamos un pacto: cuando salíamos juntas, nunca nos íbamos con hombres. Si lo supieran, probablemente dejarían de atendernos y de darnos prioridad ante los demás a la hora de pedir bebidas. Me debatí entre decirles que no tenían ninguna posibilidad con nosotras. Encogiéndome de hombros, decidí que no, y nos dirigimos de nuevo a la pista de baile.

—Cuando quieras, nena —respondió uno de los hombres.

Me estremecí al oír ese cariñoso apelativo. Odiaba que me llamaran nena. Mi padre era el único que me llamaba así y se salía con la suya. Aun así, estaba decidida a no dejar que nadie me arruinara la noche, así que lo ignoré. Miré hacia la puerta y vi a mi escolta de seguridad. Se le daba muy bien pasar desapercibido. Lo saludé con la mano y le lancé un beso. La sorpresa en sus ojos me hizo reír. Brian era mi guardaespaldas favorito. No destacaba y nadie le prestaba atención porque era bastante joven. De hecho, era uno de los más jóvenes de mi familia.

Cuando se convirtió en mi protección de seguridad, tenía veinticinco años y yo quince. Recordaba lo risueña que estuve cuando lo conocí, pero enseguida se convirtió en una molestia al asegurarse de que me mantuviera dentro de los límites que me habían marcado. A veces solo quería ser una adolescente normal y despreocupada. Brian, en cambio, se tomaba su trabajo muy en serio. Era mucho mejor que el guardia que había tenido durante los cinco años anteriores, sin lugar a duda.

La música se detuvo cuando volvimos a la pista de baile.

—Esta canción está dedicada para nuestras amigas estadounidenses en la pista de baile —anunció la joven. Al unísono, las tres giramos la cabeza hacia el escenario. Comenzaron las melodías y ella añadió—: La canción es *I Hope* de Gabby Barrett. Espero que les guste.

—¿Por qué conocerían esta canción aquí? —me pregunté.

—Exacto. Qué raro. Las canciones *country* no deberían ser cantadas por nadie más que por cantantes *country*. —Scarlett tenía opiniones concretas y algunas de ellas podían ser bastante esnobs, pero a pesar de todo la amaba—. Es como si no me depilara la zona del bikini y decidiera usar bikini.

Olivia y yo sacudimos la cabeza, riéndonos de la comparación.

Si bien la mujer tenía buena voz, en cuanto las primeras palabras de la canción salieron de sus labios, las tres nos estremecimos.

—*Ugh,* esta vez voy a tener que ponerme de tu parte, Scarlett —señalé en voz baja para que nadie más pudiera oírme.

Las tres intentamos movernos al ritmo de la música, pero no conseguimos meternos en ella sabiendo que la canción estaba mal cantada... las melodías y el acento jugaban en contra de la cantante. Las tres nos miramos y negamos con la cabeza. No podíamos bailarla. Nos detuvimos y nos giramos en sincronía para irnos cuando la música se detuvo de nuevo.

—¿No les gusta? —Quiso saber la cantante, provocando que los ojos de todos se giraran hacia nosotras.

Toda la sala se quedó en silencio; juraría que lo único que escuchábamos era nuestra propia respiración. «*¡Qué situación más embarazosa!».* Las tres intercambiamos miradas, incómodas por ser el centro de atención.

Al final, dándome cuenta de que ni Scarlett ni Olivia dirían nada, respondí:

—Simplemente, nos gusta escucharla de una forma diferente, pero nos encanta la canción.

Intenté suavizar el golpe con una sonrisa. Aunque realmente tenía una voz bonita, no funcionaba para esta canción.

—¿Sabes cantarla? —Mientras intentaba decidir si la sugerencia en su voz era burlona o me lo estaba preguntando sinceramente.

—¡Sí! Hagámoslo —contestó y se rio Scarlett al tomarme de la mano, arrastrándome hacia el escenario.

—¡Scarlett! —exclamé. Ella sabía que solo cantábamos *karaoke* cuando estábamos solas. No prestó atención a mi protesta, así que le hice un gesto a Olivia para que nos siguiera. Si tuviera una mano libre, la arrastraría conmigo, pero mi cerveza era bastante importante en ese momento. Podría darme el valor suficiente para hacer algo estúpido, como cantar delante de un montón de rusos.

Esperaba que a Olivia ni se le ocurriera dejarme a solas con Scarlett. Si íbamos a pasar vergüenza por esto, lo haríamos juntas.

En cuanto subimos al escenario, la cantante nos pasó el micrófono y Scarlett me hizo un gesto para que lo agarrara.

—¿Y por qué tengo que ser yo? —objeté, molesta. Scarlett fue la que aceptó ansiosamente esta oferta, no yo—. No me gusta cantar.

—Tu voz es la mejor de las tres —afirmó Olivia con una pequeña sonrisa y le lancé una mirada que podría matar. ¡Se suponía que era mi *mejor amiga* ante todo!

—Y tu forma de bailar supera a la nuestra, así que te mirarán el trasero más que escucharán tu voz —añadió Scarlett.

Puse los ojos en blanco y la cantante rusa se echó a reír.

—Son argumentos muy buenos —opinó con acento marcado.

—Bien, aquí vamos entonces. La vergüenza más grande de mi vida. —Terminé la cerveza que tenía en la mano y la cambié por el micrófono que me ofrecía.

Me giré hacia al frente en el pequeño escenario y todos los ojos estaban puestos en nosotras. Me recordó a mis recitales de niña, cuando bailaba en las presentaciones. «*Es solo entretenimiento*», escuché la voz de mi madre.

—¿Están listos para un poco de *country*? —hablé en el micrófono con una amplia sonrisa. «*También puedo agregar un poco de acento country».*

Sin duda iba a ser una noche inolvidable. El público asentía con la cabeza y los hombres nos miraban lascivamente.

—Esta canción es para todos los infieles por ahí.

Ya podía ver algunas sonrisas vacilantes, y era exactamente el coraje que necesitaba. Giré la cabeza hacia mi izquierda, donde estaba Olivia, y luego hacia mi derecha, donde estaba Scarlett.

—¿Listas? —Miré a los músicos esperándonos con sus instrumentos—. ¿Sería un problema si nos movemos por el escenario? —Sacudieron la cabeza, sonriendo ampliamente y dispuestos a divertirse—. Hagámoslo entonces —les dije a las chicas y le guiñé un ojo a Scarlett.

Era la canción que habíamos puesto en repetición durante meses después de que su novio la engañara. ¡Ese imbécil! A los diecisiete años, la familia de Scarlett concertó su matrimonio con un hombre al que no conocía. Se rebeló en todo momento, protestando contra ese

suceso, esperando a que apareciera un hombre del que se enamoraría perdidamente y con el que se casaría delante de las narices de su parentela. Me parecía extraño que ellos arreglaran un matrimonio para su hija, pero eran muy raros. Ni mi padre ni mi abuelo confiaban en ellos, y decían que los tratos de esa gente apenas eran legales. Así que Olivia, su mellizo, Scarlett y yo siempre estábamos en mi casa. Todos formaban parte de la familia.

Comenzó la melodía, cada cuerda de la guitarra tocando la nota correcta y, sin darme cuenta, di un paso adelante y las palabras fluyeron por mis labios.

—*I hope she makes you smile...* «Espero que ella te haga sonreír».

Mi voz y los instrumentos se convirtieron en un solo tono. Me encantaba esta canción y su letra, aunque me recordaría para siempre al novio infiel de Scarlett. Y cómo vertimos un tazón de azúcar en su depósito de gasolina.

La euforia se apoderaba de mí con cada nota. Scarlett y Olivia debieron sentir lo mismo. Todo el *club* se desvaneció y lo único que teníamos era una a la otra, y este momento. Chasqueamos los dedos al ritmo de la canción mientras bailábamos y cantábamos las palabras que tanto habían significado seis meses atrás. No obstante, en ese instante parecían tan insignificantes. Había tanta mierda por venir con los próximos matrimonios forzados de Olivia y Scarlett. Me sentía agradecida por mi familia, pero también terriblemente triste por no poder hacer nada para ayudar a mis mejores amigas. Bueno, aparte de huir, aunque éramos demasiado mayores para huir. ¿Verdad?

Tomé la mano de Olivia y volví a guiñarle un ojo a Scarlett, nuestros cuerpos moviéndose sensualmente en sincronía. Después de todo, habíamos bailado esta canción un millón de veces.

—*When you lean in for a kiss.* «Cuando te inclinas para un beso». —Las tres cantamos la melodía en armonía, nuestros tonos se complementaban—*. I hope you feel the sparks…* «Espero que sientas las chispas».

Nuestros cuerpos entraron en calor bailando. La adrenalina corría por nuestras venas mientras nos contoneábamos al ritmo de la

música.

Cuando terminó el último compás, la sala se quedó en silencio absoluto durante una fracción de segundo. Las tres nos miramos, con la respiración entrecortada y las mejillas encendidas. Y entonces se produjo el estruendo de vítores y aplausos, seguido de nuestras sonrisas aliviadas.

—¡Dios mío! —exclamó Olivia—. Deberíamos ser cantantes.

—De ninguna manera. —Me reí—. Solo les gustó, porque son rusos escuchando cantar a las estadounidenses. —Además, me encantaba mi carrera y no veía la hora de empezar mi nuevo trabajo. Entre tanta locura, era mi cordura.

Nos reímos y Scarlett nos abrazó.

—No quiero volver a casa. —Sus palabras eran un susurro en nuestro apretado círculo.

Había tristeza en su rostro. Quería casarse por amor, ¿y quién podía culparla? Todos deberíamos pasar el resto de nuestras vidas con una persona a la que amamos, o al menos que nos *agrade*. Se me estrujó el corazón por Scarlett, su rostro contenía una pizca de miedo. Comprendía demasiado bien por qué se le daba tan bien ocultar su miedo, porque el hombre con el que su padre tenía una deuda era realmente aterrador.

Odiaba que estas increíbles mujeres estuvieran en esta horrible situación. Quería arreglarlo, hacerlo mejor para ellas. A pesar de toda la mierda que me había pasado, tenía suerte de tener a mi increíble familia.

—Podríamos quedarnos en Europa —propuse renuentemente—. O podrían venir a quedarse conmigo y mi familia permanentemente.

Incluso mientras decía esas palabras, sabía que no estarían de acuerdo. No querían traer problemas a nuestra puerta, pero deseaba que lo hicieran. Mi padre y mi abuelo irían a la guerra por ellas.

—No pensemos en esto —anunció Olivia—. Tenemos este momento y este verano increíble. Aún nos quedan unos días. —Solo tres días más, para ser exactas.

—Eso fue increíble, maldición. —Uno de los integrantes de la banda se nos acercó con la cantante rusa. Nos miró como si pudiera

juzgar solo por la apariencia si éramos cantantes de verdad—. ¿Nunca habían cantado antes?

—Solo a solas y en la ducha. —Me reí entre dientes.

—*Ohhh*, ducha. ¿Quieres cantarme en la ducha? —replicó rápidamente, mirándome como si fuera un caramelo.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí.

—No, pero gracias —declaré entre risas. No podía imaginar que esa frase le hubiera funcionado alguna vez.

Me dedicó una sonrisa juvenil que lo hacía parecer un músico encantador al que las mujeres perseguían.

—¿Qué tal si bailamos? —propuso.

—Oh, sí —respondió rápidamente Scarlett en mi lugar—. Bailará contigo. —Me empujó hacia él. Agarré su mano extendida y sus dedos rodearon los míos. Miré nuestras manos unidas y no sentí nada. Demonios, ¿cuándo iba un hombre a encender por fin los fuegos artificiales en mí?

Empezó a sonar música por los altavoces de todo el *club* nocturno. La luz tenue dificultaba la visión y el aire empezaba a oler ligeramente a alcohol. Siempre ocurría lo mismo: en cualquier parte del mundo, el *club* nocturno siempre empezaba a oler al alcohol que corría libremente por el local.

Dos horas después, las tres seguíamos cambiando de pareja entre los integrantes de la banda, entre risas y tragos. Bebí mucho menos que Olivia y Scarlett, ya que no me importaba especialmente el efecto que me producía el alcohol. Y tener a Brian, nuestro chico de seguridad, con nosotras nos hizo relajarnos, sabiendo que su prioridad era nuestra seguridad.

Incluso bailó un poco con nosotras.

—En serio, todo el verano y por fin bailas con nosotras —le comenté a Brian. Sorprendentemente, él también bailaba muy bien. No se limitaba a balancearse en la pista, sino que realmente seguía los pasos. Y lo sabría, bailé profesionalmente hasta los diez años.

—Es la última noche de baile en la agenda de los próximos tres días —contestó, riendo entre dientes, y me hizo girar en círculo—. No podía dejar pasar la oportunidad.

Su mano me rodeó la cintura y me eché a reír.

—Brian, ¿estás coqueteando?

La diversión brillaba en sus ojos.

—¿Está funcionando?

—Tal vez. —Lo golpeé juguetonamente en el brazo y desvié la mirada para ver a Olivia y Scarlett. Bailaban juntas y seguirían así hasta la madrugada. Me estaba cansando. Mientras ellas durmieron hasta tarde esta mañana, yo me levanté con el amanecer y salí a correr ocho kilómetros.

—¿Bailarás con Olivia después? —Curioseé, cambiando el tema de nuestro coqueteo.

Siguió mi mirada.

—Parece que le gusta bailar con Scarlett.

—Sí, pero como que le gustas. Le alegrarías su verano.

Me miró sorprendido.

—¿Han estado hablando de mí?

Puse los ojos en blanco.

—Eres el más joven de nuestros guardias de seguridad, claro que sí lo hemos hecho.

—De acuerdo, la invitaré a bailar —replicó sonriendo—. Si me dices lo que dijiste durante la discusión.

—*Auch.* —Reí—. Esa es una dura negociación.

Me acercó más a él y, aunque no me importaba, no sentí nada. Ni fuegos artificiales, ni volteretas en el estómago, ni un corazón acelerado. «*Diablos, ¿llegará algún día?*».

Había varias mujeres hermosas lanzándole miradas. Era un tipo guapo, con su corte de cabello rubio militar y sus ojos del color del cielo más azul. Brian era un buen hombre y era muy apuesto, aunque para mí era más como un hermano. Me vio pasar mi adolescencia, mis años rebeldes y todas mis hormonas. Y en este minuto bailábamos como si fuéramos una pareja. La vida era extraña.

Esperó hasta que por fin contesté, sonriendo.

—Dije que eres *sexy*, pero que se sentía raro pensar en ti como un chico *sexy*, ya que me viste a través de mis hormonas adolescentes.

—*Auch* —repitió mi comentario anterior, sin embargo, la diversión seguía brillando en sus ojos.

La música se detuvo. Scarlett se contoneó hacia nosotros, así que le di un codazo para que se acercara a Olivia. En cuanto estuvo fuera del alcance de mis oídos, le murmuré a Scarlett:

—Voy a escabullirme y volver al hotel.

—Oh, no —discutió—. Todavía no. Mi hombre misterioso aún no ha llegado.

Era más de medianoche. Empezaba a dudar de que aparecería, pero me guardé el comentario. No quería molestar a Scarlett. Ya había sufrido bastante, y nunca la había visto tan feliz como esta última semana.

—Ambas quédense con Brian —indiqué—. Estoy lista para descansar mis pies. Cuando aparezca, convéncelo para que almuerce con nosotras mañana.

—Es porque tienes que hacer esa estúpida carrera —se quejó.

Tenía razón, tenía que hacerla. Era uno de los únicos calmantes para el estrés que me funcionaban, me servía como terapia necesaria para despejar mi mente de todo el caos del mundo. Cuando mis pies golpeaban el pavimento a ese ritmo constante, podía concentrarme, y con un pie delante del otro, la determinación de mi propio camino y mi futuro era más fácil de ver. Incluso metí a Olivia en ello, y le ayudó con sus constantes preocupaciones por su inminente compromiso.

—Me ayuda a mantener la cordura —confesé—. Solo pásame las llaves y finjamos que vamos caminando al baño de mujeres. —Gracias a Dios que Scarlett insistió en conducir ese día.

Lo habíamos hecho muchas veces. Nunca me pondría en peligro a propósito. Sabía que era más seguro llevarme el coche que abordar un taxi. Brian podría quedarse con ellas y asegurarse de que nada les pasara a Olivia y Scarlett. Me encerraría en mi habitación de hotel. Todos salíamos ganando. Al dejar atrás a Olivia y Scarlett en *Russian Orchid*, tuve que reírme para mis adentros, sabiendo que bailarían con Brian hasta su último aliento.

En cinco minutos estaba afuera, con el aire refrescando mi acalorada piel. Buscaba el teléfono en el bolso cuando se me erizó el

vello de la nuca. Mis pasos se ralentizaron y miré a mi alrededor; sin embargo, no veía nada en el oscuro estacionamiento.

Llevábamos sesenta días viajando por toda Europa y Rusia era nuestro último destino. Queríamos pasar un verano inolvidable antes de tener que volver a la realidad, la cual era mucho más cruel para Scarlett y Olivia que para mí. Estaba bastante emocionada por empezar mi trabajo después de unos intensos años en la facultad de medicina.

Escuché un ruido y giré la cabeza de derecha a izquierda, mirando a mi alrededor.

«Solo estoy siendo paranoica».

Todo era culpa de mi padre. Me llamó antes, ordenándome que volviera a casa inmediatamente. Siempre estaba paranoico por algo, preocupado por nuestra seguridad. Respiré hondo, y luego otra vez, me di la vuelta y me acerqué a nuestro coche de alquiler. Estaba apenas a tres metros de él.

Me acerqué rápidamente y pulsé el botón de desbloqueo antes de llegar. Llevé la mano a la puerta cuando lo oí.

—No te muevas. Tengo una pistola apuntándote a la cabeza.

«¿Qué?».

Por instinto, iba a girarme cuando un trozo de tela me cubrió la cabeza, quitándome la visión. Conmocionada por lo que estaba ocurriendo, tuve una reacción retardada, y él se aprovechó, levantándome y echándome sobre su hombro como un saco de papas.

La conmoción inicial desapareció rápidamente y empecé a gritar y a patalear, golpeando con los puños su espalda. No podía ver nada, pero sabía que los primeros cinco minutos eran cruciales para escapar de tus secuestradores.

—¡Suéltame ahora mismo, imbécil! —grité mientras le daba un puñetazo en la espalda.

—Basta, princesa. —Ni siquiera parecía preocupado, luego añadió —: O tendré que noquearte. —No me detuve. En lugar de eso, pateé y golpeé más fuerte mientras gritaba con todas mis fuerzas.

No sentí que me golpeara o me hiciera daño. No obstante, lo que sea que fuera, hizo que mi cuerpo se relajara hasta que la oscuridad

se apoderó de mí.

CAPÍTULO UNO

DIMITRY

Dos semanas después

Nikolai y yo permanecimos de pie, en silencio e inmóviles mientras las gotas de lluvia golpeaban la ventana. Era el único sonido que rompía el silencio. La ciudad de San Francisco se extendía ante mí en todo su esplendor. Poseía la mayor parte de ella, entre otros negocios que tenía por todo el mundo. Aunque la mayoría no lo había obtenido por medios legales.

Llevaba meses trabajando, sobornando a senadores, congresistas, gobernadores, fiscales estatales, jueces, a cualquiera con poder dentro del gobierno, en un intento de legalizarlo todo. Nadie iba a detenerme. Estaba preparado para todo. Si alguien se interponía en mi camino, lo aplastaría. Puede que me volviera legal, pero aún tenía mis maneras de hacer que las cosas sucedieran. Habíamos pasado por demasiado y habíamos llegado demasiado lejos como para detenernos en este momento. Esto era lo que siempre había querido para Nikolai y Sergei, mis hermanos en todos los sentidos de la palabra, excepto el sanguíneo. Cuando dejamos aquel orfanato ruso, fue para conseguirnos una vida mejor.

Tenía un equipo de abogados trabajando en todos mis negocios para asegurarme de que cada uno fuera registrado y pagara impuestos. Necesitaba que los senadores y los gobernadores aceptaran mi oferta para que los dos últimos casinos de Hawaii y

Alaska se legalizaran, o al menos que aparecieran en las papeletas de las próximas elecciones. Solo tenía otras tres semanas para conseguirlo antes de tener que esperar hasta el siguiente periodo de votaciones.

No estaba dispuesto a esperar. Estaba listo para la vida en el frente legal. Era lo que había querido desde que nos involucramos con el crimen organizado ruso... *Rússkaya Máfiya*. Odiaba que estuviéramos involucrados en eso; lamentablemente, había sido nuestra única salida.

El teléfono vibró y Nikolai contestó en ruso.

—*Da*?

Mi hermano ocultaba las emociones casi tan bien como yo. Era imposible saber de qué se hablaba al otro lado de la línea. Puso en espera a quienquiera que fuera y levantó los ojos hacia mí.

—Manciatti, el fiscal del Estado, desea hablar contigo.

Enarqué una ceja. Bueno, eso era inesperado. Manciatti y yo no teníamos precisamente la mejor relación. Le tenía un respeto a regañadientes a pesar de que estuvo a punto de meterme tras las rejas con Boris Jovanov diez años atrás. Nunca se dio cuenta de que la única razón por la que fue capaz de poner a ese desgraciado enfermo en prisión fue porque *yo* hice que sucediera.

Desde el momento en que me uní al grupo *Rússkaya Máfiya* de Boris, había puesto mis ojos en tomar el mando. Sabía que podía gestionar todos los aspectos de nuestro crimen organizado mejor que él y hacerlo más rentable. Boris era demasiado volátil, cometía demasiados errores que costaban vidas innecesariamente, y lo gestionaba con emociones personales. Si te cruzabas en su camino en un mal día, te mataba sin motivo alguno.

Esa no era forma de dirigir con éxito nuestra operación ni ninguno de nuestros negocios. Así que aprendí todos los aspectos de la organización y poco a poco fui tomando cada vez más el control de nuestros negocios ilegales y de todos los contactos alrededor del mundo. Hasta el día en que lo perdió todo. Le quedó un pequeño grupo de hombres que aún estaban dispuestos a permanecer a su lado, y ninguno fue una pérdida para mí. Su control se disolvió en la nada, y entregué todas sus cuentas ilegales a la Interpol y a la CIA,

junto con las pruebas de sus negocios ilegales. Únicamente mis hermanos y yo sabíamos que fueron nuestras pruebas las que acabaron encerrando a Boris de por vida. Nosotros, junto con los contactos que nos apoyaron, salimos ganando. Era más fácil hacer crecer el negocio sin el comportamiento lunático de Boris. Pensaba que estaba en una película del salvaje oeste.

—Ponlo en el altavoz.

Nikolai pulsó el botón.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Manciatti?

No había razón para perder el tiempo con comentarios amables. No le caía bien y solo me llamaba para decirme que se me había acabado el tiempo. La misión de su vida había sido meterme en la cárcel durante los últimos diez años.

—*¿Dimitry Alexeyev?* —El viejo sonaba cansado.

—El único —repliqué secamente.

Se oyó una profunda exhalación en la línea. Esperé, sin ganas de charlar. De todos modos, no se me daba bien.

—*Necesito tu ayuda*. —De todas las palabras, esas no me las esperaba en absoluto. Me encontré con los ojos de Nikolai y vi la misma sorpresa en ellos.

—Hmmm. —Dejé que sintiera la tensión. Podría ser una trampa por lo que sabía.

—*Mi hija, Anastasia, ha desaparecido*. —El viejo sonaba patético, como si estuviera a punto de comenzar a llorar.

—¿Y? —espeté. Me extrañó que en la comprobación de antecedentes que había obtenido sobre Manciatti no se hubiera mencionado a una hija, solo a una esposa fallecida. Era la primera señal de alarma—. No tengo a su hija. No tengo un hábito de secuestrar personas. Especialmente mujeres y niños.

Otra exhalación profunda en la línea.

—*Quiero que me ayudes a encontrarla* —expresó con voz temblorosa.

En todos mis años tratando con él, había sido duro como el acero, despiadado e implacable, pero no era la misma voz. Su tono contenía agotamiento y desesperación, una combinación peligrosa cuando se trataba con un hombre como yo. Era un hombre

desesperado que recurriría a medios desesperados para conseguir lo que quería o necesitaba.

—A cambio, detendré la persecución de tus negocios. Y te conseguiré los votos del gobernador Jameson y del senador Jackson para legalizar tus negocios.

Resoplé.

—¿En serio? —Realmente debía de considerarme idiota.

—Sí.

—¿Y cómo va a hacer eso? —Esos dos habían sido los huesos más duros de roer. No teníamos absolutamente nada sucio sobre ellos y en ninguna parte de sus aburridos pasados había algo que pudiera usar en su contra para asegurar sus votos. El gobernador Jameson gobernaba Alaska y el senador Jackson tenía contactos en Hawaii.

—El senador Jackson es el abuelo de Anastasia y el gobernador Jameson es su tío.

«¿Cómo demonios se nos pasó esa información?».

La hija del fiscal del estado no se mencionaba en ninguna de las investigaciones de antecedentes, y ahora esto. Nikolai debió de pensar lo mismo, porque unas cuantas maldiciones silenciosas en ruso salieron de sus labios. Ambos sabíamos lo que eso significaba. Teníamos un traidor entre nuestros hombres. Ese detalle era demasiado grande para pasarlo por alto. Demasiada coincidencia. Llevaba meses detrás de esos dos, intentando conseguir su voto.

Manciatti interpretó mi silencio como una negativa, porque continuó en tono desesperado:

—Por favor, te lo ruego. Te daré lo que quieras.

—¿Tienes idea de quién se la llevó? —Qué diablos, no hacía daño obtener todos los detalles.

—Los hombres de Boris Jovanov se la llevaron. —No había un ápice de duda en la voz del viejo.

—¿Es una broma? —pregunté—. Por si lo has olvidado, lo encerraste hace diez años. La misma vez que intentaste inculparme como su cómplice.

—Lo recuerdo. —Sonaba sombrío.

—¿Por qué yo? —cuestioné. Después de todo, Manciatti conocía a mucha gente. Y si tenía contactos con el senador y el gobernador, seguro que conocía a gente más poderosa que yo.

—*Conoces a Boris mejor que nadie* —explicó—. *Y Rusia es tu país de origen. Nadie conoce mejor ese país que un ruso de nacimiento... aunque sea un* Russian Sinner —murmuró, exasperado, refiriéndose al apodo que la gente nos había puesto a mí, a Nikolai y a Sergei—. *No me importa si eres culpable o no. Solo quiero recuperar a mi hija.*

—Para tu información, no fui su cómplice —informé. Fui quien lo derribó y le quitó todos sus negocios. Hice pagar al desgraciado por arrastrarnos a mis hermanos y a mí a su enfermiza matanza desenfrenada. Tendríamos que pagar penitencia el resto de nuestras vidas. Algunos de los hombres que matamos no eran precisamente inocentes, aun así, tampoco merecían morir. En el momento en que cortó la cara de Nikolai, fue hombre muerto. Debería haberlo asesinado, pero verlo pudrirse en prisión me daba muchísima más satisfacción.

Sin embargo, no había necesidad de que Manciatti lo supiera. Boris era un psicópata y un lunático. Tenía que estar encerrado. Yo gobernaba con mano firme, aunque solo me ponía violento cuando era justificado.

—¿Qué te hace pensar que fue Boris?

—*Tiene pena de muerte* —afirmó—. *He recibido amenazas para hacer que lo liberen. Han revelado mi conexión con el congresista, el senador y el presidente. Intentaron forzar mi mano para convencer al presidente de que firmara una orden ejecutiva para su liberación inmediata.*

Eso no estaba bien, *nada* bien.

—¿Tu conexión con el presidente? —repetí. Más me valía averiguar todo lo que pudiera.

—*Servimos juntos en el Medio Oriente. Le salvé la vida*. —No había pedantería, ni orgullo. Solo una declaración de un hecho—. *Te lo ruego. Ella es...* —Casi sonaba patético—. *Es todo lo que me queda. Lo que quieras, te lo daré.*

Alguien debería haberle dicho al viejo que nunca le prometiera lo que quisiera a un *Rússkaya Máfiya* pecador como yo, pero

sospechaba que ya lo sabía. Quería a su hija a salvo en casa a toda costa.

—¿Por qué no haces lo que te pide Boris? —Parecía una pregunta sensata, aunque sería una mala noticia para todos, incluido yo, si era liberado. Era más fuerte e inteligente que Boris, pero odiaba que se derramara sangre innecesariamente. Y mis hermanos y yo estábamos tan cerca de llegar a la vida al otro lado del crimen.

—La matará una vez que consiga lo que quiere.

El hombre era inteligente. Entendía exactamente cómo operaba Boris. Sopesé cuidadosamente mis opciones. A pesar de que no quería involucrarme y complicar más las cosas, la información era poder. Tener a Manciatti de nuestro lado y tanto al senador como al gobernador en el bolsillo no tendría precio. Y si pudiéramos eliminar a Boris definitivamente, la vida en el aspecto legal sería mucho mejor. No tendríamos que estar constantemente mirando por encima del hombro.

Tras la detención de Boris, di un paso al frente y tomé las riendas de las operaciones con la ayuda de Nikolai y Sergei. Entonces, empezamos poco a poco a legalizar los negocios y las operaciones que lo permitían. Los ilegales quedaron en manos de Vlad, quien solía ser la mano derecha de Boris, ya que prefería esa faceta. Había sido sorprendente que Vlad le diera la espalda, pero sospeché que estaba harto de los asesinatos de mujeres por parte de Boris. Así que dejé que se encargara de los tratos ilegales. Mi objetivo desde el principio era disolver los negocios ilegales, y el momento era ese. Sobre todo, si había riesgo de que Boris intentara salir de la cárcel.

Como si Nikolai y yo pensáramos lo mismo, asintió. Nadie sabría que Manciatti se había contactado con nosotros, salvo Nikolai y yo. Y cuando encontrara al traidor entre mis hombres, se arrepentiría de haber nacido.

—Necesito todo lo que tienes. —Mi decisión estaba tomada—. Última localización, cualquier información sobre testigos, la última foto de tu hija, todo.

—Lo tengo todo. Envíame tu línea segura y estará en tu bandeja de entrada en minutos.

Una hora más tarde, revisé todos los documentos y un resumen de los acontecimientos. No había mucho. Llevaba dos meses viajando por Europa con dos amigas, y su última parada había sido en Rusia. La noche de su desaparición, estaba con sus amigas en el *Russian Orchid*, y se marchó temprano, sola.

Chicas estúpidas. ¿No sabían que nunca te separabas cuando salías de noche?

Me preguntaba cómo habían acabado en el *Russian Orchid*. Ese *club* nocturno era conocido solo por los lugareños. Nikolai y yo crecimos en Moscú y conocíamos cada esquina, cada calle. El *Orchid* era el lugar para hacerse notar, donde los mafiosos actuales de la ciudad querían mostrar su poder. Era muy raro recibir visitas extranjeras a menos que acompañaran a un local. ¿Cómo consiguieron burlar a los porteros de Sergei?

—Dile a Sergei que nos envíe el video de seguridad del *club* y pregúntale si la recuerda. —El *Russian Orchid* era propiedad del tercer miembro de nuestra hermandad, Sergei. Podría darnos pistas o información extra sobre lo que pasó—. Dile que llame cuando tenga un momento.

—Lo está enviando ahora —informó Nikolai, que al parecer ya se había puesto en contacto con él. A menudo pensábamos lo mismo, y eso era lo que nos hacía tan unidos y capaces de trabajar bien juntos. Estábamos cortados con la misma tijera.

Volví a mirar la foto que había enviado su padre. Fue tomada durante sus vacaciones en Europa con sus amigas. Alguien debió de tomarla cuando reía. Anastasia Manciatti parecía feliz y despreocupada. Sus rizos caoba enmarcaban su cara. Sus ojos eran grandes en su rostro en forma de corazón. Me hubiera gustado que la foto fuera un primer plano, porque no podía distinguir bien el color de sus ojos. No era una belleza clásica, sino más bien exótica. Su cuerpo era delgado, medía alrededor de un metro y sesenta centímetros. No se parecía en nada a su padre. Pero no había duda, se notaba que era segura de sí misma y de su autoestima por la forma en que se comportaba.

—Revisa tu correo electrónico. —La voz de Nikolai me impidió mirar a la joven de la foto—. Y nos está llamando ahora.

En ese momento sonó el teléfono.

Pulsé el altavoz y contesté:

—Sergei. Gracias por enviármelo tan rápido. —De los tres, Sergei era el que prefería pasar la mayor parte del tiempo en Rusia. Nikolai era mi mano derecha, y Sergei mi izquierda.

—*No hay problema, hermano*. —Deseaba que Sergei viniera a Estados Unidos y se estableciera aquí. Manejaba la mayoría de los negocios en Rusia y Europa para ahorrarme viajes de ida y vuelta.

—Hubo tres mujeres estadounidenses que fueron al *Russian Orchid* hace dos semanas. —Empecé, y luego le di la fecha exacta en que estuvieron allí—. ¿Cómo entraron?

—*Hmmm, ese fue el día que tenía unos asuntos que tratar, así que no fui al* club —contestó, y maldije en silencio. Sergei tenía una memoria casi fotográfica. Se habría dado cuenta si algo le hubiera parecido remotamente raro—. *Déjame preguntarle a Sasha si las recuerda.*

Lo oí hablar con Sasha, que dijo que se acordaba de ellas, lo que no me sorprendió. Destacaban entre la multitud habitual del *Russian Orchid*. No solo porque eran norte americanas, sino también porque las tres mujeres eran hermosas y no se mezclaban precisamente con la multitud.

—*¿Cómo entraron?* —Escuché a Sergei preguntarle a Sasha.

La voz de Sasha estaba un poco apagada cuando contestó, ya que estaba lejos de los auriculares.

—*El portero pensó que eran* sexys*. Estaban super* sexys*. Deberías haber visto el culo de la chica que cantaba. Los hombres estaban babeando, incluso algunas mujeres también.*

Nikolai murmuró, agitado:

—Maldito imbécil —soltó, al oír las palabras de Sasha. No soportaba que los hombres pensaran con la polla en vez de con el cerebro.

—*¿Viste algo inusual?* —Sergei continuó interrogándolo.

—*No más de lo normal. Bailaron casi toda la noche. Había un tipo con ellas, y antes de que acabara la noche, la chica que cantaba se fue sola. El hombre y las dos chicas se quedaron un poco más. Parecía enfadado cuando se iba con las otras dos.*

Le dio las gracias a Sasha y volvió al teléfono.

—¿Oíste eso?

—Sí—reviré secamente—. Pensó que estaban buenísimas y no sabe mucho más.

—*Ojalá yo hubiera estado en el* club *esa noche* —se lamentó Sergei—. *Mira la grabación que te envié. Quizás algo ayude.*

—Lo haré, hermano —declaré—. Llamaré si necesitamos algo más. Gracias.

Al terminar la llamada, me giré hacia la *laptop* que tenía delante y abrí el correo electrónico de Sergei. Nikolai y yo estudiamos cada parte de la grabación. El primer vídeo mostraba a Anastasia con sus amigas entrando al *club*, con el guardia de seguridad discretamente apartado de ellas.

—¿Fue secuestrada con su guardaespaldas cerca? —Nikolai resopló, y no podía estar más de acuerdo con su opinión. Era un guardia de seguridad muy incompetente. Sasha mencionó que estaban allí con un tipo, pero había visto suficientes guardaespaldas en mi vida para saber que eso era lo que él era.

En la grabación, Anastasia Manciatti parecía una mujer fatal. Lo peor es que no era intencional por su parte. Ignoraba las miradas que le lanzaban y se centraba solo en sus amigas. Su paso era seguro. No podía apartar los ojos de su esbelta figura en *shorts* dorados y una fina camiseta negra de tirantes que apenas cubría algo.

—¿Cómo demonios han entrado en ese *club*? —murmuró Nikolai para sí mismo, con los ojos clavados en la pantalla, observando a las tres mujeres. Pero tal como dijo Sasha, la grabación las mostraba hablando con el portero, luego las tres se rieron y las dejaron entrar. Cuando pasaron a su lado, se quedó mirándolas... No, no a ellas. Les miró sus traseros. El guardia de seguridad que estaba con las mujeres comentó algo y sus ojos se clavaron en él.

En el siguiente vídeo, Anastasia estaba en el escenario, cantando con sus amigas. La observé hipnotizado mientras agarraba el micrófono que le ofrecían con una sonrisa juguetona y diversión en sus ojos.

—*Esta canción es para todos los infieles por ahí*. —Su voz era suave y cálida. Calmaba como la leche caliente con miel y, al mismo tiempo, el sonido de su voz excitaba como los susurros roncos de una amante. Mi polla se tensó y ella ni siquiera estaba en la misma habitación.

«¡Por el amor de Dios, será mejor que me controle!».

Era una princesa rica y mimada que probablemente se había salido con la suya desde que pudo señalar con el dedo. La gente de sus círculos sociales era de la peor calaña... los que te apuñalaban en la espalda, drogadictos, asesinos con las manos limpias. No les importaba a quién o qué le ocurría a la gente a la que traicionaban con tal de conseguir lo que querían.

Bastaba con mirar lo que le pasó a la hermana de Nikolai. El hombre que la mató se movía en los mismos círculos que gobernadores y senadores, probablemente los mismos círculos que la familia de Anastasia Manciatti. El asesino de su hermana se salió con la suya sin siquiera ser interrogado como posible sospechoso a pesar de que fue el último hombre que fue visto con ella cuando estaba viva.

Me concentré en la pantalla. Las tres mujeres eran hermosas, pero Anastasia fue la que captó mi mirada. No podía apartar los ojos de ella. Estaba bañada por la luz, sus brillantes *shorts* captaban todas las miradas. Se pavoneaba en el escenario como si fuera la dueña.

Y su voz... ¡Jesucristo! Podría masturbarme solo con escuchar su voz. Era melodiosa, suave y desgarradora. Cada palabra que cantaba contenía tanta emoción, como si la canción hubiera sido escrita para ella. Perdida en ella, no se daba cuenta de que todos la observaban con la boca abierta. Todos los hombres del *club* deseaban a la mujer que cantaba y bailaba con tanta pasión.

Tanto Nikolai como yo estudiábamos la imagen en silencio. Las tres mujeres cantaban en aquel escenario, tomadas de la mano. Era evidente que eran muy cercanas, moviéndose en sincronía. Estaba claro que no era la primera vez que cantaban juntas esa canción. Las otras dos lo hacían en perfecta armonía. Habría dicho que

estaba ensayada si no supiera con certeza que era improvisada. Me pregunté por qué el fiscal no mencionó a las otras dos chicas.

En cuanto terminó la canción, las tres mujeres se abrazaron como si estuvieran compartiendo un secreto que no querían que el mundo supiera. Ojalá el audio hubiera captado lo que se susurraban.

Vi cómo uno de los hombres de la banda se le acercaba. Lo que fuera que dijo, Anastasia echó la cabeza hacia atrás, dejando al descubierto su delgado cuello, y rio.

«¡Carajo, la mujer era demasiado sexy*!».*

Hice clic en guardar, sin querer debatir por qué, y pasé a la siguiente grabación. Bailó con diferentes chicos de la banda. Coqueteaba ligeramente, aunque mantenía la distancia. Necesitaba un hombre con mano firme, no un chico. Alguien que sacudiera su mundo. ¿Ya tenía uno? Suponía que no, ya que bailaba y coqueteaba con todos esos hombres. O tal vez era coqueta por naturaleza y estaba acostumbrada a que los hombres cayeran a sus pies. No me cabía duda de que estaba acostumbrada a que la mimaran y a salirse con la suya.

—Yo despediría a ese guardia de seguridad —siseó Nikolai, indignado, y seguí su mirada. Pasó al siguiente vídeo en su teléfono —. Haz clic en el siguiente para que podamos verlo mejor en la *laptop.*

También lo guardé en mi disco duro personal y pasé a la siguiente grabación. Tenía que estar de acuerdo con Nikolai. Ese guardaespaldas tendría que irse. Bailaron juntos sensualmente, la miraba con ojos hambrientos. A regañadientes, tuve que admitir que se veían bien juntos. Estaba cómoda con él, libre con sus sonrisas, y cuando la acercó, ella no se apartó como hacía con los otros.

—Averigua todo lo que puedas sobre este tipo —le indiqué a Nikolai sin apartar la vista de la pantalla.

No me gustaba su mano en la cintura, que sus cuerpos se rozaran y que ella sonriera feliz mirándolo. La observé mientras lo empujaba hacia su amiga. No debía de ser muy posesiva, ya que no le dedicó ni una segunda mirada cuando empezó a bailar con la otra mujer. La vi intercambiar discretamente las llaves con su otra amiga

y luego fingir que iba al baño. Sabía exactamente cómo escabullirse, lo que me decía que ya lo había hecho muchas veces.

«*¿Acaso era una princesita rica y mimada?»,* me pregunté

En otros treinta minutos, Nikolai hizo su propio chequeo por separado de Anastasia. Quería tener todos los detalles posibles sobre ella. A sus veinticinco años, había terminado la carrera de medicina y la residencia en un tiempo récord en Johns Hopkins. Había algunos artículos sobre ella que la calificaban como la cirujana más joven y prometedora del país. Su tiempo libre lo dedicaba a la sección pediátrica del hospital con víctimas de quemaduras. Pasaba los veranos en los Hamptons con su abuelo. Algunas relaciones a corto plazo, un abogado, un médico, un pediatra, el director general de uno de mis competidores, pero nada permanente.

«¿Por qué? ¿Era porque ocultaba su relación con su guardaespaldas?».

—¿Averiguaste algo sobre el tipo de seguridad? —pregunté.

—Lo hice. —Me entregó un pedazo de papel—. Ha trabajado para la familia durante los últimos diez años. Terminó el entrenamiento de operaciones especiales justo al salir del instituto y fue francotirador de los SEAL de la Marina. Dejó el servicio tras seis años por una herida de guerra. Su expediente está limpio.

Eché un vistazo a la documentación y tenía razón. Ese tipo no tenía nada que ver, así que tiré la carpeta a un lado y volví a la información sobre Anastasia.

—No hay mucho para continuar. —Nikolai reflejó mis propios pensamientos—. ¿Qué opinas?

—*Estoy de acuerdo* —respondí en ruso—. No hay mucha información. Es probable que su padre esté ocultando algo. Pero lo más importante es que hay un traidor entre nosotros. La conexión del fiscal con el senador y el gobernador debería haber sido descubierta. Y no había ninguna mención de su hija en su expediente.

—Encontraré a quien demonios sea —refunfuñó Nikolai. No podíamos tener cerca a gente en la que no confiáramos. Corríamos demasiados riesgos estando tan cerca de legalizar todos nuestros

negocios. No tenía ninguna duda de que Nikolai encontraría a quienquiera que nos estuviera dando información falsa.

—Tendremos que hacerlo solos —concluí.

Asintió con la cabeza.

—Llamaré a Sergei otra vez —avisé—. Veré si puede buscar algo de información mientras viajamos.

—También voy a tantear el terreno —añadió Nikolai—. Oficialmente, vamos allá para comprobar nuestro negocio de transporte.

Acabaríamos con Boris de una vez por todas y, de paso, tendría a tres hombres poderosos en el bolsillo. ¡Perfecto!

Llamé al fiscal Manciatti. Debía de estar esperando junto al teléfono, porque contestó al primer timbrazo.

—Trato hecho —declaré brevemente—. Recibirás una entrega con un teléfono seguro. Habrá una nota con él. Envíame un mensaje a ese número de teléfono. Después, me pondré en contacto cuando haya algo de lo que informar.

Colgué y mis ojos viajaron a la foto de su hija. Ella sería mi billete para conseguir todo lo que quería.

Nikolai y yo íbamos en un BMW en el camino de tierra de una granja a dos horas de Moscú. Cuando llegamos el día anterior, Sergei tenía una pista. Nos condujo hasta aquí, al medio de la nada, explorando la pequeña granja. La zona desolada era propiedad del gobierno ruso. Se había convertido en una zona donde se arrojaban cadáveres, que tardaban días y a veces semanas en ser descubiertos.

Nikolai se inclinó hacia delante y miró hacia la casa.

—Movimiento —murmuró, y ambos nos quedamos observando la vivienda. El coche estaba bloqueado por un gran árbol y la hierba crecida. Era un lugar perfecto para vigilar el lugar sin ser descubiertos.

Cinco hombres salieron de la vivienda, uno de ellos arrastrando por el brazo a una mujer que luchaba por seguirlos. Tenía la cabeza cubierta y las manos atadas. Observé atentamente. ¿La estaban moviendo? Sería difícil seguirlos sin que se dieran cuenta.

Se detuvieron en el claro junto al *porche* y se quedaron allí de pie. Dos hombres encendieron sus cigarrillos.

—No creo que la trasladen —dijo Nikolai en voz baja—. Tal vez solo un descanso para fumar.

Los hombres estaban de pie, hablando y riendo. La mujer se quedó quieta como una estatua. Supuse que no podía ver nada. Incluso desde aquí podía ver moretones en sus delgadas piernas. Llevaba la misma ropa que en las grabaciones del *Russian Orchid*.

Uno de los hombres la agarró por el trasero, sobresaltándola. La jaló contra él mientras los otros dos se reían y ella luchaba contra él con uñas y dientes. Cuando su cuerpo cayó en sus brazos, el hombre soltó una carcajada victoriosa.

—¿Cuántos hombres? —inquirí, apretando los dientes. Odiaba a la gente que se aprovechaba de mujeres y niños. Quería matar a todos esos tipos y a los de la casa para librar al mundo de semejante basura.

—Ocho —manifestó Nikolai secamente—. Diez, como mucho.

Mi mano estaba en la manilla de la puerta del vehículo, listo para arrebatar a la mujer.

—Mierda. —La maldición de Nikolai me hizo girar la cabeza y seguir su mirada.

Observé con asombro cómo la mujer clavaba sus dedos en los ojos del hombre, seguido de los gemidos de la escoria. Siguió golpeándole en la cara con sus manos unidas. Esta mujer tenía fuego, pero no fue suficiente cuando el hombre la abofeteó y ella se cayó hacia atrás, golpeándose la cabeza contra el suelo.

CAPÍTULO DOS

ANASTASIA

En cuanto mi cabeza tocó el suelo, juré que vi estrellas y toda mi vida pasó por delante de mis ojos. Los sonidos de la naturaleza resonaban en mis oídos. En algún lugar a lo lejos escuchaba piar a los pájaros y sentía una ligera brisa en la piel, pero era como si le estuviera ocurriendo a otra persona. Podría haber cerrado los ojos en ese instante y haberme quedado dormida o inconsciente, no estaba muy segura.

«Nunca te desmayes cuando eres más vulnerable», las palabras de mi padre resonaban en mi cerebro. Intenté ignorar el dolor. Papá tenía razón, tenía que permanecer despierta a toda costa.

Uno de ellos, o más de uno, me dio una patada que hizo que el dolor me recorriera el cuerpo. ¡Imbéciles! En las últimas dos semanas, había decidido que no me gustaban los hombres rusos. Eran idiotas.

Sentí la mano de un hombre clavarse en mi brazo, arrastrándome bruscamente. Sabía que tendría otro moretón añadido a los muchos que ya tenía. Me habían llevado afuera para que tomara el aire fresco de cada día. Era inútil, ya que me tapaban la cabeza. Quería inhalar aire fresco, no el maldito aire de esta maldita capucha.

No podía creer que mi vida se hubiera convertido en una pesadilla. Dos semanas de cautiverio, rodeada de hombres bárbaros. El lugar donde me tenían era repugnante. No tenía agua potable, estaba sucio y me pasaba la mayor parte de la noche helada.

Debería haber estado agradecida de que al menos me dieran un cepillo y pasta de dientes.

Me volvió a jalar. Me esforcé mucho por seguirlo, pero de vez en cuando me tropezaba. No podía ver por dónde caminaba con esta maldita cosa sobre mi cabeza. Cada vez que tropezaba, murmuraba algo en ruso. Ojalá hubiera entendido el idioma. Las dos últimas semanas habrían sido más fáciles si hubiera podido entender lo que planeaban. En lugar de eso, estaba indefensa y sin saber.

—Estúpida mujer —espetó en inglés, me quitó de un tirón la capucha y me empujó a la pequeña habitación—. Sigue provocándolo y acabarás en tus espaldas, debajo de él.

Un escalofrío de miedo me recorrió el cuerpo. Sabía exactamente a qué se refería. Era un milagro que nadie hubiera intentado violarme todavía. Había varios que no dejaban de mirarme lascivamente, aunque, por suerte, algunos de los hombres los mantenían alejados de mí. Era como si supieran que tenían que protegerme de su propio grupo.

Me rugió el estómago y apreté la mano contra él. Tenía mucha hambre. Me daban una comida al día: pan seco y un vaso de agua. Me sentía como si pudiera desmayarme en cualquier momento por el hambre y el golpe en la cabeza que acababa de ganarme. Era una combinación horrible. Definitivamente, ese no era el momento de desmayarse.

Me acurruqué aún más en la pequeña habitación que había sido mi prisión durante las dos últimas semanas. No tenía ventana ni luz, solo una pequeña cama. El hombre al que le acababa de aruñar la cara empujó al otro mientras me gruñía y avanzaba hacia mí.

Si bien se oyeron algunos gritos en ruso, no entendí nada. En lugar de eso, me concentré en el peligro inmediato que tenía delante. Me agarró por los brazos y empecé a gritar con todas mis fuerzas. Sabía que nadie podía escucharme desde el medio de la nada, pero aun así grité, esperando y rezando para que alguien lo detuviera. Me golpeó en la cara con tanta fuerza que perdí el equilibrio y caí sobre la cama.

Me puso boca abajo y empecé a gritar de nuevo. Se arrastró sobre mí, con su horrible aliento en el cuello mientras me obligaba a

hundir la cara en la almohada y me sujetaba la cabeza con la mano. Luchando por respirar, el pánico se apoderó de mí.

Sentí que su otra mano me agarraba bruscamente el pecho y mi instinto se apoderó de mí. Empecé a patalear y a sacudirme, gritando como si mi vida dependiera de ello. Y así era.

—¡Cállate! —Era la primera palabra en inglés que este tipo me había dicho.

En ese segundo deseaba haber hecho caso a mi padre y haber vuelto a casa. Desde que llegué a Rusia, me había estado pidiendo que acortara el viaje y regresara. No sabía si era una coincidencia o si conocía alguna amenaza potencial. Nunca mencionó nada concreto, así que pensé que simplemente estaba siendo sobreprotector, como lo había sido durante los últimos quince años. No era que pudiera culparlo. En resumidas cuentas, no le hice caso. Obviamente, ya que estaba aquí en esta situación. Solo deseaba que, si sabía algo, lo hubiera comunicado abiertamente.

Me soltó la cabeza y rápidamente la levanté ligeramente. No me rendiría sin luchar. Abrí la boca cuando su mano la rodeó y mordí tan fuerte como pude.

Gritó, y al segundo siguiente, sus manos me rodearon el cuello, estrangulándome.

«¡No te desmayes! ¡No te desmayes!». Era el único pensamiento que persistía en mi cabeza mientras la oscuridad descendía lentamente sobre mí.

Entonces, sonó un estruendo estremecedor que sacudió toda la casa. Empezaron a oírse muchos gritos. Alguien apretó el gatillo de una pistola en otra parte de la casa, el sonido fue ensordecedor.

La cubierta estaba sobre mi cabeza otra vez, y estaba segura de que ese sería el final para mí.

CAPÍTULO TRES

DIMITRY

Ya estaba fuera del coche, caminando hacia ella. Me mantuve cubierto, cada vez más cerca, con Nikolai pisándome los talones. El otro tipo dio una patada a la figura derrumbada en el suelo y un gemido bajo, amortiguado por la bolsa que llevaba en la cabeza, salió de sus labios.

Estábamos justo en el borde y aún no nos habían visto, solo se centraban en golpear a la mujer en el suelo.

«¡Bastardos!».

Quería arremeter contra ellos, no obstante, teníamos que asegurarnos de hacerlo en el momento adecuado. Uno de los hombres detuvo a los otros. Levantó a la mujer del suelo y la llevó al interior de la casa. Tres hombres se quedaron afuera mientras dos entraban.

Nikolai y yo compartimos una mirada. No hacían falta palabras, acabaríamos primero con los tres de afuera. Ataqué y derribé al más cercano, rompiéndole el cuello, y Nikolai hizo lo mismo con otro. Solo quedaba uno, y nos apuntaba con su arma. No quería que disparara y alertara a los demás adentro. Por suerte, Nikolai llegó hasta él y le rompió el cuello, con lo que su cuerpo se desplomó silenciosamente en el suelo.

Escuché el grito de la mujer y ambos entramos apresuradamente. Nos movíamos en sincronía hacia los chillidos. Era inevitable, tendríamos que usar armas.

La rabia corrió por mis venas cuando vi lo que el hombre se disponía a hacer. Sin pensarlo dos veces, apreté el gatillo y maté al tipo que tenía agarrada a la mujer. Sin poder ver, la arrastró con él y ella se desplomó en el suelo, luchando y gritando. Su cuerpo sin vida sobre ella, su sangre manchándola.

Otro hombre disparó. Una bala pasó zumbando junto a mi cabeza, incrustándose en el marco de madera de la puerta que había detrás de mí. Mis ojos entraron en contacto con el tirador y sonreí. El desgraciado había desperdiciado su única oportunidad. Al segundo siguiente, Nikolai le clavó un cuchillo en el cuello antes de que el hombre pudiera darse cuenta de lo que estaba pasando.

Le quité de encima el cadáver a Anastasia. La levanté del suelo y me la eché al hombro. Con Nikolai a mi espalda, corrimos por la casa y salimos por la puerta hacia el vehículo.

Incluso después de todo eso, ella seguía luchando contra mí.

—¡Suéltame, imbécil! —Su voz estaba amortiguada a través de la tela que le cubría la cabeza. Sus pequeños puños golpeaban mi espalda, pero apenas podía sentir el impacto.

—Me envió tu padre —le advertí. Su pequeño cuerpo se detuvo de inmediato en mis brazos.

«¡Gracias a Dios!».

—Muévete rápido —insistió Nikolai mientras apuntaba con su arma a la casa, disparando a los hombres que pululaban en el exterior. Mientras seguíamos corriendo, abrí la puerta trasera del coche y tiré a la mujer en el asiento. En su estado, estaba seguro de que le dolió; lamentablemente, no teníamos tiempo para ser delicados.

La ventana estalló, haciendo que cayeran pedazos de cristal sobre la mujer, sobre mí y sobre el suelo. Un pequeño chillido salió de sus labios y su cuerpo se estremeció. Quise asegurarle que todo estaría bien, mas no había tiempo de consolarla. Me subí, protegiendo su pequeño cuerpo bajo el mío mientras las balas volaban por todas partes. Mi cuerpo era el único refugio que podía ofrecerle en aquel momento.

Nikolai ya estaba al volante.

—¡Sácanos de aquí! —demandé, sacando mi propia arma. El pequeño y suave cuerpo que tenía debajo se estremeció de miedo, no obstante, a su favor ella no lloró, ni se puso histérica ni lloriqueó. Cerré la puerta de un tirón y apunté a través de la ventana abierta. Seguí disparando hasta vaciar el cargador, pero aún quedaban demasiados.

Tres hombres se pararon frente a la casa y levantaron sus armas al unísono.

—¡Maldición! —exclamé, cubriendo a la mujer con mi cuerpo—. Automáticas.

Nikolai conducía como un loco mientras seguía apretando el gatillo, con la esperanza de darle a alguien.

Otra bala se llevó la ventanilla trasera, rompiendo más cristales sobre mí y la mujer. Anastasia apretó su cuerpo contra el mío como por instinto.

—¡Oh, Dios! No quiero morir —murmuró debajo de mí, con las manos enredadas en mi camisa. Saqué mi cuchillo y corté la cuerda que mantenía sus manos atadas—. Aún me queda mucho por hacer. Necesito experimentar los fuegos artificiales, *¿sabes?*

«¿De qué demonios estaba hablando?».

—Nadie va a morir hoy —reviré—. ¿No crees que estos fuegos artificiales son suficientes? —pronuncié mientras le quitaba la capucha de la cabeza.

Entrecerró los ojos ante la repentina luz del sol. Parpadeaba sin dejar de observarme. Cuando sus ojos se ajustaron y nuestras miradas se encontraron, supe que estaba jodido. Era incluso más hermosa en persona que en las imágenes que había visto. Sus orbes eran brillantes y suaves, del color del musgo frío o de las esmeraldas brillantes bajo la luz del sol. Nunca había visto unos ojos como los suyos. Había en ellos salvajismo, una ligereza de verano y una temeridad cautivadora.

—No te muevas —ordené. No moriríamos este día, no antes de que tuviera a esta mujer.

Levanté la cabeza y empecé a disparar.

CAPÍTULO CUATRO

ANASTASIA

Unos ojos grises como el metal me observaban. Nunca había visto a este hombre. Parecía ruso, sin embargo, su inglés era perfecto. Sonaba más a inglés británico que a inglés americano. Pero mierda, era *sexy*. Su cara era hermosa, aunque de una manera áspera y dura. Sus pómulos eran pronunciados y esculpidos.

—Nos están siguiendo —reviró el hombre encima de mí—. Tenemos que perderlos.

—Sí.

No podía ver al otro tipo. Había dicho que los enviaba mi padre. ¿Eran amigos? ¿Por qué eran rusos? Pensé que mi padre enviaría agentes de la CIA tras de mí, no rusos.

—¿Quiénes son? —Mi voz sonaba rasposa. No había hablado mucho en las últimas dos semanas. Me dolía la cara... Me dolía todo el cuerpo, aun así, me negaba a mostrarme débil en ese momento.

Me miró a través de aquellos fríos ojos grises, pero no respondió. Su rostro estaba vacío de emociones.

—Se nos están acercando —notificó el otro tipo.

El hombre que estaba encima de mí levantó la vista, evaluando la situación y nuestras opciones.

—Anastasia, ¿sabes disparar?

—No. —Tragué saliva—. Soy médico. Salvo a la gente, no la mato —repliqué secamente. Aunque, en este momento, no me hubiera

importado matar a ese desgraciado que intentó violarme. Mi abuelo me había asignado guardias de seguridad para que no volvieran a secuestrarme. De mucho me sirvió, aunque una vez más la culpa fue mía y de mis decisiones descuidadas.

Un destello de fastidio cruzó su rostro.

—Al suelo. Ahora mismo.

No era propio de mí no cuestionar a alguien que me daba órdenes; no obstante, supuse que esta circunstancia requería excepciones. Así que obedecí su demanda, me bajé del asiento y me hice un ovillo. Se inclinó sobre mí y su aliento mentolado y su colonia invadieron mis pulmones.

—Escucha, amigo. Puede que me hayas salvado, pero no me gusta que invadas mi espacio. —Lo observé con recelo. La evidencia de una vida dura se reflejaba en su rostro con pliegues profundos y líneas duras.

Un atisbo de sonrisa se elevó en sus labios, aunque desapareció antes de que pudiera estar segura de que era una sonrisa.

—Estoy buscando.

—¿Qué cosa? ¿Una mina de oro? —espeté. Siguió rebuscando algo debajo del asiento del copiloto.

Su duro cuerpo estaba pegado al mío, su codo presionaba justo debajo de mi pecho. Sacó una caja y otra pistola.

—No, no una mina de oro.

—¿P-por qué necesitas otra p-pistola? —Mi voz temblaba ligeramente al hacer la pregunta, aunque también había fastidio en ella. Realmente deseaba ser más ruda en ese momento.

Ignoró mi pregunta y se arrastró hasta el asiento trasero, apuntando por la ventanilla trasera. Disparó su arma una, dos veces, y escuché el chirrido de los neumáticos.

—¡A tu izquierda! —vociferó el tipo al volante.

Las balas zumbaban por encima de mí, chocando con un crujido contra el metal del vehículo. El sonido de las balas a mi alrededor era ensordecedor. Parecía que las balas volaban por todas partes, aterrorizándome. El choque estridente de las balas impactando el coche resonaba en mis oídos. Me aterrorizaba la idea de que una se abriera paso a través de los paneles y acabara con el infierno que

había sido mi vida durante las dos últimas semanas. Nunca pensé que tendría que volver a sufrir un secuestro. Una vez fue suficiente, y había estado trabajando para olvidarlo durante los últimos quince años.

Se me escapó un grito cuando los cristales se hicieron añicos a mi alrededor y me cubrí la cara para protegerla.

—¡Odio el turismo en Rusia! —grité entre mis manos, sin saber por qué—. Estoy harta y cansada de Rusia, de los rusos y de todo lo relacionado con este país.

El hombre que estaba encima de mí recargó su arma, apuntó y disparó repetidamente, dejando caer casquillos de bala a mi alrededor.

Escuché un fuerte estruendo afuera.

—De acuerdo, están muertos —comentó con calma—. Sal de aquí a toda velocidad para que el resto no pueda alcanzarnos.

Hablaba como si hubiera acabado de pedir la cena, no de matar a unos cuantos hombres. Me rodeó con sus brazos y me levantó de nuevo sobre el asiento. A nuestro alrededor había cristales rotos. El hombre que estaba a mi lado sostenía una pistola en una mano mientras me acercaba a él. Sus ojos se movían detrás de nosotros para intentar ver si alguien nos seguía, mientras el conductor mantenía la vista en el camino y la pistola en su mano.

Tragando saliva, lo miré con recelo.

—¿Dijiste que mi padre te envió?

—Sí.

—¿Deberíamos llamar a la policía? —sugerí con esperanza. Me costaba respirar. ¿Realmente era libre?—. ¿O a la embajada?

—No.

El vehículo se desvió a la derecha, acelerando por la carretera, mientras el tipo que estaba a mi lado me miraba, inexpresivo. Acababa de matar al menos a media docena de hombres, mas no pareció inmutarse. Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando sus ojos se clavaron en los míos.

—¿Adónde me llevan? —Me esforzaba por contener la sensación de pánico. Esperaba no pasar de ser prisionera de un grupo de lunáticos a prisionera de otro grupo de asesinos psicópatas. Me pasé

la lengua por el labio y sentí una punzada. No podía ni imaginarme en qué estado me encontraba.

El hombre sacó un teléfono y marcó.

—La tenemos —informó. Me sentí como un premio que iba a ser sacrificado por algo—. Es el trabajo de un grupo criminal organizado que apoya a Boris.

Me puse rígida al oír ese nombre. Pero no, no podía ser la misma persona. La vida no podía ser tan cruel. Además, estaba en la cárcel. Nunca saldría.

El hombre me miró y me dio el teléfono.

—Tienes dos minutos. Haz que valgan la pena.

Me temblaban las manos al agarrar el teléfono.

—Hola —contesté vacilante.

—*Anastasia*. —Era mi padre, y llegó mi punto de ruptura—. *¿Estás bien?*

—Papá. —Mi voz tembló y las lágrimas finalmente comenzaron a correr por mi cara—. Sí. Pensé que había ido de mal a peor.

Me limpié la cara con mano temblorosa, el alivio hacía temblar todo mi cuerpo.

—*Escucha, Anastasia*. —La voz de mi padre temblaba ligeramente, cosa que nunca ocurría. Desde que tenía memoria, siempre había mantenido la cabeza fría y sus nervios nunca habían flaqueado. Incluso quince años atrás, cuando apenas logré salir con vida de aquel bosque, mantuvo la compostura—. *No tenemos mucho tiempo. No puedes volver a casa hasta que sea seguro.*

—¿Qué? —Jadeé—. Estoy a salvo en casa. Puedo ir con el abuelo.

—*No. Te quedarás con Dimitry. Él te mantendrá a salvo.*

Mis ojos se desviaron hacia el hombre que estaba a mi lado, con la cara dura y la pistola en la mano. Lentamente, giré la vista hacia el conductor. Nuestros ojos se encontraron en el espejo retrovisor y no pude ver gran cosa de él, salvo sus fríos ojos azules y una cicatriz que le recorría desde el ojo hasta la mejilla.

Sacudí la cabeza. No, esto no era seguro.

—Papá, por favor —supliqué—. No puedes dejarme con ellos. No después de... —Me interrumpí rápidamente—. Quiero volver a casa.

Me quedaré encerrada allá si hace falta.

Teniendo en cuenta mi historia con Boris, no quería estar en el mismo continente que sus hombres, y menos aún en el mismo país. Y este tipo, Dimitry... ¿quién era? Me parecía muy peculiar que mi padre confiara en prácticamente un desconocido. La desconfianza hacia los extraños me había sido inculcada desde pequeña. Fue una lección que aprendí de la peor manera posible.

—*Escúchame, pequeña* —declaró mi padre de forma apresurada, lo que indicaba que estaba molesto—. *Estos hombres no pararán hasta que te atrapen y consigan lo que quieren. Y cuando consigan lo que quieren, igual te matarán. Créeme.*

—Te creo —pronuncié. Sabía que cuando mi padre tomaba una decisión, no podía cambiarla. Me pasé la mano por el cabello e hice una mueca de dolor. Me miré las marcas azul violeta que tenía en la muñeca por la cuerda con que me habían atado—. Tengo otros dos días antes de mi trabajo en el hospital.

Acababa de tener una experiencia cercana con una violación y una muerte, y me había venido a la mente mi trabajo. ¿Qué había de malo en mi forma de pensar?

—*Los llamaré.* —Lo decía en serio; los convencería para que me guardaran el trabajo.

—¿Cuánto tiempo tengo que hacer esto?

—*No lo sé.* —Sonaba cansado.

—Por favor, prométeme que no les pedirás que me guarden el lugar. —Conocía a mi padre. Intentaría convencerlos de que lo hicieran, porque era lo correcto y no había nadie más cualificado que yo. La verdad era que había muchos candidatos capacitados—. Necesitan a alguien ahora mismo.

Incluso mientras pronunciaba esas palabras, odiaba la idea de renunciar a ese puesto. Era el trabajo de mis sueños, cirujana junior en la unidad de quemados del Johns Hopkins. Fue un milagro que mi fecha de incorporación fuera dos meses después de la fecha de su carta de oferta.

—*De acuerdo, tenemos diez segundos.* —Fue todo lo que dijo.

—Papá, prométemelo. Por favor.

—*Te lo prometo* —cedió finalmente—. *Te quiero mucho.*

—También te quiero. —La línea se cortó.

Me sequé la cara con el dorso de la mano, tenía la nariz tapada por las lágrimas. Me dolía todo el cuerpo, me dolía la cara, me dolía todo. Sin embargo, intenté mantenerme fuerte, consciente de que ambos hombres me miraban.

Resoplé, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—¿A dónde me llevan? —insistí—. Ya que parece que no puedo ir a casa y estoy atrapada en este país olvidado por Dios indefinidamente.

—A un lugar seguro.

—¿Cuál de ustedes es Dimitry? —cuestioné, recordando el comentario de papá.

—Soy Nikolai. —Se presentó el conductor.

Mis ojos se desviaron hacia Dimitry, todos mis instintos me gritaban que era peligroso. Su cuerpo rezumaba fuerza bruta e irradiaba peligro. Puede que me hubiera salvado, pero tenía la sensación de que, si tuviera que matarme, lo haría sin pensárselo dos veces. Era guapo y hermoso, aunque de una forma muy peligrosa.

«Acaba de salvarte», susurró mi mente.

—¿Quién eres exactamente? —inquirí a Dimitry, sin dejar de mirar a ese perfecto desconocido que en ese momento tenía mi vida en sus manos—. ¿Trabajas para la policía rusa? ¿O formas parte de una empresa de seguridad privada?

Nos estudiábamos el uno al otro mientras los segundos pasaban. No iba a responder, intimidándome con la mirada. Me preguntaba cómo había convencido mi padre a estos dos para que me salvaran. No parecían de los que rescataban a alguien solo porque era lo correcto. Mi padre debía de tener algo sobre ellos. O quizá mi abuelo o mi tío usaron sus contactos en los círculos políticos para conseguir que alguien me ayudara.

Me rodeé con los brazos y me acerqué a la puerta, con el viento azotándome el cabello.

—Espero que dondequiera que vayamos haya al menos una ducha —musité—. Y jabón. Estoy harta de sus formas bárbaras.

Sonaba malhumorada y como una perra. No podía evitarlo. Estaba al límite.

—La hay. Tu padre envió una maleta para ti —comentó Dimitry—. Ahora relájate, estás a salvo —ordenó.

Miré a nuestro alrededor, cristales rotos por todas partes, casquillos y agujeros de bala. Casi me habían violado. Me habían golpeado. ¿Cómo podría relajarme en un entorno así? A salvo era un término relativo en ese momento, teniendo en cuenta que ni siquiera me decía quién era. No obstante, a pesar de que mi cerebro procesaba el entorno y a estos dos extraños, me sentía segura de alguna manera. Probablemente, porque mi maldita mente estaba completamente ida.

No hablamos más. Observé aturdida por la ventanilla los campos vacíos que pasaban ante mis ojos. No había nada a nuestro alrededor en kilómetros. De vez en cuando, pasábamos junto a un auto. Aunque hubiera escapado de aquellos hombres que me tenían cautiva, no habría tenido ninguna posibilidad de llegar a ninguna parte.

Me senté sin vida en el asiento trasero, viendo por la ventana. Al notar que la adrenalina me abandonaba poco a poco, el dolor y el miedo se apoderaron de mí. Las dos últimas semanas pasaron por mi mente y un escalofrío me recorrió. Tenía mucho miedo, aunque intentaba ser valiente y mantener la calma.

Una cosa que aprendí de mi padre y de mi abuelo fue a no perder nunca la cabeza, ni siquiera en los momentos más duros. La perdías cuando estabas sola, lejos de miradas indiscretas.

Aún llevaba la misma ropa con la que me secuestraron. Estaba sucia, ensangrentada y descalza, pues había perdido los tacones por el camino. Si hubiera sabido que nuestra salida nocturna iba a terminar como acabó, me habría vestido apropiadamente. La retrospectiva era una maldita perra.

No estaba segura de cuánto tiempo llevábamos conduciendo, pero los párpados me pesaban más con cada kilómetro que dejábamos atrás. Me preocupaba la posibilidad de sufrir una conmoción cerebral y sabía que debía permanecer despierta. Desafortunadamente, había dormido muy poco durante las dos

últimas semanas y el cansancio terminó por vencerme cuando me dormí entre cristales rotos, casquillos de bala y el viento que soplaba como un huracán a través del vehículo.

Aun así, me sentía segura. Finalmente, parecía que había perdido la cabeza.

CAPÍTULO CINCO

DIMITRY

Percibí el momento en que Anastasia se durmió, con las rodillas apretadas contra el pecho y el cuerpo hecho un ovillo.

Su piel era del color del marfil, y moretones bañaban sus largas piernas. Tenía uno en la mejilla y marcas en el cuello. Las profundas sombras negras bajo sus ojos eran probablemente el resultado de no haber dormido. No quería ni pensar en lo que esos desgraciados le habían hecho. Se abrazaba a sí misma como si intentase protegerse del mundo. Llevaba poca ropa, la misma que llevaba en las grabaciones del *club*.

Probablemente no estaba preparada para ser secuestrada. En mi profesión, tratamos de estar siempre preparados. Pero entonces, su mundo era muy diferente al mío, ¿no? Podrían haber sido dos planetas distintos.

Un escalofrío recorría su cuerpo de vez en cuando, y me quité la chaqueta para ponérsela por encima. Me aseguré de mantener la distancia, para no asustarla.

«¡Maldición, era preciosa!».

La foto que envió su padre daba una idea de su belleza, pero en persona, incluso en su maltrecho estado, me dejó sin aliento.

«Estoy harta de sus formas bárbaras», repetí sus palabras en mi cabeza, burlándome de mí mismo.

Definitivamente tenía el aire de una bella princesa mimada que exigía cosas de su personal... aunque probablemente había

soportado mucha mierda en las últimas dos semanas.

—*¿Está bien?* —Nikolai preguntó en ruso, su voz baja.

Odiaba ver a las mujeres heridas. Siempre las protegía, pero aún más desde la muerte de su hermana. Era unos años mayor que él, aunque siempre veló por su seguridad. Y cuando tuvo una hija, cuidó de ambas.

A pesar de su frialdad, mataría a cualquier hombre si le pusiera un dedo encima a una mujer. Sentíamos lo mismo en ese aspecto. Era una de las razones por las que trabajamos tan duro para alejarnos de la familia del crimen organizado de Boris, este opinaba que las mujeres solo servían para follar y golpear. Cuando entraba en uno de sus ataques de ira, no le importaba a quién mataba o torturaba. Nunca entendí por qué las mujeres ansiaban relacionarse con el jefe de la *Rússkaya Máfiya*, conociendo su reputación. Tenían que saber que estaban escribiendo sus propios certificados de defunción.

Vlad había tratado de adelantarse a esos estallidos de ira, alejando a las mujeres antes de que ocurrieran. Pero sus esfuerzos resultaban inútiles: o no lograba hacerlo a tiempo, o los arrebatos de Boris se volvían cada vez más frecuentes e impredecibles. Creía que Vlad se había cansado de limpiar su desastre y había estado dispuesto a trabajar con nosotros, deslizándome información sin que se la pidiera. Teniendo en cuenta lo que Nikolai, Sergei y yo vimos desde pequeños, era increíble que estuviéramos cuerdos.

—*Da* —respondí en ruso, en voz baja—. *Está bastante magullada. Necesitaremos que Sergei nos consiga un médico para que la revise.*

Nikolai asintió y llamó a Sergei.

A pesar de su carácter consentido y exigente, quería matar a todos aquellos hombres que la habían retenido durante las dos últimas semanas. Darles una muerte lenta y dolorosa, hacerlos suplicar clemencia. Aunque nunca la tendrían. Cuanto más pensaba en ello, más me enfurecía. Tuve que respirar varias veces para calmarme. Cuando pateé la puerta y vi a ese maldito animal encima de ella, casi enloquecí. La mujer sonriente y despreocupada del vídeo había desaparecido.

Parecía joven... mucho más joven de los veinticinco años que aparentaba en su expediente. No tenía por qué mirarla siquiera. El trato consistía en mantenerla a salvo hasta que Boris Jovanov fuera ejecutado, y entonces estaría fuera de peligro y libre para volver a su vida despreocupada, exigiendo sus lujos y salvando a la gente. Y yo obtendría lo que quería, todos mis negocios legalizados y me sacaría de encima a la policía.

La gente como ella no encajaba con la gente como yo. No importaba que en ese momento fuera rico. Mi vida empezó en harapos, y no había forma de que una mujer como ella pudiera ver más allá de eso, por muy caros que fueran esos harapos. Crecí en los barrios bajos, viendo torturas, sangre y hombres asesinados. Maté a un hombre cuando tenía ocho años. Yo no era mejor que los hombres que la secuestraron y la retuvieron contra su voluntad.

Estudié su rostro dormido mientras me venía a la mente una imagen suya arrodillada ante mí. Su delicioso y largo cabello castaño que le caía por la espalda contrastaba tanto con su piel de marfil. Le ataría las manos y le haría cosas que la llevarían a suplicarme más. Y se lo daría. Podría darle todo lo que quisiera y necesitara hasta que yo fuera lo único que conociera.

«Contrólate, Dimitry. Fue secuestrada, golpeada y quién sabe qué más. Las princesas mimadas no son tu tipo».

No debería estar fantaseando con ella mientras estaba dormida y magullada a medio metro de mí.

Me lo repetía a mí mismo, sin embargo, eso no impedía que mi mente la imaginara atada a mi cama, con los ojos vendados y las piernas abiertas, esperándome.

Mierda, tendría que asegurarme de mantener la distancia. Ninguna mujer me había hecho reaccionar como esta bella durmiente a mi lado.

CAPÍTULO SEIS

ANASTASIA



Me desperté sobresaltada, mirando alrededor, dispuesta a defenderme, pero no había nadie. Los dos tipos que me salvaron estaban fuera del vehículo, hablando en tono apresurado con otro tipo. Los observé mientras interactuaban, los tres con rostros sombríos. Parecían tener edades similares, eran altos y corpulentos. Parecían muy intimidantes.

Apenas me moví y todos se giraron rápidamente, sus ojos en mí. Peligrosos y hermosos, los tres me parecieron depredadores.

Dimitry, con su cabello oscuro y aquellos ojos gris plomo, parecía del tipo que no se perdían nada y lo utilizarían todo contra ti sin piedad. Nikolai, con sus ojos azules, su cabello oscuro y la cicatriz que le recorría la mejilla, te hacía sentir ligeramente incómoda, como si se estuviera preparando para meterse en otra pelea y no le importara ganarse otra cicatriz. Al tercero, no lo había visto nunca. Parecía tener la misma edad. Aunque no estaba tan tenso como los otros dos, aun así, me dio la sensación de que era igual de despiadado.

Dimitry se acercó y abrió la puerta. Me di cuenta de que yo vestía una chaqueta desconocida.

Mis manos fueron a quitármela renuentemente cuando Dimitry me detuvo.

—Déjatela puesta.

—Gracias —murmuré. Me dolía el cuerpo y me estremecí al salir del coche, apretándome a mí misma bajo la chaqueta. Quería ocultar la mayor parte posible de mi cuerpo. No me cabía la menor duda de que mi aspecto y mi olor eran horribles. Quería bañarme desesperadamente, pero en lugar de eso, me quedé allí de pie, observando a los tres con recelo.

Pegada a mi sitio, me mantuve firme, lista para defenderme si se les ocurría acercárseme demasiado. Mantuve toda la ansiedad, la preocupación y el miedo fuera de mi rostro.

—¿Te acuerdas de Nikolai? —Dimitry interrumpió el silencio. Asentí, la mano me temblaba ligeramente al apartarme un mechón de cabello de la cara. Inhalé bruscamente, notando sangre seca por toda mi mano. Mis ojos buscaron frenéticamente para ver de dónde procedía.

—No es tuya. —La voz profunda de Nikolai detuvo mi alarmada exploración. Tragué con fuerza.

—*Oh*, está bien. —Mi voz era apenas audible, aun así, los tres me escucharon. Era extraño, porque no recordaba cómo me había manchado de sangre, pero, de nuevo, todo estaba borroso. Un hombre intentó violarme, y afortunadamente se desplomó en el suelo, herido, posiblemente muerto, y luego fui rescatada.

—Ya que Dimitry no quiere presentarme, soy Sergei. —Mis ojos se dirigieron al tercer hombre. Tenía el cabello rubio y los ojos castaños, no obstante, al igual que los otros dos, había una vibra de *no te metas conmigo*. Mientras que los acentos de Dimitry y Nikolai eran apenas detectables, el de Sergei era bastante notable.

Dio un paso adelante y me tendió la mano para estrechármela, pero antes de que mi cerebro pudiera procesarlo, mi instinto se apoderó de mí y automáticamente di un paso atrás.

Al darme cuenta de lo que había hecho, me envolví aún más con la chaqueta, me dolían los nudillos por el fuerte agarre.

—Lo siento —musité. No se merecía que actuara como si él fuera un tipo de enfermedad—. Yo... fue un reflejo.

—No te preocupes. —No pareció tomárselo a pecho.

Me sentía fuera de lugar entre estos hombres. Deseaba estar de vuelta en casa, en mi propia casa y en mi cama, entre la gente y la

familia que conocía. No quería estar rodeada de extraños.

Observé a mi alrededor, asegurándome de seguir vigilando a los tres sujetos para que no me sorprendieran. Había una gran mansión con hombres merodeando a lo lejos, como si estuvieran vigilando. Tal vez lo hacían, tal vez querían asegurarse de que estuviera a salvo. Después de todo, trabajaban para mi padre. ¿No era así?

Quería saber quiénes eran y para quién trabajaban. Se lo pregunté antes a Dimitry, pero nunca me contestó. Mi padre debería haberme explicado quiénes eran estos tipos.

La voz de Dimitry hizo poner mi atención hacia él.

—Hay un médico que puede revisarte y asegurar que estás bien.

Me encontré con aquellos ojos grises y me invadió una pequeña sensación de esperanza. Era libre y estaba a salvo. Una emoción abrumadora me inundó y, por primera vez en dos semanas, sentí que podía derrumbarme de verdad. Quizá por fin había llegado a mi punto de quiebre.

Parpadeé para asegurarme de que no comenzaría a llorar. El dolor y el malestar irradiaban por dentro y por fuera. No era solo gracias a los imbéciles que me habían secuestrado, sino al miedo y al pánico de encontrarme de nuevo sola, luchando por mi supervivencia e intentando hallar el camino de vuelta a casa. La oscuridad y la impotencia de aquellas tortuosas noches quince años atrás me atormentaron durante mi cautiverio de las últimas dos semanas. Un escalofrío de miedo recorrió mi mente y mi cuerpo.

Sin embargo, no era el momento adecuado para perder la cabeza. Primero, tenía que estar sola. No les mostraría a estos hombres que era débil. Inhalé tranquilamente y luego exhalé.

—Gracias —anuncié en voz baja, mi voz peligrosamente cerca de sonar como un quejido—. Me gustaría darme una ducha primero. —Me di cuenta demasiado tarde de que sonaba más como una orden. Si bien les estaba realmente agradecida por salvarme, me sentía asquerosa y sucia en mi estado actual—. Por favor —añadí.

—Claro —respondió Dimitry—. Puedo enseñarte tu habitación y tu baño.

Sergei habló algo en ruso y Dimitry se puso ligeramente rígido, luego le espetó algo. Aunque ninguno de los dos me miró, tuve la

clara sensación de que, lo que sea que dijeron, tenía algo que ver conmigo.

Los observé a ambos, esperando... sin saber qué. Odiaba sentirme vulnerable y despistada. Decidí que ya estaba harta de los rusos y de su maldito lenguaje.

—Estoy harta de que los rusos hablen ruso a mi alrededor. —Los fulminé con la mirada.

Tal vez me volví loca durante mi cautiverio, mi estado de ánimo pasó de quejumbroso a enojado. O quizás era el miedo lo que alimentó mi ira, o tal vez fue la experiencia cercana a la muerte y a la violación.

—Si alguno de ustedes quiere decir algo que me involucre, hablen en inglés. Al menos hasta que pueda aprender este maldito idioma. —Mis ojos los observaron a los tres intencionalmente, luego mi mirada regresó a Dimitry—. Si mi padre insiste en que no pueden llevarme a casa, me gustaría Rosetta Stone para ruso... por favor.

A veces deseaba que mi familia no me hubiera inculcado modales. Debería haberlo exigido, no pedirlo. Quería corregirme y decir *lo quiero ahora*. Pero mi maldita educación en etiqueta no podía anularse tan fácilmente.

La risa de Nikolai rompió un prolongado latido de silencio sepulcral.

—Me agradas —afirmó, sorprendiéndome. El hombre era increíblemente guapo cuando sonreía.

Sacudí la cabeza.

—Es una respuesta extraña, pero está bien —solté en voz baja.

Sergei sonrió y anunció:

—De acuerdo, princesa. Hablaremos en inglés cuando conversemos de ti. ¿Quieres saber lo que le dije a Dimitry?

Los miré a ambos con recelo. Mi instinto me decía que no me gustaría lo que dijera.

—No —contesté—. Prefiero ducharme ahora.

—Por aquí. —Dimitry me indicó con la cabeza que lo siguiera. Me hizo pasar por la puerta principal que nos condujo a una entrada de mármol. Me quedé asombrada ante el gran vestíbulo. Era casi llamativo. Si bien mi familia no era precisamente de clase media,

nunca había visto nada igual. Había estado varias veces en la Casa Blanca para una cena de Estado, pero ni siquiera aquello podía compararse con esto.

—*Wow*. ¿Es tu casa? —La pregunta me abandonó antes de que lo pensara mejor.

—No. —Su tono era cortante, y como si se arrepintiera, en tono más suave, inquirió—: ¿Te gusta?

Me encogí de hombros.

—Es bastante llamativa.

—Sí, lo es. —Su mirada sostuvo la mía—. Nos quedaremos aquí un día, máximo dos, y luego nos moveremos.

Empezamos a subir las escaleras de mármol que parecían no tener fin. No quería decirle que todo esto me ponía ansiosa. Estaba acostumbrada a controlar mi destino, adónde iba y cuándo.

—¿Adónde iremos? —inquirí.

—Tengo un sitio cerca de St. Petersburg. —Se frotó la cara como si aún estuviera pensando en el plan—. Estaremos seguros allí, mas puede que tengamos que rotar hasta que tu padre esté listo para ti.

Una vez más me pregunté qué obtendría a cambio por todas estas molestias. Debía de valer la pena para estar haciendo todo esto durante quién sabe cuánto tiempo.

—¿Eres de seguridad privada? —pregunté.

—No. —Corto y brusco, pero al menos contestó.

—¿Por qué estás ayudando a mi padre? —Tal vez respondería con más preguntas, aunque no me cabía duda de que solo revelaba lo que quería, *cuando* quería. Ni siquiera me dedicó una mirada, y no había duda de que no iba a responder.

Este hombre no se parecía a ninguno que hubiera conocido antes. Quería saber quién era; por qué me estaba ayudando.

—¿Está Boris detrás de mí...? —«*Otra vez*».

Me interrumpí en seco. Estos hombres podrían estar ayudándome, sin embargo, en ese instante no había certeza. No sabía bajo qué condición habían accedido a ayudarme. De ninguna manera les daría ningún tipo de ventaja, intencionalmente o no.

Se detuvo bruscamente y choqué con su espalda.

—*Ah*, mierda. Lo siento —pronuncié, dando un paso atrás. Levanté la cabeza, nuestros ojos se encontraron y, durante un segundo, pareció que iba a decir algo más, pero desapareció demasiado rápido.

Hizo un gesto con la cabeza hacia la habitación.

—Este es tu dormitorio y hay un baño privado. La maleta que te envió tu padre está ahí. Ve a ducharte y a cambiarte. Estaré aquí afuera.

Entré en la habitación y cerré la puerta con seguro. No me importaba si era grosera o no. No iba a arriesgarme a que alguien entrara en la recámara mientras me duchaba.

Rebusqué en la bolsa que había sobre la cama y las lágrimas picaban mis ojos. Mi padre me envió ropa limpia, incluso mis tenis de correr, artículos de aseo, un iPhone nuevo y unos auriculares. Aunque eran cosas pequeñas, significaban mucho.

Me duché en un tiempo récord. Al mirarme en el espejo, vi un reflejo que me resultaba familiar, pero también muy diferente. Era como si las dos últimas semanas hubieran borrado a la chica que fui en el *club* nocturno y hubieran puesto en mi lugar a esta mujer que se parecía a mí, aunque no lo era. Solo en otra ocasión había sentido tanto miedo en mi vida, a pesar de que mi madre había estado conmigo, así que me sentí protegida. Esta vez, no había nadie que me salvaguardara... hasta que Dimitry y Nikolai entraron disparando.

Un abrir y cerrar de ojos, un giro equivocado, el momento equivocado para salir del *club* nocturno... y todo cambió. Me miraba de vuelta una mujer que ya no estaba despreocupada. Me costó tanto superar mis miedos la última vez, que me pregunté si en esta ocasión lo conseguiría.

«Estás a salvo con Dimitry».

Ignorando el susurro de mi mente, seguí estudiándome en el espejo. Tenía un moretón en el lado izquierdo de la cara, de un sorprendente color purpura en contraste con mi piel clara. Tenía sombras oscuras bajo los ojos y todo mi cuerpo estaba cubierto de moretes.

Justo en ese momento, decidí que nunca volvería a ser tan vulnerable. Las dos últimas semanas de burlas, patadas, casi violación... y lo único que podía hacer era arañar, patalear y gritar. Debería haber sido capaz de defenderme. En vez de eso, estaba completamente a su merced. Necesitaba aprender defensa personal.

Me puse unos *leggins* negros de yoga y una camiseta de cuello redondo de color esmeralda con mangas tres cuartos, además de unos tenis. La ducha por sí sola me hizo sentir mucho mejor, pero mi ropa me generó la sensación de tener una armadura.

Salí del dormitorio y miré a mi alrededor. El trío de hombres estaba sentado en el último peldaño de la escalera, hablando en voz baja. Nikolai también debió de haberse aseado porque llevaba ropa diferente. Dimitry seguía vestido igual. Tal parecía que hablaba en serio cuando dijo que me esperaría aquí afuera.

Me aclaré la garganta y los tres levantaron la cabeza al unísono.

Sergei silbó.

—Te arreglas bien. —Resoplé un poco y mis dedos se fueron inconscientemente a mi mejilla magullada. Como si me hubiera leído el pensamiento, añadió—: No se ve tan mal. Se curará.

Le dediqué una sonrisa de agradecimiento, aunque me dolía hacerlo.

—Probablemente me parezco a Rocky.

—Un poco. —Estuvo de acuerdo Nikolai—. Solo más bonita.

—Supongo que lo tomaré como un cumplido —repliqué secamente. Desvié mi atención hacia Dimitry, quien se limitó a observarme con su fría mirada gris—. Dimitry, ¿sabes cuánto tiempo tengo que quedarme con ustedes?

—Hasta la ejecución de Boris. —Su respuesta fue llana, con un matiz de fastidio en su voz. Parecía que no estaba contento de estar pegado a mí más de lo que yo estaba feliz de estar pegada a ellos.

—¿Cuánto tiempo es eso? —Conocía a Boris Jovanov. La historia entre él y lo que le ocurrió a nuestra familia era dolorosa. Pero a diferencia de mi padre, no estaba al tanto de las noticias y veredictos sobre criminales. Y Boris Jovanov era algo que me esforzaba por olvidar. Dimitry se limitó a observarme sin mover un

músculo, casi como una estatua. Me negué a ser quien cediera, así que tuvimos un concurso de miradas.

—Cinco meses. —Acabó diciendo Nikolai, rompiendo el silencio.

«Cinco meses. Eso es mucho tiempo».

Estudié a los tres hombres, preguntándome cuánto sabrían de la historia de mi familia. Solo un pequeño grupo de personas en el mundo sabían lo que había ocurrido quince años atrás. La pesadilla y el dolor que Boris había infligido a nuestra familia tardaron mucho tiempo en sanar.

—¿Conoces a Boris? —inquirí, observando que se refería a él como Boris en lugar de explicar quién era Boris. Era un nombre común en Rusia, eso lo sabía.

—¿Qué te hace pensar que lo conozco? —preguntó. Era imposible leer a este hombre, era un completo enigma para mí. Su rostro inexpresivo, sus ojos cautelosos... Era difícil leerlo. Tacha eso, más bien, me resultaba *imposible* leerlo.

—Por la forma en que te refieres a él —razoné. Dos pueden jugar a este juego, demonios.

Dimitry se levantó y, aunque estaba un escalón por debajo de mí, seguía sobresaliendo.

—El doctor te verá ahora. —Supongo que eso significaba que nuestra conversación había terminado. No esperó a que le contestara y empezó a bajar las escaleras.

—No necesito ver al doctor. Soy médico y puedo decirte que no tengo ningún hueso roto ni ninguna otra herida. Solo estoy llena de moretones —argumenté un tanto desafiante. Sabía que estaba bien y, después de lo ocurrido, no me entusiasmaba precisamente que alguien me tocara.

Se detuvo, girándose y poniendo lentamente sus frígidos ojos en mí. Su mirada recorrió mi cuerpo de abajo hacia arriba.

—Ya que estamos atascados contigo por cinco meses, no quiero arriesgarme a ninguna mierda.

«¡Qué imbécil!».

Nikolai dijo algo en ruso y dirigí la vista hacia él, elevando una ceja. No era que pudiera intimidarlo, pero tampoco dejaría que él lo hiciera.

—Diablos, ¿qué dijiste? —espeté cuando quedó claro que no me seguiría la corriente y lo traduciría al inglés. Se limitó a observarme y empecé a enfadarme.

—Le dijo a Dimitry que fuera más amable contigo —tradujo Sergei.

—*Oh.* —Era lo último que esperaba—. Gracias.

Me pasé la mano por el cabello. No quería empezar esta *relación*, a falta de un término mejor, con el pie equivocado.

—Gracias por salvarme y siento que ahora estén atrapados conmigo. —Empecé suavemente. Me sacaron de una terrible situación, de eso no había duda. Hablaba para todos, no obstante, mis ojos estaban puestos en Dimitry. Por alguna razón, mi mirada seguía gravitando hacia él—. Pero también estoy atrapada con ustedes. No es exactamente como imaginaba que acabaría mi verano, y desde luego no es como pensaba que pasaría los próximos cinco meses. —Siguió esperando, y ni siquiera estaba segura de a dónde quería llegar con esto—. Si pudieras decirme cuáles son tus expectativas para los próximos meses y puedo darte las mías, quizá no pongamos al otro con los nervios de punta.

Nikolai tosió incómodo y juraría que ahogó una carcajada. Aunque no quise apartar la vista de Dimitry. Era importante que llegáramos a un acuerdo.

—Sígueme. —Se dio la vuelta y continuó bajando las escaleras—. No queremos hacer esperar al doctor.

Literalmente levanté una bandera blanca y él la desechó.

—Idiota barbárico —susurré para mis adentros mientras pasaba junto a Nikolai y Sergei, con cuidado de no tocar a ninguno.

—Entrará en razón —indicó Nikolai en voz baja y mis ojos se clavaron en él.

«¿Qué significaba eso?».

CAPÍTULO SIETE

DIMITRY

Cinco meses alrededor de Anastasia Manciatti fue un mal trato. No podía creer que hubiera aceptado. No había pasado ni un día y ya tenía ganas de arrastrarla a una habitación como un imbécil bárbaro, como ella me había llamado, y retenerla allí hasta saciarme.

«¡Hablando de prioridades jodidas!».

Era un desgraciado frío que mantenía las riendas firmes sobre mis emociones. No me involucraba con la gente y no negociaba con nadie. Ni siquiera con una hermosa mujer que conseguía ponerme la polla dura con solo mirarme.

Cuando salió del dormitorio vestida con sus ajustados pantalones y una camiseta que acentuaba sus ojos, mi verga se agitó al instante. Sabía que estaba siendo un idiota con ella, pero era mejor mantener la distancia. Y que mantuviera la suya conmigo.

Era lista y persistente. Sabía que no dejaría de cuestionar los motivos de mis hermanos y míos para salvarla o nuestra conexión con Boris hasta que satisficiera su curiosidad.

Había demostrado su valentía al confrontarme, que era más de lo que hacían incluso mis hombres. Era fuerte y segura de sí misma. Era el tipo de mujer que podía ser dócil, pero que no aceptaba una mierda de nadie. Incluso después de dos semanas de cautiverio y de recibir golpes, se mantuvo firme.

«Quizá no pongamos al otro con los nervios de punta».

Sus palabras resonaban en mi cabeza. Era tan princesa como Sergei la llamaba, aunque no estaba seguro de que fuera en el mal sentido. Por su forma de comportarse, se notaba que estaba acostumbrada a que la trataran como a la realeza y a salirse con la suya. No era de extrañarse, teniendo en cuenta que toda su familia ocupaba cargos políticos de alto nivel y que la riqueza formaba parte de su herencia. Nació vestida con seda mientras yo nací en la calle en harapos.

A diferencia de ella, Nikolai, Sergei y yo éramos escoria de la escoria. Crecimos en un orfanato, abandonados por quienes deberían haber cuidado de nosotros. Atamos el nudo de la hermandad, ya que nada podía interponerse en nuestro camino mientras crecíamos desde los barrios bajos hasta los *penthouses*. Pero en el fondo, seguíamos siendo esas ratas callejeras, rechazados por todos. La gente en sus círculos sociales escupía a la gente como nosotros, creyendo de verdad que eran mejores e irreprochables. La forma en que dieron la espalda a los hechos que implicaban a uno de los suyos matando a la hermana de Nikolai era el ejemplo perfecto. Aunque nuestros miles de millones los hacían soportarnos, nunca se atarían a alguien como nosotros en público. Defendían a los suyos y pisoteaban al resto de la sociedad. Esas personas eran una raza especial, sin duda.

A pesar de nuestra evidente incompatibilidad, quería saciarme de ella. Tal vez una sola revolcada sería suficiente para sacarla de mi sistema.

«¿No dicen que siempre quieres lo que no puedes tener?».

Me detuve bruscamente, al notar que el médico nos esperaba delante de su oficina, y Anastasia volvió a chocar con mi espalda. Me estremecí ligeramente y la vi dar un paso atrás, con un iPhone en la mano.

—Mierda, lo siento... otra vez —murmuró.

—¿Qué es eso? —bramé. Sus ojos verdes destellaron primero de miedo y luego de ira. Sabía que era innecesariamente grosero, pero mi temperamento se encendía más fácilmente con ella.

—Un iPhone —expresó con calma a pesar de la ira en sus ojos.

—¿De dónde lo sacaste?

—Mi padre lo dejó en la maleta —informó, y juré que puso los ojos en blanco. En su maltrecho estado, aún tenía energía para poner los ojos en blanco—. No te preocupes, es seguro.

Le tendí la mano y esperé a que me diera el aparato. Entendió perfectamente lo que le pedía, pero prefirió jugar.

Sus ojos se desviaron hacia mi mano y luego de nuevo a mi cara.

—¿Qué?

—Dame el maldito teléfono —demandé entre dientes.

—¿O qué?

«Oh, quiere jugar».

—Pequeña, no quieres tentarme. —Me acerqué más a su cuerpo, invadiendo su espacio personal que había envuelto a su alrededor como una armadura. No tenía ni idea de por qué me sentía tan atraído a esa chica. Despreciaba a la gente como ella, los que habían tenido una vida fácil y actuaban con derecho a algo. Se creían mejores que el resto del mundo—. Castigo la desobediencia con un látigo... en el culo desnudo... o en el coño. Tú eliges. —Su aguda respiración hizo que mi polla se agitara—. ¿Y adivina qué?

—¿Qué? —Su voz era ronca y ligeramente entrecortada. Teniendo en cuenta que acababa de ser rescatada esta mañana, esta chispa y su respuesta me complacieron.

—Te gustará. De hecho, te gustará muchísimo —prometí en voz baja.

Esperaba ver miedo en sus ojos, pero su piel se sonrojó y sus labios se entreabrieron en señal de invitación. El ligero movimiento de los pies del doctor interrumpió el momento y sus ojos se desviaron de mí hacia él. Aunque no estaba seguro de si era un grito de ayuda o de vergüenza.

Mierda, olía como los lirios en primavera. Tenía la boca ligeramente abierta y me pregunté a qué sabría cuando la besara. *Cuando* la besara... no *si*. No tenía ninguna duda en mi mente. Era un hipócrita, teniendo en cuenta la charla que acababa de tener conmigo mismo hacía menos de diez minutos, aunque la atracción que sentía por ella me quemaba las venas como un infierno. La tendría una vez y la sacaría de mi sistema.

—¿Está lista la joven para la examinación? —La voz del médico, en ruso, llegó hasta mí.

—*Da* —respondí en ruso, pero no me moví, no hasta que me diera ese teléfono. Entendió que no nos íbamos a mover de este sitio hasta que cediera.

Puso el receptor en mi mano y nuestra piel entró en contacto. Saltaron chispas en el punto en que sus dedos conectaron con mi palma. Mantuve la expresión impasible, pero vi que la confusión cruzaba su rostro cuando sus ojos se fijaron en el lugar donde nuestra piel acababa de tocarse. Se frotó los dedos contra el pantalón y me pregunté si era porque no le gustaba la conexión o porque sintió la misma electricidad que yo.

Se recompuso rápidamente y contestó:

—Quiero que me lo devuelvas después.

Tuve que esconder mi sonrisa. Era una pequeña valiente.

—Por aquí. —Le hice señas para que se dirigiera al cuarto que utilizaban los médicos que Sergei tenía en la nómina. Entró y se sentó en el banco de la esquina. La seguí, al igual que el doctor.

Me observó con recelo, y no la culpé. No tuve oportunidad de explicarle que el médico no hablaba inglés.

El doctor preguntó en ruso:

—¿Qué le pasó? ¿Por qué tiene moretones?

—Fue secuestrada —expliqué—. *Acabamos de rescatarla esta mañana.*

—No tengo ningún hueso roto. —Empezó a explicar Anastasia al médico, sin darse cuenta de que no la entendía. Noté que le molestaba que el doctor y yo habláramos en otro idioma—. Pero si tiene alguna loción con ceramidas y tópicos para aliviar el dolor, me vendrían bien. Solo por unos días para aliviar el malestar de los moretones.

—No habla inglés —informé.

—*Oh.* —Su expresión decayó un poco—. ¿Cómo vamos a comunicarnos entonces?

—Traduciré. —Pensé que era obvio que esa era la razón por la que estaba aquí.

El médico le señaló la camisa y el pantalón y le hizo un gesto con las manos para que se los quitara mientras le daba las mismas instrucciones en ruso.

—Quiere que te quites la camisa y el pantalón.

—No me voy a quitar la ropa contigo aquí. —Se sonrojó y no pude evitar querer verla desnuda.

—No te preocupes, he visto a muchas mujeres quitarse la ropa.

—Estoy segura de que sí —contestó secamente—. Pero a mí no me has visto desnuda, y seguramente nunca lo harás. Así que, por favor, date la vuelta.

«Oh, te veré desnuda. Tarde o temprano, estarás desnuda y debajo de mí».

Me di la vuelta y vi su reflejo en el fino cristal del armario lleno de medicamentos. La vi hacer una leve mueca de dolor al quitarse la camisa por encima de la cabeza, mas no emitió ningún sonido. Luego se quitó el pantalón con la ayuda del doctor.

Al ver su reflejo en el cristal, no pude distinguir todos los moretones; sin embargo, vi que eran demasiados. Incluso cuando la rabia volvió a hervir en mi interior, me mantuve quieto. Podía ser una princesa mimada, pero no se lo merecía. *Ninguna* mujer lo merecía.

El médico le palpó las costillas y murmuró lo que ella ya sabía. Si bien no tenía ningún hueso roto, estaba muy magullada. Revisó sus delgadas piernas y mis manos se cerraron en puños. Quería trazar la línea de sus piernas hasta las pantorrillas. Realmente era una mujer hermosa.

El doctor me miró y supo que estaba echando un vistazo al reflejo de Anastasia a través del cristal porque frunció el ceño y sacudió la cabeza. Ni siquiera fingí apartar la vista.

Volvió su atención a Anastasia y le hizo la pregunta en ruso que todas las mujeres temían. Ella miró hacia mí y esperó. Nunca me habían importado los sentimientos de nadie, pero no quería herirla.

—Dimitry, ¿qué preguntó? —Su voz era suave. Mierda, era un desgraciado espiando a escondidas su reflejo en el fino cristal después de que acababa de soportar dos semanas de tortura. Eso definía claramente las diferencias entre ella y yo, ¿no?

—Preguntó si te forzaron.

—Sí —respondió en voz baja—. Me secuestraron.

Cerré los puños con rabia, aun así, no expresé ninguna emoción mientras traducía lo que decía. El médico le dio unas palmaditas suaves en la mano. Dijo las siguientes palabras y casi deseé no ser el traductor.

Esperaba expectante, con los ojos clavados en mi espalda. Me esforcé por eliminar toda emoción de mi voz.

—Dice que tendrá que hacerte un examen ginecológico, sacarte análisis de sangre y darte pastillas para asegurarse de que no quedes embarazada.

—¿Qué? —Su voz sonaba indignada.

Me di la vuelta, ignorando su petición de que apartara la vista, y nos miramos. Debía de haber olvidado que estaba casi desnuda, solo en sujetador y bragas. Y demonios, era una diosa capaz de ponerme de rodillas.

—Sé que es duro, pero es lo mejor. —Intenté tranquilizarla.

Me observó pensativa y luego se le iluminaron los ojos. «*Qué raro*», pensé.

—*Oh,* eso es lo que querías decir... —Empezó a sacudir la cabeza —. Lo siento, tan estúpido de mi parte. Estaba nerviosa y no comprendí. No, nadie me forzó. —Sus ojos se desviaron entre el doctor y yo—. Hubo tres que lo intentaron, pero... —Tragó saliva—. Pero los otros no los dejaron acercárseme.

Traduje sus palabras al doctor y me sentí aliviado al saber que no tuvo que soportar eso. Ninguna mujer debería tener que tolerar eso. Frustrado por dejar que mi deseo por esta mujer se apoderara de mí, reprendí mentalmente al demonio que había en mí y que le había escupido esas palabras antes. Aquí estaba, amenazándola con azotarle el coño y prometiéndole que le gustaría, mientras que durante las dos últimas semanas había soportado un infierno. Era un maldito bruto de la peor calaña que no merecía una mujer como ella.

El médico volvió a hablar y traduje:

—El doctor quiere que se lo confirme para que quede todo claro. ¿No fuiste violada?

—No. —Sacudió la cabeza—. No me violaron. Solo me patearon un par de veces. —Se pasó la mano por el cabello—. No quiero que suene como que eso me parece bien, pero prefiero eso a... bueno, a la alternativa.

Asentí con calma, ignorando la rabia que corría por mis venas. Quería volver y quemar aquella casa. Cada hombre que le hizo daño sería torturado durante días mientras el siguiente en la fila miraba y esperaba su turno. Haría que cada uno se arrepintiera de haber observado a Anastasia.

El doctor siguió con otra pregunta, y decidí que le encargaría a Anastasia Manciatti el Rosetta Stone que me pidió en cuanto tuviera un momento. Ciertas cosas sobre las mujeres no quería saberlas.

—Me preguntó cuándo fue la última vez que tuviste relaciones sexuales y si tomas algún método anticonceptivo.

Mierda, no quería saber cuándo había tenido sexo por última vez. ¿Fue con el tipo que le asignaron para su protección? ¿Con el que bailó en el *club*? Un rubor le subió del cuello a la cara y respiró hondo.

—Sí, tomaba anticonceptivos, pero no tuve acceso a ellos en las últimas dos semanas —avisó exasperada—. Y la otra pregunta realmente no merece una respuesta.

El médico comprendió e hizo lo que esperaba que fuera la pregunta final.

—Quiere saber si hay alguna posibilidad de que estés embarazada.

Ni siquiera dudó ni pestañeó.

—Ninguna.

El doctor pareció satisfecho y asintió.

Me di la vuelta para dirigirme a la puerta y hacer que Nikolai se ocupara del teléfono de Anastasia cuando su voz me detuvo.

—Dimitry, ¿podrías preguntarle al médico por la crema, por favor? Aliviaría un poco el dolor. Solo para unos días.

Traduje la pregunta y el doctor asintió.

—Te dará suficiente para dos semanas. Y te dará píldoras anticonceptivas o una inyección, si quieres.

—Gracias —manifestó agradecida.

Joder, necesitaba algo de espacio de esta mujer.

CAPÍTULO OCHO

ANASTASIA



No me di cuenta hasta después de que Dimitry se fue de que se había dado la vuelta y ni siquiera lo reprendí. Seguía sin verme desnuda. Esto era como llevar un traje de baño. Mis bragas y mi sujetador no eran precisamente *sexys*. Eran blancos, de algodón y cómodos. Volví a echar un vistazo a mi cuerpo y no podía imaginar cómo me veía. Moretones salpicaban mi cuerpo de un feo color morado y azul.

Sin embargo, estaba agradecida por ellos. Lo decía en serio, prefería mil moretones más que tener la alternativa.

El doctor me entregó la crema y me demostró con las manos que debía aplicármela en capas sobre la piel. Hice lo que me indicó y me vestí. Me enseñó a ponerme la loción dos veces al día y yo asentí. Era un poco tonta la forma en que nos comunicábamos, no obstante, funcionó.

Me puse rápidamente la ropa y los tenis. Dejé al doctor con un agradecimiento más y me sorprendió no ver a Dimitry merodeando, asegurándose de que hiciera lo que me habían dicho. Volví sobre nuestros pasos hasta que me detuvo una voz que me llamaba.

Me giré y me encontré a Sergei corriendo hacia mí.

—Hola, Anastasia. —Me saludó con una sonrisa—. Nikolai me pidió que te diera esto. —Me devolvió el teléfono—. Ha eliminado todos los accesos a redes sociales. Por motivos de seguridad. No

obstante, Dimitry pidió que añadieran la aplicación Rosetta Stone que ya contiene ruso.

Asentí con la cabeza.

—Gracias. Espero con impaciencia comenzar con el Rosetta Stone. —Le dediqué una pequeña sonrisa, aunque me dolían las mejillas.

Y tenía sentido eliminar el acceso a redes sociales. No iba a ponerlos en peligro solo por eso.

—¿Quieres que te dé un *tour* de este sitio? —Ofreció.

—Claro, pero tal vez solo el primer piso. Este lugar es enorme.

Este sitio era del tamaño de un palacio, y me dolía demasiado el cuerpo como para soportar un *tour* elaborado. Además, estaba cansada. La siesta en el coche me había dado un ligero golpe de energía, pero ya se me estaba pasando.

Se rio.

—¿No creciste en un palacio, princesa? —bromeó.

Guio el camino y lo seguí, aunque este lugar no me interesaba lo más mínimo.

—No, crecí en una casa demasiado grande —respondí—. Una casa innecesariamente grande, con mucho espacio desaprovechado, ya que soy hija única.

—Aun así, debió de ser agradable —opinó—. Eres una de esas chicas que probablemente eran muy populares y tenían amigos en su casa todo el tiempo.

—La verdad es que no. —Me reí entre dientes—. Crecí con Olivia y su hermano mellizo. Conocimos a Scarlett en la preparatoria y era tan parecida a nosotras que la hicimos amiga nuestra. Así que éramos prácticamente solo nosotras. Oliver tenía su propia habitación, mientras que Olivia, Scarlett y yo compartíamos la mía la mayor parte del tiempo a pesar de que cada una tenía la suya.

—Suena como una casa llena —comentó, aunque en su rostro apareció un destello de tristeza. ¿Quizás extrañaba a su familia?

Dios, echaba muchísimo de menos a todos. A Scarlett, Olivia y Oliver los consideraba parte de mi familia, aunque no éramos parientes. Había estado preocupada por ellos durante las dos últimas semanas, pero sabía que Brian se aseguraría de que estuvieran a

salvo. Era el único consuelo en la oscuridad y el frío de aquella habitación mal ventilada y sucia.

Caminamos de habitación en habitación y, aunque Sergei hablaba, ambos parecíamos estar con nuestros pensamientos en otra parte. Se estaba poniendo demasiado detallista en su explicación de la decoración y la historia de cada espacio. Ya estaba cansada y no quería dormirme caminando.

—¿Cómo se conocieron? —Curioseé, intentando cambiar de tema —. ¿Tienes hermanos?

—Dimitry, Nikolai y yo crecimos juntos en un orfanato. —Mis ojos volvieron a él con sorpresa. No me lo esperaba. Debió de ser duro—. Nikolai tenía una hermana, pero, por suerte, un familiar pudo acogerla.

Parecía que estaba diciendo mucho sin decir nada en absoluto. El hecho de que agradeciera que la hermana de Nikolai no tuviera que crecer en el orfanato con ellos ya era bastante revelador.

—¿Qué edad tenían? —Mi voz era baja y suave.

—Dimitry tenía unos dos años cuando lo dejaron en la puerta del orfanato.

Mierda, odiaba ver a los niños maltratados, y no podía imaginarme lo duro que fue eso.

—¿Y tú y Nikolai? —inquirí suavemente, no queriendo abrir viejas heridas.

—Dimitry es el mayor. Llegó primero, y cuando mataron a los padres de Nikolai y su tío lo dejó en el orfanato, lo tomó bajo su protección. Seguí a Nikolai cuando mis papás me entregaron, y ambos me hicieron parte de su grupo.

Su voz estaba vacía de emociones y se me rompió el corazón por los tres niños que estaban solos en el mundo. ¿A Dimitry lo dejaron en la puerta? ¿Los padres de Sergei lo habían abandonado? Quería hacer más preguntas, pero no quería echarle sal a la herida. No podía imaginar que eso fuera algo que se superara alguna vez. Si no tuviera a mi familia, estaría perdida.

—¿La hermana de Nikolai vive cerca de él ahora? —cuestioné—. Debe amar tener a su familia cerca.

—No, la mataron —declaró, la ira detectable en el tono de su voz —. Tiene una sobrina que vive bajo su techo.

Bueno, era una forma extraña de describirlo, aun así, no quería seguir interrogándolo. Mantenía sus emociones bajo control, pero podía ver que le molestaba. O tal vez debería decir que había una falta de emociones.

Mientras caminábamos en silencio, pensé en mis padres y mis abuelos. Tuve mucha suerte. Éramos una familia unida y cariñosa, y siempre nos cubríamos la espalda. Aunque mi padre, mi tío y mi abuelo eran excesivamente protectores, comprendía su necesidad. Oliver, Olivia y Scarlett hacían que nuestra familia fuera cada vez mejor. Amaba a Oliver como si fuera mi hermano, y ni siquiera la sangre podía hacer de Olivia y Scarlett mis hermanas más de lo que ya lo eran.

Mi madre... Mi corazón se apretó en agonía al recordarla. Era algo en lo que era buena olvidando. Esos dolorosos últimos días de su vida. El cautiverio hizo que esos recuerdos volvieran diez veces más. Todavía la extrañaba. La culpa me carcomía lentamente, y era algo que me acompañaría para siempre.

Sergei detuvo su recorrido en la parte trasera de la casa, con una gran piscina que se extendía frente a nosotros. No podía creer lo que veían mis ojos. La vista que tenía ante mí era una de serenidad y belleza.

—¡Esta es mi parte favorita de tu casa, Sergei! —exclamé con una sonrisa, y él me la devolvió—. Es hermosa.

Después del pesado tema de su pasado, este lugar se sentía todo lo contrario... ligero y tranquilo. Había una piscina eterna con una cascada que daba la impresión de que caía desde la montaña. El sonido del agua me tranquilizaba y me hacía sentir en medio de la naturaleza. Había estatuas en cada esquina de la piscina. Con una fuente de agua que caía en torrente de vuelta a la piscina, creaba un ambiente sereno y relajante.

El teléfono de Sergei sonó y contestó en ruso.

Tras unas palabras, colgó, mirándome.

—Me tengo que ir. Si quieres ir a nadar, siéntete libre de hacerlo.

—No nadaré, pero me quedaré por aquí si te parece bien.

—Por supuesto —respondió rápidamente—. Enviaré a alguien con bebidas.

Se marchó sin mirar atrás y me senté al borde de la piscina. Me arremangué los pantalones y me quité los zapatos y los calcetines. Fiel a su palabra, Sergei envió a alguien con bebidas, que trajo una botella de vino con una copa, algo de queso y galletas, y una botella de agua. La tomé con gratitud, ingiriendo toda la botella de agua y luego me serví un vaso de vino mientras mordisqueaba galletas saladas.

Sabía que no debía beber vino con el estómago vacío, pero quería disfrutarlo. Estaba viva y era un gran motivo de celebración. Con cada día que pasaba en las últimas dos semanas, mi esperanza de salvarme disminuía. Pensé que sería mi fin.

Finalmente, me había confesado a mí misma que había estado muerta de miedo durante mi cautiverio. En la última semana me costó cada vez más aferrarme a la falsa sensación de valentía. Lamentablemente, tenía miedo de que, si me derrumbaba, me hubiera matado allí mismo. Así que mantuve la falsa valentía y me aferré a la esperanza de salvarme contra todo pronóstico.

Con cada sorbo de vino, mi cuerpo se relajaba poco a poco y los dolores de mis moretones se atenuaban. O quizás era la loción tópica que conseguí. En cualquier caso, no importaba. El dolor casi había desaparecido.

No estaba segura de cuánto tiempo estuve allí sentada, disfrutando del sol, con los pies metidos en la piscina y bebiendo vino. Con la mente gloriosamente vacía y el cuerpo relajado, contemplé el horizonte, las puntas de las montañas a lo lejos cubiertas de hielo. Podría llorar por la belleza. O porque el alcohol en mí estaba trabajando en mi contra. En cualquier caso, estaba agradecida de estar viva, viendo el espectáculo más hermoso y asombroso. Se me escapó una lágrima, luego la siguiente, y entonces se desató todo el miedo y el dolor de las dos últimas semanas.

Los únicos sonidos que rompían el sereno ambiente eran mis suaves sollozos y el agua que caía en la piscina.

—Anastasia, ¿qué sucede? —Una voz grave resonó detrás de mí y levanté la vista para encontrarme con unos ojos grises preocupados. Se había cambiado de ropa y en ese momento llevaba una chaqueta desabrochada, con la funda de la pistola asomándose por debajo—. ¿Alguien te hizo daño?

Se arrodilló a mi lado y me observó, intentando averiguar qué había pasado.

¿Se reiría de mí si le dijera que eran lágrimas de alivio? ¿Lo entendería?

—Estoy bien —murmuré, saboreando la sal de mis lágrimas—. Creo que... el vino me hizo perder la cabeza. —La declaración fue seguida por un fuerte hipo.

Me quitó lentamente de las manos la copa casi vacía y la dejó a un lado. Debería haberme controlado, pero simplemente no pude. Todo el miedo y el control que había mantenido sobre mí misma, tratando de mantenerme fuerte durante las últimas dos semanas... todo se disipó. Todo mi cuerpo temblaba con el miedo que había estado ocultando desde el momento en que me secuestraron.

El mundo entero se sumió en una niebla mientras enterraba la cara en el hueco de su brazo, sus bíceps fuertes bajo mi mejilla.

—Creí que sería mi fin. —Mi voz era un susurro tembloroso y cualquier rastro de fuerza había desaparecido—. Pensé con seguridad que no sobreviviría esta vez.

Sus brazos me rodearon y disfruté de su fuerza.

—Ahora estás a salvo.

Sentí su voz más que oírla. A pesar de su aura de peligro y dureza, me sentía segura con él. Su calidez se filtró por cada uno de mis poros y, poco a poco, mi temblor se calmó. Permanecimos así unos segundos, tal vez minutos, hasta que por fin me recompuse.

Intenté levantarme con piernas temblorosas, pero habría caído de bruces si él no me hubiera sostenido.

CAPÍTULO NUEVE

DIMITRY

Lo primero que pensé al ver llorar a Anastasia junto a la piscina fue que iba a matar a quien lo hubiera provocado o al que le hizo daño otra vez. No esperaba que estuviera borracha, que las dos últimas semanas hubieran colisionado contra ella. Había sufrido mucho. Me impresionó que se mantuviera tranquila. Para ser una princesa mimada y protegida, era una mujer fuerte.

Mientras la sostenía, asegurándome de que no se cayera hacia delante, con las piernas tambaleantes, enterró la cara en mi pecho. Sin duda estaba borracha, aunque no podía culparla. Me pregunté a qué se refería cuando dijo que creía que *esta vez* no sobreviviría. ¿La habían secuestrado antes?

Levantó la cabeza y esos hermosos ojos esmeralda se encontraron con mi mirada.

—C-creo que estoy b-borracha —balbuceó.

Mis labios esbozaron una sonrisa.

—Tal vez un poco.

Sus ojos parecían confundidos mientras centelleaban, intentando enfocarme.

—Me gustan tus ojos —confesó mientras cerraba los suyos y apoyaba la cabeza en mi pecho—. Eres tan cálido y hacía tanto frío allí.

Se veía tan vulnerable, con el rostro húmedo por las lágrimas y relajada contra mí. Dios, su figura encajaba perfectamente contra

mí; se sentía perfecta entre mis brazos. Me agaché y levanté con facilidad su cuerpo delgado que se sentía tan delicado y suave en mis brazos; sin embargo, cuando se apretó contra mi pecho, una sensación alarmante creció en él.

«Esta era la razón exacta por la que necesitaba mantener la distancia con esta mujer».

Destripé a un hombre cuando tenía catorce años. Mientras lo torturaba durante horas, no sentí miedo, ni arrepentimiento... nada. Intentó hacerle daño a Sergei, alardeó ante sus amigos de que haría de Sergei su perra. Así que lo cacé y me aseguré de que gimiera durante horas. Los vecinos oyeron sus súplicas, sus promesas de que dejaría en paz a Sergei, pero dejarlo vivir habría sido un riesgo. Así que le corté la garganta y dejé que se desangrara hasta morir. Me aseguré de que se supiera quién lo hizo y por qué, cerciorándome de que nos dejarían en paz a mis hermanos y a mí. Así seríamos intocables. La única ventaja de pertenecer al grupo del crimen organizado de Boris era que nadie se atrevía a ir a la policía y denunciarnos. Tampoco les hubiera servido de mucho; la mitad de ellos eran corruptos de todos modos.

Y aquí estaba, acunando a Anastasia Manciatti en mis brazos como si fuera una frágil muñeca. Era conocido por ser un desgraciado frío, que nunca mostraba emociones, y esta mujer estaba haciendo aflorar en mí todo tipo de sentimientos. No era inteligente dejar que me influenciara.

Me alejé de la piscina y atravesé el patio trasero, llevándola en brazos. Cuando entré en casa, parecía profundamente dormida. Me topé con Nikolai y Sergei en la escalera y ambos elevaron sus cejas. Nikolai nos miraba con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión de complicidad en la cara. No sabía una mierda.

—*Tomó demasiado vino* —expliqué en ruso—. *Nikolai, necesito que hagas otra búsqueda de sus antecedentes.*

—*¿Por qué?*

—*Quiero saber si fue secuestrada antes de esto.*

—*¿Qué?* —preguntó Sergei sorprendido, ciñéndose al ruso—. *Eso sería tener muy mala suerte. ¿Qué te hace pensar que fue secuestrada en otra ocasión?*

—Algo que dijo antes de quedarse dormida.

—¿Crees que fue secuestrada por Boris o su gente? ¿Que está marcada? —La pregunta de Nikolai tenía sentido. Si la habían secuestrado antes y había escapado, la misma gente iría tras ella. La marcarían como objetivo, correrían la voz en el mercado negro y ofrecerían un buen premio hasta que la atraparan.

—No lo sé —contesté. Me enfadaba que me mantuvieran a oscuras. Si estaba marcada por una organización por secuestrarla y no habían tenido éxito antes, su padre debió habérmelo dicho.

—¿Alguno de ustedes sabe algo de Vlad? —cuestioné.

Tenía tendencia a esconderse cuando metía la pata. Hacía casi dos semanas que no sabía nada de él.

—Sí, fue al Russian Orchid *hace unas semanas* —informó Sergei —. *Enfureció a los italianos. Otra vez. Ya sabes, la misma historia de mierda. No deberíamos darles negocios, podemos hacerlo todo por nuestra cuenta. Está empeñado en mantener el negocio como se ha hecho durante los últimos treinta años. Me cansé de escucharlo y le dije que se fuera a otra parte. Dijo que pasaría desapercibido en Naryan-Mar.*

—Está empezando a causar más problemas de los que vale —maldijo Nikolai en voz baja. Vi que miraba a Anastasia para asegurarse de no despertarla.

—Estoy de acuerdo. —Aunque mi confirmación era clara, no tenía por costumbre darle la espalda a la gente sin ninguna razón válida, basándome solo en una corazonada. Pero los tres teníamos la corazonada de que Vlad no tramaba nada bueno.

Vlad siempre se andaba escondiendo. Disfrutaba trabajando en el mercado negro y ocupándose del contrabando ilegal. Le advertí de que estaba llegando a su fin, y aceptó que era hora de retirarse. Lo único que me molestó fue que lo aceptó con demasiada facilidad. Vlad nunca hacía nada fácil.

No obstante, cuando traicionó a Boris diez años atrás con la última información que necesitaba para asegurarme de que lo encerraran definitivamente, le di a Vlad mi palabra de que estaría protegido y cuidado cuando todo estuviera dicho y hecho. Vlad era el único que sabía dónde se deshacía Boris de los cuerpos. Quería

asegurarme de que Boris recibiera la peor condena posible, y entregar mis pruebas de fraude no era suficiente, pero fraude y asesinato era un premio gordo.

—Pero tenemos que cumplir nuestro trato —expresé mi preocupación a mis hermanos—. Le prometimos una oportunidad cuando nos ayudó a encerrar a Boris.

Una promesa era una promesa, y no solía romperlas a menos que hubiera una razón válida para ello. Aunque mi confianza en Vlad era cuanto menos recelosa.

—Si alguna vez hay que romper una promesa —añadió Sergei a regañadientes—, sería esta.

Estuve a punto de darle la razón, pero un hombre era tan bueno como su palabra. Cumpliría mi promesa y pondría fin a todas las actividades ilegales. Si los italianos querían meterse en el asunto y tomarlo desde allí, no tendría nada que ver con nosotros. Ya era hora de que mis hermanos y yo disfrutáramos de nuestras vidas y envejeciéramos en paz. Nos lo habíamos ganado con sangre y sudor, literalmente.

—A menos que me dé un motivo —repliqué secamente—. No romperé mi promesa. —Me aseguré de que ambos lo entendieran, complacido cuando asintieron—. *Nikolai, deberíamos comprobar si hay alguna conexión entre Boris y la familia Manciatti.*

Tanto Nikolai como Sergei me miraron sorprendidos y preguntaron al unísono:

—¿Por qué iba a haberla?

—Él era el fiscal, ¿verdad? —Nikolai añadió—. *No creería que hubiera más conexión que esa.*

—Anastasia preguntó si Boris iba detrás de su familia —les expliqué a ambos. Nos estábamos perdiendo algo aquí, me jugaría la vida en ello—. *Hay una conexión, lo sé.*

—Investigaré. —Si alguien podía conseguir todos los detalles del pasado de su familia, era Nikolai.

El ambiente se estaba volviendo tenso y todos sentíamos que algo se estaba gestando. La cuestión era *qué.*

—Creo que le agradas —bromeó Sergei, tratando de aliviar la tensión en el ambiente.

—¿Por qué dices eso? —inquirí, con cierta curiosidad. No creía que le agradara mucho. Bueno, aparte de mis ojos y mi calor, que ella había admitido hacía unos minutos.

—Cuando me acerqué para presentarme, se acercó más a ti. —También lo noté, pero probablemente era la posición en la que estábamos—. *Y cada vez que hablamos, sus ojos te buscan.*

Tenía una teoría diferente al respecto.

—Se siente más amenazada por mí, que es probablemente la razón por la que sigue observándome.

Nikolai resopló.

—Sigue diciéndote eso, hermano.

Mis ojos se desviaron hacia la mujer que tenía en mis brazos. El moretón en su mejilla era de un color vivo y su rostro mostraba toda su vulnerabilidad. Deseé poder borrarlo todo.

—La gente de su estatus no se mezcla con gente como nosotros —les recordé a ambos.

Me marché sin decir otra palabra y seguí caminando hacia la habitación que Anastasia utilizaría durante los siguientes dos días. La acosté en la cama grande, con el cabello de un tono caoba que contrastaba con el blanco de la almohada. La cama grande se tragaba su pequeño cuerpo.

En contra de mi buen juicio, le pasé ligeramente los dedos por el cabello y una exhalación salió de sus carnosos labios rojos.

Mientras le cubría el cuerpo con las sábanas, sus párpados apenas se abrieron y su mano agarró la mía.

—Por favor, quédate conmigo —murmuró, sus hermosos ojos volvieron a cerrarse como si ya no pudiera mantenerlos abiertos.

Tenía ojeras, prueba de lo poco que había dormido en las dos últimas semanas. Su mano seguía sosteniendo la mía, con las marcas moradas de las cuerdas con que le ataron las muñecas aún evidentes en su piel.

—Mierda. —La maldición salió de mis labios en un suave susurro. Sabía que no debía quedarme con ella, no obstante, cada hueso de mi cuerpo se oponía a dejarla. ¿Por qué tenía este agarre en mí?

Me acosté encima de las sábanas y me quedé con ella, escuchando su respiración uniforme. Su olor a lirios frescos me

envolvía, su respiración era una canción de cuna que nunca había oído mientras crecía. Era la primera vez que dormía en la misma cama que una mujer.

Y nunca nada se había sentido *tan bien.*

CAPÍTULO DIEZ

ANASTASIA



—Mamá, tengo miedo. —Estaba oscuro y hacía frío. Tanto las manos de mi madre como las mías estaban atadas, pero aun así consiguió envolverme entre sus brazos. Me rozó la frente húmeda con besos y con la cara llena de lágrimas. Cada vez que me besaba, se estremecía y una expresión de dolor pasaba por su rostro.

—Papá y el abuelo nos salvarán —susurró.

Llevábamos aquí mucho tiempo. Parecían meses, aunque ya no distinguía los días de las semanas.

Levanté la mano hacia su mejilla y le cubrí suavemente el corte.

—Lo siento mucho, mamá. —No me gustaba ver a mi madre herida. Quería hacerla sentir mejor. La culpa era amarga en mi lengua. Nunca podría deshacerme de ella. La culpa por mi traición sabía a ceniza, óxido y sangre. Fui yo quien traicionó a mi madre y a mi familia de la peor manera posible.

La puerta se abrió bruscamente con un fuerte golpe y ambas nos encogimos de miedo, mi madre me acercó más a ella.

—Una de ustedes va arriba —escupió el hombre. Era malvado, con ojos negros y muertos.

Un gemido salió de los labios de mi madre mientras me empujaba detrás de ella. Empecé a llorar, sin entender lo que estaba pasando. O quizá no quería entenderlo.

—¿Quién va a ser? —Se acercó cada vez más hasta convertirse en una nube oscura que se cernía sobre nosotras.

—Yo iré. —La voz de mi madre era un susurro áspero.

—Mamá, por favor, no me dejes —sollocé, asustada de quedarme sola en la oscuridad.

Sus manos estaban ensangrentadas y sucias cuando me las puso en la cara.

—Ahora vuelvo, mi amor. Tienes que ser valiente. ¿De acuerdo?

No era valiente, por mucho que lo intentara... Me daba miedo la oscuridad y siempre buscaba a mis padres para que me salvaran. Mi respiración se hacía más pesada cuando el hombre metió la cara entre nosotros y sus ojos negros me observaron lascivamente. Su mano me rodeó el cuello y apretó, provocándome un dolor ardiente en la garganta.

Mi madre le dio un cabezazo y, en el momento en que tomé aire en los pulmones, grité mientras la sangre empezaba a chorrear por su rostro.

—Ya es suficiente. —Otro hombre se acercó y le dio un puñetazo al tipo. Cayó al suelo como un saco de papas.

—¿Qué demonios, Vlad? —Escupió sangre al suelo y un gemido salió de mi boca. El tipo al que mi madre le había dado un cabezazo, centró su atención en mí. Instintivamente, retrocedí lo más lejos posible de él.

—Sube antes de que te mate —ordenó el tipo al que llamó Vlad. Finalmente, sus ojos se apartaron de mí y su vista se centró en el hombre al que acababa de darle un puñetazo. Miraba a ambos, pero solo veía la espalda de Vlad. En ningún momento volteó para contemplarme a mí o a mamá.

—¡Tráela arriba! —bramó una voz fuerte desde lo alto de la escalera, haciendo que mis ojos se alzaran involuntariamente, olvidando a los otros dos hombres. Lo reconocí de inmediato. Nuestras miradas se cruzaron y la culpa surgió en mi interior. La vergüenza me quemaba tan fuerte que me ahogaba.

—Vamos —le dijo Vlad a mi madre, casi exasperado. Quería verlo a la cara y rogarle que nos dejara ir, pero ni siquiera se dignó a mirarme.

—Mamá, por favor —gemí, dándome cuenta de que era la primera vez que la llamaba mamá en años.

Vlad ordenó al horripilante tipo ensangrentado que subiera las escaleras, y luego arrastró a mi madre con él.

Un grito salió de mis pulmones, ardiendo en mi garganta hasta dejarla en carne viva. Chillé, perforándome los oídos, mientras Boris agarraba a mi madre por el cabello y estampaba sus labios contra los de ella. Luego, la abofeteó tan fuerte que su cabeza voló hacia un lado.

—Anastasia, cariño. —Su voz temblaba—. Cierra los ojos.

Las lágrimas corrían por mi rostro mientras cerraba los ojos, bloqueando la escena que tenía adelante. Podía sentir el dolor de mi madre casi como si fuera el mío propio. Su tormento y agonía viajaban por el aire seco.

Temblaba de miedo. Incapaz de contener mis gritos, vociferé, rezando para que alguien me oyera, rezando para que me doliera menos. Quería arreglar lo que había roto.

Grité, volcando todo el sufrimiento y el terror de mi madre, con la esperanza de que mi padre o mi abuelo vinieran a buscarnos. Era como si en la oscuridad de la noche no hubiera nada más que mis gritos y el aullido del viento. Tal vez llevaría mi voz a nuestros salvadores...

—¡Despierta! —Las manos de un hombre me sacudieron mientras buscaba a mi madre, intentando detener al hombre a través de la bruma.

—¡Para! —chillé a través de mis gritos, con la voz ronca.

—Anastasia, despierta. ¡Ahora! —Los temblores continuaron mientras una voz profunda ordenaba—: Abre los ojos.

Mi respiración era agitada y mis latidos erráticos. No dejaba de jadear en busca de aire y la bruma que me rodeaba se disipó mientras continuaba parpadeando.

Escuché un fuerte estruendo y traté desesperadamente de aclarar mi visión para poder ver lo que ocurría.

—Anastasia, háblame. —Conocía esa voz. Miré en la dirección de ella y vi a Dimitry todavía vestido.

No recordaba haberme ido a la cama. No recordaba cómo habíamos llegado hasta aquí; mi cerebro seguía atascado en el horror de mi pasado.

—¿Por qué demonios estaba gritando? —Sergei demandó—. ¿Le hiciste daño?

Al ver a Dimitry, me di cuenta de que debió de haber estado durmiendo a mi lado.

Me temblaba la mano cuando me la llevé a la garganta, me temblaba todo el cuerpo. Mis ojos enloquecidos recorrieron a los tres hombres, y vi que Sergei y Nikolai tenían pistolas en las manos.

—No. —Mi voz era áspera y sin aliento como si acababa de correr un maratón—. Solo fue una pesadilla.

—¿Estás segura? —Los ojos de Dimitry me dijeron que no me creía.

—Princesa, debió de haber sido un maldito sueño para que despertaras a toda la casa —comentó Sergei, aunque no parecía molesto.

Respiré hondo, intentando calmar mi acelerado corazón. Era consciente de que los tres me observaban como un animal a punto de atacar.

—Lo siento mucho —murmuré con voz temblorosa.

Me temblaban bastante las manos mientras me cubría la cara, intentando controlarme. Hacía tanto tiempo que no tenía pesadillas. El recuerdo era tan crudo y fresco de nuevo.

—No es para tanto —musitó Sergei. Debía de estar haciéndolo sentir incómodo, pero no podía dejar de temblar.

Las manos de Dimitry me rodearon.

—¿Recuerdas de qué se trataba el sueño?

«Sí».

—No —respondí en cambio en voz baja, incapaz de mirar a ninguno de ellos—. Me duele la cabeza. ¿Tienen aspirinas?

—Iré a buscar. —Ofreció Nikolai y se llevó a Sergei.

Cuando se fueron, por fin pude observar a Dimitry.

—¿Te golpeé?

—No —aseguró con voz tranquila—. ¿Estás bien?

Respiré hondo.

—Sí, lo siento mucho. —Volví a disculparme—. Hace mucho tiempo que no tenía una pesadilla.

—Puede que te ayude hablar de ello —aconsejó Dimitry, pero no podía aceptar su oferta.

—Estoy bien. Lo he olvidado casi todo —mentí.

—De acuerdo. —Aceptó en un tono que indicaba que no me creía.

—Toma, te traje aspirina y agua. —Nikolai volvió en el momento perfecto.

Le tendí la mano, aún temblorosa, y dejó caer dos pastillas en mi palma, luego me pasó el vaso con agua. Las tomé con el agua, esforzándome por evitar la mirada de ambos.

—Vuelve a dormirte —concretó Dimitry y me encontré con su mirada gris.

No quería que se fuera, pero también tenía miedo de que se quedara y pudiera presenciar otro incidente. Debería haber esperado que las pesadillas volvieran con todos los desencadenantes que habían estado sucediendo en mi vida en las últimas dos semanas. Mi mente se ralentizó y mis pensamientos se volvieron más difíciles de comprender.

Con los ojos caídos por el cansancio, dije:

—Me siento rara. —Era difícil pronunciar esas tres palabras.

—Es aspirina con somnífero —comentó Nikolai—. Para que puedas descansar.

—*Oh*, de acuerdo. —Eso era bueno, tal vez conseguiría descansar y pasar una noche sin sueños. Cerré los ojos con un suspiro y murmuré con voz suave—: Gracias por salvarme. Sea cual sea la razón.

Volví a apoyar la cabeza en la almohada y volví a abrir los ojos. Ninguno de los dos se había movido de su sitio. Dimitry seguía a mi lado en la cama y Nikolai estaba al otro lado de la habitación.

—¿Te quedarás? —Creí mover los labios para hacer la pregunta, mas no pude escuchar mi voz mientras el sueño lentamente me consumía.

—Sí, me quedaré. —La voz de Dimitry estaba lejos, pero me dio paz mientras el mundo desaparecía de mi mente.

CAPÍTULO ONCE

DIMITRY



Estudié el rostro dormido de Anastasia. Su forma apacible era engañosa, y empezaba a ver las capas que se esforzaba por ocultar. Su valentía era innegable, teniendo en cuenta cómo se mantenía firme en las confrontaciones. Pero debajo de todo eso, también había vulnerabilidad y miedo, una necesidad por seguridad.

¿Qué demonios le había causado que se agitara tanto? Parecía más angustiada por su pesadilla que por el secuestro.

—*Tenemos que encontrar la pieza del rompecabezas que falta aquí* —le expresé a Nikolai en ruso—. *Hay algo que el fiscal no nos dijo.*

—*Lo haré.* —No había un ápice de duda en la voz de Nikolai. Era su especialidad—. *¿No crees que fue una pesadilla?*

—*No.* —Miré a Nikolai—. *¿Y tú?*

—*No.* —Nikolai estudió la forma dormida de Anastasia—. *Hay un precio en el mercado negro para cualquier grupo o individuo que capture a Anastasia Manciatti* —habló en ruso, manteniendo un tono bajo—. *El precio es significativo. Cien millones de rublos rusos.*

—*Maldición.* —Eso no era bueno. Tentaría a mucha gente a ir tras ella—. *¿Qué organización?*

—*Está marcada por Boris y sus hombres* —confirmó lo que ya sospechaba—. *Aún no he encontrado pruebas de que haya sido mantenida cautiva antes. Aunque hay algunos rumores sobre una mujer y una niña que Boris torturó.*

¿Podría Anastasia estar de alguna manera relacionada con eso? No obstante, esa historia habría sido demasiado grande para que su padre la ocultara.

—Su conexión familiar con un fiscal, un gobernador y un senador no habría permitido que se mantuviera fuera de las noticias — reflexioné.

*—Pensé lo mismo —*coincidió—. *No pude conseguir una cronología de cuándo ocurrió ese supuesto rumor, pero sí fue justo antes de que encerraran a Boris, no pudo ser Anastasia. Su expediente decía que su madre había fallecido hace quince años.*

Pensé en el pasado, intentando recordar dónde estábamos quince años atrás. Fue cuando empezamos a viajar entre Estados Unidos y Rusia. Era el contacto principal para todos los negocios estadounidenses y europeos, así que estábamos por todas partes. Nos estábamos apoderando poco a poco del imperio de la mafia delante de las narices de Boris y él ni siquiera lo veía.

Nikolai obtuvo la cicatriz por aquella época. Nuestras miradas se cruzaron, y supe que el mismo recuerdo pasaba también por su mente. Todavía podía saborear la rabia que sentí en ese entonces. El impulso de venganza y la sed de sangre para hacerlos pagar. Cada persona que estuvo presente cuando ocurrió la marca de Nikolai, fue cazada y asesinada por mí y mis hermanos. Nadie tocaba a mi familia y se salía con la suya.

Fue más o menos cuando empezamos a retirarnos lentamente de la organización de Boris para no tener que participar en sus malditos juegos enfermizos. Éramos los *Russian Sinners*, pero incluso nosotros teníamos límites sobre lo que estaba bien y lo que estaba mal. Y torturar inocentes que no tenían conexiones con nuestro mundo era un firme no para nosotros.

Algo no cuadraba. Teníamos que averiguar para qué más teníamos que estar preparados. Si Anastasia estaba marcada, la gente que la cazaba seguiría viniendo tras ella. Tendríamos que movernos constantemente.

Volví a mirar a la mujer que estaba a mi lado. Parecía frágil. El deseo de protegerla y hacerla mía se intensificaba con cada minuto que pasaba. ¿Qué tenía que me hacía estar tan concentrado en ella?

Cuando se estremeció en su sueño y empezó a gritar, fue como si alguien me desgarrara el pecho. Había tanto miedo en sus gritos.

—Siempre podríamos preguntarle a su padre —propuso Nikolai. Tendría sentido, lamentablemente, su padre no confiaba en nosotros ni nosotros en él. Como si me leyera el pensamiento, comentó—: Debe de confiar en nosotros lo suficiente para mantener a salvo a su hija.

Tenía razón. Anastasia Manciatti era la integrante más preciada y valiosa de la familia de su padre. Empezaba a pensar que su padre estaba mucho más interesado en colaborar con nosotros de lo que dejó ver al principio.

Era consciente de que Nikolai me observaba pensativo, pero lo ignoré. Nos conocíamos desde hacía suficiente tiempo como para darnos cuenta de que no podíamos ocultarnos el uno del otro.

Moví suavemente un mechón de cabello que tenía pegado a la frente húmeda. El calor se extendía por mis dedos y llegaba hasta mi corazón cada vez que nos tocábamos, derritiendo el bloque de hielo en que se había convertido con los años.

No debería haber dejado que me impactara así. No debería haberla tocado. Un hombre con pecados como los míos no debería estar tocando a esta mujer, y mucho menos durmiendo en la misma cama que ella. No merecía estar en la misma habitación que ella.

—¿Te acuerdas de la bruja? —Las palabras de Nikolai me hicieron levantar la cabeza.

—¿Qué bruja?

—La que dijo que una mujer sería tu perdición y te pondría de rodillas —respondió—. La encontraste.

No creí ni una palabra de lo que aquella bruja loca había dicho hacía tantos años. Además, cada palabra que pronunció fue una afirmación general. Una mujer había sido la perdición del hombre a lo largo de la historia. No había nada nuevo ahí. No pudo encontrar una cosa inteligente que decir, así que recurrió de nuevo a una generalización.

—Dame tu palma, joven. —La bruja tenía unos penetrantes ojos oscuros.

—No me interesa. —Esto era una mierda. Estaba aquí para matar hombres, no para que me leyeran mi destino. Ya sabía cuál era mi destino... Era un asesino y un pecador.

El sol se ponía lentamente sobre St. Basil's Cathedral*, la mayor parte de la* Red Square *vacía. Era señal de que las cosas estaban por ponerse feas. No importaba lo que pasara, los rusos siempre parecían saber cuándo se avecinaban problemas y se marchaban. Era como si los muros les susurraran advertencias a las mujeres, los niños y los hombres honrados y trabajadores de por aquí.*

—Vamos, hermano. —Instó Sergei—. ¿Qué daño puede hacer?

Si bien amaba a mi hermano, a veces necesitaba mantener la boca cerrada y mantenerse concentrado en la tarea que tenía entre manos. Este día ya era una mierda. Boris y Vlad iban a hacer un trato con el jefe del crimen organizado libanés al día siguiente. Tenía la intención de acabar con ese intento de negociación. A la mierda si estuviera relacionado con el tráfico de personas, con los libaneses, con los italianos o con quien fuera. Si querían traficar con criminales, me daba igual. No me preocuparía por eso. Pero no permitiría que traficaran con mujeres y niños. Y esos desgraciados estaban haciendo exactamente eso.

Así que el plan era matar a esos malditos imbéciles esta noche antes de que pudieran llegar al lugar del acuerdo mañana al amanecer.

—Hazlo, Dimitry —presionó Sergei, fascinado con la lectura de manos por alguna puta razón. Ojalá dejara su fascinación para otro día.

—Maldición, Sergei —le espeté a mi hermano menor. La mano de Nikolai se acercó a mi hombro y fue suficiente para hacerme entrar en razón.

Me tranquilicé de inmediato al ver el ceño fruncido de Sergei. Aún era joven, de hecho, el día anterior había cumplido dieciocho años.

—Bien. —Acepté, resignado, y su cara se iluminó al instante.

Miré a mi alrededor para asegurarme de que no había ninguna amenaza inmediata.

Teníamos un buen sitio, un callejón oscuro despejado a nuestras espaldas. Lo aseguramos nosotros mismos. Había una ruta de salida que habíamos consolidado durante los dos últimos días y que nadie más conocía. La hicimos nosotros mismos con un taladro y un martillo. Estaba escondida detrás de la pared y atravesaba el muro de piedra de treinta centímetros. Era lo suficientemente grande para que pudiéramos arrastrarnos a través de ella.

Me cerní sobre la pequeña mujer vestida con el tradicional traje folclórico negro. Con su mano arrugada, agarró la mía y siguió moviéndola de un lado a otro.

Tuve la tentación de poner los ojos en blanco, pero no quería faltarle al respeto. Si fuera a hacerlo más fácil, le daría dinero para que me dejara en paz. Sin embargo, las gitanas, las "brujas" como las llamaban los lugareños, eran famosas por no aceptar caridad. A menos que te vendieran algo, cualquier cosa, se negaban a aceptar el dinero.

—¿Algo? —pregunté impaciente.

—Hmmm —murmuró. Jesucristo, ¡termina con esto, mujer! Di alguna idiotez y sigue tu alegre camino.

Volví a mirar a mi alrededor para asegurarme de no perder nuestra pista.

—Yo me encargo, Dimitry —afirmó Nikolai.

Se mantuvo alerta. Sabía lo importante que esto era. Teníamos una oportunidad y solo una para eliminar a esos desgraciados así no tendríamos que ir por este maldito camino directo al infierno. Probablemente, ya estábamos encaminados, pero no había necesidad de llegar allí más rápido.

Una cosa que no sabía cuándo nos unimos al grupo organizado de Boris, pero que aprendí muy rápido, era que una vez que entrabas en la Rússkaya Máfiya*, no había forma de salir. Era para toda la vida. Así que, si íbamos a estar en ella de por vida, sería bajo las condiciones que yo pusiera. Boris no lo sabría hasta que fuera demasiado tarde. Antes que nada, mantendría a mis hermanos a*

salvo. Luego, nos haríamos cargo de la organización de Boris. Podría llevar años, pero tarde o temprano, tomaría las riendas.

—Anhelas una familia —comunicó, y mi cabeza volvió a la anciana. La observé fijamente. Levantó sus ojos oscuros y me miró con complicidad. Un latido de deseos no expresados, los que nunca me permití.

Rápidamente rechacé aquella ridícula idea. Qué absurdo fue permitirle leerme la palma.

Saqué mi mano de su arrugado agarre y le di monedas con la otra.

—Aquí está su pago —informé—. Gracias por su servicio.

—Habrá una mujer —continuó como si no acabara de ignorarla—. A menos que te quedes con ella, será tu perdición. Te pondrá de rodillas. Sin ella, tus rodillas se pondrán en carne viva. Con ella, la adorarás y tendrás la familia que tanto anhelas.

«¡Qué maldita basura!».

Alcé la vista y divisé a los imbéciles que habíamos venido a eliminar de la faz de la tierra.

—Entra, mujer —advertí, con los ojos clavados en los hombres que morirían esta noche—. Y no salgas hasta que sea seguro.

En mi periferia, noté que siguió mi mirada. Comprendió lo que estaba a punto de ocurrir y se alejó rápidamente. Aquella noche matamos a los principales hombres de la organización criminal libanesa y se envió una advertencia silenciosa a los demás. Si no mantenían la distancia, acabarían igual.

Volví a pensar en la mujer que yacía a mi lado. Nunca había pensado en aquellas palabras ni en la anciana. Aunque en ese instante, mirando a Anastasia, tenía que preguntármelo. Habían pasado menos de veinticuatro horas y esta atracción me estaba poniendo rápidamente de rodillas.

¿Sería *ella* mi perdición?

CAPÍTULO DOCE

ANASTASIA



Me desperté con la boca seca y los rayos de sol entrando por las ventanas. Pensé en la noche anterior y me sentí un poco avergonzada. Pero no podía hacer nada sobre ello. Había sucedido y no podía deshacerlo.

Me incorporé y eché un vistazo a la habitación. Dimitry ya no estaba, aunque su lado de la cama tenía la huella evidente del lugar en el que había dormido. Llevé mi mano hasta ahí y sentí el calor de su cuerpo. Estuvo conmigo toda la noche.

«Me hace sentir segura».

Cual fuera su historia o la forma en que mi padre lo había hecho formar parte de este lío, Dimitry me hacía sentir segura. Era mi mejor oportunidad de sobrevivir, física y mentalmente. ¿No era extraño eso? Un hombre que rezumaba poder y peligro me hacía sentir segura.

Alguien llamó a la puerta y esta se abrió. Dimitry estaba allí, mirándome con aquellos ojos grises, y sentí como si estuviera viendo cada centímetro de mí hasta el fondo de mi alma. Me hizo preguntarme qué veía. ¿Un desastre de mujer que necesitaba la protección de su familia, una mujer con una familia adinerada detrás, o simplemente me veía a mí?

Mis ojos se posaron en su alto cuerpo. Llevaba unos *jeans* oscuros y una camisa blanca de botones por fuera. No podía negarlo, era bastante *sexy*.

—Buenos días —pronuncié primero.

No era una persona tímida, mas por alguna razón saber que había presenciado uno de mis momentos más vulnerables me hizo sentir así. Su atención sobre mí me hizo retorcerme, nerviosa de que hubiera visto demasiado de mi persona.

—Buenos días.

Me aclaré la garganta, ligeramente incómoda bajo su mirada.

—Gracias por... —Me detuve un segundo y volví a aclararme la garganta, luego continué mirándolo a los ojos. No tenía sentido esconderse—. Gracias por quedarte conmigo anoche. —No respondió, solo asintió—. Apuesto a que no esperabas tener que lidiar con calmarme a mitad de la noche. —Mi intento de broma para aligerar el ambiente fue en beneficio de ambos.

De hecho, sonrió y, Dios mío, era guapísimo. Pasó de *sexy* como el diablo a *sexy* como un ángel.

—No te preocupes —replicó, su voz profunda retumbando a través de mí—. No fue la primera vez que veía a una persona teniendo una pesadilla.

Volví a pensar en lo que me contó Sergei, cómo los tres crecieron en un orfanato. ¿Lo vio allí? ¿O fue después? Tenía la sensación de que había tenido una vida dura y que por eso daba la impresión de ser un hombre frío y duro. Tal vez era un hombre duro, pero también creía que tenía un lado suave. Si no, no se habría quedado la noche anterior.

«¿Por qué le pedí que se quedara conmigo?».

Nunca le había pedido a nadie que se quedara conmigo, ni siquiera a mi padre. Nunca quise testigos cuando mis pesadillas me atormentaban. Las pocas relaciones que tenía eran siempre platónicas. A menos que me sintiera segura con un hombre, me resultaba imposible abrirme o sentirme cómoda. Probablemente por eso seguía siendo virgen. Nunca me había sentido segura con un hombre. Era difícil superar ciertas pesadillas. Los días se convirtieron en semanas. Las semanas se convirtieron en meses. Y luego habían pasado años y seguía siendo virgen a los veinticinco.

—¿Estás lista para desayunar? —interrumpió mis pensamientos.

Para mi vergüenza, mi estómago rugió en respuesta.

—Supongo que no puedo ocultarlo —dije—. ¿Tengo tiempo para una ducha rápida?

—Sí. Cuando termines, baja las escaleras y la puerta grande de la derecha es donde comeremos.

Me dejó para que me arreglara en privado. Después de una ducha rápida, untarme loción sobre los moretones y cambiarme de ropa, me eché un vistazo en el espejo. Los golpes seguían ahí, pero al menos no me dolían tanto. Llevaba unos *jeans* azules y una camiseta blanca lisa con la inscripción *Save The Planet* en verde, combinada con unos *flats* blancos.

—Sí, salvemos el planeta —murmuré en voz baja—, y a mí misma. —Aunque el planeta podría tener más posibilidades de ser salvado en ese momento.

Suponía que me veía tan bien como podía con un moretón en la mejilla. Llevaba el cabello recogido en una cola alta, lo que realzaba aún más el golpe, pero no quería ocultarlo. No tenía nada de qué avergonzarme. Estaba viva y eso era lo único que importaba.

Tras veinte minutos estaba duchada y lista para empezar el día. Encontré a Dimitry, Nikolai y Sergei en el comedor. Hablaban entre ellos en ruso y, en cuanto entré en la habitación, los tres levantaron la vista.

—Buenos días —saludé.

—Princesa. —Empezó Sergei—. Son casi las once. Es la tarde.

Me acerqué lentamente, pero me detuve a metro y medio de ellos.

—Técnicamente, es un buen día hasta las 11:59 —anuncié con una sonrisa—. Al menos eso es lo que nos enseñaron en la inútil Escuela de Etiqueta y Esposas Perfectas.

—¿De verdad tienen una escuela así? —preguntó Sergei con sincero asombro.

—Sí. —Tuve que sonreír, porque era bastante ridículo que todavía dirigieran una escuela así y que generara suficiente dinero para seguir activa.

—¿Así que hicieron de ti una esposa perfecta? —Nikolai cuestionó.

Una suave risita salió de mis labios.

—No, me corrieron —respondí—. Muero de hambre. ¿Podemos comer? —Dimitry señaló mi lugar en la mesa y me di cuenta de que los hombres me estaban esperando para empezar a comer—. ¿Esperaron?

—Sí. —Dimitry siempre iba directo al grano. Me acercó una silla y juraría que me hizo sentir como si estuviéramos en una cita.

Los tres siguieron su ejemplo y se sentaron mientras dos mujeres traían la comida.

—No deberían haberme esperado. También deben estar hambrientos.

—Lo estamos —confirmó Sergei—. Ahora cuéntanos. ¿Por qué te echaron? No puedes soltar una bomba así y esperar acabar con esa conversación.

Sonreí, ligeramente incómoda. Abrí esa puerta, así que no podía culpar a nadie más que a mí misma.

Una chica joven, probablemente de mi edad, me sirvió una taza de café y jugo de naranja.

—Huele muy bien. Muchas gracias —halagué, sonriéndole mientras agarraba ansiosamente la taza de café, aquel maravilloso olor invadiendo mis sentidos. Era mi primera taza desde que me habían secuestrado.

Aspiré profundamente.

—*Oh*, te extrañé mucho —susurré feliz a mi taza de café, y la chica soltó una risita.

—Puedo traerte más. —Ofreció.

—Sí, gracias. —Le sonreí agradecida—. ¿Tienes leche también?

—¿De qué tipo te gustaría? —inquirió sonriendo.

—Vainilla francesa si tienen. Si no, cualquier cosa normal, por favor. —Volví a sonreírle—. ¡Muchas gracias! Me acabas de mejorar el día, posiblemente todo el mes.

Se dio la vuelta y se marchó con paso rápido. Tomé un sorbo y cerré los ojos, degustando el sabor que tanto había echado de menos.

Cuando abrí los ojos, me encontré con tres hombres que me observaban como si estuviera loca.

—¿Qué? —repliqué a la defensiva, mis ojos se encontraron con la mirada de Dimitry—. ¿No tienes una relación amorosa con tu café?

—*Um,* no —respondió Sergei, sonriendo—. Todas mis relaciones amorosas son con mujeres.

—Podrías pasar semanas sin mujeres —afirmé—. Pero intenta pasar semanas sin café. Es mortal. —Tomé otro sorbo y me encantó el calor que sentí mientras bajaba por mi garganta.

—Más vale que tengas cuidado, Anastasia —advirtió Nikolai con un brillo en los ojos—. Tu futuro esposo podría estar celoso de tu taza de café.

Me encogí de hombros y respondí con una sonrisa.

—Elegiría el café siempre.

—¿Te enseñaron eso en tu escuela de etiqueta? —cuestionó Sergei, riendo—. Dinos por qué te corrieron.

Sentí que el calor me subía por las mejillas.

—Es una larga historia —declaré, consciente de que los ojos de Dimitry me observaban con atención. Mordí un pan tostado y esperé que aquello fuera el final del interrogatorio.

—Tenemos tiempo —añadió Nikolai. Era extraño, a pesar de que su cicatriz le daba un aspecto aterrador y duro, tenía la sensación de que también era muy protector.

Exhalé.

—De acuerdo, supongo que abrí esa conversación —afirmé, resignada—. Durante mi último año de preparatoria, mi abuelo insistió en que me convirtiera en una señorita propia. —Puse los ojos en blanco al recordar aquella conversación con él—. No se dejó disuadir. Todas las mujeres de nuestra familia habían asistido a la escuela de etiqueta durante generaciones —imité la voz de mi abuelo—. *Podrías casarte con un presidente, y tendrás que saber comportarte.* —Respiré hondo—. De todos modos, quería adelantarme para estar preparada para mis cursos universitarios y sabía que no podría hacerlo con las clases de la preparatoria, sobre todo con esta escuela que intentaba enseñarme a ser una esposa descerebrada cinco horas al día.

Recordé aquellos días. Desafiaba a mi abuelo y a mi padre a cada momento. La única razón por la que todo acabó bien fue porque mi

tío fue el mediador.

—¿Y? —insistió Sergei, y volví al presente, encontrándome con sus ojos marrones.

Por instinto, mi mirada se dirigió a la de Dimitry. Había algo en ella que me tranquilizaba.

—La directora tenía una regla. —Mi vista los recorrió a los tres—. Incluso lo puso en el libro de reglas. No podías fraternizar con su hijo. —Sergei esbozó una amplia sonrisa—. Así que fraternicé con su hijo.

—¿Te echaron por eso? —preguntó.

—Desgraciadamente no —anuncié—. Resultó que su hijo jugaba para el otro equipo. Así que mi fraternización con él solo llegó hasta una cita. Obtuve un helado de ello. —Nikolai negó con la cabeza—. Realmente es un buen tipo y seguimos en contacto, pero nos ayudó a mí y a mis amigas a idear el plan que seguramente haría que nos echaran.

—Demonios, princesa. ¿A cuánta gente metiste en esto? —cuestionó Sergei.

—Solo éramos tres y el hijo de la directora —aclaré—. El día de la reunión de la junta directiva, organizamos una gran fiesta e invitamos a chicos de un colegio cercano. Acabó siendo más grande de lo que habíamos planeado... y mucho más salvaje. Se nos fue un poco de las manos —añadí con una sonrisa tímida.

Aún recuerdo la mirada de mi abuelo cuando fue a buscarme. Era de exasperación, decepción y tristeza. Podía soportarlo todo de él, excepto la tristeza.

—Olivia, Scarlett y yo fuimos expulsadas —continué—. Teníamos la posibilidad de volver en seis meses si cumplíamos ciertas condiciones. Ninguna de nosotras quería volver, así que nos echaron oficialmente de la escuela. Mi abuelo se enojó mucho. Le preocupaba que la próxima generación de nuestra gran familia no pudiera asistir a la maldita escuela. —Era tan tradicional que a veces me preguntaba si lo habían sacado del siglo equivocado—. Y que Dios nos ayude a todos si me caso con un presidente —agregué bromeando.

A pesar de todo, mi abuelo me apoyaba. A veces era muy autoritario, y yo intentaba ser comprensiva. A veces me sentía mal por esos pocos años de rebeldía. Le recordaba a mamá. Decía que me parecía mucho a ella. Aunque decía que ella era tan gentil y amable mientras que yo era demasiado salvaje. Quizá fuera dulce, pero también era increíblemente fuerte. Más fuerte que mi padre, mi abuelo, mi tío y yo juntos.

A pesar de toda la tortura que había soportado, habría seguido viviendo si no la hubieran matado. Aunque casi me quebraron dos veces, no había pasado ni por una fracción de lo que ella pasó. Me preguntaba si nuestra familia, tan visible en los círculos sociales y tan ávida de poder, nos había hecho más vulnerables. Durante generaciones, nuestra familia disfrutó de riqueza, poder y estatus. Eso creaba envidia y codicia.

—¿Es esa la aspiración de tu familia? —La voz de Nikolai interrumpió mis pensamientos—. ¿Qué te cases con un presidente?

Parpadeé, intentando procesar la pregunta. ¿Era esa su aspiración? Quizás en otro tiempo, pero ya no. No había esperanza de que me casara con alguien de la política. Los evitaba a todos como a la peste. Mi abuelo era un hombre inteligente y se había dado cuenta desde el principio. Mi madre tuvo la oportunidad de casarse con un hombre que había tenido el potencial de convertirse en presidente. Creía que mi abuelo no quería que mamá se casara con mi padre. Aunque nunca me lo había dicho, las pocas cosas que había oído aquí y allá me hacían creerlo. En realidad, daba igual, porque siempre estábamos juntos no importara lo que pasara. Incluso me di cuenta de que tanto mi tío como mi abuelo querían tener cada vez menos relación con el círculo de poder.

La chica volvió con otra taza de café y leche.

—¿Esto servirá?

—Perfecto. Muchas gracias. —Asintió y volvió a salir. Regresé mi atención hacia Nikolai y respondí a la pregunta—: No, no lo creo. Estar casada con alguien del mundo de la política es un trabajo a tiempo completo. Ya tengo un trabajo a tiempo completo. —En cuanto esas palabras salieron de mis labios, hice una mueca de dolor —. Bueno, tenía uno, pero conseguiré otro.

—¿Cuál es tu trabajo? —inquirió Sergei con curiosidad.

—Soy doctora. Mi especialidad es cirugía pediátrica —respondí con orgullo.

—¿No eres demasiado joven para ser cirujana? —La pregunta de Sergei era justa, aunque odiaba la duda.

—No —siseé—. Soy lo suficientemente mayor. Soy una cirujana bastantemente buena y me esforcé mucho para conseguirlo.

—Espera. Espera. —Levantó las manos a la defensiva—. No te alteres.

—Yo… —Empecé, pero fui interrumpida por las siguientes palabras de Dimitry que detuvieron todas mis defensas.

—Anastasia es la cirujana más joven de la historia de la medicina en Estados Unidos —dijo con naturalidad, y mis ojos lo observaron con atención. ¿Se estaba burlando de mí?—. Terminó la preparatoria tres años antes de otros de su edad y dobló los cursos durante los años de universidad.

Lo miré con desconfianza, pero su expresión no delató nada.

—¿Haciendo comprobaciones detalladas de antecedentes? —cuestioné levantando una ceja.

—Siempre —manifestó.

—Tendré que hacer lo mismo con ustedes tres —murmuré en voz baja—, ya sabes, para nivelar el campo de juego.

CAPÍTULO TRECE

DIMITRY

La expresión de felicidad de Anastasia cuando tomó el primer sorbo de café me puso la polla tan dolorosamente dura que pensé que tendría que excusarme y masturbarme con la imagen de su expresión de éxtasis. Me moría de ganas de ver su rostro cuando por fin la follara. ¿Sería igual de contenta? Sus ojos brillaban como esmeraldas bajo la luz. Me daba envidia la taza de café que contemplaba con tanta adoración.

Y cuando sonreía con esos hermosos labios, me preguntaba cómo se verían envueltos alrededor de mi verga. ¡Realmente era un desgraciado! Había pasado por una experiencia traumática, tenía pesadillas, y yo fantaseaba con que me diera sexo oral.

Era ridículo incluso sentirme atraído a ella. No era el tipo de mujer que me solía gustar. Me gustaban las sumisas, las que no se atrevían a cuestionarme ni a pedirme nada. Porque no tenía nada que darles, excepto el dinero para pagarles. No quería compartir mi pasado, mis pecados ni mis sueños con ninguna mujer.

Anastasia, en cambio, sabía lo que valía y no se alejaba de los retos. No tenía un solo hueso sumiso en el cuerpo y su mente era aguda. Era inteligente y hermosa, decidida y exitosa.

Tal vez Anastasia tuviera una educación privilegiada, pero nadie podía quitarle que era inteligente. Brillante, de hecho, si leías algunas de las recomendaciones de sus profesores. Sonaba orgullosa cuando le contó a Sergei de sus certificaciones, y debía estarlo.

Aunque resultaba irónico que mientras ella estudiaba cómo salvar vidas, yo estudiaba cómo destruirlas con poder, dinero y chantaje.

Ninguna cantidad de dinero nos pondría en la misma escala. Mis manos estaban sucias de sangre y de los crímenes que había cometido. Sus manos estaban puras con la sangre de las víctimas que salvaba. Podríamos ser etiquetados como un pecador y una santa. No se merecía a un despreciable pecador como yo; se merecía algo mejor.

No le gustaría mi verdadero yo. Crecer en el orfanato me había endurecido. Moverme en los círculos del crimen organizado había sellado mi caparazón. No había lugar para la suavidad en mi mundo. No la merecía.

—¿Puedo pedirles un favor? —La vacilación en su voz despertó mi interés. Tenía la sensación de que rara vez pedía favores. Tenía dinero para asegurarse de que nunca tuviera que pedir nada.

—¿Sí? —animé.

—Ya que voy a estar atrapada aquí por un tiempo... —Se mordió el labio mientras pensaba en cómo expresar sus palabras—. ¿Creen que tal vez podría tomar algunas clases de defensa personal? —Hizo una pausa, mirándonos a los tres, y me pregunté si esperaba que nos riéramos. Era una petición inteligente por su parte. Debió haber aprendido defensa personal hacía mucho tiempo—. No me gustan las armas, así que no puedo disparar. Pero defensa personal básica podría ser útil... Quizá dentro de unos días, cuando mis moretones estén un poco mejor.

Nikolai y Sergei esperaron a que lo aceptara. Supe sin preguntarles que les parecía una buena idea. No había nadie mejor en defensa personal y combate corporal que Nikolai. Aunque no me emocionaba tenerlo tan cerca de Anastasia.

—Sí, deberías aprender defensa personal. Podemos arreglarlo.

Su sonrisa hizo que mi verga se estremeciera. Nuestras miradas se encontraron y, durante una fracción de segundo, fue como si todos los demás en la habitación hubieran desaparecido. El rubor coloreó sus mejillas y la hizo parecer aún más joven. ¿Cómo podía una mujer parecer tan fuerte, segura y frágil al mismo tiempo? Me estaba hechizando y, si no tenía cuidado, nunca saldría.

Era implacable cuando se trataba de conseguir lo que quería. Tenía que serlo para sobrevivir. Cuando éramos niños, mis métodos despiadados nos protegían y nos alimentaban. Cuando crecí, esa crueldad se extendió a todos los ámbitos de mi vida, desde mis negocios hasta mi vida personal, para asegurarme de conseguir lo que quería. Y en ese momento, quería a Anastasia Manciatti. Sabía que ella se merecía algo mejor, pero hasta que no la tuviera, no estaba dispuesto a dejarla ir. Solo quería una probada.

«Una mujer será tu perdición», las palabras de la gitana volvieron a mí.

Todo el mundo la llamaba bruja; sin embargo, no era más que una gitana que contaba historias de mierda para conseguir monedas extra. Sin embargo, en ese momento me pregunté si tal vez sabía de lo que hablaba.

CAPÍTULO CATORCE

ANASTASIA

Dimitry me observaba con una mirada peculiar mientras accedía a mi petición de aprender defensa personal. Me pregunté si él me enseñaría. Esperaba que lo hiciera. El hecho de que durmiera a su lado significaba que me sentía físicamente cómoda y segura con él. Era contraintuitivo, ya que mi sexto sentido me decía que era un hombre peligroso. Los tres hombres de la mesa irradiaban peligro, y aquí estaba bromeando con ellos.

Pensar en el cuerpo de Dimitry pegado al mío me hizo sonrojar. No se podía discutir que ese hombre era un maldito dios del sexo. Ojalá no fuera virgen y supiera qué hacer con un hombre así. Tampoco era una completamente inexperta, solo que nunca había llegado hasta el final.

«Qué vergüenza. Tengo un cuarto de siglo y soy virgen».

Sonó un teléfono y Dimitry contestó en ruso, luego se excusó rápidamente con Nikolai y Sergei siguiéndolo de cerca.

—¿Qué es, el jefe o algo así? —me quejé en voz baja.

Terminé mi desayuno y luego empecé a limpiar hasta que la chica que me hizo el café me vio y se puso nerviosa.

—No, no. —Me quitó los platos de las manos—. Yo lo hago.

—Puedo ayudar —sugerí y fui por el plato de Dimitry. No parecía contenta, mientras sus ojos se desviaban para revisar si alguien más nos había visto—. ¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Sonia —respondió.

—Sonia —repetí—. Es un nombre bonito. Te ayudaré a recoger los platos y luego te dejaré en paz. ¿De acuerdo?

Me miró como si no pudiera entender por qué alguien se haría cargo de su propio desorden. Aunque mi familia tenía dinero y personal, siempre me educaron a recoger lo que ensuciaba. Era igual si estaba en casa del abuelo, de tío o de papá. La única vez que dejábamos platos para que los limpiara el personal era si teníamos que irnos en caso de emergencia.

Recogimos en silencio y luego salí. Caminé por el jardín, disfrutando del sol en mi cara. Era principios de septiembre, pero parecía más bien principios de octubre. Había un poco de frío en el aire. Me sentía a la deriva y sin un propósito.

Bueno, tenía un propósito. *Seguir viva.*

No obstante, me volvería loca si no tenía nada que hacer y me dejaban solo vagar por donde sea que Dimitry pensaba que deberíamos escondernos durante los próximos cinco meses.

«Tal vez debería dedicarme a la jardinería», resoplé mientras miraba las hermosas rosas que me rodeaban. «*No, mejor no si quiero que sigan vivas».*

Se suponía que al día siguiente empezaba mi nuevo trabajo. Me entristecía pensar en ello. Aun así, sabía que encontrarían a otra persona para cubrir el puesto. Me sentía como en casa en el Hospital Johns Hopkins. Amaba trabajar con niños y aliviar su dolor. Deseaba al menos poder ponerme en contacto con Olivia y Scarlett. Saqué el iPhone del bolsillo y busqué entre mis contactos.

Nikolai dijo que nada de redes sociales, pero no que no podía llamar a nadie. Me quedé mirando la pantalla un buen rato hasta que por fin me decidí y guardé el teléfono con un suspiro.

No era inteligente comunicarme con ellas y arriesgar su seguridad. Además, tenían sus propios problemas. El prometido imbécil de Olivia y el compromiso que no podía romper sin arruinar a su familia le estaba complicando la vida. Y Scarlett luchaba contra sus propios demonios. Temía el matrimonio que su familia había concertado con un completo desconocido cuando apenas tenía diecisiete años. Ni siquiera sabía su nombre. Toda la situación era

rara. No me extrañaba que las tres nos lleváramos tan bien. Cada una lidiaba con sus propios problemas.

Me senté en el banco y crucé las piernas, intentando vaciar mi cabeza de todos los pensamientos que se arremolinaban dentro. Tal vez ese era mi problema... Siempre intentaba liberarme esos pensamientos en vez de ocuparme realmente de ellos. No podía acercarme a un hombre y formar una relación, porque nunca era lo suficientemente abierta como para confiar en alguien.

«Hazlo con Dimitry», susurró mi mente.

Si había una mala idea, sin duda era esa. El hombre realmente caminaba con una funda de pistola oculta. Una mujer normal no se daría cuenta, pero había crecido rodeada de hombres así.

«No, así no», me corregí. Los servicios de protección que tenía mi familia no serían capaces de tocar a estos tres tipos.

Me preguntaba adónde se habían ido. Supuse que tenían trabajo que hacer y no se podía esperar que fueran mis niñeros las veinticuatro horas del día, aunque me gustaba hablar con ellos. ¡Para mi propia sorpresa! O tal vez, después de dos semanas de ser ignorada, me alegraba de hablar con cualquiera.

Me senté en el banco, perdida en mis pensamientos durante horas, hasta que mi estómago me indicó con un leve rugido que era hora de buscar comida. Me levanté, estiré las piernas y miré a mi alrededor. Me fijé en los hombres que patrullaban la zona, lo bastante cerca como para vigilarme, aunque lo bastante lejos como para darme mi espacio. Me sorprendió que Dimitry y los demás aún no hubieran regresado, y la curiosidad me hizo preguntar adónde habían ido antes, pero realmente no tenía derecho a hacerlo.

Un rápido movimiento en mi periferia me hizo girarme para ver un borrón. Había un par de guardias de seguridad dirigiéndose rápidamente hacia el perímetro de la propiedad. También me di cuenta de que los guardias que habían estado patrullando la zona frente a donde había estado sentada también estaban en movimiento.

Sin poder reprimir la curiosidad que crecía en mí, me acerqué a la casa en la dirección que habían tomado los de seguridad. Cuando me encontré al borde de la casa, me acerqué con cuidado a la línea

de árboles, asegurándome de mantenerme a una distancia suficiente para que los guardias no me descubrieran. Los guardias entraron en una pequeña choza. Parecía fuera de lugar aquí, justo al borde del bosque.

El corazón me latía con fuerza y pensé que seguramente me delataría. Quizás alguna vez la cabaña guardaba las herramientas que se usaban para cuidar la vasta propiedad, pero en ese momento parecía abandonada y maltrecha, como un recuerdo perdido entre los árboles del bosque. No podía ni imaginar lo que estaba ocurriendo en el interior del lugar para que varios guardias se apresuraran a entrar o salir de él.

No había nadie fuera una vez que el último guardia se precipitó por la puerta como si hubiera una amenaza inmediata.

—¿Qué es esto? —murmuré para mí en un susurro.

Ninguno de los chicos me había dicho que hubiera limitaciones sobre dónde podía o no podía ir, siempre y cuando me mantuviera dentro de la propiedad. Así que no estaba haciendo nada malo, aunque un fuerte nudo en el estómago me advertía de lo contrario. El sol brillaba con fuerza, el calor de mi piel contradecía el frío pavor que sentía en mi interior. Vi una ventana en un costado del lugar y me acerqué a ella.

La ventana estaba ligeramente sucia, así que pasé la palma de la mano por encima, con cuidado de no hacer ruido, y una aguda exhalación me abandonó en cuanto vi la escena que tenía delante.

—Qué demonios... —Me interrumpí.

Mis ojos se fijaron inmediatamente en el hombre atado a la silla, con la cara ensangrentada. Lo reconocí enseguida. Era uno de los hombres que me habían mantenido cautiva las dos últimas semanas.

Luego, estaba Dimitry, con las mangas dobladas hasta los antebrazos y las manos cubiertas de sangre. Había una frialdad en sus ojos que me hizo sentir un escalofrío helado. Dimitry escupió algo en ruso y el hombre en la silla respondió, pero lo que fuera que dijo no satisfizo a Dimitry, que volvió a golpearlo en un lado de la cara. Casi pude ver cómo le salía sangre de la boca mientras su cabeza se sacudía con fuerza hacia la derecha.

«Lo está interrogando», me di cuenta.

La brutalidad de este hombre me golpeó en el estómago, aunque no me sorprendió. Después de todo, sabía que era peligroso desde el momento en que lo conocí. ¿Por qué estaba golpeando a un tipo que no podía ser una amenaza? Estaba atado a una silla, por el amor de Dios. Y las probabilidades tampoco eran justas.

Vi a Nikolai y Sergei justo detrás de Dimitry, con las manos tan ensangrentadas como las de su líder. Los tres eran sombras oscuras que se cernían sobre el hombre golpeado.

Me pregunté, «*cómo podía confiar en estos hombres para que me mantuvieran a salvo».*

¿Qué debía hacer? ¿Huir? ¿Y a dónde? Estaba en un país extranjero sin dinero, sin documentos legales ni forma de comunicarme con nadie. Si pudiera llegar a la embajada americana, me llevarían a casa.

Dios mío, me asaltó un pensamiento: *«¿Y si estos tipos estaban conectados a Boris?».*

CAPÍTULO QUINCE

DIMITRY



Estábamos en el extremo más alejado de la propiedad de Sergei, donde había un almacén oculto para cualquiera que no supiera buscarlo.

Habíamos capturado a uno de los secuestradores de Anastasia para interrogarlo. Los hombres de Sergei lo encontraron merodeando a diez millas de aquí, preguntándoles a los lugareños si habían visto a una mujer extranjera. ¡Maldito idiota! Esos lugareños nos eran leales; nos asegurábamos de que estuvieran cuidados y a salvo de hombres como este imbécil y de la brutalidad de la *Rússkaya Máfiya.*

No había tantas mujeres extranjeras vagando por estas partes. Además, su descripción coincidía exactamente con Anastasia. Buscaba a una mujer extranjera con ojos verde esmeralda. No había muchas mujeres con ojos verdes como los de ella.

Tuve que frenar mi rabia para asegurarme de no matarlo antes de sacarle información. La propiedad de Sergei era tan grande que, aunque estábamos a veinte minutos de la casa, estábamos lo bastante cerca como para asegurarnos de que, si ocurriera algo, llegaríamos a tiempo.

—¿Dónde está? —gruñí a uno de los hombres de Sergei.

—Tercera habitación a la izquierda —respondió Andrey.

Era el tipo de Nikolai que se había reunido con nosotros aquí dos días atrás. Aseguró de que teníamos mucha seguridad si las cosas se

salían de control con los hombres de Boris.

Nikolai y Sergei estaban justo detrás de mí.

—Dimitry —advirtió Nikolai—. Espera hasta que tengamos la información que necesitamos antes de matarlo.

Me conocía bien. La cara moreteada de Anastasia seguía apareciendo en mi mente, su cuerpo cubierto de moretones mientras el médico la examinaba.

El tipo estaba sentado en una silla de metal, con los brazos esposados a la espalda. Desmayado, con la cabeza colgando sobre el pecho. Agarré una cubeta de agua helada y se la eché en la cara. Se despertó de golpe, jadeando como un pez fuera del agua.

Dejé caer la cubeta con un fuerte golpe y apreté el puño. Quería golpearlo una y otra vez hasta que ya no pudiera ver por esos dos malditos ojos. Me arremangué, sabiendo cómo iba a acabar esto.

—*Háblame de la chica* —reviré en ruso.

—*¿Qué chica?* —Mi puño conectó con su cara antes de que pudiera terminar la frase. La sangre brotó de su boca y nariz.

Solo de pensar en él lastimándola e intentando apagar esos hermosos ojos, derramaba mi ira en cada golpe que le daba.

—Intentémoslo de nuevo.

Escupió al suelo, tratando de parecer duro. No tenía paciencia para esto. Mi puño conectó con su nariz y gimió, un gorgoteo salió de su boca, desgraciadamente para él, no había terminado todavía. Entonces, Nikolai y Sergei se turnaron para lanzar puñetazos, y esperé a que el hombre llegara a su punto de quiebre.

Lo habíamos estado interrogando durante las últimas horas y el imbécil se negaba a hablar. Pero no tenía ninguna duda de que hablaría... en algún momento.

Le lancé una orden al guardia para que me trajera la manguera. Apunté con ella al hombre que tenía adelante; el hombre que se atrevía a ir tras una mujer bajo mi protección.

—*Ábrela* —ordené en ruso. Sergei abrió el agua a todo para permitir el impacto total. Miré a Nikolai y asintió. Sabía cómo salía esto, lo habíamos hecho muchas veces. Tomó la cabeza del cautivo entre sus manos y la mantuvo inmóvil por la fuerza.

El sonido de las tuberías, probablemente tan antiguas como este país, y el agua que corría por la manguera salió a borbotones y le salpicó la cara. No podía apartar la cabeza debido al agarre de Nikolai.

Si bien un sonido como gárgaras salió de él, me importó una mierda. Que se ahogara. Las imágenes de Anastasia casi violada y su cuerpo adolorido pasaron por mi mente, alimentando la rabia que llevaba dentro.

Nikolai le ordenó a Sergei que cerrara el grifo, aunque no había terminado. Para mi desgracia, era lo mejor, probablemente lo mataría antes de que divulgara la información que necesitábamos.

El hombre se inclinó hacia delante en la silla, tomando aire mientras el agua se vaciaba de él. Esta vez levantó la cara y me miró con verdadero miedo en su expresión.

—¿Qué quieres? —Le temblaba la voz.

—¿Quién ordenó el golpe contra la chica y por qué?

—Boris quiere a la chica. —Escupió la sangre al suelo—. *Cuando salga, la quiere.*

Me di cuenta de que dijo *cuando Boris salga*, aunque primero tenía que entender por qué iba tras ella.

—¿Por qué?

Hizo una pausa y estaba a punto de darle otro puñetazo, pero enseguida empezó a hablar.

—La ha estado cazando durante años. Es la única que escapó. Quiere que sea su puta.

Sonrió, sus dientes cubiertos de sangre parecían repugnantemente horribles, y la rabia se disparó por mis venas. Saqué mi cuchillo y lo provoqué con el sonido de la navaja al moverla de un lado a otro. Luego, cesó cuando le acerqué la hoja a la garganta, dispuesto a matar a la escoria.

—¿Qué quieres decir con que ella se escapó? —cuestionó Nikolai antes de que deslizara la cuchilla a través de la carne grasa que él llamaba cuello.

—Boris secuestró a su madre y a la niña hace quince años. Él arruinó a su madre. —Soltó una carcajada maníaca—. *Ella no*

escapó, pero Anastasia Manciatti sí. No le gusta perder a sus mujeres. Esta vez, quiere ser él quien la haga pagar.

«¿Qué demonios? ¿Boris mató a la madre de Anastasia? ¿La secuestró cuando era una niña? ¿Cómo no lo sabía? ¿Cómo el mundo no lo sabía?».

Sergei entrecerró los ojos.

—Boris está encerrado, en el corredor de la muerte.

Tosió un poco de sangre.

—No por mucho tiempo. Y viene por su premio.

Saqué mi pistola y le apunté.

—He escuchado hablar de ustedes, los Russian Sinners*. Y tú eres el más despiadado.* —Su voz temblaba de miedo. Debería haber tenido el miedo suficiente para mantenerse alejado, maldito idiota. El puto imbécil tuvo el descaro de suplicar—. *No me mates. Te lo contaré todo.*

Le disparé entre los ojos sin un ápice de vacilación o emoción. Y esa muerte fue mejor de lo que se merecía.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Si Boris había estado obsesionado con Anastasia durante los últimos quince años, nada, excepto la muerte, lo detendría hasta conseguirla.

Un fuerte grito ahogado detrás de mí nos hizo girarnos a todos. Anastasia estaba en la entrada, pálida como un fantasma.

—Mierda. —Sergei fue el único que habló mientras todos los demás permanecían en silencio. Quería gritarles a los guardias por no vigilarla. ¿Cómo demonios había llegado hasta aquí?

—Tú... tú... —Tragó con fuerza—. Lo mataste. —Aunque era una afirmación, sonaba más como una acusación. Como una condena. Este era yo; más le valía aprenderlo en ese momento. Sus ojos se movieron entre mis hermanos y yo—. ¿Quiénes son ustedes? —susurró, con un rastro de miedo brillando en sus ojos, y fue como una puñalada en mi corazón.

—Llévenla de vuelta a la casa —ordené a los guardias en inglés. Quería asegurarme de que entendiera lo que decía.

Uno de los guardias, Misha, se le acercó y se estiró para tomarla del brazo.

—No me toques, demonios. —Sus palabras fueron una amarga maldición. Tenía miedo, pero aun así se negaba a quejarse o acobardarse, impresionándome con su fortaleza.

—Mis disculpas. —Si bien Misha sabía cómo manejar a las mujeres, también era un hijo de puta duro y no la dejaría escapar—. Por favor, camina hacia adelante y te seguiré. Puede que haya más hombres merodeando. Queremos asegurarnos de que no te pase nada.

Aquellos hermosos ojos de musgo frío se quedaron clavados en mí. Había tanta vulnerabilidad en ellos, pero también un coraje asombroso que me daban ganas de golpearme el pecho y gritar: ¡Mía!

En lugar de eso, mantuve los labios sellados mientras se daba la vuelta, dejándonos a todos sin una mirada atrás.

Le hice un gesto a Nikolai para que se hiciera cargo.

—¡Desháganse del cadáver! —le demandó Nikolai a los guardias mientras salía y sacaba mi teléfono, marcando al padre de Anastasia.

Escuché el timbre hasta que contestó:

—*Hola.*

—Boris secuestró a tu esposa y a Anastasia hace quince años. —No tenía sentido perder el tiempo en preguntas.

El hombre respiró hondo.

—*Sí.*

—Cuando acepté ayudarte —apreté los dientes—, te dije que me enviaras toda la información. ¿Por qué me lo ocultaste?

El silencio se alargó en la línea. Podía amenazarlo con que le retiraría mi ayuda, sin embargo, no tenía por costumbre hacer amenazas vacías.

Justo cuando pensaba que no iba a contestar, empezó a hablar.

—*Anastasia y su madre volvían de un espectáculo de* Disney on Ice*. Anastasia acababa de cumplir diez años y tuvo allí una fiesta solo para chicas. Nos suplicó a su abuelo y a mí que la libráramos de que la siguieran hombres armados. Finalmente cedimos, y Boris atacó. Él...* —No hacía falta ser un genio para saber que el padre de

Anastasia seguía luchando contra la culpa—. *Él y sus hombres violaron y golpearon a Alexandra, su madre, repetidamente delante de Anastasia. Iba a hacer lo mismo con mi hija, pero Alexandra la sacó de allí. Encontraron a Anastasia casi muerta de frío en medio de Stanislaus Forest. Cuando pudimos obtener suficiente información de Anastasia para encontrar a Alexandra, ya estaba muerta.*

—Jesucristo —murmuré—. ¿Cómo no salió en las noticias?

Sergei y Nikolai estaban a mi lado, observándome pacientemente. Esto no les iba a gustar para nada.

—*La familia de Alexandra es bastante poderosa*. —Su respuesta fue simple pero amarga—. *Estoy seguro de que tienen experiencia con el control de la información. Después del secuestro, fue difícil para Anastasia recuperarse. Nunca volvió a quejarse de la protección. Luchó con los recuerdos y acabó mudándose a la Costa Este con su abuelo.*

—Mierda. —Y yo que pensaba que era una princesa mimada.

—*Sí* —asintió su padre—. *Juró terminar el trabajo que empezó hace quince años. Y para empeorar las cosas, ha habido una fuga de la prisión. Boris escapó hace seis horas*. —Hizo una pausa y sus siguientes palabras me sorprendieron—. *Dimitry, si no puedes mantener a salvo a mi hija, nadie podrá.*

—Estaré en contacto. —Terminé la llamada y di un rápido resumen a mis dos hombres de confianza.

—¡Hijo de puta! —espetó Sergei—. ¿Cómo guardaron un secreto así?

Tenía la corazonada de que aún nos faltaban algunas piezas de la historia, pero por ese instante, tendríamos que asegurarnos de que estuviéramos en marcha. Los tres nos lavamos rápidamente la sangre y subimos al coche.

Volvimos al pueblo para interrogar a algunos lugareños. Si los interrogábamos nosotros, estaban más dispuestos a revelar información. Confiaban en nosotros. Los *Rússkaya Máfiya* llevaban décadas rondando por estas zonas de Rusia, así que la desconfianza estaba arraigada en esta gente.

Estábamos en el pueblo de las afueras de Ryazan, Yelatma, donde la escasa población y la distancia a la ciudad principal,

Ryazan, y de Moscú permitían una menor brutalidad de los constantes combates de la *Máfiya*. Ryazan estaba situada a orillas del río Oka y lo suficientemente cerca de Moscú como para no estar exenta de corrupción y crimen organizado.

Satisfechos de no haber visto a ningún extraño, volvimos a casa de Sergei.

—Con Boris fuera de la cárcel —anuncié a ambos mientras volvía a toda velocidad a la casa—, tendremos que cambiar nuestros planes. Si viene por ella, seremos presa fácil quedándonos en un solo lugar. Llevarla a St. Petersburg ya es imposible. Y, estoy completamente de seguro que también viene por nosotros, ya que ayudamos a ponerlo allí.

Volvimos a casa en un tiempo récord. Era por la tarde y el día ya parecía demasiado largo.

—¿Dónde está Anastasia? —le pregunté a Misha, quien estaba de pie en la esquina de la parte trasera de la casa. No contestó, solo levantó la vista, y entonces entró Anastasia, descalza y con los zapatos en la mano. Incluso vestida con unos *jeans* azules y una simple camiseta, y con unos *flats* en la mano, parecía regia.

—Estoy aquí. —Sus ojos verdes nos miraban desafiantes—. No es como si tuviera la opción de ir a alguna parte contigo poniéndome un guardia. —Estaba enojada. Bien. Enfadada era mejor que asustada—. Y no pueden simplemente estar matando gente —nos regañó a los tres, con desafío en la voz—. Eso es ilegal, lo saben.

—¿Lo es? —replicó Sergei, provocándola. Siempre bromeaba en los peores momentos.

Puso los ojos en blanco.

—Sabes que lo es —siseó—. Los tres lo saben. Y ese tipo estaba atado, así que ¿qué amenaza podía ser? Fue innecesariamente cruel.

—¿Lo reconociste? —cuestioné, con tono frío. Él era una amenaza, y esas había que eliminarlas.

Sabía que lo había reconocido. Sus ojos me lo dijeron incluso antes de que abriera la boca.

—Sí —admitió en voz baja—. Él... fue uno de los hombres que me mantuvo cautiva.

Me pregunté cuánto había escuchado antes de que le disparara a nuestro rehén.

—¿Sabes por qué estaba aquí?

Asintió.

—Para llevarme de vuelta. —Le temblaba la voz, pero no se estremeció. Por todo lo que había pasado, Anastasia era una mujer valiente. Caería luchando—. Ya has matado antes —afirmó con convicción—. Los tres lo han hecho antes.

No tenía sentido negarlo o mentir al respecto. Así éramos, así crecimos.

—Sí —confesé, a lo que siguió la confirmación de Nikolai y Sergei —. Crecimos entre el crimen organizado. Es lo que hemos conocido desde niños. Llevamos dos años trabajando para separarnos de ese tipo de vida.

Me observó, debatiéndose entre creerme o no. No podía culparla. Acababa de presenciar cómo le disparaba a quemarropa a un hombre, y eso no era precisamente una prueba de haberse separado de la vida del crimen organizado.

—Pero ¿por qué matarlo? —inquirió—. Estaba atado. Podrías haberlo entregado a la policía. Era lo correcto.

En el aire persistía la acusación tácita de que los hombres ajenos a los grupos del crimen organizado no mataban. Normalmente, me importaba un carajo lo que la gente pensaba de nosotros, de mí, aun así me importaba lo que Anastasia pensaba de mí y de mis hermanos. No quería su resentimiento o disgusto por lo que éramos.

—Esa escoria te estaba cazando —siseó Nikolai—. Para Boris, para poder torturarte. ¿Preferirías que los dejáramos vivir a todos?

Se estremeció ante sus palabras, no obstante, él hablaba con hechos. No dudarían en llevarla ante Boris y la torturaría y la mataría sin un ápice de remordimiento.

—Todo lo que hemos hecho en los dos últimos días ha sido para mantenerte a salvo —juré.

No tenía por costumbre mentir y no fingiría ser algo que no era; no obstante, era importante que entendiera que lo hacíamos por ella. Al principio, había empezado como un medio para legalizar

todos nuestros negocios, sin embargo, en ese momento se había convertido en algo más que eso. Su seguridad nos importaba.

A pesar de todas las emociones evidentes en su rostro, no pude captar esta. ¿Me creía? ¿Confiaba en mis hermanos y en mí?

Miró a Misha.

—Voy a entrar en la casa. ¿Se me permite hacer eso, o vas a acechar detrás de mí allí también?

Sergei respondió:

—Adelante, princesa. Tendrás tu libertad en la casa.

Le lanzó una mirada molesta y le dio la espalda, entrando en la casa, dándome una vista perfecta de su trasero. Debía de haber pertenecido a la realeza en su vida pasada, porque tenía todas las cualidades para ello. Estaba seguro de que había mucha información flotando en esa brillante y bonita cabeza suya y quería procesarla.

No estaba dispuesto a evaluar por qué me molestaba tanto pensar que Anastasia nos aborrecía en ese instante. Nunca tuve la intención de ocultarle mi verdadero yo, pero el asco o el odio de su parte no me sentaban bien.

Desapareció de mi vista y al instante quise que volviera para tenerla cerca.

El auricular de Misha sonó, lo que provocó que se tensara, y luego, lo que fuera que dijeron, se relajó.

—Se fue a la cocina con Sonia —transmitió el mensaje—. Estará bien. Solo necesita procesarlo todo. Es mucha información que digerir —añadió.

En eso tenía razón. Nosotros también teníamos mucha información que digerir.

—Tendremos que movernos —les dije, resumiendo el peligro para Misha. Solo le di los detalles necesarios—. Ten todo preparado y empacado, coches y hombres listos. Asegúrense de que todos estén en alerta y completamente armados.

Misha conocía los peligros de ser negligente. Se aseguraría de que todos nuestros hombres estuvieran listos y realmente preparados para partir si las cosas empeoraban. Se fue a ocuparse de eso mientras Sergei, Nikolai y yo discutíamos opciones y ubicaciones.

—¿Cuándo deberíamos irnos? —Quiso saber Nikolai—. ¿Esta noche o mañana?

Levanté la cabeza y mis ojos recorrieron el horizonte. La tarde estaba llegando a su fin, el sol bajaba lentamente. Quería marcharme ya, pero teníamos que asegurarnos de tenerlo todo preparado. Irnos con prisa podría convertir a Anastasia en un objetivo aún mayor.

Nikolai y Sergei sacaron las ubicaciones que habíamos establecido por toda Rusia a lo largo de los años, debatiendo una y otra vez dónde estaríamos mejor situados. Mis pensamientos volvieron al momento en que el grito ahogado de Anastasia me hizo girarme para darme cuenta de que había presenciado cómo ejecutaba a nuestro cautivo.

No había mucho más que pudiera haber presenciado en términos de mi brutalidad. A pesar de que era auténticamente yo, una parte de mí deseaba que no se hubiera enterado de esa manera. Pero, en realidad, no había una buena manera de hacer entender a una persona que era un asesino despiadado.

—Verá que fue por protección —afirmó Nikolai.

A veces me debatía sobre si el enfoque optimista de Nikolai era bueno o malo.

—¿Cómo se mezcló la familia de Anastasia con Boris? —cuestionó Sergei. Era la pregunta que me había estado preocupando todo el tiempo. Esos dos nunca deberían haberse cruzado, sus mundos eran tan diferentes y no tenían nada que ver. Aunque, luego de conocer la historia, comprendía por qué Manciatti había perseguido implacablemente a Boris hasta encerrarlo. Los periódicos lo habían calificado de obsesivo en la captura de Boris Jovanov, describiéndolo como la obsesión de un fiscal.

—No lo sé —le respondí a mi hermano—. Pero aquí hay algo más. Algo que ni Anastasia ni su padre están dispuestos a revelar. O quizá solo sea su padre.

—Lo averiguaremos —aseveró Nikolai—. Siempre lo hacemos.

En eso tenía razón. Nos tomara un día o un mes, descubriríamos esa conexión entre Boris y la familia de Anastasia.

Ya había anochecido cuando terminamos por el día y volvimos al interior.

—¿Dónde está Anastasia? —le pregunté a uno de los guardias en cuanto entramos en casa de Sergei.

—Está en la cocina con Sonia.

Los tres nos dirigimos a la cocina y nos detuvimos en seco.

—*Spa-si-ba* —pronunció Anastasia con su voz suave, frunciendo el ceño—. ¿No hay una versión más corta de gracias en ruso?

—No —comunicó Sonia, sonriendo—. ¿Hablas solo inglés?

Anastasia estaba concentrada en una pieza de papel y su teléfono, con las cejas fruncidas como si intentara procesarlo.

—Soy buena con el italiano, el alemán y el francés.

—Entonces el ruso no será un problema —aseguró Sonia.

—No sé —murmuró—. Este maldito alfabeto se ve horrible.

Le dedicó una pequeña sonrisa a Sonia, con el cansancio claramente reflejado en el rostro, mientras pronunciaba de nuevo la palabra en ruso.

—¿Enseñan italiano en las escuelas americanas? —inquirió Sonia con curiosidad.

Empezaba a darme cuenta cada vez más de que, a pesar de su educación privilegiada, Anastasia Manciatti no estaba muy preocupada por su estatus. La forma en que se sentaba con Sonia era evidente, como si hubieran crecido juntas y se conocieran de toda la vida, sin que el estatus social o la educación las diferenciara.

—No. —Se rio entre dientes—. Había un chico que me gustaba en la preparatoria y era italiano.

—¿Aprendiste el idioma por un chico? —Sonia sonaba un poco sorprendida.

—Estúpido, ¿verdad? —Anastasia negó con la cabeza—. Empezó así. Era mayor que yo y me empeñé en demostrarle que era madura. Sin embargo, al mes, me di cuenta de que era un imbécil. —Sonia arrugó la frente, tratando de entender su jerga—. Imbécil significa... bueno, que era un idiota y que no valía la pena. Pero a esas alturas ya estaba tan enganchada en el italiano que pensé que podía llegar hasta el final. —Pulsó un botón de su teléfono e intentó repetir la palabra por favor en ruso—. *Poz-hal-uysta*. —Anastasia levantó la

vista y Sonia asintió con la cabeza para confirmar que lo había dicho bien—. De todos modos, no te aconsejo que te fijes en los hombres italianos. Envejecen fatal. Nos vimos para tomar unas copas en verano. Sí... ya no está guapo.

Sonia se rio.

—¿Estás aprendiendo ruso, porque te gusta un hombre?

Incluso desde aquí podía ver cómo Anastasia se ruborizaba.

—Claro que no. He tenido suficientes rusos por el resto de mi vida.

—¿Qué quieres decir? —Curioseó Sonia muy sorprendida—. ¿Crees que no somos lo suficientemente buenos?

Anastasia levantó la vista hacia Sonia y sus ojos se suavizaron.

—No, no me refería a eso —aclaró exhalando—. Es que... no sé. Todos los hombres rusos que he conocido hasta ahora son más bien... —Hizo una pausa—. Supongo que violentos es la palabra.

—Sergei, Dimitry y Nikolai no son violentos —nos defendió Sonia, y Anastasia casi se resopló en voz alta, aunque no la contradijo—. ¿Crees que son violentos? —Se empeñó en obtener una respuesta de su nueva invitada.

Anastasia musitó su respuesta con un fuerte suspiro.

—No lo sé, pero desde luego son diferentes.

—Eso no es necesariamente malo —contestó Sonia—. Hay distintos tipos de violencia. Algunas son crueles, otras son para proteger y otras son innecesarias.

Anastasia la miró pensativa.

—Quizá tengas razón. Aunque diría que todas son innecesarias. Pero somos los humanos los que causamos toda la violencia, y normalmente la violencia causa más violencia. —Una sombra de tristeza pasó por el rostro de Anastasia.

—Así que no estás aprendiendo ruso por un hombre. ¿Entonces por qué?

—Pensé que, si tenía que estar cinco meses en Rusia, más me valía aprender el idioma. Además, mi abuelo siempre me decía que no debía esperar que los demás hablaran inglés si estaba en su territorio. Por supuesto, Olivia y Scarlett no estuvieron de acuerdo durante nuestro viaje por Europa.

—¿Quiénes son?

—Son las amigas con las que viajé este verano. Somos amigas desde hace mucho tiempo. Te agradarían y tú a ellas. —Le sonrió a Sonia—. Aunque te meterían en problemas. Olivia y yo crecimos juntas, y luego conocimos a Scarlett durante nuestro primer año de preparatoria en aquella estúpida escuela de etiqueta. La madre de Olivia y la mía eran mejores amigas, así que automáticamente, nosotras también. A su padre le gusta el poder, el estatus y la política. —La cara de Anastasia reflejaba asco.

—¿No te agrada su padre?

Anastasia levantó la cabeza y sus ojos miraron por la ventana, con una expresión pensativa.

—No, no me agrada. Luchar por el poder y el estatus cambia a la gente, los hace cometer algunas estupideces. Su padre tomó muchas decisiones estúpidas y ahora Olivia lo está pagando. Supongo que tengo suerte porque al menos mi familia siempre me cubre la espalda. Los suyos la usaron para cubrirse las espaldas y pagar por sus errores. Es jodido. —Sus ojos se dirigieron a Sonia—. Suena estúpido, ¿verdad? —Sonia se encogió de hombros como insegura—. Es irónico, la verdad. Las tres mataríamos por una oportunidad de tener una vida normal, pero aquí estamos.

—¿Qué es una vida normal?

—Sabes, ya no estoy segura —murmuró en voz baja. Estaba viendo un lado completamente diferente de Anastasia Manciatti. Tenía la sensación de que mantenía esa faceta oculta. Después de descubrir la última información sobre ella, la admiraba aún más. Sobrevivir a Boris Jovanov era una dura prueba para un hombre adulto, y no digamos para una niña. No me extrañó que tuviera una pesadilla la noche anterior después de todo lo que pasó.

—Entonces, ¿qué tipo de hombre debo buscar, si no es un italiano? —preguntó Sonia, tratando de aligerar el ambiente—. Y no ruso ya que aparentemente son demasiado violentos.

La suave risa de Anastasia resonó en la cocina.

—De acuerdo, ahora que lo dices así, suena un poco discriminatorio. Sé que hay rusos guapísimos rondando por ahí.

—¿Aún no has visto a un ruso guapo? —cuestionó Sonia asombrada—. Hay al menos cinco en esta casa.

—Tantos, *¿eh?* —Anastasia evitó responderle, sus ojos bajando de nuevo a su teléfono—. Sobre el tipo de hombre por el que deberías ir... *Hmmm,* no lo sé. Británico, tal vez. Sus acentos son *sexys*, pero debes insistir en verlos primero. Podría ser algún viejo pervertido con acento *sexy*.

—¿Hablando por experiencia? —inquirió Sonia.

—En realidad, hablando por la experiencia de Olivia. Y todas nosotras pagamos por subirnos a ese carro con ella. Pensándolo bien, quizá tampoco los hombres británicos.

—Me gustaría oír esa historia —interrumpí por fin su conversación, y Anastasia giró la cabeza hacia mí. Noté que lo que le había dado el médico estaba aliviando los moretones. Su piel de marfil recuperaba lentamente el color.

Sus hombros se tensaron al instante y sus paredes se levantaron.

—¿Cuándo volvieron? —Quiso saber Sonia, con un ligero rubor coloreando sus mejillas, a juego con las de Anastasia.

Anastasia guardó silencio, lo único que delataba sus sentimientos era su sonrojo.

—Ahora mismo —mintió Sergei, pero ella se lo creyó.

—¿Ya comieron? —nos cuestionó Sonia. Anastasia nos observó a todos con recelo, sus ojos volvieron a mí y se quedaron ahí.

—No, todavía no —le contesté.

Se levantó.

—¿Debo llevar la comida al comedor?

—¿Por qué no comemos aquí? —Nikolai sugirió, y me gustó la idea.

—Aquí, Sonia. —Anastasia la siguió—. Déjame ayudarte.

—No, quédate y habla con ellos —objetó Sonia.

—No, está bien. Ya pasé bastante tiempo con ellos hoy —replicó con sarcasmo—. Seguramente solo hablarán en ruso —añadió mientras se levantaba y dejaba el teléfono—. Dime qué hacer, porque no sé cocinar para nada.

Ambas salieron por la puerta de la cocina riendo por lo bajo. Si Sonia captó el sarcasmo de Anastasia, no lo dejó saber.

—¿Se lo vas a decir? —indagó Sergei en ruso. Era la pregunta que me rondaba la cabeza desde que me había enterado de su historia con Boris y de que ya no estaba en la cárcel. ¿Debería decirle que Boris se escapó?

—No lo sé. —No estaba seguro de si tenía sentido preocuparla innecesariamente. Con una cacería humana tras Boris, las probabilidades de que llegara a Rusia eran escasas.

«Las probabilidades de que escapara de la cárcel también deberían haber sido escasas».

—Deberías decírselo —aconsejó Nikolai. Sabía que tenía razón, pero ¿por qué estresarla más? Ya era bastante malo que me hubiera visto matar a un hombre y ahora desconfiaría de nosotros.

Sus pesadillas se multiplicarían por diez, ¿verdad? «*Lo que no sabe no le hará daño».* Lo supo en el momento en que tomé mi decisión porque sacudió la cabeza.

—¡No puede ser! —exclamó Anastasia y pude oír su risa con Sonia en la cocina. Ambas se reían como dos colegialas y me hizo preguntarme qué era lo que estaban discutiendo.

Al cabo de unos minutos, ambas salieron de la cocina cargadas con platos. En el momento en que Anastasia entró en la habitación y sus ojos se cruzaron con los míos, su sonrisa vaciló. Mierda, no quería que desconfiara de mí.

—Bueno, tengo que irme. —Sonia miró a su alrededor disculpándose después de que dejaran los platos—. Les prometí a mis padres que ayudaría con mis hermanos pequeños esta noche.

—No te preocupes. Yo puedo limpiar —aseguró Anastasia mientras se sentaba con nosotros—. Diviértete con tus hermanos. ¿Nos vemos mañana?

—Definitivamente.

Sergei se levantó y acompañó a Sonia a la salida. Le diría que no volviera hasta que fuera seguro. Si podía viajar, la enviaría a su casa en St. Petersburg. Uno de sus hombres se encargaría de que llegara sana y salva.

Al día siguiente también nos iríamos. Hubiera preferido irme esta noche, pero sabía que todos necesitábamos descansar. Especialmente Anastasia. El cansancio estaba escrito en su rostro.

Sergei estaba de vuelta y asintió rápidamente. Por suerte, Anastasia seguía mirando su teléfono, concentrada en la pantalla. Estaba decidida a ignorarnos, probablemente todavía digiriendo lo que había presenciado ese día. Había sufrido mucha violencia en el último mes, y aunque la violencia era algo normal en nuestras vidas, no formaba parte de la suya.

—¿Qué haces? —Nikolai le preguntó a Anastasia antes de darle un bocado a su comida.

Lo vio con desconfianza. Por un momento pensé que iba a ser terca y escupirnos que no valía la pena hablar con nosotros. Pero entonces exhaló como si se hubiera resignado.

—Intentando descifrar el alfabeto ruso —musitó.

—¿Sigues enfadada? —soltó Sergei. Podía ser un tipo temible, aunque con las mujeres era bastante encantador. A veces me parecía que bastaba con que dijera una vocal para que se quitaran las bragas.

Anastasia lo miró a los ojos.

—No me parece bien matar gente —respondió con voz suave—. Pero creo que entiendo por qué. Y les agradezco que me mantengan a salvo —continuó tras un profundo suspiro—. Supongo que fue inesperado. No es que uno espere ver algo así. —Sus ojos se desviaron hacia mí, y me imaginé que probablemente estaba recordando la escena en la que maté al hombre ese día temprano—. Apesta que los hayan arrastrado de vuelta a la vida que intentaban dejar atrás por mi culpa. Lo siento.

Si había algo que esperaba, definitivamente no era esto. Me habría sorprendido menos si nos hubiera dicho que el cielo se estaba cayendo. Suponía que nos exigiría que no le dirigiéramos la palabra mientras estuviéramos juntos. Pensé que nos ignoraría, ciertamente no que se disculparía por arrastrarnos de nuevo al mundo que habíamos intentado dejar atrás.

—No te disculpes —pronuncié un poco más duro de lo que pretendía—. No es culpa tuya.

Y lo decía en serio. No era su culpa. Era de Boris. Siempre tuvo una jodida falta de voluntad para dejarlo ir. Lo que sea que haya pasado que lo obsesionó con Anastasia, debería haberlo dejado ir.

Era una niña de diez años, quince años atrás. Era imposible que se hubiera cruzado en su camino para que él estuviera obsesionado con torturarla y perseguirla desde entonces.

Anastasia se sentía como un cálido sol sobre mi piel. Toda su personalidad desprendía calidez y me hacía desear cosas que mucho tiempo atrás que no deseaba. No desde que era un chiquillo duro en el orfanato, con la esperanza de tener mi propia familia. ¡Mierda!

—De acuerdo —replicó Nikolai en un tono más suave—. Esto no fue tu culpa en absoluto.

Le dedicó una suave sonrisa a Nikolai y casi gruñí, exigiéndole que solo sonriera para mí. ¡Definitivamente, no estaba nada bien!

—Ahora dinos, ¿cómo va tu estudio de ruso? —inquirió Nikolai.

—Es difícil y ridículo —respondió en tono frustrado, con los ojos clavados de nuevo en la pantalla del teléfono—. Juro que cada símbolo se parece.

—¿Por qué quieres aprender ruso? —Curioseó Sergei a pesar de que todos habíamos oído su conversación con Sonia.

Se encogió de hombros y contestó sin levantar la vista del teléfono.

—No tengo nada más que hacer. A menos que tenga cosas en las que trabajar, acabaré muerta de aburrimiento durante los próximos cinco meses.

Entonces levantó la vista, con una sonrisa juguetona alrededor de su bonita boca, y mi corazón se detuvo por esta hermosa mujer. Mi reacción ante ella era una novedad para mí. Por lo general, las mujeres caían rendidas ante mí, pero esta no. Mantenía la compostura mientras yo caía rendido ante ella.

—¿Tienes miedo de que entenderé lo que estás diciendo?

Sergei le siguió el juego.

—¿Estás segura de que quieres entender lo que estamos diciendo?

Ella no estaba impresionada.

—Sí. —Volvió a estudiar otra palabra en la pantalla, concentrándose en ella.

—¿Quieres saber lo que dicen los rusos cuando tienen un orgasmo? —Sabía que Sergei tenía que provocarla.

Anastasia se sonrojó, aun así, no quiso darle la satisfacción de tener la última palabra.

—Sinceramente, me importa un pepino. Pero me aseguraré de que entienda lo que digo en inglés para que sepa si está haciendo bien el trabajo.

Tanto Nikolai como yo estallamos en carcajadas, y Sergei siguió en cuanto se recuperó. Puso los ojos en blanco y volvió al teléfono.

—Lo juro, ustedes tres son tan inmaduros —comentó en voz baja —. Asesinos de día y comediantes de noche.

—¿Te sorprende? —cuestionó Nikolai.

Finalmente se rindió de estudiar ruso y apagó el teléfono. Estiró la espalda y giró los hombros, liberándolos de la tensión. Había sido un día estresante.

Mientras se recostaba en la silla, le respondió a Nikolai:

—No, no me sorprende. Algunas discusiones entre mi tío y mi abuelo son totalmente idiotas. Y tampoco hablo de política. —Sus ojos viajaron entre nosotros—. ¿Cuántos años tienen?

La observé con cuidado de disimular mi interés. Quería ver su reacción ante mi edad. Era tan joven y sus orígenes eran tan diferentes a los míos.

—Sergei tiene treinta y cuatro años, Nikolai treinta y seis, y yo treinta y ocho.

Si le molestaba nuestra diferencia de edad, no lo dejó ver. Al menos hasta que Sergei intervino:

—Sí, Dimitry es el viejo entre nosotros.

Sus ojos se desviaron hacia él como si lo estuviera tomando en cuenta.

—Sabes, tuve esta clase en la escuela de medicina que tenía toda una sección sobre la madurez de los hombres. La conclusión era que los hombres no maduran hasta los treinta y cinco como mínimo.

—*Ouch.* —Nikolai se rio—. Sergei, será mejor que dejes de hablar.

Sacudió la cabeza.

—Están de un humor raro. ¿Ya han terminado de comer?

Ella no sabía que cuando el nivel de estrés era alto, Sergei tendía a bromear. Nikolai y yo le seguíamos la corriente. Aunque los tres lo manejábamos de forma diferente, juntos nos equilibrábamos bien.

—Sí, gracias —informé—. No te preocupes por la limpieza. Nosotros lo haremos.

Crecimos sin padres que nos atendieran, éramos perfectamente capaces de limpiar. Sin embargo, era agradable que quisiera ayudar.

—Gracias. En ese caso, me voy a la cama. Ha sido un día largo y estoy lista para descansar.

Comprensiblemente, ese día había sido un *shock* para ella. La mayoría de las mujeres estarían en ese estado durante meses después de ver lo que vio estas dos últimas semanas. Pero no Anastasia. Ella era una roca.

Se levantó, agarró su teléfono y nos dejó a todos atrás. Volvimos a la estrategia de nuestro próximo movimiento y conseguir que los hombres de Sergei cargaran los vehículos con artículos que podríamos necesitar mientras nos escondíamos o huíamos.

CAPÍTULO DIECISÉIS

ANASTASIA

Una fuerte explosión me despertó de un profundo sueño. Durante unos segundos, no supe si la había soñado o si de verdad había ocurrido. Estiré la mano en la oscuridad y toqué alrededor de la cama, esperando que Dimitry estuviera en la habitación.

—Dimitry —lo llamé en voz baja. Mi corazón latía con fuerza por el miedo. Después de lo que había pasado el día anterior, no me sorprendería que creyera que no era bienvenido a dormir en mi cama. Pese a que sonaba estúpido, quería que durmiera a mi lado. Aunque había matado a un hombre a sangre fría delante de mis ojos, me sentía segura con él. Tal vez era contradictorio, y mi psiquiatra me diría que tenía que internarme en un hospital, aun así, confiaba en mi instinto.

Además, ¿cómo podría culparlo por matar a un hombre que venía tras de mí? Para llevarme de vuelta con Boris. El miedo gélido se apoderó de mí, mas lo contuve rápidamente.

Escuchando tensa los sonidos de la noche, esperé cualquier ruido, pero no oí nada. Tal vez lo había soñado.

En el aire reinaba un silencio absoluto, mi respiración era el único sonido que lo rompía. Entonces empezaron los disparos, que hicieron que mi cuerpo se sobresaltara de terror. Cuando la puerta del dormitorio se abrió de golpe, me dio un susto de muerte. Me levanté rápidamente de la cama y me escondí detrás de ella.

—Soy yo. —La voz de Dimitry me alcanzó antes de que lo viera.

—¿Qué está pasando?

—Tenemos que irnos. Ponte los zapatos y agarra tu bolsa. —Estaba calmado y frío, recordándome el día que me rescató. Solo eso me decía que estábamos en problemas. Apenas podía ver un arma en su mano.

—Tengo que empacar todo. —Me temblaba un poco la voz y seguía desorientada.

—Ya está empacado. Solo ponte los zapatos.

No quería perder más tiempo, así que seguí sus indicaciones. Por suerte me había duchado antes de irme a la cama y dormí con otro par de pantalones de yoga. Resultó bueno irme a dormir preparada para correr, aunque no fue intencional. Se oyó una ráfaga de disparos y corrí a su lado.

—Pase lo que pase. —Tomó mi barbilla entre sus dedos—. Quédate detrás de mí y mantente cerca. No te quedes atrás.

Asentí sin decir nada más y tomé el dobladillo trasero de su camisa entre mis dedos. Empezamos a movernos en silencio, con la mochila a mi espalda. El corazón me latía con fuerza y mi respiración salía en jadeos entrecortados. Contuve la respiración, deseando que mi corazón y yo nos calmáramos antes de que oyeran mi fuerte respiración y supieran dónde encontrarnos. Se escucharon unos cuantos disparos más, el sonido aún más fuerte en el gran vestíbulo de mármol. Aunque me sobresaltó y casi hizo que el corazón se me saliera del pecho, no dejé salir ni un ruido. Me aferré a Dimitry con todas mis fuerzas. Ya me había salvado una vez. Bueno, posiblemente dos, ya que eliminó la amenaza del tipo que era uno de mis captores y se atrevió a venir por mí después de que Dimitry me rescató.

Dimitry era mi mejor oportunidad de sobrevivir.

Se acercaba una gran figura oscura y tuve que morderme el labio para no emitir ningún sonido. Dimitry empezó a hablarle en voz baja y me di cuenta de que era Nikolai. Se me llenaron los ojos de lágrimas de alivio, agradecida de que fuera un amigo y no un enemigo.

—¿Estás bien? —Dimitry me jaló más cerca. Asentí y miré la expresión preocupada de Nikolai. Pero en cuanto vio que lo miraba, sonrió, disimulándolo.

—No te preocupes, princesa —susurró—. Saldremos de aquí.

No quería ponerme a llorar en ese segundo. Acepté sus palabras de consuelo, agarrando con más fuerza la camisa de Dimitry.

—De acuerdo —susurró Dimitry—. Vamos a movernos. Anastasia, quédate cerca.

Como si me fuera a alejar. Tuvo suerte de que no me hubiera subido a su espalda. Quería estar lo más cerca posible de él.

En lugar de bajar las escaleras, nos llevó más allá y siguió avanzando. Cuando llegamos a una esquina, apoyó las manos en la pared y empezó a tantear. Estaba realmente asustada, preguntándome qué demonios estaba haciendo. No era el momento adecuado para palpar la textura de las paredes. Pero entonces se abrió el panel y apareció ante nosotros una pequeña escalera de caracol.

—Iré primero, luego me seguirás cuando Nikolai diga que es seguro.

Aunque la voz de Dimitry era firme, yo estaba muerta de miedo.

—No me dejes. —Mi voz era un quejido y, en cuanto pronuncié las palabras, la vergüenza me abrumó. Recordé haberle suplicado a mi madre que no me dejara cuando el hombre la arrastró fuera del sótano. Tenía que ser más fuerte.

Me tomó la cara entre las manos, con la pistola apuntando lejos de mí.

—No voy a dejarte —prometió—. Me aseguraré de que no haya nadie ahí abajo. Si lo hay, haré que sea seguro antes de que bajes. ¿De acuerdo?

Me mordí el labio para evitar que salieran más súplicas. Tenía sentido lo que estaba haciendo.

—Aférrate a Nikolai como lo hiciste conmigo. Te mantendrá a salvo hasta que envíe la señal.

Tuve que obligarme a soltar a Dimitry. Nikolai me agarró de la mano y me pasó el borde de su camisa. Me aferré a él, sin embargo,

mis ojos no se apartaban de Dimitry mientras empezaba a bajar la escalera de caracol.

Contuve la respiración, esperando. Se sentía como que cada segundo era una hora entera. Miré a Nikolai; no obstante, seguía vigilando a nuestro alrededor para asegurarse de que no venía nadie. Escuchamos un silbido bajo y Nikolai me guio hacia las escaleras.

—Vamos. —Su voz era suave mientras me empujaba hacia los escalones—. Estaré justo detrás de ti.

A cada paso que daba, seguía mirando hacia abajo y hacia arriba para asegurarme de que Nikolai también venía. Podía ver la cabeza de Dimitry vigilando, y me echaba un vistazo de vez en cuando. Cada vez que nuestros ojos se encontraban, era como si me inyectara una fuerza extra.

Cuando por fin llegué abajo, me tomó en brazos y me asomé para ver detrás de él. Me apartó la cabeza.

—No mires.

No me gustaba el derramamiento de sangre ni la matanza, aun así, no podía sentir lástima por los dos hombres derrumbados en el suelo, con los cuellos en un ángulo extraño, lo que me decía que se los había roto. A este punto, eran ellos o nosotros. Nikolai dio el último paso hacia abajo, y todos nos dirigimos hacia afuera.

—¿Dónde está Sergei? —pregunté en un susurro bajo, pero ninguno se detuvo.

Me preocupaba que no me hubieran oído cuando Sergei apareció delante de nosotros, con el brazo cubierto de sangre. Le tendí la mano, alarmada, pero la agarró.

—Estoy bien, princesa. Salgamos de aquí.

—¿Botiquín? —cuestioné. Definitivamente necesitaríamos un botiquín.

—Ya lo tengo —manifestó Nikolai en voz baja. Seguimos avanzando, los tres rodeándome como un escudo corporal. Si bien estaba agradecida, tampoco me gustaba que se pusieran en la línea de fuego por mí. Ya habían hecho demasiado.

Otra explosión sonó, el suelo tembló y caí de rodillas. Me zumbaban los oídos y se intensificaba el pitido en mi cerebro.

Mirando a mi alrededor para ver si los chicos estaban bien, noté que movían los labios, aunque no podía oír lo que decían. Por fin, Dimitry me cargó en brazos, con una mano sujetaba aún la pistola mientras corría hacia el bosque, con Nikolai y Sergei a nuestro lado.

Cuando nos acercamos, vi que había una fila de cinco vehículos y subimos a una gran Ford Expedition negra.

Dimitry me puso en el asiento trasero.

—¿Estás bien? —Gracias a Dios que podía escucharlo.

—Sí. ¿Tú?

Una pequeña sonrisa llegó a sus labios y me sorprendió cuando me besó. Nuestro primer beso ocurrió en medio de una zona de guerra, con explosiones y armas de fuego a nuestro alrededor. No era exactamente romántico, pero me gustó, así que le devolví el beso. No me importaba que hubiera matado a un hombre a quemarropa más temprano. No me importaba que acabara de romperles el cuello a esos hombres. Me estaba protegiendo de verdad y, aunque podía ser uno de los hombres más peligrosos que había conocido, no era peligroso para mí. Para protegernos a todos, tuvo que volver a ser el hombre que había sido durante tanto tiempo para sobrevivir. ¿Y quién podría culparlo por ello? Desde luego yo no lo haría, y tampoco permitiría que nadie más lo hiciera.

Nikolai ayudó a Sergei a sentarse en el asiento trasero junto a mí, y me incliné inmediatamente para ayudarlo.

—Lo tengo —le informé a Nikolai. Asintió con una mirada preocupada a su amigo y lo dejó conmigo, apresurándose a sentarse en el asiento delantero junto a Dimitry.

Le empecé a quitar la camisa.

—¿Qué tan grave es, doctora princesa? —Sergei inquirió, incluso logró una débil sonrisa.

—Nikolai, dame el botiquín. —Me encontré con los ojos de Sergei y sonreí—. Nada que no pueda arreglar. Pero necesito que hables conmigo. —Cerró los ojos y me acerqué a su cara—. Quiero que hables conmigo, Sergei. ¿De acuerdo? —Era muy difícil ver en la oscuridad del vehículo.

—De acuerdo. —Aceptó—. Qué princesa tan mandona.

—¿Por qué sigues llamándome princesa? —cuestioné, aunque en realidad no me importaba. Quería que siguiera hablando mientras estudiaba el botiquín que Nikolai había podido agarrar. Podría trabajar con esto, ya que tenía lo básico de todo lo que necesitaba.

—Me recuerdas a una princesa —explicó Sergei en voz baja—. Al principio, pensé que eras una niña mimada y consentida. Pero ahora veo que eres hermosa y fuerte. Aunque das la impresión de que tu vida es fácil, no lo es en absoluto. Lo tienes todo, aun así, no quieres nada de eso. —Levanté la cabeza y me encontré con sus ojos marrones—. ¿Tengo razón, princesa?

Me di cuenta de que Dimitry nos observaba por el retrovisor; sin embargo, me concentré en desinfectarme las manos para poder trabajar con Sergei. Había perdido bastante sangre.

—Hay gente que lo tiene mucho peor —añadí. Quería alejar el tema de mí—. Entonces, ¿tienes novia?

Se rio entre dientes.

—¿Por qué? ¿Quieres ser mi novia?

Miré hacia Dimitry y Nikolai.

—¿Podemos encender las luces aquí atrás?

Ambos asintieron al unísono y entonces Nikolai las encendió. Observó preocupado a Sergei.

—Yo me encargo —declaré con una sonrisa. La máxima confianza en los ojos de Nikolai me golpeó justo en el corazón.

Volví a mirar a Sergei, con los párpados pesados.

—Sergei, ¿en serio? —me quejé—. ¿Me vas a preguntar si quiero ser tu novia y luego te vas a quedar dormido? —Abrió los ojos—. Qué manera de hacer que una chica se sienta especial.

Se rio entre dientes.

—Eres la chica de Dimitry.

Me concentré en limpiarle la herida y detener la hemorragia, y luego apliqué presión.

—Debí haberme perdido ese memo. —Lo miré para asegurarme de que seguía despierto—. ¿Cuándo salió?

—No estoy seguro.

—¿Así que todos viven en Moscú o en algún otro lugar de Rusia? —cuestioné mientras examinaba su herida y limpiaba la zona.

—Dimitry y Nikolai viven ahora permanentemente en Estados Unidos —indicó Sergei débilmente—. Yo voy y vengo.

—¿Cómo es que te quedaste en Rusia? —Esperaba tener suerte y que la bala no hubiera perforado ninguno de sus órganos.

—Por la misma razón que intentaste aprender italiano —contestó —. Aunque en mi caso fue una mujer.

—¿Perdón? —Me quedé un poco confundida ante su respuesta.

—Entramos en la cocina y escuchamos tu conversación con Sonia —confesó—. Pero solo un poco.

—Ya veo.

Nuestros ojos se encontraron y había mucha tristeza en ellos. Esa mujer debió hacerle mucho daño.

—Ella se lo pierde —lo consolé en voz baja. Parecía que tenía más en común con este hombre de lo que pensaba—. Mi madre solía decir —continué limpiándolo mientras palpaba suavemente su hombro en busca de algún daño adicional—, que las cosas en la vida terminan exactamente como deberían. Puede que no lo veamos en ese mismo momento, pero al final siempre nos damos cuenta.

Dios, la extrañaba. Quince años y esa herida aún no había cicatrizado.

—Mujer lista —comentó Sergei.

—La más lista —dije—. ¡Ahí está!

—¿Quién? ¿Tu madre? —Sergei parecía confundido.

La bala estaba en su hombro. Agarré un par de pinzas para extraerla. Dada la línea de trabajo a la que parecían dedicarse estos hombres, no me sorprendió encontrarlas en el botiquín.

—No, tonto. La bala. —Puse mis labios sobre su frente para sentir su temperatura.

—Me gusta cómo hueles. Como a lirios frescos en primavera. Puedes besarme cuando quieras.

No pude evitar una risita.

—Mis manos están ocupadas y quería ver si tenías fiebre.

—Tenías que reventar mi burbuja.

El tipo estaba ardiendo y aún tenía energía para coquetear.

—Nikolai, dale dos paracetamol con un poco de agua, por favor.

Sergei tomó los dos sin quejarse. Miré a ambos hombres del asiento delantero.

—¿Podríamos parar cinco minutos para que pueda sacar la bala?

—No —contestó Sergei.

—Pero... —Ni siquiera llegué a terminar antes de que Sergei me detuviera.

—No. Podrían alcanzarnos en cinco minutos.

Vi a ambos hombres en el asiento delantero. Sin que dijeran nada, sabía que estaban de acuerdo con Sergei. Era curioso lo sincronizados que estaban con sus pensamientos.

—No quiero empeorar su hombro. Si pasas por encima de un bache, podría desgarrarle el músculo y hacerle más daño. Y ni siquiera puedo anestesiarlo.

Podía ver que ni a Dimitry ni a Nikolai les gustaba tampoco esa opción.

—Anastasia. —Los ojos grises de Dimitry se encontraron con los míos en el espejo—. He leído tu expediente. Eres brillante. Has hecho esto antes.

—Sí, en una mesa de operaciones. No en un coche en movimiento —objeté desesperadamente—. Y las heridas de combate no son mi especialidad.

—Princesa —interrumpió Sergei—. Si alguien puede hacerlo, eres tú.

Esto no me gustaba para nada.

—Sergei, si te me mueres... —le advertí—. Te juro que te mataré de nuevo.

Se rio e inmediatamente hizo una mueca de dolor.

—De acuerdo. —Empecé—. Necesitaré que me hables todo el tiempo. Adormeceré la zona todo lo que pueda con el medicamento que tenemos, pero aun así lo sentirás.

—Está bien. —Diablos, si estuviera en su lugar, estaría llorando. Él estaba resignado a su destino, y en este preciso momento, me recordó a Scarlett—. Debería presentarte a Scarlett. —La idea salió de la nada.

—¿Quién es Scarlett? —Quiso saber mientras yo adormecía la zona alrededor de la bala—. ¿Es quién te metió en problemas con

viejos británicos?

—¿Cuánto tiempo estuvieron escuchando a escondidas? —Aunque eso en ese momento no me importaba—. No, esa fue Olivia —declaré—. No serías bueno para Olivia.

—¿Por qué no? —Al menos Sergei estaba hablando, aunque sería más fácil para mí si pudiéramos hacerlo en silencio. Sin embargo, sabía que era mi única forma de monitorear su estado.

—No lo sé. No eres realmente su tipo. —Presioné la zona y cuando Sergei no hizo una mueca de dolor, me puse a trabajar.

—¿Soy tu tipo? —cuestionó.

—No.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no me cuentas algo que te guste hacer? —inquirí, desviando el tema para que pudiera hablar y yo concentrarme.

—Disfruto las mujeres hermosas y me gustaría saber por qué no soy tu tipo.

—Hablas demasiado —critiqué y oí una risita en el asiento delantero, pero no pude distinguir si era Dimitry, Nikolai o ambos.

—Podría hablar menos.

Finalmente, me enderecé y me encontré con su mirada.

—De acuerdo, Sergei. No más preguntas. Vas a recitar el alfabeto. Por favor.

Me dedicó una sonrisa pícara y negué con la cabeza. Pude ignorar su alfabeto y a todos los que me rodeaban mientras introducía con cuidado las pinzas en el músculo, agarraba y extraía la bala. Luego, coloqué inmediatamente el parche sobre ella, sujetándolo para detener la hemorragia.

—¿Mejor? —preguntó Sergei con una sonrisa, aunque su rostro estaba pálido.

—¿Qué tipo de sangre tienes, Sergei?

—O negativo. —Asentí, tomando nota mental de ello. No me gustaba lo pálido que se veía.

—Nikolai, toca su frente.

—¿No quieres besarme? —¿Cómo era posible que estuviera pálido como la muerte y siguiera bromeando?

—No estoy segura.

Me incliné y posé mis labios en la frente de Sergei. Estaba caliente, pero no tanto como antes.

—Dale dos ibuprofenos —le ordené a Nikolai, y luego miré a Dimitry, quien seguía conduciendo—. ¿Cuánto falta para nuestro destino?

—Veinte minutos.

De acuerdo, podíamos hacerlo. Veinte minutos, eso no era nada. Cuatro canciones.

—¿Cuál es tu recuerdo más feliz de la infancia? —La interrogante de Sergei me sobresaltó y lo observé. Qué pregunta más extraña. Nadie me la había hecho antes.

Recordé mi infancia. Mi primer recital de baile, mi primera clase de equitación, montar en bicicleta... Había tantos recuerdos felices hasta aquel espantoso suceso. Se me formó un nudo asfixiante en la garganta, mas no era momento de ir allí.

Lo miré a los ojos y recordé que estos tres hombres habían estado en un orfanato desde que tenían dos años. Lo habían tenido peor. Me aclaré la garganta para aliviar el ahogo.

—Bailaba desde... bueno, desde que podía caminar. Al menos eso decía mi madre. —Sonreí, recordando cómo se burlaba de mí diciéndome que algún día bailaría hasta el altar—. Fui a clases de *ballet* desde los cuatro años. A los nueve, mis padres y mi abuelo me llevaron a St. Petersburg a ver *El Cascanueces*. —Todavía podía oír la música y sentir las vibraciones en el suelo cuando la música sonaba a todo volumen mientras las bailarinas de *ballet* giraban con gracia sobre el escenario—. Aún puedo oler el escenario y escuchar el parloteo de las chicas. Hice que mi madre me llevara al baño varias veces durante el espectáculo para poder ver a escondidas a las hermosas bailarinas. Por supuesto, mi madre se dio cuenta de por qué insistía tanto en ir al baño. Cuando llegó la hora de ir de verdad, se negó, pensando que era otro truco mío. Cuando por fin la convencí de que tenía que ir de verdad, casi me orinaba encima.

Los tres hombres rieron entre dientes.

—¿Por qué es ese tu recuerdo favorito? —pronunció Sergei débilmente—. Es casi vergonzoso.

—Fue la última vez que estuvimos todos juntos —confesé en voz baja—. Estuvimos allí una semana, y podíamos ver el *Winter Palace* desde nuestro hotel. Yo fingía ser la princesa y volvía loco a mi abuelo. Mi padre no trabajó en toda la semana, el teléfono de mi madre estuvo apagado durante todo el viaje y mi abuelo no encendió las noticias ni una sola vez. —Me quedé viendo la oscuridad absoluta del exterior del vehículo, pero el recuerdo de aquel viaje destellaba en la oscuridad como una vieja película en tecnicolor. Aún podía oír las risas mientras estábamos sentados en el balcón de nuestra *suite* de hotel, desayunando y charlando con la vista del palacio y el río que se extendía frente a nosotros hasta donde alcanzaba la vista. Todavía podía oler el río, la ligera brisa que llevaba el aroma almizclado impregnado de hierba mojada. Olivia y Oliver solían venir de vacaciones con nosotros, pero aquella vez sus padres tenían planes y tuvieron que quedarse—. Unas semanas después, mi madre murió.

—Mierda, lo siento. —Sergei puso su palma sobre mi mano libre.

—No te preocupes. —Era un buen recuerdo, y los había mantenido todos encerrados durante demasiado tiempo—. Y no muevas el brazo, si no tendré que atarte.

—Puede que me guste —advirtió Sergei.

Sacudí la cabeza con incredulidad a aquel hombre. Quizá bromear y coquetear era su mecanismo de defensa. El mío era cerrarme, así que quién era yo para juzgar su forma de afrontarlo.

—¿Por qué te detuviste? —La pregunta de Dimitry me hizo girar la cabeza hacia ese enigma de hombre. Alcé una ceja, sin entender a qué se refería—. ¿Por qué dejaste de bailar?

Respiré hondo. Después de la muerte de mi madre, tiré todas mis cosas de *ballet.*

—No podía bailar sin pensar en ella. —Las palabras eran un suave ahogo en mi garganta—. Yo... simplemente no podía hacerlo sin alterarme, así que paré.

«Porque yo la maté».

CAPÍTULO DIECISIETE

DIMITRY

Al ver cómo Anastasia atendía a Sergei me di cuenta de que sus profesores tenían razón. Era brillante. El hecho de que se aseguró de que Sergei estuviera bien hizo que me gustara aún más.

Lo mantuvo hablando y ocupado, ofreciéndole pedazos de sí misma que sabía que mantenía ocultos de la gente. Fui un desgraciado por sentir celos de que se los diera a Sergei. La quería solo para mí. Ni siquiera intentaba capturarme y ya estaba completamente bajo su hechizo.

Cuando por fin llegamos al coche, no pude resistirme a darle un beso en la boca. Todavía podía saborear sus suaves y cálidos labios. Había una maldita zona de guerra a nuestro alrededor y se preocupaba de si yo estaba bien.

Mientras Nikolai, Sergei y yo podíamos ser los dueños del mundo, a la gente de su estatus social no le interesaba si personas como nosotros vivíamos o moríamos. Para ellos éramos desechables, la peor clase de pecadores. La única razón por la que nos toleraban era porque nos necesitaban y a nuestro dinero. Pero a Anastasia realmente le daba igual. No le importaba si éramos huérfanos, si conocíamos a nuestros padres o nuestro linaje. Depositó su confianza en nosotros y cuidó de uno de nosotros. Me vio matar a un hombre, maldición, y se disculpó por arrastrarnos de vuelta al mundo en el que habíamos nacido.

Si eso no era razón suficiente para reconocer que se merecía algo mucho mejor de lo que yo podía darle, entonces era aún un peor pecador... un desgraciado más malo de lo que pensaba. Sin embargo, no podía negar que la deseaba.

Gracias a todos los malditos santos que Sergei, Nikolai y yo decidimos adelantarnos y trabajamos con los hombres para empacar los vehículos. Mi instinto me había dicho que deberíamos habernos marchado en ese mismo momento, pero lo había ignorado. Era la última vez que ocurriría. Afortunadamente, conseguí que todos los hombres se pusieran manos a la obra y, mientras Anastasia dormía profundamente, empaqué sus cosas.

—Otros dos minutos —anunció Nikolai a Sergei y Anastasia.

—Cuando lleguemos, llevaremos a Sergei a una habitación —nos dijo—. Quiero revisarlo con buena iluminación para asegurarme de que no se me haya pasado nada.

—Estoy mejor. —Intentó convencerla Sergei.

—Esta noche no pelearás con nadie —respondió con firmeza, y luego giró la cabeza hacia nosotros—. Si hay alguien más herido, puedo revisarlos también.

—¿Por qué? —Sergei hizo la pregunta, y sabía que probablemente también rondaba por la mente de Nikolai.

Giró sus hermosos ojos hacia él y frunció el ceño.

—Por qué, ¿qué?

Sergei la observó seriamente.

—¿Por qué ayudarías a alguno de nosotros? Somos asesinos, tú misma lo dijiste.

Ladeó la cabeza mientras lo estudiaba pensativa.

—¿Y por qué me ayudarías? —Sus palabras fueron suaves, no desafiantes, pero al mismo tiempo sonó un poco ofendida de que la cuestionara.

—Estamos sacando algo de provecho —argumentó.

—¿Y qué sería eso? —inquirió, y luego añadió—: Además del placer de salvarme el trasero.

Tuve que reírme ante su respuesta y Sergei sonrió débilmente.

—Tu padre nos ayudará a legitimar nuestros negocios.

Y ahí estaba, la razón por lo que empezó todo y lo qué me llevó hasta ella. Aunque no me arrepentía y haría todo lo necesario para mantenerla a salvo.

—¿Eso te molesta? —agregó Sergei. Era persistente, esperando oírla decir que no valíamos la pena. Nos lo habían inculcado. Los tres luchábamos contra la creencia de que una buena mujer nos encontraría dignos.

—No, no me molesta que sea la única razón por la que me ayudaron —comentó con voz firme pero suave—. Creo que a estas alturas todos sabemos que han ido mucho más allá de un rescate estándar. No me importa lo que digan, los tres son buenos hombres. Como le dije antes a Sonia, normalmente la violencia se devuelve con violencia. Y no hay manera de que pueda disminuir el hecho de que ustedes recurrieron a la misma con el fin de salvarme. En todo caso, estoy en deuda con ustedes. Mi familia y yo les debemos más de lo que jamás podríamos pagarles.

Anastasia era una mujer bastante increíble. Quería hacerla mía, escuchar sus promesas de que sería mía para siempre. Las palabras de la bruja volvieron a mí.

«Una mujer te pondrá de rodillas. Con ella, tendrás lo que siempre has anhelado».

Joder, comenzaba a pensar que esa gitana sabía de lo que hablaba.

—¿Qué ganas con ayudarnos? —inquirió Sergei a Anastasia.

—¿Por qué tengo que sacar algo de esto? —Ignoró su primer comentario—. Hacer el juramento es ayudar a todos los necesitados.

—Porque la gente como nosotros no merece ser salvada. —Sergei tenía razón, por supuesto. Habíamos hecho nuestra parte de cosas jodidas para llegar a donde queríamos estar y conseguir lo que queríamos. Ella heredó su riqueza; nosotros engañábamos, matábamos y robábamos para obtener la nuestra.

—Venimos de la nada; no somos nadie. Algunos ni siquiera teníamos apellidos reales. Somos pecadores, y hemos hecho mucha mierda jodida. Solo has visto una parte. —La voz de Sergei era baja, pero bien podría haberlo gritado. El coche estaba en silencio, excepto por nuestra respiración.

Estacioné el vehículo delante de nuestra cabaña. Teníamos múltiples por toda Rusia. Cuanto más poderosos nos hacíamos, cuanto más dinero acumulábamos, más gente nos quería muertos. Así que nos aseguramos de tener lugares y planes de respaldo.

Anastasia miró fijamente a Serguéi, giró la cabeza para observar a Nikolai y luego sus ojos se dirigieron a mí, fijando nuestras miradas.

—Cuando ocurrió la explosión —habló en voz baja—, ¿por qué no se salvaron y me dejaron atrás?

«Porque eres mía. Y siempre te protegeré». Mis pensamientos eran tan fuertes y claros, que bien podría haberlos pronunciado. Sin embargo, esos pensamientos estaban equivocados. No era mía. Ella merecía y necesitaba alguien mejor que yo.

—Nunca dejamos a nadie atrás —afirmó Nikolai, y Sergei hizo eco de las mismas palabras.

—Para un grupo de donnadies pecadores que vinieron de la nada y han hecho mucha mierda jodida, es algo bastante noble. Algunos incluso dirían que es algo muy honorable. —Sus ojos verdes me hechizaban con cada palabra que salía de sus labios.

«Mierda, esta mujer me tendrá de rodillas. Los hombres en su vida fueron estúpidos al no haberla tomado. Demasiado tarde, porque ahora es mía».

Volvió a mirar a Sergei.

—Lo que cuenta eres tú, no tu apellido. Además, hay bastantes personas con apellidos que se remontan generaciones atrás que me habrían dejado abandonada.

—Jesucristo, Anastasia —bromeó Sergei—. Puede que me gustes.

Su risa resonó en el auto mientras ponía los ojos en blanco.

—De acuerdo, chico enamorado. Tu fiebre al parecer ha subido, aunque me siento halagada. Aun así, recuerda lo que te dije: no eres mi tipo. —Si bien Sergei hizo una mueca, una sonrisa se elevó en sus labios. Anastasia le hizo un gesto a Nikolai—. Llévalo adentro antes de que diga otra locura.

Le abrí la puerta a Anastasia mientras Nikolai ayudaba a Sergei.

—Estoy toda ensangrentada —indicó, evitando tocar nada.

—Deja que te ayude. —La agarré del brazo y la saqué del coche. Cuando se levantó, caminamos juntos en la oscuridad—. Acabas de darle esperanzas a Sergei.

Se giró para mirarme.

—Le dije que no era mi tipo.

—Él cree que no es lo bastante bueno. —Observé su rostro pálido a la luz de la luna. Parecía cansada, lo cual no era de extrañar, ya que se había despertado a mitad de la noche por una explosión. Habían sido unas semanas duras para ella—. La mujer por la que se quedó... Lo rechazó, le dijo que no podía ofrecerle un apellido de verdad. Eso fue hace doce años.

Su paso vaciló. Dios, era realmente hermosa, y si fuera un hombre decente, me aseguraría de mantenerme a distancia de ella. No necesitaba ni merecía a un pecador como yo. Pero el hecho de que siguiera a su alrededor demostraba que no era un hombre decente.

—Suena como una idiota —comentó, con una pequeña sonrisa en los labios.

—Sí, lo es. Ven, vamos a limpiarte.

Durante las siguientes tres horas, Nikolai y yo trabajamos con nuestros hombres para asegurarnos de que teníamos doble vigilancia y cobertura durante cada minuto del día, a lo largo de kilómetros en todas direcciones. La vida de todos dependía de ello. Hubo cinco hombres que resultaron heridos durante el ataque al palacio de Sergei, y Anastasia se ocupó de ellos entre las revisadas de Sergei.

Estaba amaneciendo cuando Nikolai y yo volvimos a la cabaña, ambos exhaustos. Había dormido muy poco en las últimas cuarenta y ocho horas y necesitaba descansar.

Dos de los hombres estaban posicionados junto a la cabaña, protegiendo ambas entradas. Después de lo ocurrido en casa de Sergei, no queríamos correr riesgos. Me preguntaba cómo nos habían encontrado allí los hombres de Boris. Debía de haber otro hombre con el tipo que capturamos y torturamos.

De lo contrario, habría sido una increíble coincidencia que los hombres de Boris descubrieran dónde estábamos dos veces. En

cualquier caso, habíamos reforzado la seguridad y estaríamos preparados para luchar y huir si fuera necesario. Para salvar la vida de Anastasia, estaba dispuesto a moverme todos los días hasta que estuviera a salvo de Boris y sus hombres.

—La mujer está con Sergei —anunció Misha—. Cuidó bien de los heridos.

Asentí con la cabeza. Anastasia ni siquiera se daba cuenta de que acababa de ganarse la lealtad de estos hombres. Incluso podrían elegirla a ella en vez de a nosotros si llegaba el caso.

—*Ella es especial* —murmuró Nikolai en ruso. No hice ningún comentario. Nikolai sabía que esa mujer me había conquistado, y probablemente por eso no paraba de molestarme, de patearme las pelotas poniéndola delante de mí—. Sergei no es el único que piensa que no se merece cosas buenas —continuó.

Lo ignoré. Ambos sabíamos las cosas que habíamos hecho. Ella salvaba a la gente; yo la mataba. Esta noche fue un ejemplo perfecto de nuestras diferencias. Me vio quitarle la vida a un hombre hoy temprano y muchas vidas más esta noche. ¡Y mira lo que hizo! Curó a Sergei y a nuestros otros hombres. Yo era un *pecador*, y ella una *salvadora.*

Nos detuvimos frente a la habitación de Sergei y encontramos a Anastasia sentada en la silla junto a su cama. Tenía las piernas colocadas debajo de ella y torcía el cuerpo, apoyando la cabeza en el reposabrazos, cubierta por una pequeña manta. Parecía tan frágil que meterla en mi mundo podría romperla.

«Su mundo no es mucho más seguro. Su padre dijo que eres el único que puede mantenerla a salvo». Mi mente susurraba todas las cosas que quería oír para hacerla mía. *«¡Es fuerte!».*

—Ella se mantendrá a tu lado, Dimitry —añadió Nikolai—. Pero solo si la dejas entrar.

Me acerqué a la silla y cargué su pequeño cuerpo en mis brazos. Sus ojos se abrieron de golpe y nuestras miradas se encontraron. Anastasia era mi tormenta y mi calma.

—Hola —murmuró somnolienta, curvando los labios en una pequeña sonrisa.

—Hola.

—*Hola* —añadió Nikolai, divertido. Nunca bromeaba, pero alrededor de Anastasia, de alguna manera encontró humor—. *Oh*, no me estabas saludando. Lo siento.

Anastasia giró los ojos hacia él.

—Hola, Nikolai. —Luego pasó a ser la doctora mientras continuaba—: Sergei se pondrá bien. Le di medicina hace una hora, así que debería dormir durante las próximas ocho horas. Su herida está limpia y tiene poca fiebre.

Nikolai asintió.

—Yo me encargo ahora.

—Deberías dormir un poco —le aconsejó—. Estará dormido un rato.

Con una inclinación de cabeza, lo dejamos y la llevé a nuestra habitación.

«¿Nuestra habitación?». ¿De dónde había salido ese pensamiento? Sin embargo, no tenía ninguna duda, quería que todo fuera *nuestro.*

La coloqué suavemente sobre la cama.

—¿Dónde dormirás? —Su voz era un susurro. Me quedé contemplando a esta hermosa mujer frente a mí, luchando contra el impulso de atraerla hacia mí y decirle que dormiría a su lado todo el tiempo que me dejara. Esto sí que era una broma... un multimillonario pecador rudo y sucio que ni siquiera sabía quiénes eran sus padres de repente babeando por una mujer.

—En el sofá —declaré.

—Esta cama es lo suficientemente grande. —Se movió como si tratara de probar su punto—. Y si ocurre otra explosión, quiero que estés ahí cuando te busque.

«¿Me buscó cuando ocurrió la explosión?».

—Me daré una ducha rápida —avisé en su lugar, y lo dije en serio, sería una ducha rápida.

Asintió y se hizo un ovillo.

—Me duché hace unas horas —comentó, cerrando los ojos.

Cuando terminé, estaba seguro de que estaría dormida. Pero cuando abrí la puerta, sus pesados párpados se abrieron y me dedicó una sonrisa soñadora.

Mierda, incluso tan cansado como estaba, no estaba seguro de ser capaz de mantener mis manos lejos de ella.

CAPÍTULO DIECIOCHO

ANASTASIA

Dimitry era tan *sexy* como el pecado.

Sus cincelados abdominales y su pecho estaban cubiertos de tatuajes y, aunque estaba tan cansada que apenas podía mantener los ojos abiertos, mi libido respondió de inmediato. También tenía tatuajes en la parte superior de la pierna izquierda, aunque no pude distinguir el tipo ni la forma. Su cuerpo era una escultura griega, sin un gramo de grasa. Había un indicio de cicatriz en la parte superior de su hombro izquierdo, aunque era difícil determinar de qué se trataba con todos los tatuajes que tenía.

«Santos cielos, ¿hacía calor en esta habitación o qué?».

—Si sigues mirándome así... —Su voz profunda me sacó de mi trance. Me obligué a dejar de estudiar su cuerpo y alcé los ojos para encontrarme con los suyos—. Me temo que no te dejaré dormir.

Y enseguida se puso unos grados más caliente. Me lamí los labios, preguntándome a qué sabría. El beso que me dio en nuestro escape fue solo un pequeño anticipo.

—*Um*, son muchos tatuajes. —Quise sonar despreocupada, pero mi voz salió entrecortada y ronca. ¿En qué estaba pensando al salir del baño vistiendo solo sus *bóxers*?

—¿No te gustan los tatuajes?

«En tu cuerpo sí».

No obstante, esa no sería una respuesta apropiada si se fuera a meter en la cama conmigo. Podría estar preocupado de que saltara

sobre él. Eso sí que sería divertido. Una virgen de veinticinco años saltando sobre el peligroso Dimitry... Ni siquiera sabía su apellido.

—¿Cuál es tu apellido? —pregunté porque, en realidad, de qué otra cosa podíamos hablar en este momento.

—Elegí mi propio apellido —explicó mientras se acercaba despreocupadamente a la cama y se acostaba en el sitio que había dejado vacío para él—. Alexeyev. Dimitry Alexeyev.

Fruncí el ceño. A pesar de que me sonaba familiar, no conseguía ubicarlo.

—Me suena algo familiar —murmuré—. Me agrada. Mi madre se llamaba Alexandra, así que me gusta todo lo que empiece por Alex.

Apagó la lámpara junto a la cama y la habitación quedó a oscuras. Aunque durmió a mi lado dos noches atrás, mi estado de ánimo era diferente entonces. Estaba un poco borracha y demasiado cansada. En este minuto solo estaba cansada y excitada.

Mis ojos se estaban adaptando a la oscuridad y pude ver la sombra de su perfil en la oscuridad, nuestros cuerpos uno frente al otro. Había algo tan salvaje y peligroso en este hombre... pero al mismo tiempo tranquilizador y protector.

—Duérmete, Anastasia —ordenó suavemente.

—Buenas noches, Dimitry. —Cerré los ojos y me concentré en su respiración.

Antes de pensarlo mejor, alargué la mano y la puse sobre su pecho, justo encima de su corazón. No se movió ni se opuso. Su piel estaba caliente bajo mi palma, su pecho duro. Con cada latido de su corazón y el calor que irradiaba, me quedé profundamente dormida.

Cuando me desperté, tenía el cuerpo duro de un hombre apretado contra mi espalda y unos brazos grandes y cálidos me rodeaban. Escuché voces de hombres afuera; sin embargo, nada de eso me preocupaba con los brazos protectores de Dimitry rodeándome. Eché un vistazo detrás de mí y el corazón me dio un vuelco al verlo. Las duras líneas de su rostro se habían relajado, haciéndolo parecer más joven y menos intimidante. Casi parecía despreocupado... casi, mas no del todo.

Me pregunté cuál era su historia además de crecer en el orfanato. Se mantenía encerrado. No sabía nada de él. Debía tener

una buena posición económica. La ropa que llevaba, el reloj que lucía... todo en él denotaba poder y dinero. No hacía alarde de ello, aunque no había duda.

Tras saber que mi padre le había prometido ayudarle a legalizar sus negocios, comprendía por qué me había salvado. Pero ¿por qué iba a seguir protegiéndome? No había forma de que pasar meses huyendo para protegerme mereciera la pena, fuera cual fuera el negocio que estaba intentando legalizar. ¿Por qué se había metido en este lío? No podía ser por dinero, ya que parecía tener de sobra.

—Buenos días —susurró sin abrir los ojos.

—Buenos días.

—¿Me estás estudiando? —No sé cómo pudo saberlo sin abrir los ojos.

—Tal vez —repliqué.

—¿Qué quieres saber, Anastasia? —Peligroso, inteligente y hermoso... Podría ser una combinación mortal.

—¿Por qué te has metido en todo esto? —Podría preguntárselo directamente, aunque estaba segura de que no me contestaría—. Entiendo lo de legalizar tus negocios, pero meses de tener que protegerme... Seguro que podrías haber comenzado otro negocio exitoso durante el tiempo que pasas cuidándome.

—Salvé a una hermosa mujer de ojos verdes y decidí que me gustaba mucho. —Su voz era puro sexo. ¿Pensaba que era hermosa? ¿Y le gustaba mucho?

El corazón me latía con fuerza mientras una sonrisa se elevaba en mi rostro.

—De acuerdo, Sergei —ironicé y le empujé suavemente el hombro.

Se movió tan deprisa que, antes de que pudiera parpadear, me había tumbado boca arriba y me había inmovilizado contra el colchón, con sus grandes manos contra las mías.

Mi pecho subía y bajaba de emoción mientras me observaba con intensidad en sus ojos grises. Se inclinó hacia delante y bajó la cabeza lentamente hasta acercar su boca a mi oreja.

—No me parezco en nada a Sergei. Asegúrate de saber a quién quieres, Anastasia.

Jadeé de asombro. Este hombre era un Dios. Podía sentir sus duros músculos apretados contra mí, su fuerza bruta dominándome y, aun así, no me asustaba.

En todo caso, estaba más excitada. El corazón me latía con fuerza y el dolor se intensificaba entre mis muslos. Quería empujar mi abdomen contra él, sentir más. Olía a hombre, almizclado y *sexy*. Todo el deseo y las emociones que se arremolinaban en mi interior me hicieron tragar saliva. Nuestros ojos se encontraron, y había una intensidad ardiente en su mirada junto con deseo... *Por mí.*

—Sé a quién quiero.

Mis ojos se abrieron de par en par cuando se inclinó y acercó su boca a la mía. El beso de del día anterior fue reconfortante. Este era pura seducción. Sus labios eran como una suave pluma contra los míos. Sus caderas empujaron contra mi cuerpo, haciéndome jadear en su boca. El sonido lo hizo profundizar y mis ojos se cerraron. La presión de su cuerpo sobre el mío estaba enviando fuegos artificiales por mis venas. Su toque era puro sexo, un tormento perverso. Era el mejor beso, el mejor juego previo que había tenido nunca, y ni siquiera habíamos empezado.

Todos los años de contenerme se desataron cuando mi ser reconoció la necesidad que tenía por él. Le rodeé el cuello con los brazos y levanté mi cuerpo de la cama, apretándome contra él, necesitando sentir más su peso sobre mí. Mis piernas se abrieron para él y, maldita sea, si no estaba dispuesta a rogarle que me tomara en ese mismo instante. Quería sentirlo dentro de mí, aliviando el dolor que sentía por él.

Su cálida boca y su cara con barba bajaron lentamente por el lateral de mi cuello y, por voluntad propia, mi cabeza se ladeó para permitirle un mejor acceso. La sensación era pura adrenalina y mi corazón se aceleró. Sus dientes me rozaron el pulso y un gemido salió de mis labios. Sus besos eran lánguidos mientras saboreaba mi piel, despertando cada célula de mi cuerpo.

Cuando levantó la cabeza, me pregunté por qué se había detenido y abrí los párpados a regañadientes. Sus ojos estaban directamente frente a los míos, con un deseo ardiente en su mirada que sabía que coincidía con la mía. Dios, nunca había deseado nada

tanto como lo deseaba a él. Mi cuerpo ardía de deseo por él. Si solo su beso y su tacto me hacían reaccionar tan salvajemente, nunca sobreviviría a tener sexo con este hombre.

—Asegúrate, *Milaya*... Porque una vez que seas mía, no te dejaré ir.

La posesividad en su voz me hizo inhalar agudamente.

«Este hombre y sus besos son peligrosos, ¡pero tan emocionantes!». Quería más de él.

CAPÍTULO DIECINUEVE

DIMITRY



«*La quiero. Cada centímetro de su cuerpo».*

Vi la sorpresa en sus ojos ante mi intento de reclamarla. Quería estampar mi marca en ella para que todo el mundo supiera que era mía. Era un acto egoísta y posesivo por mi parte, pero cuando se trataba de Anastasia Manciatti, lo quería todo. Ahora que la había probado y había sentido su cuerpo contra el mío, era un hombre perdido.

Sabía que se merecía algo mejor que yo. Nació en una familia rica y poderosa. Yo era bastante poderoso y rico, porque estaba dispuesto a matar, robar y todas las demás cosas que la mayoría de la gente no haría por dinero. Poseía la mitad de San Francisco, Los Angeles y New York, porque no tenía escrúpulos.

El toquido a la puerta la salvó de mis avances. Mi polla palpitaba, deseándola.

—¿Quién es? —respondió Anastasia con voz un poco entrecortada y un rubor coloreando sus mejillas mientras sus ojos no se apartaban de los míos.

—Soy yo —llamó Nikolai y añadió—: Necesito a Dimitry.

Las mejillas de Anastasia se pusieron de un rojo intenso, al darse cuenta de que sabía que habíamos pasado la noche en la misma habitación. Todos los hombres que estaban en ese momento en la casa lo habrían oído y, con suficiencia, me sentí satisfecho de que a

partir de ese momento no se atrevieran a tocarla. Había sido marcada por mí.

—¡Enseguida salgo! —vociferé. No quería dejarla en ese minuto, pero probablemente era mejor que tuviera algo de tiempo para ella.

Me alisté rápidamente. Me di cuenta de que Anastasia observaba todos mis movimientos, desde cepillarme los dientes hasta vestirme. Era extrañamente íntimo, y casi podía imaginarme la vida cotidiana con ella a mi lado. Me di cuenta de que su mirada se detenía en mi trasero, y sonrió tímidamente cuando notó que la había atrapado.

—¿Has disparado alguna vez un arma? —inquirí, abrochando la funda antes de deslizar el arma. Negó con la cabeza, frunciendo el ceño en respuesta a mi pregunta—. Hoy tendremos clases de defensa personal y te enseñaré a disparar un arma.

—No me gustan las armas —discutió.

Podría haberlo adivinado. Pero tal y como iban las cosas, era un riesgo. Necesitaba toda la protección que pudiera tener.

—Lo haremos después del almuerzo.

Seguía sentada en la cama y no pude resistirme a acercármele para depositar un beso en sus labios. Me correspondió como si lo hubiéramos hecho un millón de veces. No hubo reservas cuando lo hizo.

En cuanto salí de la habitación, Nikolai estaba allí esperándome con una estúpida sonrisa en la cara.

—¿En serio? —me quejé en ruso—. *¿No tienes nada mejor que hacer que sentarte frente a la puerta de la habitación de Anastasia?*

—No —respondió—. Llamó su padre.

Me tensé al instante.

—¿Qué quería?

—El FBI perdió a Boris. La Interpol y la CIA se hicieron cargo del caso. —La expresión de Nikolai era sombría. Sabíamos lo que eso significaba. Boris había conseguido salir del país y probablemente se dirigía a Rusia, si no estaba ya aquí. En nuestro trabajo no había casualidades. El ataque de del día anterior significaba que los hombres de Boris sabían exactamente quién tenía a Anastasia.

—Tendremos que asegurarnos de seguir moviéndonos.

Nikolai asintió.

—Hablé con los hombres y nos quedaremos otro día, dos como máximo. Estoy trazando un plan para movernos, pero solo tres de nosotros sabremos adónde iremos después y la ruta que tomaremos.

—¿Cómo está Sergei?

—Anastasia hizo un buen trabajo con él. Su fiebre ha desaparecido por completo y se está recuperando rápidamente.

Anastasia abrió la puerta y se detuvo en seco. Se recobró rápidamente y le sonrió a Nikolai, con un ligero rubor en las mejillas.

—¿Es aquí donde se celebran las reuniones importantes?

Carajo, era preciosa. Nunca había visto a una mujer sonrojarse de forma tan atractiva. La miré con hambre, como un adolescente excitado.

—¿Cómo dormiste, Anastasia? —Nikolai preguntó en su lugar, y su rubor aumentó aún más.

—*Um,* bien. ¿Y tú?

—Bastante bien. Aunque Sergei no paraba de roncar. ¿Tuviste un problema similar?

Su risa silenciosa resonó en el pasillo.

—No lo creo. Estaba muerta para el mundo. —Luego giró los ojos hacia mí y sonrió con picardía—. A menos que roncara. ¿Lo hice?

—No, aunque estoy seguro de que tus ronquidos también son bonitos.

—De acuerdo. —Nikolai puso los ojos en blanco—. No necesito oír estas cosas.

—Iré a ver a Sergei —comentó mientras se alejaba de nosotros —. ¿Quieres que intente preparar el desayuno después?

—¿Intentar? —cuestioné.

Se detuvo y nos miró con expresión avergonzada.

—No sé cocinar.

—Maldición, mujer —se burló Nikolai, y consiguió parecer aún más avergonzada. Creció con cocineras y criadas, así que probablemente nunca tuvo necesidad de aprender a cocinar.

—Te enseñaré —declaré, y su sonrisa valió la pena. Tendría que encontrar muchas cosas que enseñarle solo para ganarme esas sonrisas.

¿Qué *demonios* me pasaba? Las mujeres se desmayaban por mí, no al revés. No obstante, aparentemente a mi cerebro no le importaba, ni tampoco a mi polla. Ambos estaban concentrados en ella, gritando *mía.*

—Gracias. —Sonrió mientras se iba a ver a Sergei.

Ya no había retorno; estaba completamente bajo su hechizo.

CAPÍTULO VEINTE

ANASTASIA

En cuanto entré en la habitación de Sergei, sentí un enorme alivio.

—Buenos días, Sergei —saludé—. Te ves mucho mejor que ayer. —Sus ojos marrones se encontraron con los míos y había pena en ellos... tristeza y algo más—. ¿Estás bien?

Su coloración era buena, así que no podía ser que estuviera enfermo. Pero así como así, desapareció, y sonrió despreocupadamente.

—No podría estar mejor. Gracias a ti.

—Tuviste suerte —expresé—. ¿Puedo checar tus signos vitales?

—Por supuesto. —Conocía el procedimiento, lo que me decía que no era la primera vez que pasaba por esto.

Hice un chequeo rápido y luego inspeccioné la herida. No había infección ni fiebre, aunque seguía débil y adolorido por la herida de bala. En general, se estaba recuperando bien. Le examiné el pecho y la espalda y observé algunas cicatrices antiguas.

Al igual que Dimitry, tenía tatuajes en los brazos, una cruz en medio del pecho y una imagen muy poco habitual sobre el corazón. Parecía un corazón sagrado con una rosa. Sergei era un hombre extremadamente guapo. Totalmente irresistible, como solíamos bromear Scarlett y yo al ver hombres guapos. No obstante, mi corazón ni siquiera dio un vuelco al mirarlo.

Ciertamente, parecía que había estado en muchas peleas. Una cicatriz en particular debió doler cuando se la hizo, y solo tenía unos

meses.

—¿Navaja? —inquirí. Siguió mi mirada y asintió.

—Parece peor de lo que fue —indicó.

—Bueno, te ves bien —anuncié—. ¿Quieres quedarte en la cama o quieres verme sufrir en mi primera lección de cocina?

Sonrió.

—¿No sabes cocinar?

Sacudí la cabeza con una sonrisa tímida.

—¿Quién te enseñará? —cuestionó, aunque tuve la sensación de que sabía la respuesta.

—Dimitry.

—Voy entonces. —Se rio entre dientes—. Tengo que asegurarme de que no es demasiado duro contigo.

—¿Qué? —¿Era Dimitry un profesor horrible y duro?

—Estoy bromeando —replicó riéndose.

Sacudí la cabeza.

—De acuerdo entonces. Vamos a ponerte la camiseta y te ayudaré a ir a la cocina.

Caminamos despacio y le eché un ojo para ver cómo estaba. No estaba nada mal para alguien que sangraba profusamente hacía solo doce horas. Cuando entramos en la cocina, Nikolai y Dimitry ya estaban allí. Dimitry nos miró con una sonrisa, de pie junto a varios ingredientes en la encimera.

Ayudé a Sergei a sentarse en una silla.

—¿Bien?

—Nunca había estado mejor —aseguró, pero tenía sudor en la frente.

—No te esfuerces. La curación es más rápida así.

—Sí, doc. —Si bien su tono era burlón, hablaba en serio. Sabía que era mejor para él a largo plazo—. Ahora, veamos tu primera lección de cocina.

Me giré hacia Dimitry.

—¿Por qué esto es más angustioso que mi primera cirugía?

—Porque eres lista —soltó Nikolai.

Echando una mirada por encima de mi hombro, Nikolai sonreía y me guiñó un ojo.

«Estos tipos me lo van a poner muy difícil si fracaso cocinando como suelo hacer».

Fui al fregadero, me lavé las manos y me giré hacia Dimitry. Dios, era guapo. Bajo la luz de la mañana y con la sutil sombra de una barba, era irresistible. Podías olvidar fácilmente que había matado gente.

—De acuerdo, *chef* —dije con valentía—. Estoy lista.

—Aquí está la receta de panqueques. —Me enseñó su teléfono—. Tengo todos los ingredientes fuera. Sigamos las instrucciones y tendremos el desayuno listo en un santiamén.

Y ese fue el primer problema. No se me daba muy bien seguir instrucciones en la cocina. Fue la razón principal por la que nunca aprendí a cocinar. Era demasiado impaciente para tener el producto final en la mesa.

—¿Hay algún problema? —indagó Dimitry levantando una ceja. Qué mandón.

—No, no hay ningún problema.

Agarré su teléfono, leí las instrucciones, se lo devolví y me puse a trabajar. En el segundo paso, empezó a objetar.

—Detente. —Congelé el huevo roto en el aire ante la orden de Dimitry. No podía haber metido la pata ya.

—¿Qué pasa? —La clara del huevo intentaba zafarse de mi mano.

—¿Qué decían las instrucciones?

—Batir el huevo en el tazón. —En serio, ¿cuál era el problema aquí?

—Sí, ¿pero qué tazón?

Al instante, me di cuenta de mi error.

—En un tazón vacío... así que necesito un tazón separado para ello.

—Bien. —Era la cirujana más joven de la historia de Estados Unidos, y estaba radiante ante los elogios de Dimitry sobre mi cocinar. Necesitaba seriamente que me revisaran la cabeza.

Eché el huevo en un tazón aparte y empecé a batirlo. Recordaba las instrucciones mentalmente, aun así, en ese instante me preguntaba si me había olvidado de algo más.

—¿Puedo ver las instrucciones una vez más, por favor?

Sacó su teléfono y volvió a mostrarme las instrucciones, mis ojos revisaban cada paso para asegurarme de no perderme nada. Diez minutos después, ya tenía listo el primer panqueque.

—Me da miedo ofrecérselo a alguien como comida —opiné, mirando entre los tres hombres que parecían hambrientos—. ¿Y si sabe mal y los enferma?

—Tengo un estómago de hierro. —Se ofreció Nikolai—. Déjame probarlo.

Vacilante, se lo ofrecí y agarró el primer mordisco. Conteniendo la respiración, esperé su reacción, y entonces sonrió.

—Esto está muy bueno —elogió—. Necesitaremos más.

—Dios mío, espera a que le cuente... —Me interrumpí. Las chicas y papá siempre me hacían pasar un mal rato sobre mi forma de cocinar—. Espera. Tengo que tomarle una foto. —Me limpié rápidamente las manos y saqué el teléfono del bolsillo trasero—. ¿Quieres salir en ella?

—¿Por qué? —Nikolai casi sonaba sospechoso.

—Así tengo la prueba de que alguien está comiendo algo que hice. —Sonreí como una tonta—. Probablemente debería grabarte comiéndotelo, porque si no las chicas no me creerán.

—¿Chicas? —repitió Dimitry levantando una ceja.

—Sí, mis amigas. Se niegan a comer cualquier cosa que lleve a una fiesta a menos que aún esté en el envase de la tienda.

Nikolai se echó a reír.

—Supongo que entonces tengo suerte. De acuerdo, foto o vídeo, lo que quieras.

Asentí, riendo entre dientes.

—No tienes ni idea de la suerte que tienes. Lo último que cociné provocó una reacción alérgica a algunas personas. O podría haber sido un caso leve de intoxicación alimentaria. Pero, sinceramente, no fue culpa mía que el tipo me vendiera comida en mal estado.

Nikolai hizo una mueca en ese mismo momento, y tomé una foto.

—Mierda, parece que te están envenenando, Nikolai —mencioné mientras observaba la foto, y los tres se echaron a reír—. Tendremos que rehacerla. Mira complacido, como si estuvieras en el cielo de los panqueques.

Lo hizo y sonreí feliz. Me moría de ganas de enseñárselo a mi padre y a mis amigas.

Pasé a hacer el siguiente panqueque y, treinta minutos después, tenía una gran pila para todos. Los hombres de Sergei vinieron y agarraron platos de comida, cada uno de ellos dándome las gracias con grandes sonrisas.

Cuando por fin terminé, agarré una taza de café con pan tostado y me senté junto a Dimitry.

—¿No panqueques? —cuestionó Sergei.

—No me gusta comer mucho por la mañana. —Dimitry sorbía su café negro y leía algo que parecían las noticias en su teléfono. Me aclaré la garganta, haciéndolo levantar la cabeza—. Quería saber si es seguro llamar a mi padre. —Sentí que el aire de la cocina cambiaba—. La última vez, no llegué a preguntar... —Volví a aclararme la garganta, incómoda por tener que preguntar en primer lugar, mas tampoco quería poner en peligro innecesario a estos hombres—. Quería checar si las chicas... mis amigas con las que viajaba han vuelto a casa sanas y salvas.

Dimitry cerró la aplicación que estaba utilizando y me entregó su teléfono.

—Gracias. ¿Tengo un límite de tiempo?

—No, pero es más seguro mantenerlo por debajo de cinco minutos.

Asentí y agarré su teléfono, marcando el número de mi padre. Me levanté en cuanto pulsé el botón de llamada para buscar algo de intimidad.

Mi padre contestó al primer timbrazo.

—Dimitry.

—No, soy yo, papá.

—Anja, ¿estás bien? —Siempre se había preocupado por mi seguridad. Desde aquella noche quince años atrás.

—Sí, todo está bien. —Salí y los hombres que custodiaban la casa se apartaron, dándome algo de intimidad. Me senté en una pequeña banca justo fuera de la casa—. Solo quería oír tu voz. ¿Estás bien?

Se rio, pero sonó un poco forzado.

—Secuestraron a mi hija y me pregunta si estoy bien. —Suspiró profundamente y deseé que no tuviera que preocuparse tanto.

—Lo siento, papá. Sé que me pediste que volviera a casa. Aunque debería haberte escuchado, deberías haberme dicho lo que pasaba. Ya no soy una niña, sabes.

—Lo sé, pero siempre serás mi niña. —Su respuesta hizo que mi pecho se hinchara de calor. Amaba a mi padre, a mi abuelo y a mi tío. Nuestra familia siempre había sido muy unida—. De todos modos, eso ya es pasado. Lo importante es que estás a salvo.

—Sí, gracias a ti. Si no hubieras enviado a Dimitry y a sus hermanos, estoy segura de que ahora estaría muerta, o al menos muy cerca.

—¿Se están asegurando de que estás a salvo?

—Sí, lo hacen —aseguré—. ¿Dónde conociste a Dimitry?

—¿Se tutean? —indagó en su lugar, y se sintió como que estaba esquivando una pregunta.

—Si no recuerdo mal, también lo tuteas —comenté—. Permíteme refrescarte la memoria, tus palabras exactas fueron: *Te quedarás con Dimitry. Él te mantendrá a salvo.* No dijiste el señor Alexeyev te mantendrá a salvo.

—¿Qué está pasando, Anja? —La voz de papá sonaba frustrada. ¿Por qué discutíamos si debía tutear a Dimitry?

—Nada, papá. ¿El abuelo está bien? —Si íbamos a estar esquivando temas, también podía jugar a eso.

—¿Qué crees? —bromeó—. Se estaba imaginando lo peor.

—Dile que estoy bien. No tengo ni un rasguño —mentí. Podría haber sido mucho peor, así que los moretones que desaparecerían rápidamente no eran nada en realidad—. Y cuando vuelva, me quedaré con él un mes entero. —Papá se rio, claramente sin creerme—. ¿Adivina qué? Acabo de hacer panqueques. —Y rápidamente añadí—: Comestibles.

—Cariño, ¿estás segura de que eran comestibles?

—Un montón de gente se los comió, así que sí, eran comestibles. —Defendí mis panqueques con pasión, y me sentí tan bien al escucharlo reír. Durante unos segundos, absorbí el sonido, olvidándome de todo y de todos los que me rodeaban. El ligero

viento soplaba entre las hojas del suelo, agitándolas en una danza de torbellinos. Había árboles por todas partes y las hojas cubrían el suelo de colores. Parecía que el clima otoñal estaba a punto de llegar. Supongo que aquí llegaba antes que en casa.

—Oye, papá —continué—, ¿sabes algo de Olivia y Scarlett? —La línea se quedó en silencio y el pavor se apoderó de mí—. ¿Papá?

—Sí, te oí. —Su respuesta se sintió rígida—. Todo está bien.

—¿Por qué tengo la sensación de que no me estás diciendo algo?

—Anastasia, tenemos que concentrarnos en que estés a salvo y salgas viva de esto. —Estaba segura de que había algo que no me estaba diciendo.

—Estoy de acuerdo, pero quiero saber que están bien. Ese *también* debería ser el enfoque. ¿Han llegado bien a casa?

El silencio se prolongaba y las peores imágenes pasaban por mi mente.

—Papá...

Me interrumpió y finalmente contestó:

—Olivia se va a casar dentro de tres semanas.

—¿Qué? —El padre de Olivia debía dinero y favores a uno de los hombres más poderosos de nuestros círculos. Su padre se había enterrado prácticamente en deudas, y estaba utilizando a Olivia para saldarlas. Malcolm Schmidt, uno de los hombres más narcisistas y crueles que había llegado a conocer, había puesto sus ojos en Olivia y solo ayudaría a su padre a salir de sus problemas financieros si ella se convertía en suya. A menos que se casara con él, arruinaría a su familia—. Papá, no puedes dejar que eso pase.

—Anja, eso no es asunto nuestro.

—Pero él es cruel. —Cada vez que Olivia volvía de ver a ese viejo enfermo, cambiaba un poco. Era como si partes de ella murieran con cada visita—. Papá, él... la lastima. No se le debería permitir estar cerca de otro ser humano.

—Anastasia, basta.

—Siempre te dedicas a encerrar a los malos. —Sabía que no era justo cargarle más preocupaciones a mi padre, pero no podía evitarlo—. Entonces, ¿por qué te haces de la vista gorda con este?

Lo escuché respirar hondo, como si estuviera conteniendo su temperamento. Rara vez perdía la calma.

—¿Tienes pruebas de su abuso?

—No, pero...

—¿Está Olivia dispuesta a testificar contra él?

Podía ver lo que estaba haciendo. Me estaba quitando todas las razones.

—No, no lo hará. Pero si pudieras iniciar una investigación contra él, les daría algo de tiempo a ella y a Oliver.

—Tiempo es lo que no tiene su familia —espetó, molesto—. Tiene dos meses para pagar el dinero que robó; de lo contrario, su padre irá a la cárcel. —No soportaba al padre de Olivia; yo tampoco. Ese hombre no debería poder llamarse padre.

—Pues debería ir a la cárcel. —Mi voz se elevó ligeramente ahora que me estaba enfadando—. ¿Por qué él tiene un trato distinto? ¿Y por qué Olivia debería salvarlo cuando él hizo toda esa mierda por su cuenta? —Mi padre siempre era de impartir justicia, sin embargo, en este caso, estaba siendo ignorante a propósito—. ¿Y por qué te haces de la vista gorda con este tipo? Te he visto ir tras los criminales más poderosos sin importar su estatus social o dinero, ningún número de amenazas te detendría. Pero ahora ni siquiera estás dispuesto a investigarlo.

Olivia y Oliver prácticamente se habían criado en nuestra casa. Sabía que mi padre y mi abuelo se preocupaban mucho por ambos, los consideraban de la familia. No era propio de él no hacer nada al respecto.

—Nos acercamos a cinco minutos, Anastasia.

—¡Maldita sea, papá! —exclamé, molesta—. ¿No ves que la está matando? —Con un profundo suspiro, me obligué a calmarme—. De acuerdo, entonces haré algo antes de que tenga que casarse con él.

—No harás tal cosa —exigió con voz fría, pero no había nada que me impidiera al menos intentar ayudar a Olivia.

—¿Y Scarlett? —Cambié de tema—. ¿Está bien?

No hubo respuesta, lo que me obligó a mirar el teléfono para asegurarme de que seguía en la línea. Lo estaba.

—¿Papá?

—No llegó a casa.

Se me detuvo el corazón.

—¿Qué? —solté en un susurro—. ¿Qué quieres decir?

—Alguien se la llevó del hotel. —Podía oír la preocupación en la voz de mi padre—. Solo Brian y Olivia volvieron de Rusia.

—¿Tú...? —Tuve que tragar saliva—. ¿Hiciste que alguien fuera a buscarla?

Le rogué a Dios que dijera que sí. Si la secuestraban y le hacían daño por mi culpa, nunca me lo perdonaría.

—Lo hice, pero no tuvo tanto éxito como Dimitry.

—Dios mío, papá. —Solo de pensar en Scarlett en peligro me tenía el estómago hecho un nudo, amenazando con vaciar su contenido—. Tenemos que... hacer algo. No puede ser que nos hayan confundido, ¿verdad? —Dios, esperaba que no—. No nos parecemos en nada. ¿Verdad?

—Escúchame, Anastasia. —La voz de mi padre era firme—. No sigas por ese camino. No creo que estuviera relacionado. Solo fue una extraña coincidencia que ocurriera poco después de tu secuestro. La encontraremos. —Hizo una pausa como para dejarme asimilar esas palabras, luego continuó—: Asegúrate de mantenerte a salvo y con vida.

—Sí, papá. —Mierda, me estaba preocupando más que haciéndome sentir mejor, aun así, mantuve la boca cerrada. No quería preocuparlo aún más.

—Anja, no te alejes de Dimitry. ¿Entendido? —Noté que lo llamó Dimitry de nuevo, no señor Alexeyev. Si la situación no fuera tan jodida, no le dejaría pasar el tema así como así.

—Entendido. —Apenas solté las palabras—. Me dirás si sabes algo de Scarlett, ¿verdad?

—Sí, pero déjame esa preocupación a mí. —Si bien confiaba en mi padre con mi vida, me preocupaba lo que pudiera hacer desde otro continente si la secuestraron en Rusia—. Está bien, no queremos arriesgar esta línea. Te amo, cariño.

—También te amo, papá. —La línea se cortó y me quedé allí sentada, mirando al bosque, con el sonido del viento barriendo suavemente los árboles.

Me costó recordar la última vez que estuve en el bosque. Nunca iba de excursión por la naturaleza y evitaba los bosques nacionales. Entonces, sorprendentemente caí en cuenta, recordé la última vez que caminé por el bosque. Fue la noche que escapé por la ventana del sótano con la ayuda de mi madre. Me empujó por la ventana y me dijo que corriera.

No mires atrás, cariño. Solo corre. No pares hasta que encuentres a papá.

Mi madre no dejaba de empujarme, instándome a marcharme mientras yo permanecía de pie frente a la pequeña ventana, reacia a dejarla atrás. Tenía la cara muy magullada y el labio partido, lo que le dificultaba hablar. Lo que más deseaba era que huyéramos juntas, pero sabía que no cabría por aquella ventanita por muy delgada que estuviera.

—No quiero dejarte, mamá.

—No me estás dejando. Te estoy diciendo que te vayas. Por favor, hazlo por mí. Te amo tanto, mi bebé. Hazlo por mí.

Renuentemente, me escabullí, echando un vistazo a la ventanita cada pocos pasos. Mi madre me dedicó una última sonrisa y asintió.

—Corre. —Articuló, y eso es exactamente lo que hice.

Corrí y corrí hasta que me ardieron los pulmones, hasta que resollé por la sensación. La oscuridad me envolvía, y de vez en cuando la luz de la luna iluminaba los árboles que me rodeaban.

Ese miedo mientras corría me hacía zumbar los oídos. Pero cuando llegué al punto de agotamiento y me vi obligada a caminar o correr el riesgo de desmayarme, fue casi peor. Cada brisa a través del bosque creaba tantos sonidos que hacía que mi miedo fuera insoportable. Cada crujido de una rama, el ulular de un búho o el arrastre de una hoja bajo mis pies me hacían saltar y la adrenalina bombeaba por mis venas.

Aparté los recuerdos de mi mente y me centré en el aquí y el ahora. Había evitado esos recuerdos y esos desencadenantes, perdiéndome

en el bosque entre otras cosas, durante los últimos quince años, y aquí estaba, escondida en uno.

Me levanté y empecé a alejarme de la casa. Era una estupidez, lo sabía, pero en cuanto llegué al borde del claro que rodeaba la cabaña, me detuve. Los viejos demonios jugaban alrededor de mi mente e hicieron que mi miedo se amplificara mientras me debatía entre poner un pie en la línea de árboles. En lugar de los ruidos del bosque, lo único que oía era el latido salvaje de mi corazón y el zumbido en mis oídos.

Inhalando hondo, me concentré en mi respiración. Una respiración profunda, luego otra, y otra. Cada vez que inspiraba, el zumbido en mis oídos disminuía lentamente.

«Sí, necesitaba concentrarme en el ahora. Ayudar a Olivia y Scarlett. Dimitry me salvó. Yo las salvaría».

CAPÍTULO VEINTIUNO

DIMITRY

Anastasia probablemente no se dio cuenta de que estaba sentada junto a la ventana abierta, y que escuchamos mientras hablaba con su padre. Cada emoción permanecía en su voz con las palabras que salían de sus labios. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que estaba preocupada por sus amigas y quería ayudarlas. Era realmente hermosa por dentro y por fuera. Era la luz de mi oscuridad.

Nikolai y Sergei parecían perturbados tras oír su conversación. Sergei apretó los puños y rechinó los dientes con tanta fuerza que estaba seguro de que se le partiría la mandíbula en cualquier momento. Un mal presentimiento me asaltó mientras lo observaba.

«¿Por qué se alteró tanto?».

Seguí observando a mi mejor amigo, mi hermano menor de nuestro grupo. Era tan duro como Nikolai y yo, tan despiadado... aun así tanto a Nikolai como a mí nos resultaba difícil no sentirnos protectores con él. Nos preocupábamos mientras crecíamos, ya que era el más joven de los tres.

«Carajo», me di cuenta de que se estaba encariñando con Anastasia. Ella le agradaba... mucho. Desde el momento en que la vio, le agradó. El día anterior coqueteó con ella en su estado de delirio mientras trabajaba en su hombro, aunque en ese momento podía ver que estaba cautivado por ella.

«¡Es mía!», quería gritarles a ambos.

Me levanté bruscamente y los ojos de mis dos mejores amigos se clavaron en mí. Con un movimiento brusco de cabeza, los dejé atrás. Si hubiera sido cualquier otro, le habría golpeado la cara contra el suelo; desgraciadamente, Sergei era lo más parecido a un hermano que tenía. Tanto Nikolai como él eran mi familia.

¡Maldita sea! Salí y la busqué con la mirada. Los dos guardias recorrían el perímetro y teníamos muchos más por todo el bosque para asegurarnos de que no nos volvieran a atacar por sorpresa. La próxima vez, podríamos no tener tanta suerte.

Seguí la mirada de uno de los hombres y divisé a Anastasia. El guardia mantuvo la distancia, pero permaneció lo bastante cerca para poder mantenerla a salvo.

Se quedó en el borde del bosque, de espaldas a mí. La curva de su trasero tenía el tamaño justo para caber en mis palmas. Mi polla se estremeció al pensarlo. La forma en que su cuerpo reaccionó ante mí esta mañana me sorprendió gratamente. Fue natural, apasionada y sincera. Anastasia Manciatti no se contuvo.

Cuando su padre se puso en contacto conmigo para salvar a su hija, debió de saber que tenía una forma de encantar a los hombres. No había duda de que su belleza era del tipo inusual que te dejaba sin aliento.

Me preguntaba cuánto despreciaba su padre tenerla cerca de un hombre como yo. No era que pudiera culparlo por ello. No se equivocaba al querer encerrarme con Boris. Ambos éramos criminales, solo que de una manera ligeramente diferente. Su padre estaba realmente desesperado para permitir que alguien de mi tipo fuera su salvador, especialmente teniendo en cuenta su historia de casi perder a su hija a manos de Boris Jovanov. A decir verdad, yo no era mejor.

En ese momento, estaba a pocos metros de ella.

—Anastasia —la llamé en voz baja, sin querer asustarla.

Como si me hubiera sentido, se giró lentamente y nuestras miradas se cruzaron. Sus ojos brillaban como esmeraldas bajo un sol radiante, y en ellos relucían las lágrimas que estaba conteniendo. Nos observábamos en silencio, y cada segundo que pasaba cerca de esa mujer me ponía de rodillas.

«Tal como lo predijo la gitana».

Mi corazón la deseaba. Se merecía algo mejor que yo, más que yo... sin embargo, era demasiado egoísta y despiadado para dejarla marchar.

Mía.

—Dijiste que me enseñarías a disparar. —Había resolución en su voz. Deseé que me dijera exactamente qué pasaba por su bonita cabeza. Levantó la barbilla, con determinación en su voz—. Estoy lista.

La dura resolución en su tono nunca debería haber estado ahí. No con esta mujer compasiva y bondadosa. Quería salvar a la gente y al mundo, pero en lugar de eso se vio arrastrada a un mundo lleno de armas, violencia y sangre.

A decir verdad, se vio arrastrada a ello mucho antes de que yo entrara en escena. Tal vez estábamos destinados a cruzar caminos y realmente me pertenecía.

—De acuerdo —respondí, observando su reacción. Hizo una mueca de dolor apenas perceptible, aunque por lo demás permaneció inmóvil. Me giré hacia uno de los guardias y cambié al ruso—. *Tráeme una pistola. Glock 43.*

El guardia entró en el almacén de seguridad donde guardábamos las armas y se acercó para entregarme la pistola.

Se giró hacia Anastasia.

—Gracias por curar a mi hermano y revisarlo durante toda la noche.

Su rostro se transformó con una suave sonrisa. Salvar a la gente era su especialidad, no manejar un arma, pero aun así aprendería a disparar, porque un día podría salvarle la vida.

—De nada —le replicó al guardia, sonriendo—. Puedo ver el parecido.

—Sí, siempre le digo que soy el más guapo.

Una suave risita salió de sus labios.

—Eso se los dejo a ustedes dos —bromeó.

Le sonrió ampliamente y luego volvió a su posición.

Tomándola de la mano, tiré suavemente de ella.

—Vamos. —Agarrados de la mano, nos adentramos en el bosque.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

ANASTASIA



Caminaba por el bosque con Dimitry, toda mi energía se concentraba en el calor de su mano en lugar de los recuerdos de mi pasado.

No sabía qué me había poseído para pedirle que me enseñara a disparar. Me preocupaba por Scarlett y Olivia, haciéndome sentir impotente. Eran como hermanas para mí, siempre estaban ahí, y en el momento que más me necesitaban, no estaba para ellas.

—Si voy a ponerte un arma en la mano —la voz de Dimitry interrumpió mi preocupación—, tendrás que asegurarte de que estás concentrada. Sin pensamientos, sin emociones, sin distracciones. Enfócate en el objetivo.

—Sí. —Podría hacerlo, ¿verdad? Mientras no pensara en que con apretar el gatillo podía acabar con la vida de alguien. Sin embargo, si llegaba al punto de escoger *nuestras* vidas o sus vidas, no me quedaba otra opción.

«¿Verdad?».

—¿Estás segura? —La pregunta era simple, pero me hizo alzar los ojos hacia su alta figura, encontrándome con su mirada que ardió con una pasión tan intensa cuando me besó esta mañana.

Sus rasgos fuertes y hermosos contrastaban tanto con mi personalidad y con lo que solía buscar en la gente. No obstante, quizás ese fue mi problema desde el principio. Quería un hombre sencillo, alegre y amable con quien compartir mi tiempo. Alguien que

nunca hubiera experimentado la oscuridad y el miedo provocados por el mal en este mundo.

La oscuridad de Dimitry me atraía y, de la forma más extraña, también sacaba a la luz todas mis pesadillas y miedos. Sin querer, me estaba obligando a enfrentarme a ellos, haciéndome responsable de mi propia seguridad.

—Sí. —Quería que mi voz sonara fuerte, pero salió en un susurro.

Ambos nos detuvimos y me giró para que estuviera en dirección al objetivo a lo lejos.

—¿Ves eso? —Señaló el círculo del blanco—. Apunta a darle al papel. Nos preocuparemos de darle en el centro cuando puedas hacer eso.

Se puso detrás de mí, abriéndome ligeramente las piernas.

—Ten una buena posición de pie para que cuando te impulse hacia atrás no pierdas el equilibrio. —Agarró mis manos entre las suyas y levantó nuestros brazos, apuntando hacia delante, con nuestros cuerpos pegados—. Respira hondo.

Hice lo que me pidió y exhalé lentamente, concentrándome en la tarea que tenía entre manos. El blanco estaba a seis metros. En la preparatoria hice tiro con arco con blancos más lejanos que esto, así que no tuve ningún problema. Lo que me preocupaba era apretar el gatillo, el acto mortal e irrevocable de disparar un arma.

El arma se sentía fría y pesada en la mano, reflejando exactamente lo que simbolizaba para mí. Crueldad, muerte y una pérdida dolorosa.

Dejé ir mi pasado, mi presente y mi futuro. Lo que importaba era seguir viva, sacar a Olivia de su jodida situación y salvar a Scarlett. Sin pensarlo dos veces, apreté el gatillo y el ensordecedor disparo voló por los aires, dando en el blanco justo en el centro. El silencio que siguió fue tan ensordecedor como las explosiones en casa de Sergei.

Luego, disparé otro tiro, y otro. El golpe que seguía a cada disparo del arma me producía sacudidas en los brazos. Cada apretón del gatillo me empujaba ligeramente hacia atrás, pero Dimitry mantenía mi cuerpo firme, asegurándose de que no perdiera el equilibrio.

Las tres balas dieron en el blanco, justo en el centro. A pesar de que no me gustaba disparar un arma, lo haría si eso significaba salvar a la gente que amaba. Bajé los brazos, con la pistola aún en la mano. Lentamente, aturdida, di un paso adelante y me giré para mirar a Dimitry. La expresión en su rostro era ilegible. De pie en el bosque, todo quedó en silencio, solo existíamos nosotros y el latido del corazón que se aceleraba en mis oídos.

—¿Segura que nunca has disparado un arma? —preguntó.

—El tiro con arco era mi deporte en la preparatoria.

—¿La clase de tiro con arco tenía una sección sobre el manejo de armas? —Sus ojos me estudiaban con interés, algo más persistía allí también.

—No. —Mi voz era plana. Luché tanto por ser una chica normal, pero la verdad era que no había nada normal en mí desde aquel día en que nos secuestraron a mamá y a mí—. El guardia de seguridad de mi abuelo me enseñó defensa con un arma descargada. Solo que nunca había disparado una con balas hasta hoy.

De repente oímos voces de hombres y el ruido de sus pies al chocar contra el suelo mientras corrían hacia nosotros. Nikolai y Sergei vinieron también, aunque Sergei apenas se mantenía en pie.

—Sergei, te dije que no te esforzaras —regañé, consciente de que todos los hombres me observaban con recelo. Creo que ya oficialmente había llegado al límite… o me estaba volviendo loca. Quizá, en mi caso, esas dos cosas eran lo mismo.

—Hemos oído un disparo —explicó incrédulo. Sus ojos pasaron de mi cara a mi mano, donde empuñaba el revólver.

—Anastasia aprendió a disparar al blanco —aclaró Dimitry en mi lugar.

Al unísono, cada par de ojos se dirigió al objetivo, y su cautela se convirtió en asombro.

—¿Diste en el blanco en el primer intento? —cuestionó Nikolai dudoso.

Devolviéndole el arma a Dimitry, agregué:

—Solía practicar tiro con arco. —No había emociones en mi voz... decepción, tristeza, rabia por la crueldad del mundo me oprimían el pecho, pero mi voz y mi rostro no contenían nada de eso.

—Mujer, podrías darme una erección —se burló Sergei—. Si no sintiera tanto dolor, me excitaría mucho.

Normalmente, me habría reído y le habría devuelto la broma; lamentablemente, lo único que podía hacer en ese instante era mirar fijamente a los tres hombres. Necesitaba un plan, pero no se me ocurría nada. Mi familia tenía hombres que me protegían y se preocupaban de los detalles de seguridad. Nunca antes había tenido que preocuparme por eso.

En ese momento deseaba haberme involucrado más. ¿Cuál sería el primer paso para encontrar a Scarlett o ayudar a Olivia? Tenía que dejar de depender de mi familia para mantenerme a salvo. Ya había superado la etapa de niña indefensa. No era una maldita damisela en aprietos... No debía serlo.

Correr siempre me ayudaba a despejarme la mente, ya que era un momento en el que podía pensar en paz. Pero no lo había hecho desde la mañana de nuestra salida nocturna. Actualmente, de lo único que era consciente era de que era una inútil cuando se trataba de ser dura.

«¡Maldita damisela en apuros!».

Dimitry ordenó algo en ruso, y todos los hombres se retiraron excepto Nikolai, Sergei, Dimitry y yo. Ninguno se movió de su lugar. Casi deseé que los tres se marcharan también para poder derrumbarme. Quería llorar, maldecir, patalear y gritar ante la injusticia de todo. Ni siquiera me molesté en pedirle que me tradujera lo que había dicho.

—Quiero irme a casa. —Solté la bomba y esperé la reacción explosiva de los tres hombres, mas no obtuve nada—. Permítanme reformularlo —expresé con una seguridad que no sentía—. Me iré a casa. No me voy a quedar aquí.

—¿Y qué piensas hacer entonces? —La voz de Dimitry era frígida, y el trasfondo de la pregunta golpeó donde debía. Con los brazos cruzados sobre el pecho, parecía condescendiente. Era un hombre guapo y yo una mujer acostumbrada a la protección que le ofrecía su familia.

Levanté la barbilla en señal de desafío.

—Lo resolveré en mi vuelo a casa.

—¿Le diste a un blanco y ahora crees que puedes pelear? —Me sorprendió que viniera de Sergei.

—No creo eso. Pero no voy a esconderme aquí mientras mis mejores amigas... —Tragué con fuerza, respirando tranquilamente. No quería sonar histérica—. Ustedes tres no podrían entenderlo. —Negué con la cabeza, pasándome ambas manos por el cabello, agarrándome a él—. No puedo esconderme aquí, sana y salva mientras una de mis amigas ha sido secuestrada por mi culpa y la otra está siendo obligada a casarse con un psicópata narcisista que la torturará el resto de su vida. —Con cada palabra pronunciada, la histeria se apoderaba más de mí.

—Cálmate, Anastasia. —La voz de Dimitry era firme, inquebrantable, no obstante, el pánico seguía creciendo en mi interior. Su fuerza hacía que mis debilidades me resultaran tan evidentes—. Sé cómo te sientes. Mis hermanos y yo haríamos lo mismo el uno por el otro. Pero si consigues que te maten, no podrás ayudarlas.

Scarlett y Olivia eran básicamente mis hermanas, parte de mi familia. No hacer nada no era una opción, por muy fuera de mi elemento que estuviera.

—A ustedes... Nadie puede tocarlos —continué mientras caminaba de un lado al otro—. Solo una mirada de uno de ustedes y apuesto a que la gente huye aterrada. Este es su mundo, no el mío, ni el de Scarlett, ni el de Olivia. —Mi mente corría a mil por hora. Se me escapó una risa amarga—. Se suponía que íbamos a tener un verano para recordar. Pues vaya que sí lo tuvimos.

—No irás a ningún lado —ordenó Dimitry, y eso encendió mi ira.

—No puedes retenerme contra mi voluntad —contradije—. Mi padre te contrató, no al revés.

Sí, fue una estupidez. No debí haber dicho eso. Su expresión era fría y amenazadora, aunque seguía sin asustarme. Sabía que tenía en mente mi seguridad... Tal vez por eso no me asustaba.

No hubo más comentarios, aun así, era toda la respuesta que necesitaba. Mis ojos se dirigieron a Sergei y Nikolai, pero sabía que no me ayudarían. Los tres permanecían allí parados como estatuas imponentes.

—¿No sería más fácil si volviera a casa? —La pregunta salió de mis labios, mis ojos fijos en Dimitry—. Legalizas tus negocios ya que me entregaste sana y salva, y mi familia puede tomarlo a partir de ahí.

—Tu padre me pidió que te mantuviera a salvo bajo mis condiciones —declaró finalmente Dimitry—. Y eso es lo que haremos. Aunque sea contra tu voluntad.

Di un paso hacia él antes de pensarlo mejor y le clavé el dedo en el pecho.

—Soy una mujer adulta. No tienes ningún control sobre mí, por muy bien que beses. Puedes decirle a mi padre que tampoco tiene nada que decir sobre lo que puedo o no puedo hacer. —Aunque había que admitir que sonaba un poco malcriada, de ninguna manera me escondería mientras mis mejores amigas estaban pasando por un infierno en este momento.

Sergei intentó calmar la situación.

—Anastasia, ¿qué tal si ayudamos?

Giré la cabeza hacia él.

—¿Cómo?

Dimitry detuvo la conversación.

—Primero, tendríamos tu palabra de que te quedarás con nosotros hasta que sea seguro que te vayas.

—No puedo darte mi palabra hasta que conozca el plan. —No nací ayer.

—Te prometo que idearemos un plan para ayudar a tus amigas. —Dimitry era un negociador exigente—. Hablaremos con nuestros contactos y averiguaremos la situación en cuanto volvamos a la cabaña. Pero quiero tu palabra de que te quedarás con nosotros y no intentarás nada estúpido.

Sabían más que yo sobre qué hacer en esta situación. Su ayuda sería valiosa, y el hecho de que me hubieran encontrado probablemente decía mucho sobre sus contactos. Lo estudié, intentando decidir si podía confiar en su palabra. Como si pudiera leer mis pensamientos, añadió:

—Nunca rompo mis promesas.

Nikolai y Sergei replicaron:

—También tienes nuestra promesa.

De alguna manera no me sorprendió que mantuvieran sus promesas. Tenía que ser algo típico de los machos alfa.

Exhalé, aunque no estaba segura de si era de alivio o de ligera ansiedad.

—De acuerdo, tienen mi palabra. Me quedaré con ustedes hasta que sea seguro irme.

—Gracias a todos los infiernos —murmuró Sergei, balanceándose sobre sus pies—. No creo que pueda aguantar parado mucho más tiempo.

—Tu maldita culpa por insistir en venir —reviró Nikolai mientras agarraba el brazo de Sergei por encima del hombro.

Dimitry hizo lo mismo por el otro lado, luego me miró antes de que comenzaran a caminar.

—Ven, Anastasia. No quiero que se te ocurra escaparte.

Me sonrojé de inmediato, ya que era exactamente lo que me pasaba por la cabeza en ese momento.

—¿Quieres que camine delante de ti? —pronuncié con sarcasmo, pero en cuanto lo dije me di cuenta de que sonaba sugerente.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

DIMITRY

La imagen que sus palabras trajeron a mi mente hizo que mi verga se endureciera al instante. Su espalda elegante contra mi pecho, su suave piel bajo mis dedos. Quería inclinarla sobre la cama y penetrarla con fuerza, castigándola por haber pensado siquiera en abandonar mi protección.

—Bueno, ustedes dos —se burló Nikolai—. Dejen su charla sucia para cuando no estemos cerca.

Ella sacudió la cabeza y se adelantó, pero se mantuvo a mi vista. «*Mujer inteligente».*

Era demasiado buena para involucrarse en este mundo. A decir verdad, se vio arrastrada a este peligroso mundo cuando era una niña, a pesar de su educación y estatus social completamente diferentes.

Había que reconocer que, tras haber probado a Anastasia, quería más. Quizá podríamos ceder a esta atracción y luego seguiríamos ambos nuestro camino una vez que estuviera a salvo.

«¡Sí, claro! Nunca te saciarás de ella. Quieres cautivarla, devorarla, hacer de ella todo tu mundo».

«Se convertirá en todo tu mundo». Las palabras de la gitana que me leyó la palma de la mano volvían a mí.

¿Vio a Anastasia en mi futuro?

Caminábamos en silencio, los únicos ruidos eran nuestros pasos y la respiración ligeramente agitada de Sergei. Debió haber escuchado

a Anastasia. Lo último que necesitábamos era que empeorara.

Cuando regresamos al claro que se extendía frente a la cabaña, los pasos de Anastasia se ralentizaron y miró hacia atrás.

—Llévalo de vuelta a la cama. Iré a lavarme las manos y enseguida iré a revisarlo.

—Queremos hablar del plan para salvar a tus amigas —objetó Sergei—. ¿No?

Podía ver el conflicto reflejado en su rostro. Se mordía el labio, quería hacer lo correcto, pero no sabía qué cosa era lo correcto.

—Comprobaré tus signos vitales y luego hablaremos en tu habitación —contestó en voz baja, su lado médico ganó esa batalla. Me miró y, cuando asentí, sus ojos se dirigieron a Nikolai.

Una vez que todos estuvimos de acuerdo, asintió y entró en la cabaña. Diez minutos más tarde, estábamos todos sentados en la habitación de Sergei después de que Anastasia lo examinó.

—Cuéntanos todo lo que sepas —concreté. Irónicamente, le había dicho lo mismo a su padre hacía solo cuatro días.

—¿Todo? —Su voz era baja—. No sé por dónde empezar. —Sus ojos miraban seriamente entre los tres—. De acuerdo, pero lo que diga no puede ser usado contra ellas o sus familias.

Mis hermanos y yo no le dimos importancia.

—De acuerdo.

Con un profundo suspiro, empezó.

—Está bien, empezaré con Olivia entonces. Nos conocemos desde que tengo memoria. Mi abuelo y su abuelo eran los mejores amigos desde la infancia. A su vez, mi madre y su madre acabaron siendo mejores amigas. La gente en nuestros círculos se casa solo con pertenecientes a *nuestros círculos*. —Respiró hondo, pero las palabras que acababa de pronunciar confirmaban que la gente de sus círculos no se mezclaba con personas como yo. ¡A la mierda!

«¿Qué pasó con lo de saciarse de ella y luego dejarla ir?». Mi maldita cordura se burlaba de mí.

Continuó, y me concentré en sus palabras:

—Digamos que ni su madre ni la mía se casaron bien ante los ojos de la sociedad. El matrimonio de mis padres fue feliz. A pesar de que mi abuelo amenazó con sacar a mamá del testamento y todo

lo que eso conllevaba, a mis padres no les importó. No necesitaban mucho, aunque con el tiempo, mi abuelo entró en razón. El abuelo de Olivia, sin embargo... no lo hizo. Cortó todos los lazos con su madre, y su padre... Bueno, el padre Olivia no contaba con eso. Es extremadamente... —Trató de buscar la palabra adecuada para describirlo—. Ambicioso y hambriento de poder. Estaba decidido a mostrarle al mundo y al abuelo de Olivia lo valioso que es. Se mezcló con Malcolm Schmidt.

—¿Malcolm Schmidt, el dueño de *Schmidt Satellites?* —inquirió Nikolai. Mis amigos y yo compartimos una rápida mirada. Nikolai había estado detrás de él durante los dos últimos años, y nosotros habíamos estado ayudando; no obstante, con el dinero y el poder de Malcolm, había sido escurridizo. Casi intocable... pero nadie realmente lo era.

—Sí —confirmó. Había asco y miedo en su rostro.

No le agradaba Malcolm Schmidt. Si bien no la culpaba, me preguntaba por su historia. Me caía mal el hombre y los pocos tratos que había tenido con él, así que tenía que asegurarme de que no nos jodiera. Pero lo intentó. El hombre era una víbora y tenía unos gustos enfermizos. No era exactamente un santo, más bien, era un desgraciado sádico. Nikolai vio prueba de ello. Solo de pensarlo se me revolvía el estómago.

Si había hecho algo para herir a Anastasia, me aseguraría de acabar con él. Tal vez lo haría por el simple placer de ponerlo a sus pies. Estaba claro que ella odiaba a ese hombre.

—¿No te cae bien? —indagué, pero sabía la respuesta. No se le daba bien ocultar ciertas emociones.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

ANASTASIA

A mis padres no les importaba el dinero ni el poder. Mi madre venía de riqueza, pero mi padre venía de la clase trabajadora y se ganó todo lo que tenía. No le habría importado que mi abuelo nos eliminara a todos definitivamente de su testamento. Pensé en los días anteriores a la muerte de mi madre. Mis padres siempre estaban besándose, tomados de la mano.

Recordando la pregunta de Dimitry, asentí con la cabeza. Decir que no me agradaba Malcolm Schmidt era quedarse corto. Lo odiaba.

—No se parece en nada a la imagen que dan de él sus relaciones públicas. Si lees la letra pequeña de cada transacción que hace, siempre está intentando joderte.

—¿Hablando por experiencia? —La pregunta de Nikolai me tomó desprevenida.

—Sí —murmuré—. Él es... —Un escalofrío me recorrió la espalda —. Es narcisista, cruel y despreciable. Le excita infligir dolor a los demás. —Tragué con fuerza, un nudo en la garganta me dificultaba hablar. Me molestaba pensar en Olivia sufriendo bajo sus crueles métodos—. Es decir, realmente le excita, y no le importa si lo disfrutas o no. —Envolviendo mis brazos alrededor de mí misma, continué—: Cuando cometí el error de firmar su contrato prestando su apoyo financiero para una causa, la única razón por la que salí ilesa fue porque mi padre, mi abuelo y mi tío se involucraron. No

tengo ni idea de cómo lo hicieron, aun así, consiguieron que anulara el acuerdo con su maldita letra pequeña. Con Olivia, su padre prácticamente la ofreció en bandeja de plata. Su padre tiene años de tratos con ese hombre y le debe una deuda enorme, además de lo que robó del erario.

—¿Qué demonios? —espetó Sergei.

—¿Por qué no dice que no y deja que su padre lidie con eso? —cuestionó Nikolai.

Un profundo suspiro salió de mis labios.

—Por su madre. Si ella no sigue adelante con el trato, Malcolm consigue hacer su mierda enferma con su madre. Y su padre amenaza a Olivia con eso como recordatorio cada vez que se siente tentada a irse. —Su madre ya estaba arruinada por su padre. Física y mentalmente. La humilló demasiadas veces—. La madre de Olivia está bastante destrozada. No sé de qué otra forma describirlo. Debería haber dejado a su marido y seguir adelante, pero siempre es lo mismo. Te ves tan envuelta en esa forma de vida. Y luego está el hecho de que el padre de Olivia le habría hecho la vida imposible con el divorcio. No llegó a juez del Tribunal Supremo jugando limpio.

Me aclaré la garganta antes de continuar:

—La mamá de Olivia debería haber puesto en orden su vida y haber protegido a Olivia a toda costa. —Me hizo pensar en mi madre y en lo que soportó para salvarme. Una niña malcriada que insistía en no tener protección porque me molestaba. Y eso ni siquiera era lo peor—. Olivia ama a su madre y haría cualquier cosa para evitarle una humillación más. Pero Malcolm Schmidt destruirá a Olivia. Si pudiéramos conseguirle algo de tiempo hasta que Oliver vuelva...

—¿Quién es Oliver? —Nikolai inquirió.

—Su hermano mellizo. Está en Medio Oriente. —Oliver podría ser nuestro boleto para salvar a Olivia—. Es nuestra mejor oportunidad. Le envié una nota una semana antes de que me secuestraran, pero probablemente necesitará tiempo. —Esperaba que eso fuera todo lo que necesitaría.

—Y yo que creía que nos había ido mal creciendo en un orfanato —ironizó Sergei en voz baja.

Mis ojos se dirigieron a Dimitry. Todo su cuerpo estaba tenso, toda su atención puesta en mí. Nunca me habló de su infancia, tampoco es que hubiéramos tenido muchas conversaciones profundas. A pesar de nuestro inconveniente en el bosque, mostraba una actitud protectora. Al menos así me sentía a su lado. Como si fuera capaz de dar su vida por mí. Era todo lo que los hombres de ese círculo no solían ser.

—¿Y Scarlett? —La pregunta de Sergei devolvió mi atención al tema en cuestión.

Pasándome la mano por el cabello, murmuré:

—No lo sé. Mi padre dijo que se la habían llevado del hotel. No tiene sentido, porque ya me habían secuestrado. Me agarraron enfrente del *club* nocturno, *Russian Orchid.*

—Ese *club* es mío. —Si Sergei me hubiera dicho que el cielo era morado, me habría escandalizado menos.

—¿Qué?

—Ese *club* es mío —repitió.

Sus palabras hicieron girar todos los engranajes de mi cerebro. Fue idea de Scarlett ir allí, dijo que el tipo que le gustaba la había invitado al *club* de su propiedad. A pesar de que ni a Olivia ni a mí nos encantó la idea, ella estaba muy ilusionada por primera vez desde que su familia le contó lo de su matrimonio concertado. Y entonces se enteró de que el desgraciado de su exnovio la había engañado. Era su oportunidad de poner fin a los planes de su familia, así que tanto Olivia como yo estábamos dispuestas a ayudar a Scarlett.

Me levanté y caminé hacia él exclamando:

—¡Fuiste tú!

—¿De qué están hablando? —preguntaron Nikolai y Dimitry al unísono.

—Eres el tipo que le dijo que deberíamos ir a *Russian Orchid*. —No había forma de que fuera una coincidencia. Ella lo había descrito, y Sergei encajaba perfectamente—. Eres la única razón por la que fuimos allí.

Llevaba la culpa escrita en su cara, ni siquiera necesitaba admitirlo.

—Explícate —ladró la orden Dimitry, que al menos confirmó que no lo sabía.

Esperé, pero Sergei mantenía la boca cerrada, con gesto inexpresivo.

Así que empecé a explicar:

—Scarlett se encontró con un tipo el día que llegamos a St. Petersburg. Mi amiga no estaba muy interesada en hacer turismo. Al segundo día en la ciudad, solo hablaba del hombre con el que había salido. Durante toda la semana que pasamos en St. Petersburg no paró de escaparse mientras Olivia y yo hacíamos turismo. Luego, cuando llegamos a Moscú, él también estaba aquí. Ella estaba completamente... —me interrumpí y la ira se apoderó de mí, haciendo que me temblaran las manos. —Olivia y yo no estábamos interesadas en el *club* nocturno, pero Scarlett estaba toda emocionada contigo. Quería que te conociéramos, así que pensamos, *qué demonios*. Hacía tiempo que no se interesaba por nadie. —Respiré hondo, observando a Sergei como nunca antes lo había visto. Recordé mi primera impresión de él, el pensamiento distintivo que me dijo que era igual de peligroso—. ¿Por qué le dijiste que fuera a ese *club* y luego no apareciste? Esa era la única razón por la que quería quedarse. Tenía la esperanza de volver a verte.

Apretó la mandíbula con tanta fuerza que escuché rechinar sus dientes. Había algo que persistía en el borde de mi mente.

—Basta, princesa —declaró Sergei en voz baja, y entonces ahí estaba. Volvió a mí como un torrente. Esa voz, cómo me llamaba princesa cuando me llevaba cargando al hombro la noche que me secuestraron.

Mis ojos se abrieron de par en par con incredulidad y estallé.

—¡Maldito desgraciado! —Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, me abalancé sobre él y mi palma le dio una bofetada. Lo vio venir, mas ni siquiera se movió, no intentó detenerme—. ¡¿Cómo pudiste?! —grité, con las manos cerradas en puños, dispuesta a golpearlo de nuevo, cuando unos brazos me agarraron por detrás—. ¡Fuiste tú! —vociferé, mis ojos se centraban solo en él.

Las manos de Dimitry me rodeaban con fuerza por detrás, sujetándome mientras pataleaba y gritaba, maldiciendo al hombre que tenía adelante y al que había curado hace menos de veinticuatro horas.

—Anastasia, cálmate.

No era rival para la fuerza de Dimitry, pero seguí pateando, esperando hacerles tanto daño como ellos a mí.

—¡No me digas que me calme! —chillé, con los ojos recorriendo la habitación—. ¿Lo sabías?

—¡Cálmate de una maldita vez! —gruñó Dimitry. En respuesta, mordí su brazo y de sus labios brotaron maldiciones—. ¡Mierda! —gruñó.

Nikolai se puso delante de mí y me tomó la cara entre sus manos, con su mirada azul clavada en mí, y me quedé inmóvil. En la habitación reinaba un silencio sepulcral, ninguno de nosotros se movía. Desvié la vista para observar a Sergei, mientras Dimitry y Nikolai se me quedaban viendo.

—Por fin lo recordó —habló Sergei, con la voz vacía de toda emoción y toda su postura inmóvil mientras Dimitry y Nikolai me acorralaban—. Por fin recordó quién la secuestró.

—Sergei, será mejor que te expliques. —Dimitry estaba furioso, y Nikolai no parecía menos enfadado.

No podía aguantar más, toda mi fuerza, miedo y terror se desataron. De la rabia, entré en un colapso emocional catastrófico. Las lágrimas que había estado conteniendo se derramaban por mi cara. Mi cuerpo se estremeció con violentos sollozos. Nikolai dio un paso atrás, dándome espacio, con un gesto de arrepentimiento en el rostro, mientras Dimitry seguía rodeándome con sus manos, en ese momento para consolarme y no para contenerme.

—Tienes idea… —Me temblaba la voz, las palabras me ahogaban mientras salían de mis labios temblorosos—. De lo aterrador que era, noche tras noche, sentada semidesnuda en aquella habitación oscura y fría, sola. Estaba segura de que acabaría igual que esa vez en que vi a mi madre... —Me temblaban los hombros mientras parpadeaba rápidamente para que se fueran las lágrimas.

Sergei palideció ante mis palabras, y quise hacerle experimentar el miedo que sentí durante aquellas dos semanas, y lo que probablemente Scarlett estaba sufriendo en ese momento.

«¡Dios mío, Scarlett!».

Me tapé la cara con las manos y seguí sollozando. Dimitry me giró y enterré la cara en su camisa mientras sus brazos me envolvían como un capullo.

CAPÍTULO VEINTICINCO

DIMITRY

El cuerpo de Anastasia se estremeció con sollozos en mis brazos y, por primera vez en mi vida, quise matar a Sergei con mis propias manos. Lo miré fijamente, tenía la cara pálida y la culpa escrita en ella. Aún no había empezado a dar explicaciones.

—Sergei, será mejor que te expliques —exigí furioso—. O te mataré yo mismo.

Y él sabía que no estaba bromeando. Nunca hacía amenazas vacías. Los amaba a él y a Nikolai, éramos la única familia que teníamos mientras crecíamos, pero el secuestro de Anastasia iba en contra de todo lo que representábamos.

Por la expresión de Nikolai, me di cuenta de que no sabía nada. Ese día resultó inesperado, por decir lo menos. Si Sergei nos había traicionado, no podíamos quedarnos aquí. Tendríamos que irnos de inmediato.

—Eras tú o Scarlett —musitó Sergei a Anastasia. Había visto esa expresión en su cara muchas veces mientras crecíamos. La había jodido, y sabía que la estaba jodiendo cuando decidió seguir adelante con el secuestro también—. No te conocía, y Scarlett apenas te mencionó, así que supuse que no eran tan cercanas.

Sergei había puesto a prueba mi paciencia muchas veces en todos nuestros años juntos, no obstante, nunca antes había querido asesinarlo. En ese segundo, quería golpearlo hasta dejarlo sin sentido. Siempre hacía las cosas más tontas cuando se trataba de

mujeres. Como cuando la mujer por la que se quedó en Rusia se casó con un viejo y rico mafioso polaco. Decidió colarse en la boda, literalmente, estrellándose con su Maserati por todo el local. Solo salió vivo porque Nikolai y yo intervenimos. Michail, uno de los hombres de confianza de Sergei, tuvo el cerebro suficiente para enviarnos un mensaje de texto con sus planes. Ambos tuvieron suerte de salir de allí solo muy golpeados. Cuando llegamos a esos dos tontos, quise golpearlos por semejante estupidez, pero Nikolai calmó la situación, como siempre.

—¿Qué quieres decir? —A Anastasia le tembló el labio.

El rostro bañado en lágrimas de ella hizo que algo se moviera en mi pecho. Quería quitarle su dolor y su miedo. ¿Cómo podía afectarme tanto? Era innegable que tenía el aire de una princesa. Cómo intentó argumentar que no podía decirle lo que tenía que hacer, que trabajaba para su padre. Sin embargo, su corazón era de oro, no había duda.

Hacía solo tres días que la conocía y ya me importaba demasiado. Levantó la cabeza de mi pecho y la giró hacia Sergei, mas no se apartó de mí. Quería tenerla en mis brazos y cerca de mí hasta que comprendiera exactamente cuáles eran las intenciones de Sergei. Era mi hermano, pero si era una amenaza, habría que eliminarlo. Solo pensarlo era inquietante.

—Nos encontramos en St. Petersburg, en el vestíbulo del hotel —declaró simplemente—. Probablemente no te diste cuenta, porque estabas estudiando una guía de viajes o algo así, pero tu amiga pelirroja me vio. Scarlett y yo congeniamos y eso fue todo. Ella es importante para mí. —Había estado tan embelesado con Anastasia que me perdí todas las señales de Sergei. Su pesar cuando la vio por primera vez llena de moretones durmiendo en el coche. Pensé que se estaba enamorando de Anastasia, mas se estaba lamentando—. Los hombres de Boris debían de estar siguiéndolas porque una noche rastrearon a Scarlett hasta mí. Me ofrecieron un trato: dejarían en paz a Scarlett si les entregaba a Anastasia. No podía arriesgarme a perder a Scarlett, así que me pareció algo obvio.

—¿Por qué no nos llamaste? —Nikolai hizo la pregunta que estaba pensando.

Se pasó la mano por el cabello.

—¡Ni puta idea! —Su voz era un murmullo—. Por una vez, quería arreglarlo todo por mi cuenta y dejar toda la mierda en el pasado.

Sus ojos verdes se alzaron hacia mi cara.

—¿Sabías que Sergei estaba involucrado?

—Maldición, no —siseé. ¿Tan poca cosa me creía?

—Nadie lo sabía excepto yo —confirmó Sergei, y Anastasia le lanzó una mirada.

—¿Por qué iba a creer algo de lo que dices?

Tenía un punto válido, y yo no podía defenderlo. En este momento, no estaba del todo seguro de cuál era su trato.

Anastasia se apartó de mí con el ceño fruncido.

—Esa es la parte que no entiendo. ¿Qué quieren de mí los hombres de Boris? Está encerrado de por vida, esperando ser ejecutado.

—Demonios —murmuré en voz baja. No quería preocuparla; lamentablemente, parecía que ya no tenía elección.

Antes de que pudiera responder, Sergei comentó:

—La verdad es que no lo sabía, Anastasia. Mencionaron que tu familia pagaría el precio. Coloqué a tres hombres en ese grupo para asegurarme de que no te pasara nada.

Resopló.

—¿En serio? —Ella lo miró con odio y luego añadió—: Define nada.

La ira y la decepción surgieron dentro de mí hacia mi hermano menor.

—¿Has tomado alguna otra mala decisión como esta que debamos conocer? —cuestioné—. ¿Trabajaste en esto con Vlad? Porque te juro que suena como una mierda que él haría. Aunque también tiendes a cagarla bastante cuando se trata de mujeres.

Sergei apretó la mandíbula, mas negó con la cabeza.

Pasaron unos segundos antes de que contestara:

—No. Vlad apareció más o menos a la misma hora, pero no le dije nada. Todo esto es culpa mía.

—Todo el tiempo que me tuvieron cautiva, era como si estuvieran esperando —reflexionó Anastasia—. No entendía qué esperaban.

—Estaban esperando a Boris —anuncié. Realmente deseaba no tener que decirle que estaba suelto.

Pude ver confusión en sus hermosos ojos.

—Pero está en prisión.

Bien, debería saberlo todo en este momento.

—Tu padre me dijo ayer que Boris escapó. Creemos que salió de Estados Unidos y probablemente esté en Rusia ahora.

Esperaba que arremetiera contra mí tras la sobrecarga de información, pero se limitó a permanecer indiferente frente a mí. Tal vez el arrebato de antes la había agotado.

Lentamente, su mirada se giró hacia Nikolai, luego hacia Sergei, antes de que sus ojos regresaran a mí, y había una dura resolución en ellos. Anastasia era una gran fuerza cuando decidía algo. Eso me gustaba de ella.

—Así es como vamos a hacerlo —pronunció en voz baja, aun así, eso no impidió su exigencia—. Todo lo que me concierne, quiero saberlo. No necesito que nadie tome decisiones por mí. —Respiró hondo—. No puedo tomar decisiones informadas si no conozco todos los detalles. —Giró los ojos hacia Sergei—. Si algo le pasa a Scarlett, te mataré. —Su voz era tranquila, aunque no tenía ninguna duda de que lo decía en serio. Amaba a sus amigas como si fueran hermanas. Como Sergei, Nikolai y yo—. Nunca he matado a nadie, pero haré una excepción esta vez.

Tenía que admitirlo, Anastasia Manciatti era bastante excitante cuando estaba enojada. Se acercó lentamente a Sergei y tanto Nikolai como yo la observábamos, inseguros de qué esperar a continuación. Y no era una sensación con la que estuviéramos familiarizados.

—Y en cuanto puedas moverte sin desmayarte, irás a salvarla —demandó—. Si tiene un rasguño, se añadirá a la deuda que tienes conmigo. —Puso las manos en cada uno de los brazos del sofá mientras se acercaba a su cara—. Porque, Sergei... —Hizo una pausa, y tuve que ocultar mi sonrisa, porque ya no era una damisela en apuros. Era una diosa sedienta de sangre—. Planeo darte el mismo tratamiento que soporté de los hombres de Boris en las últimas dos semanas.

Sergei, el desgraciado idiota, sonrió de verdad.

—Es justo, y lo aceptaré todo sin protestar, Anastasia. —Se inclinó y le besó la mejilla, haciendo que Anastasia parpadeara confundida—. Scarlett está a salvo.

—¿Cómo lo sabes? —Los tres le hicimos la pregunta a Sergei al mismo tiempo.

—Porque hice que mis hombres la secuestraran. —Miró a Anastasia con timidez.

Sergei quería que le cortaran las pelotas ese día. Anastasia lo observó en silencio, esperando, y luego soltó una risita suave. Desde luego, esta conversación estaba siendo diferente a lo que estaba acostumbrada.

—*Oh,* estás tan jodido, Sergei. —Los ojos de Anastasia nunca dejaron a mi hermano—. Porque una vez que Scarlett se entere, el infierno se congelará antes de que te perdone.

Si bien una duda fugaz cruzó el rostro de Sergei, no se dejó disuadir.

—Verá que lo hice por su bien, para mantenerla a salvo.

Resopló y se enderezó.

—Cree lo que quieras. —Sacó su teléfono del bolsillo y se lo entregó—. Quiero oír su voz.

Sacudió la cabeza.

—Llamaré desde mi teléfono. Es más seguro.

Asintió. No le importaba cómo la llamara, con tal de escuchar la voz de su amiga. Sergei marcó el teléfono y le dijo al hombre de la otra línea que le pasara el teléfono a Scarlett.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

ANASTASIA

Tomé el teléfono de Sergei, una pequeña sonrisa de disculpa en sus labios. Estaba furiosa con él, pero al mismo tiempo me sentía un poco agradecida. Era una mezcla peculiar de sentimientos. En realidad, fue inteligente que se asegurara de tomar a Scarlett antes que los hombres de Boris. Al final, la habrían utilizado como intercambio. Sin embargo, seguía sin querer verlo o hablar con él. No podía perdonar fácilmente que fue quien me secuestró y me entregó a los hombres de Boris como si mi vida no significara nada.

—¿Scarlett? —hablé al teléfono.

—*¿A-Anastasia?* —Scarlett tartamudeó como si no pudiera creer lo que estaba oyendo. Escuchar su voz fue un gran alivio—. *¿Cómo me estás llamando? ¿No estás secuestrada?*

—No, ya no lo estoy —aclaré, sin querer entrar en demasiados detalles—. ¿Estás bien? —inquirí, mirando a Sergei. Me gustaría poder darle un puñetazo en ese instante.

—*Sí, pero ¿cómo supiste a quién llamar? ¿Dónde estoy?* —Sus preguntas tenían sentido, y fulminé a Sergei con la mirada.

—Es una larga historia y pronto la escucharás —respondí secamente—. Parece que fuiste secuestrada para que te mantuvieran a salvo por uno de los hombres que contrató mi padre. Por favor, no pidas lógica aquí. —Puse los ojos en blanco hacia

Sergei, molesta—. Así que estás medio secuestrada, aunque no en realidad. Más bien metida en un lugar seguro. ¿Te asustaron?

—Diablos, no. Me enojaron más que nada. Entre tú y yo, este es como el secuestro más bonito de la historia, aunque mataré a quien lo haya hecho. —No parecía muy disgustada. Tuve que sonreír, imaginando cómo sucedería eso cuando descubriera que había sido el tipo del que se enamoró perdidamente en St. Petersburg—. *¿Estás bien?* —me cuestionó a su vez.

—Mi secuestro no fue tan agradable —declaré—. Sin embargo, conocí al chico de tus sueños. —Nikolai y Dimitry ahogaron su risa ante mis últimas palabras, disimulándolo con una tos. Mis ojos se desviaron hacia ellos, pero continué—: En realidad, es un imbécil, si quieres mi sincera opinión.

—¡Dios mío! ¿Es él quien te secuestró? —gritó incrédula.

Sabía que si le decía que había sido él quien me había secuestrado, Sergei no tendría ninguna oportunidad con Scarlett. Sí, lo que hizo fue horrible, aun así, cuando explicó el por qué lo hizo, suponía que podía entenderlo. Seguía furiosa con él, mas había ganado un punto a su favor al intentar proteger a mi mejor amiga.

—No, no fue quien me secuestró —mentí, mirando fijamente a Sergei. La sorpresa brilló en sus ojos marrones, pero no lo hacía por él. Lo hacía por Scarlett—. Forma parte de los chicos buenos que me están ayudando... supongo. —No pude resistirme a añadir la última parte—. Quería asegurarse de que los hombres de Boris no te agarraran también. Es una larga historia. Lo estoy curando e irá a buscarte pronto. Dos días máximo.

—¿Curándolo?

—Sí, le dispararon. —La exhalación de Scarlett llegó a través de la línea y estaba segura de que se estaba imaginando todo tipo de cosas—. No te preocupes, no se está muriendo. —No pude resistirme a añadir—: Aunque quizá desearía estarlo.

—Gracias a Dios —resopló Scarlett a través de la línea, y eso me confirmó que había tomado la decisión correcta de no decirle que Sergei fue quien me entregó a los hombres de Boris.

—Tengo que irme. Solo quería asegurarme de que estabas bien.

—¿Segura que estás bien? —inquirió, preocupada.

—Sí, lo estoy. Ten cuidado.

—*Estoy tan feliz de que estés bien* —murmuró—. *Tenemos que llegar a Olivia pronto*. —Estaba totalmente de acuerdo con ella.

—Iremos por ella —le aseguré—. Cuando Sergei vaya a verte, sabe cómo ponerse en contacto conmigo.

—*De acuerdo. Te quiero mucho.*

—También te quiero*.* Adiós. —Pulsé el botón para terminar la llamada y le pasé el teléfono a Sergei.

Me observó con desconfianza en los ojos.

—¿Por qué le dijiste que no fui quien te secuestró?

—Lo hice por ella —expliqué, molesta—. No por ti. No hagas que me arrepienta.

Se le dibujó una sonrisa y le brillaron los ojos.

—Tienes un gran corazón —me dijo suavemente—. O te agrado.

Puse los ojos en blanco.

—No me presiones, Sergei. Y desde luego no me agradas.

Pero era una amenaza vacía. No iba a destruir su oportunidad con Scarlett desde el principio. Aunque él mismo podría haberlo hecho ya. Si era sincera, me agradaba. Después de todo, hacía menos de veinticuatro horas que le había dicho que sería un buen partido para Scarlett. Sin embargo, no podía perdonar esto fácilmente.

Me giré hacia Nikolai y Dimitry, sin saber qué hacer.

—¿Y ahora qué? —Extendí los brazos.

Ambos compartieron una mirada sin decir palabra, asintiendo ambos al mismo tiempo, y luego Dimitry habló.

—Hoy tendremos que volver a movernos. Dale lo que puedas a Sergei para el dolor. Tendremos que dividir a los hombres. Algunos irán con él, otros contigo y conmigo.

Mirando a Nikolai, pregunté:

—¿Qué pasa con Nikolai?

—Voy a D.C. y veré qué puedo hacer para ayudar a Olivia.

Incrédula, me llevé la mano al pecho mientras lo miraba fijamente. Nunca se me ocurrió pedirle a Nikolai que salvara a Olivia.

«Nikolai podría salvarla. Era un tipo duro». La esperanza creció en mi pecho.

Me lancé a sus brazos.

—¡Gracias!

—Vaya, no me des las gracias todavía. —Su voz era suave, tan contraria a su rostro duro y sus fuertes brazos a mi alrededor—. No te prometo nada, pero haré lo que pueda para ayudarla.

Asintiendo, di un paso atrás.

—Lo sé —musité—. Tranquilo, sin presión. Pero sé perfectamente que puedes hacerlo.

Se rio suavemente.

—Pensé que habías dicho *sin* presión.

Dios, me agradaba mucho este grupo. Aunque su pasado era turbulento, en el fondo eran buenos hombres. Sergei estaba en mi lista negra e incluso así me caía bien.

—Tengo que enviarte una foto de Olivia para que puedas reconocerla —le informé.

—No te preocupes —manifestó con una sonrisa—. Sé cómo se ve. Tenemos las imágenes de *Russian Orchid* que las muestra a las tres. —Tenía sentido que las tuvieran. A estos tipos no se les escapaba nada.

Una amplia sonrisa se formó en mi rostro. Aunque Boris y sus hombres nos perseguían, por fin tenía esperanza, y a veces la esperanza era lo que te ayudaba a salir adelante. Mis ojos se posaron en el alto cuerpo de Dimitry. ¿Quién iba a decir que cuando me metió en su coche, nos traería hasta aquí? Quería volver a él y abrazarlo, sentir sus fuertes brazos protegiéndome.

Dimitry dijo que él y yo iríamos a algún lugar mientras Sergei y Nikolai iban por caminos separados a cuidar de Scarlett y Olivia.

«Estaremos solos», pensé emocionada. Quería saber más de él, conocerlo mejor. Encendió llamas de deseo en mi cuerpo sin saberlo. O tal vez lo sabía y estaba esperando el momento adecuado para dar el primer paso. ¡No cabía duda de que me provocaba fuegos artificiales!

—Entonces, ¿cuál es el plan? —Quise saber, con una sonrisa feliz —. ¿Debo empacar de nuevo?

Durante las cinco horas siguientes, hubo mucho alboroto y preparativos mientras se trazaban nuevos planes con los últimos

acontecimientos. Era la hora de cenar y todos los guardias ya habían comido, dejándonos a los cuatro sentados a la mesa mientras el sol descendía lentamente.

—¿Te sientes bien, Sergei? —cuestioné. Le limpié la herida por última vez y le di una inyección de relajante muscular junto con analgésicos. Tenía que reconocerlo, estos hombres, sin duda poseían un poco de todo como parte de sus suministros médicos.

«Supongo que viene con este tipo de estilo de vida», pensé para mis adentros. En realidad, era inteligente por su parte estar preparados para cualquier cosa.

Miré a Sergei, el médico en mí quería mantenerlo en observación uno o dos días más, pero no podíamos quedarnos aquí. Hacía menos de un día que le habían disparado, así que no estaba en las mejores condiciones, no obstante, estaba listo para ponerse en marcha. Por suerte, lo acompañarían cinco hombres.

—Sí, princesa —contestó, y fruncí el ceño ante aquella palabra cariñosa. Me recordaba a mi secuestro. Aunque, si no me hubiera secuestrado, tal vez Olivia y Scarlett no estarían recibiendo ayuda en ese instante. El inminente arreglo de Olivia con Malcolm se había cernido sobre nosotras durante todo el verano y Scarlett tenía otros asuntos relacionados con su propio arreglo que esperaban solución cuando volviéramos a casa.

—Recuerda —le advertí, poniéndome en plan médico—. Tómate las pastillas cada cuatro horas, no conduzcas e intenta dormir todo lo que puedas. También le dije a Andrey las reglas.

Nikolai me dijo que Andrey dejaría a Sergei en su casa sano y salvo y luego volvería a casa de Nikolai. Dijo que la seguridad de la sobrina de Nikolai solía ser su responsabilidad. Tenía la sensación de que había algo más en la historia, pero lo dejé pasar.

—Eres una doctora mandona —se quejó Sergei, pero con una sonrisa de felicidad. Estaba impaciente por irse y llegar a Scarlett.

—Bueno, asegúrate de seguir las órdenes del médico —declaré—. Andrey me informará.

—Sí, sí —afirmó.

Nikolai se iba de aquí directamente al aeropuerto. El avión privado de Dimitry estaba preparado para esperarlo. Ya tenía a su

gente investigando los trapos sucios de Malcolm Schmidt, y uno de sus hombres tenía a Olivia vigilada.

—Muchas gracias, Nikolai. —Mis ojos se clavaron en él mientras rezaba para que llegara a Olivia antes de que Malcolm la destruyera por completo.

Asintió, su cicatriz era un duro recordatorio de su pasado violento. Solo esperaba que Olivia viera más allá de eso.

«Lo haría. Tiene buenos instintos». Recordé su primera impresión de Malcolm cuando nos encontramos con él en el casino.

—¡Casino! —exclamé, y los tres hombres alzaron las cejas en señal de pregunta. Continué—: Ahí es donde nos encontramos con Malcolm Schmidt. En el casino. Creo que tiene el hábito de las apuestas, pero rara vez pierde.

Dimitry y Nikolai intercambiaron miradas.

—Revisa todos los registros de nuestro casino —ordenó Dimitry.

—¿Tienen casinos? —inquirí asombrada. Sabía muy poco de él.

—Sí, Nikolai también. No nos molestamos con las cuentas hasta que se convierten en un problema.

—Estoy enviando una nota para buscar su nombre —Nikolai notificó mientras sus dedos tecleaban en el teléfono.

—El padre de Olivia también tiene adicción al juego —comuniqué. Cualquier información que pudiera conseguir, podría ayudar a Olivia—. Sé que algunas de sus pérdidas fueron cubiertas por Malcolm. —Respiré hondo—. No puedo creer que haya olvidado eso.

Andrey entró y todos levantamos la cabeza hacia él.

—Todo está listo.

—Gracias, Andrey. —Le sonreí. Se dirigía a los tres hombres poderosos que me rodeaban, pero aun así se lo agradecí. Me devolvió la sonrisa, aunque era un poco reservada. Me pregunté si se debía a que me habían etiquetado como la *chica* de Dimitry—. Le informé a Sergei que llamarías a Dimitry si no seguía las órdenes del doctor.

—Caray, princesa —se burló Sergei mientras se levantaba para ponerse en marcha—. ¿Hay alguien que no caiga rendido a tus pies?

Resoplé a esa afirmación. Nadie estaba rendido a mis pies. Si lo estuvieran, Dimitry y yo estaríamos probando algunas cosas en el dormitorio en ese mismísimo instante, porque estaba deseando perder mi virginidad.

Nikolai, Dimitry y yo los seguimos, dejando nuestros asientos. Acompañamos a Sergei y Andrey al exterior. Había dos vehículos y cinco hombres repartidos entre ellos para viajar con Sergei.

—¿Cuánto tardarás en llegar a Scarlett? —le pregunté a Sergei.

—Unas nueve horas.

—Mándame un mensaje cuando llegues —pidió Dimitry, rodeándome con el brazo. Parecíamos una pareja, despidiéndonos de un buen amigo. No me aparté de él. No había razón para fingir que no quería sus brazos a mi alrededor.

—Y besa a Scarlett por mí —concluí con picardía.

Hizo una mueca.

—A decir verdad, ahora estoy nervioso.

Me sorprendió su admisión. Un hombre duro y despiadado como él estaba nervioso por ver a Scarlett. Golpeé ligeramente su bíceps.

—Sí, será duro. —Una ligera preocupación cruzó sus ojos, así que me compadecí de él—. No todo será vino, cena y besos esta vez, pero...

—¿Te lo dijo? —Parecía sorprendido.

—Sí —confirmé—. Solo sé honesto, Sergei. Ganarás puntos si no le mientes. —Sonreí alentadoramente.

—Me sorprende que me des consejos teniendo en cuenta que te secuestré —declaró.

También estaba sorprendida. Después de enterarme de su papel en mi secuestro, no estaba segura de si le estaba haciendo un favor o un daño a Scarlett. De lo único que estaba segura era de que lo hacía por Scarlett y solo por ella. Sabía sin lugar a duda que se enteraría tarde o temprano de que Sergei fue quien me secuestró. Y si su familia se enteraba, él se metería en un buen lío.

—Hablas demasiado —lancé bruscamente—. No puedo perdonarte que valores tan poco una vida como para entregarme a los hombres de Boris sabiendo de lo que eran capaces —pronuncié,

y luego añadí con una carcajada en la voz—: Pero la venganza será dulce, Sergei. Créeme.

Se rio fuertemente y se inclinó para besarme la mejilla.

—Me agradas, princesa. Y contaré con que te vengues. No merezco menos.

No podía entender su forma de pensar. Tal vez se debiera a lo difícil que fue su crianza, o quizás solo era la personalidad de Sergei. Subió al coche y nos despedimos con la mano.

—También me voy —avisó Nikolai una vez que el coche se perdió de vista.

Ambos hombres se abrazaron.

—Cuídate, hermano. No corras riesgos innecesarios —aconsejó Dimitry. Intercambiaron una mirada, pero mi instinto me decía que no tenía nada que ver conmigo ni con mis amigas, así que pretendí que no lo había visto. Si querían decírmelo, lo harían.

Hubo una rápida inclinación de cabeza y Nikolai me miró.

—Gracias de nuevo, Nikolai. —Nunca podría agradecerle lo suficiente todo lo que había hecho por mí.

—No hace falta que me des las gracias —aseguró—. Cuida de mi hermano.

Por supuesto, lo que me vino a la mente fue una imagen completamente inapropiada, y sentí que el calor me subía por el cuello. Como si supiera exactamente lo que estaba pensando, Nikolai rio suavemente y me abrazó.

—También puede ser así —bromeó.

«Cielos, ¿era tan fácil de leer?».

Se marchó al aeropuerto, dejándonos a Dimitry y a mí solos con el grupo de hombres que serían nuestra escolta. Una extraña emoción recorrió mi cuerpo al pensar que estaría a solas con él durante días, semanas, posiblemente meses.

—¿Quieres esperar un poco o irnos ya? —Curioseó Dimitry.

Al mirarlo, me pregunté cómo era posible que pareciera que lo conocía desde hacía mucho más de tres días.

—Será mejor que nos vayamos. Llegaremos antes.

Aceptó y dio la orden en ruso a sus hombres. Los vehículos ya estaban cargados, así que solo tardamos cinco minutos en

abandonar nuestro refugio y dirigirnos al siguiente lugar.

—Estaremos solos tú y yo en el coche. ¿Te parece bien?

«Mierda. ¡Claro que sí!».

—Sí, está bien.

Antes me dijo que conduciríamos tres horas hasta el aeropuerto privado y luego tomaríamos un vuelo de tres horas a Naryan-Mar, una pequeña ciudad portuaria en el río Pechora. Dimitry tenía una casa a una hora de la ciudad, junto al río.

Cuando salimos de la cabaña, había un vehículo detrás de nosotros y otro delante con nuestra seguridad. Dimitry iba al volante y, al mirarlo, parecía completamente en su elemento. Las situaciones peligrosas no le perturbaban en absoluto. Era lógico, teniendo en cuenta cómo habían crecido él y sus hermanos y que formaban parte de una organización criminal.

—Estás acostumbrado a estas situaciones. ¿Alguna vez te pone nervioso?

Quería saber un poco más. Sentía una intensa atracción por él, pero también me sentía cómoda y segura cuando estaba a su lado. Nunca me había sentido bien con extraños. No obstante, en poco tiempo, él ya no era un extraño.

—No, la verdad es que no. ¿Debería?

—Bueno, estas situaciones intensas, rápidas, de vida o muerte no son realmente una parte normal del día para la mayoría de la gente.

—Hace unos años que no estoy en esas, pero sí, se podría decir que estoy acostumbrado.

—Parece que manejas todo esto sin preocupación.

Por supuesto, yo no sabía cómo manejarlo. Probablemente llamaría a mi familia o a los chicos de seguridad para que me ayudaran.

—Lo haces sonar como si fuera algo malo.

Sus ojos buscaron los míos y sonreí.

—Esa no era mi intención —objeté rápidamente. Sus ojos volvieron a la carretera y continué—: Reconozco que es algo bueno, de lo contrario podría no estar viva. —No contestó, así que cambié de tema—. ¿A qué te dedicas? ¿Y qué tipo de negocios quieres legalizar?

Por un momento, la pregunta se quedó en el aire, y luego respondió:

—Tengo varios negocios en la Costa Este y la Costa Oeste de Estados Unidos. También tengo algunos aquí en Rusia y en Europa. Me quedan dos negocios por legalizar.

—¿Qué más haces? —cuestioné—. Además de casinos.

—Empresas de logística y transporte, hoteles, negocios de seguridad. —Fruncí el ceño, esperando que no fuera un contrabandista.

—En realidad no has dicho qué tipo de negocio necesita la ayuda de mi padre para legalizar —contesté.

—No, no lo hice —ratificó con un atisbo de sonrisa en sus labios —. Es un casino.

Una "O" silenciosa se formó en mis labios.

—¿Por qué lo preguntas, Anastasia?

—Solo intento entenderte —lo dije en tono burlón. —. ¿Asustado?

—No. —Por supuesto que no estaba asustado. Dimitry era el tipo más *sexy* y peligroso que había conocido.

—¿Desde cuándo conoces a mi padre? —inquirí. Recordé a papá esquivando la pregunta cuando se la hice.

—Unos diez años.

—¿Dónde vives?

—Mayormente en San Francisco.

Dimitry Alexeyev no era de los que hablan de sí mismos, eso estaba claro. Parecía muy cerrado. Yo no era exactamente un libro abierto, pero desde luego no era una bóveda impenetrable como él. Parecía extraño que mi padre y Dimitry se conocieran desde hacía diez años si Dimitry tenía un negocio ilegal. Entonces, se me ocurrió que tal vez papá se topó con él durante uno de sus casos. Aunque mi padre pasaba la mayor parte de su tiempo centrado en el crimen organizado y los asesinos.

Entonces recordé dónde había escuchado antes su apellido. ¡Alexeyev! Mi padre intentó procesarlo, vinculándolo al crimen organizado. Aunque no conocía los casos de mi padre en detalle, estaba segura de haberlo escuchado quejarse de que Dimitry

Alexeyev fue uno de los pocos criminales que logró escapar. Pero al parecer, Dimitry no huyó porque fuera un criminal… sino porque *no* lo era. Y en ese minuto ayudaba a papá con mi rescate. ¡Qué mundo tan extraño!

¿Cómo era posible que Dimitry me hiciera sentir tan segura si apenas lo conocía? Las pocas cosas que sabía de él deberían hacerme sentir exactamente lo contrario de segura. A papá le daría un infarto si pensara que me estaba enamorando de este hombre, aunque tenía la sensación de que lo habría adivinado después de nuestra última llamada.

Deseaba a Dimitry; mi cuerpo cobraba vida a su alrededor. Con solo mirarlo, se me aceleraba el corazón.

Recordé a mi primer novio serio. Era un amigo de la familia tres años mayor que yo que estudiaba Derecho. Era atento, educado y simpático. Un libro abierto. Pero durante toda nuestra relación, mi corazón no se aceleró ni una sola vez. Tardé tres meses en sentirme lo suficientemente cómoda como para empezar a ser íntima con él físicamente. Aunque no tuvimos relaciones sexuales, hicimos muchas otras cosas, aun así, su contacto nunca me hizo arder. Estuvimos saliendo durante nueve meses hasta que decidimos terminarlo. Quería volver a vivir lo que había pasado esta mañana con Dimitry, pero no sabía muy bien en qué posición estábamos.

Me dijo que estuviera segura de a quién quería, y le dije que lo quería a él. «*¿No era así?*».

El sol ya se estaba poniendo y me pregunté a qué distancia estábamos del aeropuerto. No quise interrogarlo, así que me conformé con las vistas por la ventana. No había mucho que ver: casas ocasionales, campos, viejas plantas energéticas.

Había partes de Rusia que eran preciosas, con una vasta historia, otras que te dejaban sin aliento, y luego había partes deprimentes. Esta parecía ser la última. Casi parecía un desierto desolado lleno de tierras y fábricas abandonadas.

CAPÍTULO VEINTISIETE

DIMITRY

Anastasia miraba por la ventana, perdida en su mente, y me preguntaba qué estaría pensando. Por lo general, las mujeres se desvivían por llamar mi atención; no les importaba quién era en realidad. Estaban cegadas por el dinero y el poder que tenía. No les interesaba cómo había ganado los miles de millones, ni lo que había hecho para llegar al lugar en el que estaba.

Anastasia era diferente. Quería *verdaderamente* conocerme. No le importaba el dinero ni el poder, aunque ella procedía de ambos.

Sin embargo, Anastasia Manciatti era suave. Su reacción al descubrir quiénes éramos realmente mis hermanos y yo y el perdón hacia Sergei fueron una prueba de ello. Perdonó a Sergei demasiado rápido por secuestrarla. Quizá perdonar era una palabra demasiado fuerte; no obstante, yo seguía furioso por haberla puesto en esa situación. Tendría que ajustar cuentas con él más adelante.

Me di cuenta del número de la salida y volví a mirar a Anastasia.

—Cinco minutos y estaremos en el aeropuerto.

Salió sobresaltada de sus pensamientos y su mirada se desvió hacia mi dirección. Descubrí que me encantaban sus ojos en mí. Encontré que me gustaba cuando brillaban de deseo o cuando se mordía suavemente el labio como si estuviera decidiendo cómo debería besarme.

Me moría de ganas de llevarla a mi casa junto al río y tomarme mi tiempo con ella. Quería saborearla durante horas, hacer que se

doblegara a mi voluntad y ver si disfrutaba de las mismas cosas que yo. ¿Confiaría explícitamente en mí?

Nuestros cuerpos estaban hechos el uno para el otro, y por primera vez en mi vida, quería más de una mujer. También codiciaba su corazón, aunque no lo merecía. Era demasiado buena para alguien como yo. Aún recordaba el sabor de la comida podrida que nos obligaban a comer en el orfanato y el hedor de nuestras camas sucias. A nadie le importaba si vivíamos o moríamos, éramos una carga para la sociedad sin culpa alguna. Pero, a pesar de todo, se nos inculpaba por ello. Lo marcaron en nuestras almas.

Estacioné delante del avión privado que nos esperaba, listo para despegar. Resultaba irónico que hubiera salido de un orfanato y una cama sucia para acabar en un *jet* privado. A Anastasia le disgustaría conocer los detalles de lo que habíamos hecho para conseguir nuestra fortuna. Aunque había aceptado la noticia de mi pasada conexión con el crimen organizado, sabía sin duda que no perdonaría ni aceptaría la conexión específica con la *Rússkaya Máfiya* de Boris, que en ese momento *yo* controlaba.

Me concentré en los alrededores, asegurándome de que estuviéramos a salvo. Mis hombres ya estaban aquí, se habían adelantado para asegurarse de que no había peligro. Hasta que Boris estuviera muerto, tendríamos que tomar medidas de precaución adicionales.

Misha se acercó y le abrió la puerta a Anastasia. Era uno de los hombres a los que curó tras el ataque a la casa de Sergei, y lo asigné como su guardia personal. Ella no sabía que se había ganado su lealtad y gratitud eterna.

—Hola, Misha. —Lo saludó con una sonrisa—. ¿Cómo está el brazo?

Tenía que reconocérselo a Anastasia, intentaba recordar los nombres de los hombres a los que curaba y hacía un seguimiento de ellos.

—Excelente. Ahora también puedo disparar la pistola con esa mano. Eres un buen médico.

Su suave risita fue música para mis oídos. Le palmeó suavemente el brazo.

—Disparar el arma no es una prioridad. Sanar sí lo es.

Misha le dedicó una sonrisa pícara.

—Pero es un buen seguro.

Negó con la cabeza, aunque seguía sonriendo.

—Me recuerdas a Brian.

—¿Quién es Brian? —preguntó Misha.

—Es mi guardaespaldas en casa. —Frunció el ceño y me cuestioné si estaría pensando en su último baile con él. Ya no bailaría con él y no volvería a ser su guardaespaldas.

«¡Ahora es mía! No dejaré que se acerque a ella».

Mierda, ¿por qué era tan posesivo cuando se trataba de esta mujer? No tenía por qué pensar así.

Después de ver el video del *club*, Nikolai y yo habíamos intentado ponernos en contacto con Brian, mas había desaparecido. Cuando interrogué a su padre al respecto, el viejo no tuvo dudas de que Brian no tenía nada que ver con la desaparición. Afirmó que estaba fuera del país ocupándose de algunos asuntos de la familia Manciatti en Europa. No podía imaginar qué, pero no importaba. Mientras mantuviera la distancia con Anastasia, eso era lo único que me preocupaba.

Me uní a Misha y Anastasia, rodeándola con el brazo. Se diera cuenta o no, cada vez que la rodeaba con el brazo, su cuerpo se inclinaba hacia mí, y lo amaba, maldición. Subimos las escaleras del avión y sus ojos se abrieron de par en par ante el lujo que había dentro.

Se quitó los zapatos y miró por encima del hombro mientras se acercaba al sofá, reclamándolo.

—Vaya, debes tener mucha plata, *¿eh?*

Misha se rio detrás de mí.

—¿Qué te hace pensar eso? —inquirí. Tenía que admitir que ninguna mujer me lo había preguntado con tanta franqueza. Pero no había codicia en sus ojos ni en su voz, solo una leve curiosidad mientras observaba el interior del avión. Tenía sentido que no le importara el dinero. Ella tenía mucho.

—Digamos que esta no es la forma en que mis amigas y yo viajamos por Europa —musitó mientras metía los pies debajo de ella,

con los ojos estudiando el interior del avión—. Deberíamos haber tomado prestado este avión.

—Lo puedes tomar prestado cuando quieras. —Sus ojos se posaron en los míos con una sonrisa juguetona alrededor de sus hermosos labios. Esta mujer era peligrosa para mí, podría convertirse en mi debilidad.

«Puede que ya *sea mi debilidad».*

—Podría obligarte a hacerlo, Dimitry —lanzó, y sus ojos brillaban con picardía—. Después de todo, estoy desempleada. Podría necesitar un boleto de avión gratis a algún destino exótico con mis amigas.

Su alegría puso una sonrisa en mis labios. Me gustaba su comportamiento relajado.

Podría haber señalado el hecho de que, si bien podía estar desempleada, había sido igual de rica desde el momento en que nació. Pero también me gustaba la idea de ser quien la mantuviera.

Misha se sentó en el asiento individual de la parte delantera del avión, colocándose estratégicamente entre Anastasia y cualquiera que pudiera entrar en la cabina. Ella agarró una revista en ruso junto con su teléfono, y supe el momento en que olvidó el mundo que la rodeaba.

Tenía una concentración peculiar. Parecía que estaba trabajando en la traducción, sus labios murmuraban silenciosamente palabras en ruso. Sus palabras eran suaves, como los susurros de una amante. Me excitaba tanto que quería llevarla a la parte trasera del avión, desnudarla y ordenarle que me las susurrara mientras su coño ordeñaba mi polla.

Esta visión no ayudaba a mi situación y me removí incómodo en mi asiento, con la verga dura como una roca. Se tomó el labio inferior entre los dientes, mordiéndolo suavemente, y antes de que lo pensara mejor, un suave gemido me abandonó.

Levantó los ojos hacia los míos, elevando una ceja en señal de interrogación, y fantaseé con cómo me mirarían aquellas hermosas esmeraldas mientras follaba su boca. Mi longitud, dura como mármol, amenazaba con desgarrarme el pantalón si no dejaba de imaginarme a Anastasia arrodillada delante de mí.

Maldije en voz baja, me levanté sin decir una palabra y me dirigí a la parte trasera del avión, al dormitorio, cerrando la puerta tras de mí.

«Esos labios. Esa mirada».

Era un hombre perdido si de tan solo pensar en sus labios alrededor de mi polla me podría hacer correrme. Tal vez si me acariciaba un par de veces liberaría algo de presión. Me tiré en el sillón y mi mano se hundió en mis pantalones, liberándome.

Un gemido me abandonó al primer tirón, y mi mente se fue directamente a Anastasia mientras me la empuñaba, acariciándola arriba y abajo. Maldición, qué bien se sentía. Volví a hacerlo.

Un suave ruido me hizo levantar la cabeza y abrí los ojos de golpe. Anastasia estaba apoyada contra la puerta, con los ojos clavados en mi polla. Tenía la boca ligeramente abierta mientras se lamía el labio inferior, y mi verga se estremeció al pensar en ella de rodillas delante de mí, lamiéndome.

La. Quería. Ya. Joder.

No se dio la vuelta para irse, permaneció pegada a su sitio. Mi verga ansiaba liberarse, amenazando con desarrollar un grave caso de bolas azules. Reanudé tocarme con el puño, con los ojos clavados en ella, y fue incluso mejor que mis fantasías.

—Mierda —gemí, moviéndome más rápido, sin apartar los ojos de ella. Inhaló agudamente y sus mejillas se sonrojaron aún más.

Sus ojos se alzaron hacia los míos, reflejando deseo. Demonios, esto era solo un anticipo de cómo sería en el calor de la pasión. Se me acercó lentamente y se arrodilló entre mis muslos extendidos. Me detuve... esperando con anticipación. Su mano se extendió y cubrió la mía. Era pequeña en comparación, pero cálida. Suavemente soltó mi verga y sus labios se entreabrieron mientras sus ojos se nublaban de deseo al contemplar mi polla.

Me costó todo lo que tenía no embestir su boca, ansioso por sentir su calor alrededor de mi verga. Su lengua rozó la punta y estuve perdido. Rodeó la corona con los labios y luego lamió el resto. Su mano me bombeó lentamente, volvió a subir y pasó la lengua por la punta de mi polla.

—Carajo, *Milaya* —gruñí y metí más mi longitud en su preciosa boquita. Gimió, disfrutando tanto como yo, y la vibración me recorrió por completo.

Chupó con más fuerza, haciéndome penetrar hasta el fondo de su garganta. Esto era perfecto; *ella* era perfecta. Levanté las caderas y me tragó aún más profundo.

Mis manos se deslizaron hasta su nuca y rodeé con los dedos un puñado de su espeso cabello caoba. A algunas mujeres les resultaba extraño que les agarrara el cabello durante una mamada, pero no a Anastasia. Dejó que la guiara mientras la penetraba dentro y fuera, mientras sus ojos verdes me miraban fijamente.

Fue una visión que me acompañaría el resto de mi vida. La tomé por la boca con fuerza, cada vez más agresivo, con la mano guiando su cabeza. Bastaron tres bombeos rápidos más para que mi polla se estremeciera y me corriera en su garganta.

Era una maldita diosa. Podría haber sido la que estaba de rodillas, pero fue ella quien me hizo caer rendido sobre las mías. Gimió a través de mi liberación, chupándome hasta dejarme limpio. Fue suficiente para ponerme duro de nuevo.

No pude evitar la posesividad en mi tono cuando tomé su cabeza entre mis manos. Me incliné hacia delante, nuestros ojos se clavaron mientras la reclamaba con un gruñido.

—Ahora eres mía. —Parpadeó confundida, el deseo seguía siendo una neblina en sus ojos—. Soy un hombre egoísta, Anastasia, y no comparto. *Eres mía.*

La besé con fuerza y sus brazos me rodearon el cuello, apretando su cuerpo contra mí. Su suavidad complementaba mi rudeza mientras nos besábamos apasionadamente. Ella era lo que no sabía que necesitaba en mi vida. Ninguna riqueza ni ningún poder podían compararse con la mujer que tenía entre mis brazos.

—¡Dime que eres mía! —exigí contra sus labios.

—Soy tuya. —No se contuvo. Lo entregó todo libremente, y para mí, fue más valioso que cualquier otra cosa en este mundo.

Mis grandes manos rodearon su cintura y la levanté de sus rodillas, llevándola a la cama. Le quité la camisa por encima de la

cabeza y luego los pantalones, dejándola solo en bragas negras de encaje y un sujetador a juego. Contrastaba con su piel de marfil.

—Joder, eres hermosa.

Observé con incredulidad cómo se sonrojaba ante mi cumplido. Sabía que se merecía algo mejor que yo, sin embargo, no estaba dispuesto a dejarla ir. Quizá fuera un pecador, pero en ese instante era *su* pecador.

Mi dedo trazó ligeramente el contorno de sus suaves labios, separándolos. No quería conocer a ninguno de los hombres que había tenido. Yo sería su único hasta el día de nuestra muerte. Eso me convertía en un hipócrita, teniendo en cuenta que hacía menos de una hora me había dicho a mí mismo que se merecía un hombre mejor que yo.

Recorrí lentamente con mi dedo su suave piel, pasando por su cuello atravesando sus pechos hasta llegar a sus bragas. Las aparté y la encontré empapada. Sus párpados se cerraron, su cuerpo respondió con escalofríos mientras mi dedo se deslizaba en su interior. Estaba tan apretada. Un gemido sonó en la habitación y fue música para mis oídos.

—¿Me deseas? —Sus ojos se abrieron y había un apetito ardiente en ellos. Pero quería escucharla decirlo.

—Sí, Dimitry. Te deseo.

Era tan perfecta. Y toda mía. Le metí un dedo y sus piernas se abrieron para mí. Vi cómo sus ojos se volvían pesados y se mordía el labio inferior. Me moría por probarla. Metí y saqué el dígito de su interior, observando cómo la expresión de su cara se volvía eufórica y sus gemidos se hacían más fuertes. Estaba resbaladiza de deseo, su cuerpo suave. Me perdí en ella... en su aroma, en sus gemidos.

Anastasia sería mi perdición.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

ANASTASIA

Mi cuerpo estaba que ardía, una sensación desconocida hasta ese momento. Nadie había encendido nunca este deseo que en ese segundo quemaba por mis venas. Nada ni nadie podía saciarlo excepto Dimitry. Sacó el dedo de mi coño y un gemido emergió de mis labios. Quería más. Necesitaba el placer que me estaba dando.

Antes de que pudiera protestar, me arrancó el sujetador y las bragas. ¡No me iba a quejar! Eso era lo que necesitaba: él dentro de mí. Lo deseaba con un dolor que solo él podía satisfacer.

Un pensamiento insistente rondaba en el borde de mi mente: era la primera vez que yacía completamente desnuda frente a un hombre. Un fuego ardía en sus ojos gris como el acero, y yo deseaba *arder* con él.

Se llevó el pezón a la boca y sus dientes rozaron el sensible botón.

—*Ohhhh.* —Mis dedos se enredaron en su espeso cabello oscuro y me agarré mientras cada roce de sus dientes disparaba placer por todo mi cuerpo. Lo mordió y luego succionó suavemente, aliviando el escozor. Era una mezcla de dolor y placer que confundía a mi cerebro. Esta sensación sería algo que perseguiría el resto de mi vida, pero solo con este hombre.

Mi cuerpo se arqueó sobre la cama, la necesidad por él era mayor que cualquier otra cosa que hubiera sentido antes. Era el

único que podía satisfacer el dolor entre mis piernas. Era el único al que quería.

Su boca bajó por mi vientre, pasó por mis muslos hasta que su cabeza se hundió entre ellos. Su boca cubrió mi centro, chupando con fuerza, empujando su lengua dentro de mí.

—Dios mío. —Ráfagas de placer me recorrieron mientras me lamía bruscamente, comiéndome. Mis caderas se agitaron ante la dulce sensación.

—¡Mía! —gruñó, presionando mis caderas bajo su agarre. Era implacable, y mi cuerpo perseguía la sensación de orgasmo que me prometía con cada caricia.

Su rostro se hundió en mi coño mientras su lengua me follaba, y en el momento en que su dedo presionó mi clítoris, mi cuerpo estalló en un millón de pedazos.

—Dimitry... —Jadeando, su nombre salió de mis labios mientras mi cuerpo se estremecía en la liberación más dulce e intensa que jamás había experimentado. Mi centro se apretó, necesitado de su longitud. Me vio pasar por hasta el último temblor.

—Necesito estar dentro de ti —declaró, y mi cuerpo se encendió ante su demanda.

Mis manos tantearon su camisa y sus pantalones, y me ayudó a quitárselo todo. Estaba desnudo delante de mí en todo su esplendor. Su cuerpo era una obra maestra cincelada. Irradiaba fuerza y solo quería sentirlo dentro de mí.

Su colonia ligera pero masculina, me acarició los sentidos. Recorrí con mis manos su pecho tatuado, la cicatriz de la parte superior de su hombro izquierdo, su piel caliente bajo las yemas de mis dedos. Me abrió los muslos y se metió entre mis piernas. El calor de su polla dura me recorrió por dentro. Levanté las caderas de la cama para incitarlo. Era el hombre que había esperado, y en ese instante mi cuerpo era un instrumento bajo sus expertas caricias.

Su mano me agarró por la nuca, apretando su boca hambrienta contra la mía. Su beso fue como una gota de hielo en un día caluroso, y mis labios se abrieron ansiosamente para él, su lengua conquistando lo que ya era suyo. Ambos respirábamos agitadamente y nuestros toques eran hambrientos.

Nos besamos ferozmente. Mi lengua rodó sobre la suya y luego le mordisqueé el labio inferior. Sentí su gemido retumbar en su pecho e irse directamente entre mis muslos.

Su dura verga se posó en mi entrada, y el pulso entre mis muslos se intensificó.

—¡No me hagas esperar! —supliqué. Mis palabras temblaban en el aire—. Por favor. —Lo quería dentro de mí, el dolor entre mis piernas era insoportable.

Escuché su respiración entrecortada.

—No tengo condones.

—El doctor me puso una inyección. —Oh, Dios. Realmente iba a hacer esto.

Estaba a punto de sumergirse dentro de mí, un hombre gigante cubierto de tatuajes y músculos duros. Esperó, la tensión se extendía entre nosotros. Sus ojos del color de las nubes tormentosas me atravesaban. Me arqueé, animándolo a avanzar.

Entonces, de un solo movimiento, me penetró profundamente, llenándome hasta el borde y siguió un dolor agudo. Quise contener el doloroso gemido que salió de mis labios, pero Dimitry se detuvo al instante, con una mirada incrédula en sus ojos.

—¿C-cómo? —Tenía la sensación de que Dimitry nunca tartamudeaba, el deseo sombreaba sus ojos plateados—. ¿Eres virgen?

—Ya no. —Mi voz era un susurro. El dolor y el placer se mezclaban, las deseables llamas ardían por mis venas—. Solo dame un momento para acostumbrarme a tu tamaño.

—Mierda. —Su boca se estrelló con la mía—. Deberías habérmelo dicho —murmuró suavemente contra mis labios—. Habría sido delicado.

Me plantó besos suaves por el cuello, deslizó la mano entre nosotros, me acarició el clítoris y, justo así, el placer se impuso al dolor. Mi cuerpo se acostumbró a su invasión, y nos movimos al unísono en una danza que parecía haber existido desde hace siglos.

Palabras se escaparon de mis labios en un gemido, su cruda necesidad reflejaba la mía, una intensa que superaba cualquier otra

sensación. Empujaba y sacaba, provocando fricción lentamente. No me quería causar dolor, pero yo quería todo de él.

Mis uñas se clavaron en su trasero.

—Más, Dimitry.

Su voz era áspera en mi oído.

—Maldición, Anastasia. Vas a destruirme.

Y así, con cada caricia, llevó mi cuerpo al borde del abismo, más profundo y fuerte. Piel caliente y resbaladiza sobre piel, su polla estirándome, dolor y placer al mismo tiempo. Mis manos acariciaron los tensos músculos de su espalda mientras me penetraba con fuerza, sintiéndolo muy dentro de mí, haciendo que las estrellas se arremolinaran tras mis párpados.

Bajó la cabeza, me chupó un pezón y grité. Había perdido el control y sus caderas funcionaban como pistones. Me montaba con fuerza y rapidez, y mis gemidos eran más fuertes con cada embestida. Apretó su boca contra la mía, tragándose mis gritos de placer. Me perdí por completo; no existía nada más que este hombre poderoso, embistiéndome con una fuerza brutal, entre gruñidos y desenfreno.

Me esforcé por tomar cada centímetro suyo, gritando su nombre cada vez que su verga me penetraba con fuerza bruta. Me penetró más rápido. A medida que me follaba con más fuerza, juraba que se hacía más grueso dentro de mí. Jadeé, adolorida, con el coño apretándolo para que me diera todo lo que podía.

—*¡Ohhh!* —Perdí el control cuando el clímax me atravesó y un grito salió de mi garganta. Ahogó mi grito con su boca, del mismo modo en que yo silencié su rugido de placer al seguirme, directo al abismo. Su semen estalló dentro de mí, con ambos respirando entrecortadamente.

Mi cuerpo se estremeció con Dimitry aún en mi interior, su peso sobre mí. Me había hecho sentir viva y mi cuerpo zumbaba de placer.

—Descenderemos en diez minutos. —La voz del capitán sonó por el altavoz y, con un sobresalto, recordé dónde estábamos.

—*Oh,* mierda —solté, avergonzada, enterrando mi cara en el bíceps de Dimitry—. Por favor, dime que estuvimos callados y que no hay ninguna posibilidad de que nos oyeron.

Se rio suavemente, con líneas relajadas en su rostro. Dios, era impresionante cuando estaba así de relajado.

—Claro, nadie nos oyó.

Apretó sus labios contra mi boca, sus manos recorrieron mi cuerpo y, de repente, mi cuerpo volvió a la vida.

—Dimitry... —Su nombre salió de mis labios en un gemido. Acababa de hacerme llegar al orgasmo dos veces y ya lo deseaba de nuevo.

Se detuvo y apretó su frente contra la mía.

—Cuando lleguemos a mi casa, tendremos todo el tiempo del mundo.

Su declaración estaba llena de promesas y mi cuerpo se llenó de excitación. Ambos nos apresuramos a levantarnos y vestirnos a toda prisa. Me pasé los dedos por el cabello, esperando poder salir de esta habitación con un aspecto decente. Al mirarme en el espejo, no había duda de lo que habíamos estado haciendo. Tenía los labios hinchados por los besos de Dimitry y parecía completamente complacida.

Dimitry vino detrás de mí y me dio un beso en el cuello, su calor me arropó al instante. Nuestras miradas se cruzaron en el espejo, sus ojos grises como dos piezas de plata ardiente.

—¿Cómo es posible que nunca hayas estado con un hombre? —Su voz era profunda, su cuerpo contra mi espalda.

Me encogí de hombros, con la mirada clavada en la suya. No me avergonzaba, aunque tener más experiencia probablemente me habría venido mejor con alguien como Dimitry.

—No soy precisamente inexperta.

Gruñó contra mi oído, con su dura longitud presionándome el trasero.

—No hace falta que me lo digas, *Milaya*. Quiero disfrutar cada segundo contigo… hasta que me pidas más.

Sonreí ante esa promesa.

—¿O tal vez yo te haré rogar? —me burlé de él. Seguía esperando mi respuesta—. Al principio, no quería precipitarme. Luego, quería a alguien que me hiciera sentir chispas. Las semanas se convirtieron en meses, los meses en años, y aquí estoy.

—Increíble —murmuró en voz baja.

Me giré hacia él y lo abracé.

—Sin embargo, he hecho casi todo lo demás.

Gruñó, realmente me *gruñó.*

—Solo harás esas cosas conmigo. Ahora eres mía.

Nunca me había gustado mucho la posesividad, pero con Dimitry me excitaba. Me gustó cómo había hecho su reclamo y que no fingiera ser lo que no era. Sus manos me agarraron las nalgas y me atrajeron hacia él, con su verga dura presionándome el vientre.

—Anastasia, ¿lo entiendes? —Sus ojos eran exigentes y devoradores.

Puse la palma de mi mano contra su pecho, su corazón latía con fuerza.

—Soy tuya, Dimitry. Pero no te pongas en plan macho.

—Lo intentaré, *Milaya*.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

DIMITRY

Una vez que el avión aterrizó, mis hombres aseguraron el área y llevé a Anastasia a un vehículo blindado. Quizá era demasiado, sin embargo, no iba a correr ningún riesgo con su vida. Boris estaba haciendo todo lo posible por llegar hasta ella, y sería estúpido si no tomaba todas las precauciones posibles. Nuestros escoltas conducían por separado, un coche delante de nosotros y el otro detrás.

Todavía no podía creer que fuera virgen. No me dejaba sorprender fácilmente, pero Anastasia no paraba de hacerlo. El hombre posesivo y egoísta que había en mí disfrutaba sabiendo que era el único con el que había tenido sexo. Quería ser el único el resto de nuestras vidas.

Le eché un vistazo y la sorprendí bostezando.

—¿Cansada?

—Un poco —respondió, seguido de otro bostezo—. Han sido unas semanas locas. Honestamente, no puedo esperar a meterme en mi propia cama de vuelta a casa y dormir durante días.

—Podrías meterte en tu cama aquí y dormir durante días.

Sus ojos brillaban con picardía.

—¿Vas a meterte en la misma cama conmigo?

—Por supuesto. Duermes conmigo.

—Entonces no estoy segura de cuánto logremos dormir. —Se rio suavemente.

Vi su punto.

—¿Qué tal si dormimos hasta que estemos descansados y luego follamos?

Sus mejillas se tiñeron de rojo brillante, golpeándome juguetonamente el brazo.

—Dices cosas *tan* dulces y románticas.

Me reí, sintiéndome relajado por primera vez en mucho tiempo. Dadas las circunstancias, no era normal que me sintiera así. Tenía la sospecha de que era el resultado de estar cerca de esta mujer. Me encantaba su alegría. Traía luz a mi mundo. Desde que nací, había tenido que luchar para sobrevivir. Tuve que reñir para conseguir comida, refugio, y mis millones. Pero Anastasia... Se entregó a mí. Eso, para mí, valía más que todos mis negocios y todos los diamantes del mundo.

—Creo que te encanta —contesté bromeando.

Sacudió la cabeza, con una sonrisa juguetona en sus labios.

—Tal vez sí. Tal vez no.

—¿Cuántos novios has tenido? —No tenía ni idea de qué me había llevado a hacer esa pregunta. Quería indagar en su pasado y conocer cada pequeño detalle sobre ella. Qué le gustaba, con qué tipo de hombres salió, cuáles eran sus sueños... Quería saberlo todo.

Ladeó la cabeza y, sorprendentemente, contestó.

—Cinco. Seis, si cuentas a mi novio de la preparatoria, pero nunca me besó. Así que diría que no lo incluyo.

—¿Nunca te besó?

Sus ojos verdes brillaron.

—¿Verdad? Quiero decir, ¿quién en su sano juicio no quiere besar?

Asentí con la cabeza, siguiéndole el juego.

—¿Cómo pudo resistirse a besarte? —cuestioné asombrado, y la carcajada que siguió fue la mejor música que jamás había oído.

—Él pudo hacerlo —comentó entre risas—. Me moría de ganas de que lo hiciera... pero no parecía interesado. En absoluto. Estaba obsesionada con él, ansiosa por dar ese maldito primer beso. Al final del curso, casi ocurrió.

—¿Casi?

—Sí, creo que sí. Estábamos en los partidos de *lacrosse* de fin de curso. Nos quedaba literalmente una semana más de escuela. —Estiró la espalda y cambió de postura. Tenía la sensación de que no le gustaba quedarse quieta—. Fue por ello, y estuvo muy cerca, pero entonces me quedé pensando, ¿qué sentido tiene ahora? Me preparaba para ir a la universidad, él se mudaba a la Costa Oeste... Así que lo detuve. Pensé que, si había esperado tanto, podía esperar un poco más.

—¿No querías visitarlo en la Costa Oeste? —Recordé que su padre había dicho que se había mudado a la Costa Este y me hizo preguntarme si había vuelto.

—No, la verdad es que no. Me gusta más la Costa Este.

—¿Vas a visitarme en la Costa Oeste? —¿Por qué le pregunté eso?

Inclinó la cabeza.

—Dimitry Alexeyev. —Demonios, me encantaba mi nombre en sus labios—. ¿Me estás pidiendo una cita?

—Sí. —Iba a ser su única cita de ahora en adelante—. Te estoy pidiendo todas tus citas.

Echó la cabeza hacia atrás, riendo, y me recordó a la grabación que vi del *club*, cuando parecía despreocupada y feliz. Había que ser una mujer fuerte para sobrevivir a todo por lo que había pasado y seguir riendo así. La cálida sensación en mi pecho se expandió.

—Eso es… —Su voz vibraba de risa—. Bastante exigente.

—No soy nada sino exigente. —Le sonreí. Me hacía sentir más joven y ligero de lo que nunca me había sentido. Todo el ajetreo, la crueldad y los pecados de mi pasado parecían carecer de sentido con ella a mi lado. No recordaba haber sonreído nunca.

Con ella, todo era natural. Las palabras de cariño, las risas, la feroz protección... tampoco había llamado nunca *Milaya* a una mujer. Significaba mi amada, mi querida. Esa palabra estaba reservada solo para ella.

—De acuerdo, mi turno. —Cambió rápidamente de tema—. ¿Cuántas mujeres has tenido?

«Demasiadas… y ninguna que importe. Hasta que llegaste tú». El pensamiento surgió de la nada, pero no podía ser más cierto.

Ninguna mujer me había importado tanto como Anastasia. La conocía desde hacía menos de una semana, no obstante, su alma resonaba conmigo. Deseaba cada centímetro suyo.

—Demasiadas para contarlas. —No quería mentirle.

Frunció el ceño y mi mano se acercó. Apoyó su mejilla en mi palma, pero su ceño permaneció fruncido.

—¿Debería preocuparme que no usamos condón?

Era una pregunta razonable.

—No tengo ninguna ETS y siempre he usado condón —declaré—. Eres la primera con la que me he acostado sin protección. —Tuve que sonreír. Incluso cuando las mujeres me decían que tomaban anticonceptivos o que no podían tener hijos, nunca había dejado de usar preservativo. Con Anastasia, no me importaría dejarla embarazada de inmediato y atarla a mí para siempre—. Nunca te pondré en riesgo, Anastasia.

Había confianza en sus ojos cuando me miró y supe que mataría, torturaría o iniciaría una guerra para mantenerla a salvo. Probablemente, ella no lo aprobaría, aunque no le estaba pidiendo permiso. A partir de ese momento era mía.

«No tardaste en volverte egoísta», me susurró mi alma. Le advertí que era un hombre egoísta.

—De acuerdo, gracias. —Su voz era suave, sus ojos brillantes—. Tampoco te pondría nunca en peligro.

Ya no tenía ninguna duda. Anastasia Manciatti era la mujer que me pondría de rodillas.

CAPÍTULO TREINTA

ANASTASIA

Una vez que salimos del aeropuerto, tardamos unas horas más en llegar. Dimitry me explicó que Naryan-Mar, cuyo nombre significa literalmente "ciudad roja", era un puerto fluvial y marítimo. Estaba situada a orillas del río Pechora, unos cien kilómetros río arriba de su desembocadura en el mar de Barents.

Señaló el lugar mientras conducía por la autopista, donde las luces destacaban la silueta de la zona. Parecía un típico pueblo portuario del norte. Condujimos otros cuarenta minutos más hasta que, por fin, llegamos a nuestro destino.

Dimitry atravesó un gran portón y siguió el camino que bordeaba el río, junto a una mansión que parecía extenderse sin fin. Jamás imaginé la postal que apareció ante mí: una cabaña amplia y lujosa, con un porche que la rodeaba por completo, surgió a la vista como salida de un cuento mágico. Los grandes ventanales parecían ofrecer una vista espectacular del río, cuya superficie brillaba bajo la luz de la luna llena. Había luces a lo largo de la orilla y, aunque la noche era oscura, ese resplandor dibujaba un paisaje casi irreal.

—¡Vaya, esto es precioso! —exclamé—. Debe de lucir increíble cuando se cubre de nieve.

—Me alegro de que te guste.

—¿Esto es tuyo?

—Lo es —confirmó—. Aunque rara vez vengo a este lugar.

No podía imaginar por qué rara vez venía. Robaría cada momento que pudiera para llegar hasta aquí. Cuando salimos del vehículo, caminé hasta el borde de la orilla, escuchando el sonido del río que rompía suavemente contra las rocas. La brisa que soplaba del agua era un poco fría, pero la vista era increíble, se extendía kilómetros delante de nosotros.

Dimitry se quedó atrás con la escolta de seguridad y, aunque hablaba en ruso, estaba segura de que les estaba dando instrucciones.

Lo sentí en cuanto se acercó por detrás. Había algo en él que hacía que mi cuerpo se sintonizara completamente con el suyo. Sin girarme, le pregunté:

—¿Cómo se llama el río? ¿A qué mar conduce?

—Es el río Pechora, y desemboca en el mar Barents. Estamos al norte del Círculo Polar Ártico.

—Eso explica el frío en septiembre.

—Aquí enfría rápido, y los inviernos son bastante sombríos. —No podía imaginarme que aquí nunca fuera sombrío. Podría contemplar esta vista durante meses sin cansarme. Había algo salvaje y hermoso en este lugar, al igual que su dueño—. Podríamos ir a nadar si quieres intentarlo. —Ni siquiera terminó la frase antes de que estuviera asintiendo ansiosamente—. Comprobaré el clima para los próximos días y veré qué día es mejor.

—Eso es increíble. Darme un chapuzón en el Océano Ártico está en mi lista de deseos —anuncié, sintiéndome tan viva y feliz—. Así que esto podría ser lo más cerca que esté de hacerlo.

—Es un elemento extraño para una lista de cosas que hacer antes de morir —replicó—. Tendrás que decirme qué más hay en esa lista. Entremos.

El interior de la cabaña no era menos impresionante. Una sala de estar de dos pisos tenía vistas abiertas al río.

—Oh, Dimitry —musité, mirando a mi alrededor—. Si fuera tú, pasaría todo mi tiempo aquí.

Se me escapó otro bostezo, la falta de sueño me estaba afectando. Me tomó de la mano y me empujó escaleras arriba, siguiéndome de cerca.

—De acuerdo, princesa. Podemos hacer un recorrido por la casa mañana. Ahora tenemos que hacer que descanses.

Miré detrás de mí y esperé lograr una sonrisa seductora.

—¿Vamos solo a descansar?

Su mano rodeó mi cintura por detrás.

—Puede que haya creado un monstruo.

Una carcajada burbujeó en mi interior y no pude resistirme a burlarme más de él.

—Oh, siempre fui un monstruo. Solo que no lo sabías.

—Entonces eres *mi* monstruo. —Me dio una suave nalgada, sorprendiéndome.

Me hizo pasar a nuestra habitación, que tenía la misma increíble vista del río hacia el este.

—Oh, quizá podamos pasar el rato aquí mientras dure mi exilio de seguridad. —La habitación era grande, con el área abierta entre la sala de estar y la zona de dormitorio.

—¿Intentas provocarme? Porque ya me diste ideas.

Pestañeé inocentemente.

—¿Quién?, ¿yo? ¿Como qué tipo de ideas?

—Del tipo que te tendrá desnuda durante toda tu estancia.

Eché la cabeza hacia atrás riendo.

—¿Qué tal si me desnudas y me metes en la ducha?

Antes de que pudiera pestañear, me levantó y me echó al hombro marchando hacia el baño. Solté una risita, fingiendo estar sorprendida.

—Señor Alexeyev, ¿qué cree que está haciendo?

Me puso de pie, se acercó para abrir la ducha y sus manos trabajaron rápidamente para quitarme la ropa.

—Desnudarte. —Su voz era profunda, sus ojos ardían con el fuego que empezaba a sentir—. Tus deseos son órdenes.

—Gran idea. —Mi voz estaba ligeramente entrecortada por la emoción—. Te desnudaré a ti también.

Nuestros movimientos eran apresurados mientras nos quitábamos la ropa el uno al otro con movimientos frenéticos. Sus besos eran duros y contundentes, pero me encantaban todos y cada uno de ellos.

Entramos en la gran ducha y el agua roció nuestros cuerpos. Me incliné hacia él y coloqué mis labios sobre la cicatriz de su hombro izquierdo. Había un tatuaje sobre su corazón que seguía llamándome la atención y lo recorrí lentamente con la lengua. Me encantaba saborearlo y tocarlo. Su piel caliente era el calor que había empezado a desear constantemente. Estaba empapada por él y ansiaba sentirlo dentro de mí.

A diferencia de nuestro frenético *striptease*, me tomé mi tiempo besando su pecho, rastreando sus tatuajes con la lengua, besando cada cicatriz sobre sus abdominales y más abajo aún. Me arrodillé y agarré su dura longitud, rodeando su punta con mis labios. Su sabor era familiar y exclusivo de Dimitry. Me la metí entera en la boca y levanté los ojos para encontrarme con su mirada. Tarareé mi propio placer, tan en sintonía con el suyo.

Me agarré a sus muslos, aguantando, motivándolo. Perdió el control, empujó con más fuerza dentro de mi boca, y se la chupé con más intensidad, más profundamente. Me encantaba esta sensación, este poder de darle placer. Era como poner de rodillas a un dios griego con mi boca. Le acaricié las pelotas y su gemido resonó en el cuarto de baño. Estaba mojada entre los muslos, dolorida de necesidad por él, imaginándolo dentro de mí.

Me puso de pie y un puchero salió de mis labios.

—Dimitry...

—Necesito estar dentro de ti —gruñó y me dio la vuelta, mis manos golpeando contra la baldosa en busca de apoyo.

—Agárrate —requirió. La adrenalina corrió por mis venas, quemando todo mi cuerpo.

Empujó su polla dentro de mí y un fuerte gemido salió de mis labios. Se sentía bien dentro de mí, llenándome, completándome. La sacó y volvió a meterla, haciéndome jadear de necesidad.

—Mierda, Anastasia. —Su pesado aliento me golpeaba la oreja, las palabras eran un gemido torturado. Giré ligeramente la cabeza y su boca chocó contra la mía, nuestros besos frenéticos como dos adictos que llegaban al éxtasis con la misma droga.

Siguió empujando dentro y fuera, con sus poderosas caderas golpeándome. Las piernas me flaqueaban, pero él me sostenía, con

el pecho pegado a la espalda, y cada embestida me llevaba más y más alto. Mientras una mano me sujetaba contra él, la otra serpenteaba por mi vientre hasta llegar a mi clítoris. Bastó un roce para que me derrumbara, mis músculos se cerraron en torno a su longitud y lo llevaron al límite conmigo.

Su cabeza se apoyó en la mía mientras nuestros cuerpos se estremecían y su verga se agitaba dentro de mí.

—Te estás convirtiendo rápidamente en mi obsesión.

Su voz era grave, su aliento caliente me rozaba el cuello mientras me mordisqueaba suavemente la piel, sus besos eran suaves y reconfortantes.

Me encantó su confesión. Quizá nuestras obsesiones eran las mismas. Quería más de él, conocerlo todo y disfrutarlo todo con él.

—Creo que también te estás haciendo la mía. —Giré la cabeza y le besé suavemente la mejilla. Había tantos sentimientos arremolinándose en mi pecho que me daba miedo examinarlos todos demasiado de cerca.

El dulce dolor fue lo primero que registré cuando me desperté sola en la cama, con mi cuerpo relajado. Dimitry era un amante intenso y exigente, pero resultó que eso era lo que quería desde el principio. ¿Quién lo iba a decir? Me buscó varias veces más durante la noche, llevando mi cuerpo al límite cada vez. Incluso antes de despertarme del todo, mi cuerpo ya le respondía. Él era insaciable.

Me estiré, con los músculos deliciosamente adoloridos. Miré el reloj y vi que eran más de las once y salté de la cama, pero entonces se me ocurrió que en realidad no tenía a dónde ir.

Sin embargo, no tenía sentido darle vueltas a eso. Al menos estaba viva y atrapada con un hombre *sexy* que me mantenía a salvo. Me recogí el cabello en un moño desordenado y decidí bañarme rápido.

Salí de la ducha, me envolví en una toalla y volví al dormitorio, donde me esperaba Dimitry. Sus labios se curvaron en una pequeña

sonrisa.

—Buenos días —saludé, con la voz aún somnolienta, ronca. Dios, era guapo. Y cuando sonreía, era increíblemente hermoso.

—Buenos días. —Me rodeó la cintura con sus brazos y hundió la cara en mi cuello, respirando hondo.

—Deberías haberme despertado —murmuré suavemente—. Es casi mediodía.

—Necesitabas dormir —razonó simplemente—. Te mantuve despierta casi toda la noche.

El calor me subió a la cara. Sentí sus cálidos labios en mi cuello y al instante mi cuerpo respondió necesitado de él. Incliné la cabeza para permitirle un mejor acceso, deseando sentir más de él. Pero entonces, para mi vergüenza, mi estómago rugió y se detuvo.

—*Ugh.* —Vaya manera de matar el momento—. Lo siento —musité incómoda.

—No te disculpes —me reprendió—. Debería de ser quien se disculpe. Vamos a alimentarte.

Corrí al baño para lavarme rápidamente los dientes y luego fui a mi bolso, buscando algo que ponerme, cuando me entregó su camisa.

—Ponte esto para mí.

Observé la camisa y tuve que admitir que me gustaba la idea de ponérmela. Había algo simplemente *sexy*. Me ayudó a meter los brazos en las mangas y me la abrochó mientras me la arremangaba. La camisa casi me llegaba a las rodillas, pero aun así no quería andar por casa sin algo debajo.

Rebusqué en mi bolso y encontré bragas y *shorts,* poniéndomelos rápidamente.

—De acuerdo, estoy lista para comer. —Levanté la cabeza para mirarlo a los ojos y le sonreí.

Su mirada sobre mí se sentía como una suave caricia y una intensa tormenta al mismo tiempo. No tardé en ceder ante sus exigencias, en caer bajo su hechizo.

—Está bien, *Milaya* —murmuró, tomando mis labios en otro beso —. Vamos a comer.

Quise preguntarle qué quería decir *Milaya*; lamentablemente, en cuanto llegamos a la cocina, sonó su teléfono y unas maldiciones salieron de sus labios después de contestar. Alarmada, alcé los ojos en señal de pregunta. No podía olvidar que esto no eran exactamente unas vacaciones. Estábamos escondiéndonos.

—No es nada —susurró suavemente—. Solo una reunión que olvidé.

—*Ahhh.* —No debería sorprenderme. Tenía un trabajo de día del que ocuparse. Después de todo, tenía varios negocios de los que preocuparse. Solo porque estuviera sin trabajo en ese momento no significaba que todos los demás lo estuvieran también—. Ocúpate de eso, y prepararé algo de comida.

«Esperemos que sea comestible».

Desapareció en otra habitación para atender su llamada mientras intentaba averiguar qué era lo más seguro que podía preparar con mi limitada experiencia en la cocina. Me agaché, apoyándome en la puerta abierta del refrigerador, estudiando el contenido.

—Los huevos deben ser súper fáciles de preparar, ¿verdad? —mascullé en voz baja—. Prefiero cereal. No puedes equivocarte con el cereal.

—No nos gusta mucho el cereal. —La voz de un hombre me hizo darme la vuelta. No era alguien que hubiera visto antes.

—¿Quién eres? —No era uno de los hombres de Sergei o Dimitry. Los conocía a todos; no a todos por su nombre, aunque sin duda podía reconocerlos. No creía haber visto a este hombre antes, pero había algo ligeramente familiar en él.

—Vlad. —Extendió su mano—. ¿Y tú quién eres?

Me puse ligeramente rígida al escuchar el nombre, con un recuerdo inoportuno al frente de mi mente. Sabía que era un nombre muy común en Rusia, pero Dios, realmente odiaba ese nombre. Boris y Vlad eran dos de los nombres que más odiaba.

Estaba allí de pie, decidiendo si estaba a salvo o no, cuando uno de los hombres de seguridad llegó desde el exterior y lo saludó.

—Hola, Vlad. Damir dijo que estabas aquí.

Viendo que aparentemente no era una amenaza, le tomé la mano de mala gana.

—Anja.

No había razón para darle mi nombre completo ya que claramente él no me dio el suyo. Algo en este hombre no me agradaba para nada.

Entonces recordé que Dimitry mencionó a Vlad. ¿No era así?

—¿Norteamericana? —inquirió. Asentí con la cabeza y continuó —: Encantado de conocerte. —Incliné ligeramente la cabeza en señal de reconocimiento. Había algo en él que me incomodaba, aunque no sabía muy bien qué.

Vlad dirigió su atención al otro hombre.

—Dragan. —Supuse que era un saludo—. Traigo hombres extra por seguridad.

El hombre asintió y volvió a salir, supuestamente para ver a esos hombres de más.

—Entonces ¿qué intentas hacer? —preguntó, volviendo a centrar su atención en mí.

—Preparar el desayuno.

—Elegiría huevos. —Su sugerencia tenía sentido, pero no quería admitir que nunca había hecho huevos. Me hacía parecer una princesa podrida y malcriada. Y esa no era yo... al menos esperaba que no.

Sin revelar mi lucha interna, saqué huevos y fui en busca de una sartén. Había visto a mucha gente cocinarlos. Parecía bastante sencillo.

—Mira en el armario de la izquierda —se burló la voz de Vlad, pero preferí ignorarlo.

Saqué el sartén y me quedé unos segundos por la estufa, intentando decidir si necesitaba algo más.

—Rocía un poco de mantequilla en el sartén para que los huevos no se quemen. —Sí, no lo estaba engañando en absoluto. Él sabía que no tenía nada que hacer en la cocina.

En una exhalación, me di la vuelta y me encontré con sus ojos.

—¿Algo más? Realmente no cocino mucho.

«Y con eso quiero decir que no cocino nada».

—¿Quieres huevos revueltos? —cuestionó, sin la burla en su voz.

—Claro. —Revueltos debería ser más fácil de preparar... creía. Lo echabas todo en un tazón y lo mezclabas. Pan comido, ¿verdad?

Se acercó y empezó a sacar leche, sal, pimienta y un tazón.

—De acuerdo, primero quiebra los huevos y ponlos en el tazón —estableció. No me gustaba que me diera órdenes, pero tampoco sabía hacerlo sola, así que apreté los labios y seguí sus indicaciones. Era extraño que al cocinar con Dimitry sintiera que me guiaba en lugar de darme órdenes—. Vierte un poco de leche. —Hice lo que me dijo—. Ahora, empieza a batirlo.

Los modales de este tipo eran horribles. Quería decirle que le golpearía la cabeza, pero no valía la pena. Quien quiera que fuera, esperaba que no se quedara mucho tiempo. Batí los huevos en silencio, consciente de sus ojos clavados en mí todo el tiempo. Se me erizó la piel cuando sus ojos se detuvieron en mi cara antes de recorrer lentamente el resto de mi cuerpo.

Justo cuando tenía en la punta de la lengua decirle que era de mala educación mirar fijamente a la gente, siguió hablando.

—Pon un poco de mantequilla en el sartén y enciende el fuego. Mientras esperas a que se derrita la mantequilla, echa una pizca de pimienta y sal en los huevos revueltos. Una vez derretida la mantequilla, vierte los huevos en el sartén.

Me apresuré a hacer lo que me ordenaba, esperando que acabara conmigo y se marchara, no obstante, en cuanto eché los huevos en la sartén, se acercó a mí y me miró por encima del hombro. Me puse rígida, sin saber qué me hacía reaccionar así.

Me quedé rígida, incapaz de moverme, intentando calmar mi palpitante corazón. Me latía tan fuerte que me dolía el pecho. Casi podía sentir su aliento contra mi cuello, y di un paso a la izquierda, tratando de ganar distancia. Me siguió.

Odiaba cuando la gente invadía mi espacio personal, pero esto iba más allá de la invasión del espacio. Su mano se acercó a mi codo y sentí un escalofrío de asco que me sacudió por completo. Su mano húmeda me subió por el brazo y estaba a punto darle un codazo fuerte.

—¿Cuánto cobras por noche? —Una exhalación indigna salió de mis labios mientras su aliento ligeramente pesado me llegaba al

oído. Este hombre era repugnante, y abrí la boca para decírselo.

—Vlad, ¿qué estás haciendo aquí? —La voz de Dimitry fue la salvación.

Me di la vuelta y los ojos de Dimitry estaban clavados en mí como midiendo si estaba bien. Vlad se apartó de mí despreocupadamente, como si no hubiera acabado de invadir por completo mi espacio personal.

—Le estoy enseñando a tu mujer a cocinar.

Dimitry se me acercó y me quitó lentamente la espátula de la mano. Ni siquiera me di cuenta de que la agarraba como si mi vida dependiera de ello.

—¿Estás bien? —Su voz era suave, solo para que yo escuchara.

Asintiendo con la cabeza, traté de mantener un tono bajo y nivelado al responder:

—¿Quieres huevos?

—Sí, terminemos de cocinar juntos. —Sonrió, pero el gesto no le llegó a los ojos. Este Dimitry era el hombre que la gente temía: peligroso, mortal, hermoso. Estaba de espaldas a Vlad, como si intentaba impedir que me viera—. ¿Por qué estás aquí, Vlad? —La voz de Dimitry era aguda y fría.

—Te traje más hombres.

—Se agradece. —Me dio un codazo para que me pusiera delante de él y me rodeó con sus brazos mientras removíamos los huevos juntos—. La próxima vez, no invadas el espacio personal de mi mujer. Y si vuelves a tocarla, te cortaré las manos.

Mis movimientos se detuvieron ligeramente, mas los reanudé rápidamente, sin decir nada. El mundo conocía a este Dimitry despiadado, pero para mí era el hombre que me había salvado y seguía manteniéndome a salvo. Tal vez tenía que reclamar su territorio para asegurarse de que Vlad mantuviera la distancia, y a mí me parecía bien. No quería que volviera a acercárseme.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

DIMITRY

El olor del desayuno flotaba en el aire y no pude evitar sonreír durante mi reunión al ver que mi *milaya* estaba decidida a aprender a cocinar. En cuanto terminé la reunión, volví a la cocina para encontrarme a Anastasia con Vlad. Lo primero que sentí fue rabia de que estuviera tocando a mi mujer. Mi primer impulso fue pasar directamente al modo ataque, pero aquí funcionaría mejor la estrategia. Así que, lo había amenazado, y él sabía que mis amenazas nunca eran vacías. Se aseguraría de que el resto de la *Bratva* supiera que Anastasia no se tocaba.

No quería a Vlad aquí; su trabajo consistía únicamente en enviar a los hombres extra. Sabía que podía contar con él para conseguir los hombres adecuados para proteger a Anastasia, pero Vlad no iba a ser uno de ellos. Sus maneras reflejaban demasiado las de Boris. Sin embargo, nos ayudó a meterlo tras las rejas, así que no podía descartarlo sin más. Aunque Vlad sentía que debía tener una posición más alta e importante en nuestra organización. El problema era que yo quería hacerlo legal, y Vlad seguía haciendo cosas ilícitas.

Vlad era la mano derecha de Boris y su mejor amigo. Los dos crecieron juntos, con caracteres muy parecidos, hasta que Boris se volvió loco. El rumor constante era que una mujer era la causa de su inestabilidad mental. Sin embargo, nunca descartaría que Vlad pudiera traicionarnos como lo hizo con su mejor amigo. Nunca dijo

abiertamente por qué cambió de bando y lo abandonó. Suponía que estaba harto de limpiar sus incontables desastres.

Puede que fuera quien ocupó el lugar de Boris tras su condena, mas sabía que Vlad quería el título. Sin embargo, los jefes de otras organizaciones de la *Bratva*, e incluso nuestra propia gente, no lo respetaban lo suficiente como para seguirlo.

Observé a Anastasia con su postura rígida mientras se alejaba un paso de Vlad; no obstante, él la siguió, invadiendo su espacio. Desde aquí podía ver que no le gustaba su cercanía. En cuanto la tocó, vi rojo, con la furia corriendo por mis venas.

—Vlad, ¿qué haces aquí? —pregunté, tratando de controlar mi ira.

—Estoy enseñándole a cocinar. —Su respuesta no ayudó a mi enojo. Nadie más que yo le enseñaría a mi mujer a cocinar. Sus nudillos se pusieron blancos de tanto apretar la espátula, me acerqué lentamente y se la quité.

—¿Estás bien?

El pulso le latía deprisa, pero asintió y ofreció:

—¿Quieres huevos?

—Sí, terminemos de cocinar juntos. —Entonces, repetí mi pregunta—: ¿Por qué estás aquí, Vlad?

—Te traje más hombres.

—Se agradece —le dije mientras rodeaba a Anastasia con mis brazos, protegiendo su cuerpo con el mío—. La próxima vez, no invadas el espacio personal de mi mujer. Y si vuelves a tocarla, te cortaré las manos.

No quería a Vlad cerca de Anastasia. Él era la prueba del hombre que solía ser. A decir verdad, de quien seguía siendo... Debajo de la ropa costosa y el dinero que había acumulado, no era muy diferente a él. Ambos éramos pecadores del peor tipo, solo que no tan psicópatas como Boris. Me preguntaba si una vez que Anastasia se diera cuenta de que formaba parte del grupo de Boris me daría la espalda, asqueada de haberse entregado a alguien como yo. ¿A qué velocidad huiría de mí, dejándome atrás?

La idea de mi vida sin ella me dolía de la peor manera posible, como ninguna otra herida que hubiera experimentado antes.

«Habrá una mujer. A menos que te quedes con ella, será tu perdición. Te pondrá de rodillas. Sin ella, tus rodillas se pondrán en carne viva. Con ella, la adorarás y tendrás la familia que tanto anhelas».

Las palabras de la gitana sonaban con fuerza en mi cabeza, advirtiéndome de las consecuencias que sufriría si perdía a Anastasia.

—No pretendía faltar al respeto —se disculpó Vlad, y se escuchaba sinceridad en su voz—. ¿Estoy invitado a compartir una comida con ustedes?

Estaba deseando desayunar con Anastasia a solas, pero antes de que pudiera rechazarlo, Anastasia contestó:

—*Um,* claro.

El desayuno estaba listo y se dio la vuelta. Relajó su postura, se puso de puntitas y me besó en la mejilla.

—Siéntate con tu amigo. Traeré platos y utensilios.

Tomé asiento junto a Vlad, pero él no me dedicó ni una sola mirada. Observaba a Anastasia moverse por la cocina y tuve que contenerme para no gritarle que apartara la vista. Tenía que controlar mi posesividad. Era una mujer hermosa y los hombres tendían a mirar a las mujeres hermosas. Aunque, en el momento en que la mirara con algo que no fuera respeto, no solo le cortaría las manos por tocarla, sino que también le sacaría los ojos.

Debió de notar mi ira porque sus ojos se desviaron hacia mí.

—Me recuerda a alguien —comentó.

—¿A quién?

—La mujer que Boris amaba —respondió—. La mujer con la que se obsesionó.

Reflexioné sobre sus palabras. Nunca había visto a Boris con la misma mujer dos veces. ¿Era porque estaba obsesionado con la madre de Anastasia? ¿Era esa la razón por la que secuestró a madre e hija? Parecía muy plausible, aunque cómo esos dos se cruzarían alguna vez era un misterio para mí. Desde que lo conocí, Boris había estado inestable. Tenía trece años cuando dejé el orfanato y me uní a Boris. Nikolai acababa de cumplir diez, mientras que Sergei solo tenía nueve. Una vez que nos prometieron nuestro propio

apartamento para dormir y comer en los barrios bajos designados para las ratas de corral de Boris, me aseguré de que Nikolai y Sergei salieran de aquel maldito orfanato.

Recuerdo haber oído rumores de una mujer que abandonó a Boris, causando su furia destructiva. Los hombres que lo conocían de antemano dijeron que nunca volvió a ser el mismo. No podía imaginarlo siendo otra cosa que cruel y malvado. Parecía disfrutar infligiendo dolor a los demás, a lo que Vlad me dijo una vez que quería infligir dolor para reflejar el suyo. Y a Boris le importaba una mierda a quién lastimaba. Cuando Boris iba a la caza para hacer daño, siempre me aseguraba de que Nikolai, Sergei y yo estuviéramos fuera de su camino. Mi trabajo era protegerlos, así que, si alguna vez nos miraba a los tres, me aseguraba de burlarme de él lo suficiente como para que centrara su atención en mí. Me sentía responsable de habernos puesto en el radar de Boris. Pude protegerlos de la mayor parte, pero le fallé a Nikolai una vez. Boris le acuchilló la cara cuando no estaba allí para protegerlo. La culpa todavía me carcomía.

—Aquí tienen. —La voz de Anastasia me trajo de vuelta. Colocó los platos delante de nosotros y luego se sentó con el suyo junto a mí para que Vlad no la viera.

Todos agarramos un bocado y ella sonrió sorprendida.

—No está mal para ser la primera vez. Al menos es comestible.

Aunque no lo fuera, me lo comería y obligaría a Vlad a tragárselo. Pero los huevos revueltos estaban buenos, así que no hacía falta forzarlo.

—¿Cómo dijiste que te apellidas, Anja? —cuestionó Vlad, rompiendo el silencio.

—No lo he dicho. —Anastasia me lanzó una rápida mirada, como confirmando que manteníamos a salvo su identidad.

—¿Por qué tanto secreto? —Vlad escupió la pregunta, ligeramente agitado.

—Anja se apellida igual que yo —anuncié a Vlad, sabiendo que así se callaría. Y tenía razón, porque se atragantó con la comida.

Para cuando se recuperó, Damir entró e interrumpió el intento de interrogatorio de Vlad.

—Bien, Dragan y yo tenemos a todos los hombres en posición, listos para el plan de rotaciones. —Miró su teléfono y lo pulsó dos veces—. Te envié el horario, Dimitry, y si hay que hacer algún cambio, somos flexibles.

—Buen trabajo, Damir.

—¿Quieres comer algo? —Anastasia se levantó, dispuesta a prepararle un plato—. Si no quieres sentarte aquí, puedes llevarlo afuera.

Una sonrisa se elevó en la cara de Damir.

—Eso sería genial, gracias.

Anastasia se apresuró a hacerle el plato, mi camisa tragándose su pequeño cuerpo, llegándole hasta sus rodillas.

«No hay duda de que es mi mujer», pensé posesivamente.

Mientras Anastasia charlaba con Damir, de espaldas, Vlad se giró hacia mí.

—El matrimonio en nuestra línea de negocio es una mala jugada, Dimitry —advirtió en voz baja.

Aunque fue su error suponer que nos habíamos casado, estaba de acuerdo con él. Tener una familia en nuestra línea de negocio añadía una capa de peligro. Ellos también se convertían en objetivos. Pero podía protegerla no importaba lo que pasara. Era su mejor oportunidad de sobrevivir a Boris, y una vez que fuera eliminado, ella estaría a salvo. Nada me impediría hacerla mía para siempre.

De repente, me di cuenta de que quería que llevara mi apellido. Quería que todo el mundo supiera que su apellido era el *mío*, que esta mujer era *mía*. Ella me pondría de rodillas, aunque estaba por ver si para bien o para mal. Apostaba a que la gitana se estaba riendo de mí en ese momento. Sabía perfectamente que no creía ni una palabra de lo que había dicho cuando me leía la mano. Suponía que en este caso reía al último.

Vlad se levantó, listo para marcharse.

—Ya veo que no tiene sentido hablar contigo, pero ten cuidado de no convertirte en lo que se convirtió Boris cuando perdió a su mujer. —No hice caso de la advertencia, porque no perdería a Anastasia. No lo permitiría.

Damir siguió a Vlad fuera poco después, dejándome por fin a solas con mi mujer. Sus ojos se encontraron con los míos y sonrió, haciendo que todo mi mundo estuviera bien.

—¡Por fin a solas! —Reflejó mis pensamientos mientras se colocaba frente a mí, contoneándose entre mis piernas.

Mis manos se dirigieron a sus caderas y la atraje más hacia mí. Respiré su olor único a lirios que se había convertido en una necesidad para mis sentidos.

—Sergei envió un mensaje —murmuré en su cabello, enterrando mi nariz para obtener más de su aroma—. Está con Scarlett. Ella lo golpeó en la cabeza con un jarrón, pero todo está bien.

Se rio entre dientes.

—Pobre Sergei —susurró, sus dedos recorriendo mi piel—. Está teniendo una semana dura.

Amaba sus manos sobre mi cuerpo. Siempre parecían un poco más frías, su tacto fresco contrastaba con mi piel caliente. Me sentía como una bestia salvaje domada por mi hermosa humana con su toque mágico.

—Tuvo suerte de que no le retorcí el cuello.

—Scarlett probablemente le hará algo peor. —Sus labios estaban a centímetros de los míos, sus manos bajo mi camisa, recorriendo mi espalda. Aunque mis tatuajes cubrían la mayoría de mis cicatrices a simple vista, no había forma de que las pasara por alto mientras sus dedos recorrían mi piel—. Tienes muchas cicatrices.

—Algunos lo han pasado peor —repetí sus propias palabras. Apenas negó con la cabeza, no sabía si en señal de acuerdo o de incredulidad. Entonces, sus labios por fin se encontraron con los míos. Su beso fue suave como una pluma, tan opuesto a mi rudeza. Mi dura coraza se quebraba a su alrededor con cada roce y cada beso que me daba.

Debido a la forma en que crecí, jamás supe cómo reaccionar cuando una mujer intentaba tratarme con delicadeza. Pero con Anastasia, lo anhelaba. La suavidad y la dulzura era algo que solo ella podía darme.

Ella era mi perdición y mi salvación.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

ANASTASIA

Escuchar a Dimitry repetirme las mismas palabras me rompió el corazón. Tenía tantas cicatrices que no había notado el día anterior. Pero en ese momento, mientras mis dedos las recorrían, me daba cuenta de que se había visto obligado a volverse rudo y despiadado.

Quería sanarlas todas y salvar al hombre que había tenido que soportar tanto dolor. Realmente esperaba que no fuera un niño el que las había sobrevivido; sin embargo, tenía la sospecha de que algunas se remontaban a esa época. Quería preguntarle qué había pasado, lamentablemente, no sabía si se sentiría cómodo hablando de ello, así que mantuve la boca cerrada. Le demostraría que me importaba.

Cuando mis labios se encontraron con los suyos, se detuvo durante una fracción de segundo. Justo cuando pensaba que no le gustaban los besos lentos, su mano me rodeó el cuello y su exhalación me dijo que sí. Tomó el control del beso, pero no se precipitó. El día anterior, nuestro sexo fue frenético y necesitado, rudo. Así me imaginaba el principio de hacer el amor. Quería conocer su cuerpo tan bien como conocía el mío, cada centímetro suyo.

Su mano subió por mi camisa y me acarició el pecho. Un gemido salió de mis labios, resonando en el silencio de la casa.

Un fuerte estruendo nos sacó de nuestro aturdimiento y nos hizo levantar la cabeza para ver qué lo había causado. Parecía que a

Misha se le habían caído sus cosas y las estaba recogiendo, murmullando maldiciones.

La cabeza de Dimitry volvió hacia mí y apoyó su frente en la mía.

—¿Qué me estás haciendo, *Milaya*? —susurró, con los ojos clavados en mí.

—Amarte. —La respuesta salió antes de que lo pensara mejor. Pero las palabras habían salido y no quería retractarlas. Me incliné para darle un beso suave y rápido—. Tendré que besar cada una de tus cicatrices.

—Serán muchos besos —murmuró—. No me los merezco.

—Habrá muchos besos, y no estoy de acuerdo contigo. —Envolviéndolo con mis brazos, se me ocurrió un pensamiento. Me salvó; tal vez podría salvarlo a él también. Era un buen hombre, y podía ayudarlo a verlo—. Mejor no me prives de los besos —añadí bromeando.

No podía ni imaginarme la infancia que tuvo, solo, sin familia. Los únicos que tenía eran Nikolai y Sergei, pero eran aún más jóvenes que él, así que probablemente se sentía responsable de ellos.

—¿Qué debemos hacer hoy? —inquirí en su lugar—. Además de besarnos y tener mucho sexo.

Al pronunciar las palabras, sentí que el calor subía por mis mejillas, aunque en el momento en que su profunda risa resonó en la habitación, valió la pena.

Con una sonrisa en el rostro, soltó una carcajada.

—Vamos a nadar en el río. Hoy será el último día cálido.

No pude evitar una risita.

—*Ohhhh*, nadar y sexo. Gran combinación.

—Mi monstruo sexual —me contestó burlón y me dio una suave nalgada—. De acuerdo, hora de ponerse el traje de baño.

En cinco minutos, me puse un sencillo traje de baño azul marino de dos piezas y ambos estábamos en la orilla del río.

—Lo mejor es simplemente lanzarse —recomendó.

—No voy a saltar —objeté—. Salta tú y asegúrate de que no haya ningún monstruo ahí dentro.

Se rio.

—¿Así que soy tu sacrificio?

—Claro que sí. —Le devolví la sonrisa—. Además, nunca salto. Ni siquiera en una piscina. Podría haber caimanes acechando o mi cuerpo podría entrar en *shock* por el frío. Tengo que hacerlo con calma, sabes.

Su risa de barítono resonó mientras corría y saltaba al río, salpicándome el agua helada. Cuando su cabeza asomó por encima de la superficie, sonreí. Oír reír a Dimitry era mejor que cualquier otro sonido que hubiera escuchado jamás.

—¡De acuerdo, veo que sigues vivo! —grité, riendo.

—Vamos, Anastasia. —Sus ojos se entrecerraron, retándome—. A menos que tengas mucho miedo.

—No tengo mucho miedo. —Me negué a ceder a su provocación —. Pero sí demasiado frío. Esta no es agua para nadar. Está helada. —Me senté en la orilla y metí los pies en el agua. En cuanto toqué la superficie, se me puso la piel de gallina—. *Ay*, demasiado helada.

Nadó hasta mí y sus brazos me envolvieron.

—¿Cómo es que tu piel sigue caliente, aunque estés en agua helada? —Quise saber, incrédula.

—Ven conmigo, Anastasia. —Me instó suavemente—. Te mantendré caliente.

Me reí entre dientes.

—Juro que suenas como Morskoy, dios del mar, atrayendo a su víctima.

Echó la cabeza hacia atrás y se rio con ganas.

—¿Dónde has oído hablar de Morskoy?

—Mi madre solía leerme cuentos para dormir con dioses antiguos —expliqué sonriendo. Me encantaba escucharlo reír y verlo feliz. Aún me rodeaba con los brazos, y su calor corporal empapaba el mío.

Se elevó por encima del agua y sus labios capturaron los míos.

—Ven al agua, mi pequeña víctima, y haré que te corras con mi polla.

«Um, olvídate del anzuelo. Yo soy la carnada.».

—Será mejor que cumplas, Morskoy —advertí, el frío me invadía mientras me sumergía en el río, con sus brazos aun rodeándome—*. Brrrr.*

—Tu cuerpo se acostumbrará a la temperatura. —Su boca estaba contra mi oreja y la mordisqueó. Le rodeé el cuello con los brazos. El olor fresco del río salado era calmante y salvaje al mismo tiempo.

—*Brrr,* qué frío.

Me acercó más a él y me maravilló el calor de su cuerpo. Era irreal que aún se sintiera cálido, pero lo absorbí. Mientras me mantenía cerca de él con una mano, la otra se deslizaba por mi cuerpo y me apartaba el bañador, rozándome el clítoris con el dedo.

—Voy a follarte aquí —murmuró suavemente, mordisqueándome el cuello. Su dedo frotó mi botón en círculos perezosos. Mi cuerpo se estremeció, y no tenía nada que ver con el agua helada—. Rodéame con las piernas. —Hice con entusiasmo lo que me dijo, abriendo los muslos para permitirle un mejor acceso—. Y no dejarás escapar ni un sonido, mi amor.

Mi respiración se entrecortó. Solo oírlo hablar así me hacía empaparme. Mis manos lo tocaban hambrientas, nuestros cuerpos resbaladizos por el agua. Mi centro palpitaba de anticipación.

—Dimitry. —Mi voz era ronca y necesitada—. No sé si seré capaz de quedarme callada.

Se rio entre dientes, empujando su dedo dentro de mí, y un fuerte gemido se me escapó.

—Este coño es mío —me gruñó al oído—. Dímelo.

—Bueno, Morskoy. —Mi voz se quedó sin aliento ante su burla—. Técnicamente es mío.

Sacó el dedo, mi coño y mi cuerpo se opusieron. También lo hizo mi boca mientras hacía pucheros.

—¿Lo es? —desafió. Maldita sea, ahora que sabía lo demasiado bueno que era su tacto, no estaba segura de poder correrme sin él —. Dime que es *mi* coño. —Su voz era una seducción—. Dime a quién perteneces.

—A ti, te pertenezco —gemí, necesitándolo—. Toda yo, incluso mi coño. —Me apreté más contra él—. Necesito más, Dimitry.

—Ni un ruido —advirtió, con la voz oscura por el deseo.

—De acuerdo. —¿Quién era esta mujer lasciva frotándose sobre este hombre? Sonaba desesperada.

Me preguntó qué le estaba haciendo, pero la pregunta era qué me estaba haciendo él a mí. Su dedo volvió a deslizarse dentro de mí y me mordí el labio para evitar que un sonido saliera de mis labios.

Mis piernas se apretaron en torno a él, disfrutando el momento. Su boca estaba en mi cuello, mordisqueándome el pulso. Estiré el cuello hacia un lado para ofrecerle acceso completo, saboreando sus labios sobre mí.

—¿Todavía tienes frío, *Milaya*?

—No. —La respuesta fue apenas audible, mi respiración era agitada mientras hacía que mi cuerpo alcanzara alturas que solo él podía darme.

Su boca bajó, reclamando la carne de mi clavícula, sus dientes marcándome al morder suavemente. Me froté contra él, mientras su dedo entraba y salía de mí. Luego, me penetró con fuerza, añadiendo un segundo dedo.

—*Oh.* —El sonido se me escapó y rápidamente me mordí el labio.

Afortunadamente, no se detuvo. Su boca se apoderó de la mía en un beso contundente y posesivo. Sabía que, si alguien nos observaba, sabría exactamente lo que estábamos haciendo, pero estaba demasiado ida para preocuparme.

—Mierda, te quiero desnuda —gimió contra mis labios. Me bajó el tirante del *top*, dejando mis pechos al descubierto. Mis pezones estaban duros, deseando su contacto, su boca. Bajó la cabeza, lo chupó y lo mordió hasta que el dolor se transformó en placer extremo. Apreté sus dedos dentro de mí y bastó un roce de su dedo sobre mi clítoris para que llegara al orgasmo.

Escondí la cara en su hombro y me estremecí entre sus brazos.

—Prepárate para el siguiente asalto, *Milaya* —advirtió en mi oído mientras me penetraba, metiéndose profundamente en mi sexo dolorido.

—*Ohhhh.* —Dios, eso se sintió increíble.

Me mordisqueaba la oreja.

—*Shhh*, *Milaya*.

Me mordí el labio y me aferré con fuerza a sus hombros mientras se deslizaba dentro y fuera de mi apretado centro. Mis ojos se

cerraron, él era lo único que me importaba, todos mis sentidos se concentraban en él. Sus manos se clavaron en mis muslos a la par que él me penetraba, llevándome a una nueva altura con cada embestida.

El placer me invadió y juré que vi las estrellas cuando un orgasmo intenso inundó todos mis sentidos y mi coño se apretó alrededor de su longitud, ordeñándolo por todo lo que podía darme. Dimitry me siguió hasta ese precipicio mientras gruñía y ambos nos estremecíamos.

Me besó suavemente y me acarició la mejilla. El contraste con el sexo salvaje y duro que acabábamos de tener me hizo sentir una punzada en el corazón. Este hombre era todo lo que siempre había deseado.

—Desde luego que has cumplido, Morskoy —musité contra su hombro, con la respiración agitada. Mi cuerpo estaba relajado mientras disfrutaba de su fuerte abrazo.

—¿Te hice daño?

Levanté el rostro y lo miré fijamente.

—Dimitry, si me hubieras hecho daño, lo sabrías. —Lo besé suavemente—. No soy de las que solo lo toman.

Se rio y sentí la vibración en su pecho.

—Lo sé, *Milaya*. Pero acabas de perder la virginidad ayer. Y aquí estoy, en celo contigo como una bestia.

—Bueno, Morskoy, tú haces que vuelen chispas... así que no pares, sigue follándome como una bestia. —Le mordí suavemente el labio inferior—. Estoy más nerviosa por salir del agua y ver a tus guardias.

Dado que ambos habíamos vuelto a la tierra, la realidad y la vergüenza de enfrentarnos a posibles testigos era mortificante.

—Los mandé a todos a la parte de atrás de la casa antes de venir a nadar. —Sus brazos me rodearon con fuerza—. Nunca dejaré que nadie te vea llegar al orgasmo o desnuda. Ese placer está reservado solo para mí.

Le golpeé juguetonamente en el hombro.

—Tan posesivo. Si es así, quiero lo mismo. Nadie puede verte desnudo, excepto yo.

Sus ojos se oscurecieron un poco y me pregunté qué estaría pensando.

—Trato hecho, *Milaya*.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

DIMITRY

Anastasia no se daba cuenta, pero acababa de hacer un trato con el pecador, y ese trato duraría toda la vida. Mantuve su cuerpo envuelto con el mío, disfrutando de su cercanía y de sus manos explorándome. Cuando me dijo que me estaba amando, sabía que no lo decía en serio, aun así, me hizo darme cuenta de lo mucho que deseaba y ansiaba su amor. En menos de una semana, se había convertido en todo para mí.

Nadie había amado nunca de verdad a un huérfano, a una rata callejera, a una escoria que mataba y robaba para llegar a donde estaba. Sus suaves manos recorrieron todas mis cicatrices y quiso besarlas. Si bien detestaba la compasión, no había ninguna pizca de ello en su voz cuando me hablaba. Sus ojos estaban llenos de dolor y calidez. A su corazón blando no le gustaba ver dolor ni sufrimiento. Y veía a través de mis cicatrices.

Por lo general, me acostaba con mujeres sin rostro y luego las dejaba atrás. Ninguna se había abierto camino en mi corazón, ni me había hecho desear algo más que una follada sin compromiso. Hasta que llegó Anastasia.

Nunca había permitido que una mujer tocara mi cuerpo, que lo explorara con intención… hasta Anastasia.

Jamás me había detenido a pensar en mi pasado ni en mis pecados… hasta que apareció ella.

Por ella, quería ser mejor. Se merecía mucho más de lo que yo podía darle… pero no podía dejarla ir. Podría ser mi salvación.

Simplemente ocurrió. Rompió sin esfuerzo el hielo que rodeaba mi corazón y se abrió paso hasta él. Ni siquiera estaba seguro de cómo o cuándo lo había hecho, pero de pronto ya estaba ahí, como si siempre hubiera pertenecido a ese lugar.

—Bueno, tengo una cosa tachada de mi lista de deseos para antes de morir. —Su voz era perezosa, la de una mujer satisfecha. Y la parte machista en mí se deleitó en el hecho de que fue causado por mí—. Y fui seducida por Morskoy. Nadie puede superar eso.

Me reí entre dientes. Dios, esta mujer me había hecho sonreír más en unos días que en toda mi vida.

—Ese será mi apodo secreto para ti. Morskoy. —Levantó la cabeza en busca de mis ojos—. ¿Qué te parece? ¿Te gusta ese apodo?

—Sí —confirmé—. Mucho mejor que un pecador bastardo.

Su palma revoloteó hasta mi cara.

—No eres un bastardo. —Su suave voz era una caricia que nunca había oído ni experimentado—. Eres mi salvador. ¿Qué tan rudo es eso?

—Totalmente rudo. —Siempre sería su salvador. Ninguna de las promesas de su padre sobre los votos del gobernador o del senador importaban ya. Se estaba convirtiendo en mi mundo. Su seguridad era lo único que me interesaba. Si tenía que deshacerme de mis negocios para conservarla, lo haría con gusto. Me desharía de todo con tal de no perderla.

Su cuerpo se estremeció en mis brazos, recordándome que no estaba acostumbrada a las aguas frías ni a las temperaturas rusas. Rápidamente, la ayudé a ponerse el traje de baño y me subí el mío mientras salíamos corriendo del río.

—Maldita sea. Hace frío —se quejó entre dientes. El sol se ponía lentamente y el calor del día era sustituido por el frío del atardecer.

—Corramos a la casa. —La tomé de la mano y corrimos juntos, con su risa gutural resonando en el patio. Me uní a ella, sintiéndome más ligero que nunca.

Cuando cruzamos la puerta, me soltó la mano y sus ojos brillaban con picardía al mirarme.

—Morskoy, ¿qué tal una ducha caliente? —La insinuación en su voz me dijo que haríamos de todo menos ducharnos—. ¿O prefieres sexo caliente?

Con una sonrisa tentadora, me estaba atrayendo. Podría ser Morskoy, pero ella era mi sirena. La seguí con pasos depredadores, una risita surgiendo de lo más profundo de mí. Me esquivaba, haciéndose la difícil.

Corrió hacia un lado y luego hacia el otro, riéndonos.

—Atrápame y soy tuya.

«Oh, Milaya. ¡La persecución ha comenzado!».

Empujé una mesita a un lado y la arrinconé con facilidad. Apretando mi cuerpo contra el suyo, no pudo escapar. Nos reímos, contagiado por su energía juvenil. Nunca había jugado ni me había soltado así.

—Te tengo.

Se lamió los labios, separándolos suavemente, invitándome a entrar.

—Ahora, soy toda tuya. —Sus mejillas se tiñeron de rosa y sus ojos brillaban de felicidad—. ¿Qué vas a hacer conmigo?

—Dimitry, hay una llamada para ti. —La voz de Misha nos hizo girar la cabeza a ambos y rápidamente cubrí su cuerpo con el mío, a pesar de que ni siquiera intentaba mirar hacia ella—. Transferí la línea a tu oficina.

No me habría molestado si no fuera importante. «*Maldita sea, estaba listo para mi sirena».*

Apoyó las palmas de las manos en mi espalda y me besó la nuca.

—Ve a ocuparte de eso —susurró en mi piel—. Podemos terminar esto más tarde.

Tomé su boca y la besé, sin importarme una mierda que Misha estuviera mirando. Que todo el mundo viera que era mi mujer.

Cuando levanté la cabeza, sus ojos estaban aturdidos y nublados por la lujuria, con los labios ligeramente hinchados.

Parpadeó y sonrió soñadoramente.

—Definitivamente terminaremos esto más tarde —declaró contra mis labios—. Asegúrate de no resfriarte. Envuélvete en una toalla y date una ducha caliente después de tu llamada.

Algo se movió de nuevo en mi pecho, como si me estuviera arreglando. Cada latido de mi corazón ansiaba más de ella. Nunca nadie se había preocupado por mi bienestar. Sin darse cuenta de su impacto en mí, volvió a sonreír y subió corriendo las escaleras, con la piel erizada visible.

Más tarde, ese mismo día, estábamos sentados junto al fuego en el dormitorio, Anastasia sin nada más que mi camisa y unas bragas reveladoras debajo y yo en bóxers. Eran más de las ocho de la noche y mi objetivo era que Anastasia descansara esta noche. Necesitaba comida y descanso.

Le acerqué otra fresa a la boca.

—Estoy llena —se quejó, pero aun así abrió la boca para morderla. Había algo tan erótico en ver cómo la alimentaba. Un poco de jugo corrió por mi dedo y lo tomó entre sus labios, chupándolo hasta dejarlo limpio. Si no tenía cuidado, acabaría de espaldas otra vez—. Está bien, en serio... No más, Morskoy.

Sonreí al escuchar el apodo que me había puesto. Cuando comimos con los guardias de turno, no lo mencionó. Se tomaba en serio lo de mantenerlo como nuestro pequeño secreto.

Se acercó más a mí, apoyando la espalda en mi pecho, de modo que mi brazo la rodeaba y su cuerpo se curvaba hacia el mío como si fuéramos uno solo. Éramos magnéticos, siempre atraídos el uno por el otro.

—Dime algo que nadie sepa de ti. —La pregunta fue improvisada. Quería saberlo todo sobre ella.

Giró la cabeza, con los ojos pensativos.

—¿Nadie?

Una sombra recorrió su rostro, casi haciéndome lamentar mi curiosidad. Había vergüenza en sus ojos mientras el silencio se

extendía entre nosotros. Nunca había visto vergüenza en su rostro, lo que me hizo preguntarme qué podía ser. Lo que fuera, haría que desapareciera. Justo cuando pensaba que no iba a decir nada, empezó a hablar en voz baja y triste, con los ojos vidriosos mientras miraba la chimenea.

—Un día antes de mi décimo cumpleaños, la escuela se terminó temprano. Mi madre lo olvidó y, cuando la llamaron del colegio, corrió a recogerme. A esa edad creía que lo sabía todo. Mi madre me llamaba adolescente prematura. Yo creía firmemente que era lo bastante mayor como para esperarla afuera. Así que, en lugar de esperar a mamá en la oficina del director como se suponía que debía hacer, me aventuré a salir y esperé junto a la puerta del colegio. Un tipo mayor se acercó y se quedó a unos metros de mí, esperando también. No le presté atención hasta que entabló conversación conmigo. Me dijo que su hija cumplía diez años al día siguiente y que tenía que apresurarse a organizarle algo. —Su mano tembló ligeramente al pasársela por el cabello—. Me emocioné, porque también cumplía diez años al día siguiente. Le conté que iba a dar una fiesta solo para chicas en un lugar donde estaría *Disney on Ice* y que debería ir, que a su hija le encantaría.

Dejó de hablar, con los ojos fijos en el fuego. Permaneció en silencio y me di cuenta de adónde iba.

—Al día siguiente, después de la fiesta, mamá y yo fuimos emboscadas cuando salíamos del local. El tipo de la parada nos estaba esperando. Y lo que es peor, le rogué a papá que los guardias se retiraran solo por un día. Habíamos tenido seguridad desde que tengo uso de razón y nunca había pasado nada, así que me pareció una estupidez.

«Ah, mierda». No podía imaginar cuánto la carcomía esa culpa.

—No podías saberlo. —Sin embargo, sabía que no había palabras que pudieran borrarlo.

—En casa teníamos dos reglas: no hablar nunca con extraños y, si lo hacíamos, no divulgar nunca información personal. Aquel día incumplí ambas.

Tomé su cabeza entre mis manos.

—Eras solo una niña.

La tristeza en sus ojos me desgarró.

—Sí, pero sabía que no debí haber salido de la escuela ni hablar con ese hombre. —Las lágrimas brillaban en sus ojos—. Cuando nos encerraron en ese sótano y pasamos por toda la mierda horrible que ocurrió, nunca le dije a mi madre que fui quien les dijo dónde encontrarnos —resopló con tristeza—. Me preocupaba que se enfadara conmigo, que me metería en problemas. No dejaba de protegerme durante todo eso, me decía que cerrara los ojos para que no viera lo que hacían... y fui yo quien lo provocó todo.

Le rodaban lágrimas por la cara y se las besé antes de secárselas con el pulgar. Quizás eran nuestras almas las que se hablaban. Dejando a un lado la educación, el dinero, el poder y el estatus... nuestras almas se conectaban en el nivel más básico.

—Escúchame, Anastasia —ordené—. No fue culpa tuya. Ese hombre te estaba explotando. Lo habría intentado e intentado hasta conseguirlo.

—Tal vez.

Tomé sus labios en un suave beso, dándole el consuelo que me había dado antes. Era tan diferente a nadie que había conocido. Me estaba enseñando mucho más de lo que se daba cuenta.

—Hay algo que tampoco le he dicho nunca a nadie. Ni siquiera a Nikolai y Sergei. —Empecé. Era justo que le diera la misma confianza que ella me había brindado. Sus ojos se clavaron en mi mirada y esperó—. A menudo no nos daban de comer en el orfanato. —Me rozó la mejilla con la palma de la mano, un consuelo que me habían negado toda la vida y que ella ya me había dado, incluso después de haber sufrido tanto. Absorbía todo lo que me daba y, con cada segundo, se me derretía el corazón—. Había una panadería a pocas manzanas y los tres aprendimos muy pronto a robar y conseguir comida. Llevábamos dos días sin comer, pero Sergei estaba enfermo y Nikolai se quedó a cuidarlo. Ser vulnerable en el orfanato significaba que se aprovecharían de ti. De todos modos, me escabullí del orfanato y me dirigí a la panadería. Cuando llegué, no podía creer mi suerte... La panadería estaba abierta y no había nadie. Me apresuré a agarrar toda la comida que pude cargar para que nos

durara unos días. Tenía tanta hambre que se me hacía la boca agua al agarrar cada pieza.

—Lo siento mucho. —Su voz era como suave terciopelo y se inclinó para bañarme la mejilla de besos, ofreciéndome su amor y amabilidad. Con avidez, como el hombre egoísta que era, lo tomé todo.

—Justo cuando me disponía a marcharme, volvió el dueño de la panadería. Pero en vez de enfadarse, me dijo que podía llevármelo todo... si dejaba que me desnudara y me tocara. —Su aguda inhalación fue el único sonido junto al crepitar del fuego—. Tenía tanta hambre, y también Nikolai y Sergei. No sabíamos cuándo volveríamos a comer. Mis ojos recorrían la panadería, escudriñando todos los alimentos y utensilios. Acepté, y el brillo en sus ojos me dio náuseas. Se dirigió con impaciencia a la trastienda y, mientras lo seguí, tomé unas tijeras. En cuanto entré en la habitación, lo apuñalé por la espalda una y otra vez. Mientras gorgoteaba sangre, me lavé, agarré bolsas y las llené de comida. Tenía ocho años y me limité a verlo morir en el suelo mientras le robaba.

—Jesucristo. —No estaba seguro de si era un Jesucristo bueno o malo.

—No siento ningún remordimiento por lo que hice aquel día. —No quería mentirle—. O cualquier día desde entonces. He hecho muchas cosas malas, Anastasia. No me llaman *Russian Sinner* por nada.

Sus ojos se detuvieron en mí un latido y luego me abrazó. Me acerqué más a ella y su familiar aroma a lirios me tranquilizó.

—Dimitry, merecía morir. Lo que intentó hacer es despreciable, aprovecharse de un niño vulnerable. —Apoyó suavemente sus labios en mi mejilla y murmuró—: Has soportado un montón de mierda. Lo único que me importa ahora es el hombre que tengo delante. Creo que eres demasiado duro contigo mismo.

—No te gustarían todas las cosas que he hecho. —La pequeña parte decente de mí le dio una salida—. Te dije que formábamos parte de una organización criminal, pero no era solo un pequeño grupo de delincuentes. Todo el mundo la temía. Cuando tenía trece años, me uní a una *Rússkaya Máfiya* en Moscú. Era una organización

mala y peligrosa. Y arrastré a Nikolai y Sergei a ella. Hemos visto cosas que no siempre pudimos evitar que ocurrieran, lo que nos hace igual de culpables.

—¿Alguna vez has herido o matado a un inocente?

—No.

—De acuerdo entonces. Actuaste en modo de supervivencia y en defensa propia. —No podía creer su razonamiento.

Anastasia era mi luz y mi salvación.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

ANASTASIA

Me dolió el corazón por el niño que tenía tanta hambre que tuvo que recurrir a robar y matar para conseguir algo de comida. ¿Cuántos niños estaban hambrientos y abandonados de esa manera? Tuve la suerte de tener unos padres maravillosos y una familia que me amaba y me protegía. Sin embargo, incluso en mis círculos podía encontrar pruebas de padres crueles. Crecí viéndolo de primera mano con Olivia y Oliver.

Tuve la sensación de que Dimitry había sido el protector desde muy joven, protegiendo a Nikolai y Sergei. Sin duda, sabía que los cuidaba y se sentía responsable de ellos.

No podía dejar de tocarlo. Quería ofrecerle el consuelo que tan cruelmente le negaron, pero no era solo eso. Su calor y su tacto se estaban convirtiendo rápidamente en una necesidad absoluta. Tenía muchas cicatrices por dentro y por fuera, mas no me importaba. Lo hacían aún más hermoso.

Admiré su pecho, los tatuajes que cubrían tantas cicatrices. Había un tatuaje justo sobre su corazón al que mis ojos volvían una y otra vez. Me pareció que tenía un significado; el contorno era casi el de un órgano cardíaco real y estaba envuelto en rosas.

—Dimitry, ¿qué es este tatuaje? —Mis dedos trazaron ligeramente la tinta.

—Es un sagrado corazón. —Me incliné más cerca y tras su explicación, podía verlo. Era hermoso de una forma cruda, como su

dueño. Me encantaba—. Sergei y Nikolai también lo tienen. Es un recordatorio de no hacer daño a los inocentes y de proteger ese delicado fragmento de humanidad que nos queda. Aunque Sergei rompió esa regla cuando te secuestró.

Presionando ligeramente mis labios sobre su tatuaje, alcé mis ojos a los suyos, a este hermoso pecador que creía no merecerlo.

—¿Dimitry?

—¿Sí?

—Creo que me estoy enamorando de ti.

No tenía ni idea de qué me había poseído para decirlo tan abiertamente. Algo sobre él me hacía querer darle todo lo que tenía. Me había conquistado y, si quería ser sincera, debería haberle dicho que ya me había enamorado de él. Amaba todo de él: su rudeza, su crueldad y la suavidad que escondía en su interior.

Me rodeó el cuello con la mano y acercó mi cara a la suya.

—*Milaya.* —Su voz era áspera y grave cuando admitió—: Nunca podré dejarte ir porque ya me he enamorado de ti.

Sorprendida por esa confesión, sus palabras me hicieron inhalar bruscamente. Mi corazón dio un salto y un calor se extendió por mi pecho. Acorté la distancia que nos separaba hasta que nuestros labios se encontraron. Todavía nos acechaban muchos fantasmas del pasado, pero con nuestro vínculo recién formado, parecía nuestro primer beso de verdad. Su lengua rozó mis labios y un suspiro me abandonó. Acercando mi cuerpo a él, lo abracé con fuerza.

—¿Estás segura, Anastasia? —murmuró contra mis labios—. Te mereces algo mejor que yo.

¡Y él pensaba que no era un buen hombre!

—Tú también, Dimitry. Estoy segura de esto. Nunca he estado más segura de nada en mi vida.

Le lancé una sonrisa juguetona.

—Ahora, Morskoy, me prometiste que podría besar cada una de tus cicatrices.

Levantó una ceja y sus ojos brillaron con diversión.

—¿Lo hice?

—Sí, lo hiciste. —Lo empujé suavemente sobre su espalda y me lo permitió. Arrastrándome por su fuerte cuerpo, mis ojos se

detuvieron en cada centímetro. Me encontré con su mirada, nublada por el deseo, y me lamí los labios—. Y hay muchas, así que estaré ocupada un buen rato.

Empecé por su cicatriz en la parte superior del hombro izquierdo y fui bajando por su pecho. Sus fuertes piernas no dejaban de rozarse contra mí, aunque sospechaba que lo hacía a propósito. Solo llegué a sus abdominales antes de que me pusiera de espalda.

—Mi turno —murmuró suavemente.

—No tengo cicatrices —repliqué en tono sensual, riendo, pero mi sonrisa se apagó en cuanto me lamió el cuello, siguiendo el acto con un beso, bajando luego por mi clavícula y mordisqueando el punto sensible de allí.

—*Ohhhh.* —Mi voz resonó en nuestro dormitorio, jadeante y necesitada. Mi cuerpo era un instrumento que solo Dimitry sabía tocar. Era el músico, la orquesta y el director cuando se trataba de hacer que mi ser respondiera a sus caricias.

Deshaciéndose de sus bóxers y rasgando mi ropa, su boca recorrió mis pechos, mi vientre y aún más abajo.

—Quiero ver lo que es mío —gruñó mientras me abría las piernas. Sus ojos recorrieron mi cuerpo con un brillo de deseo y casi reverencia—. Quiero atarte a mi cama y hacer que te corras una y otra vez hasta que no haya nadie para ti salvo yo.

Esas perversas palabras suyas me excitaron tanto que sentí el goteo de mi deseo correr por el interior de mi muslo. Él también lo vio y estiró el dedo para limpiarlo. Luego, se lo llevó a la boca, lo lamió y un suave gemido salió de mis labios.

—Átame la próxima vez —gemí, necesitada y con voz ronca—. No hay nadie más para mí que tú, Dimitry.

Con sus manos cálidas y fuertes, me mantuvo las piernas abiertas y bajó la cabeza. Me mordisqueó suavemente el interior de los muslos, lamiéndome y besándome hasta llegar a mi húmedo centro. Su inminente presencia invadió mi corazón y cada gramo de mi existencia.

Se levantó en cuclillas y se deslizó suavemente dentro de mí. Esta ocasión se movió despacio, tomándose su dulce tiempo. Cada

vez que empujaba en mi interior, con agonizante lentitud, golpeaba mi punto dulce.

Mis dedos se clavaron en su cabello mientras mi espalda se arqueaba.

—Más, Dimitry. —Mi tono era suplicante, jadeante, necesitado—. Por favor, me estás matando.

La siguiente embestida fue más fuerte, más posesiva, cada poderoso empujón me llevaba a nuevas alturas.

—Mierda. —Un gemido torturado salió de sus labios. Me penetró sin descanso y con cada embestida mis gemidos eran más fuertes.

—¡Oh, Dios! —Jadeé—. No pares.

Salió y me volvió a penetrar, mis piernas se abrieron más para él. Con cada arremetida, me poseía y me dominaba. Y con otro fuerte empujón, el placer estalló en mí, el orgasmo destrozó mi cuerpo mientras mi coño se apretaba alrededor de su longitud. Empujó hasta la parte más profunda de mí y me alcanzó en el extremo. Echó la cabeza hacia atrás, gruñendo su propia liberación.

Con el corazón latiéndome desbocado en el pecho, me abracé a su cuerpo, disfrutando de su peso sobre mí.

—Eso no fue justo. —Hice un suave puchero, aunque no estaba molesta en absoluto—. Ahora tengo que empezar a besar tus cicatrices de nuevo.

Su pecho retumbó con su risita de respuesta.

—Voy a disfrutarlo. —Me acercó más y me acurrucó entre sus brazos. El fuego seguía encendido en la chimenea, proyectando sombras danzantes por toda la habitación—. ¿Quieres moverte a la cama?

—Quizá más tarde. —Me acurruqué más contra él y tomó una manta de la cama, cubriéndonos a ambos.

Zumbó su teléfono y lo alcanzó sin moverse de nuestro sitio.

Lo sentí tensarse y levanté la cabeza para encontrarme con su mirada.

—¿Todo bien?

—Nikolai tiene a Olivia.

—¿Ya lo ha resuelto? —solté.

—Más o menos. —Intentó evadir.

—Dimitry, no me ocultes nada ni me mientas.

Exhaló profundamente.

—La secuestró y la está trayendo a Rusia para alejarla de Malcolm. Eso es todo lo que dijo.

—¡¿Qué?! —exclamé en estado de *shock.*

—Informó que ambos acordaron que el mejor recurso era que la secuestrara y la trajera a Rusia.

—¿Olivia estuvo de acuerdo? —No tenía mucho sentido para mí. Si ella estaba de acuerdo, no era exactamente un secuestro. ¿Tal vez era por las apariencias?

—Sí, eso es lo que explicó.

—Supongo que tienen un plan —reflexioné—. Confío en Nikolai casi tanto como en ti, Dimitry. Sé que la mantendrá a salvo. —Qué raro que Scarlett, Olivia y yo estuviéramos de vuelta en Rusia, pero no juntas, cada una con un hombre—. Sabes, tal vez debería agradecerle a Sergei. Gracias a él, parece que las tres chicas fuimos salvadas por ustedes tres.

—Desde luego, tienes una forma única de ver las cosas. —La voz de Dimitry era suave, sus ojos como el acero se derretían mientras permanecían en mí. Absolutamente amaba cómo me miraba. Como si fuera lo más preciado del mundo.

—Cortesía de mi madre. —Pensar en ella aún me producía un dolor de culpa en el pecho. Dimitry debió de percibirlo, porque sus brazos me rodearon con más fuerza.

—Seguro que era una mujer increíble.

Mis dedos recorrieron su cálida piel, disfrutando de cada toque y conexión. Me tranquilizaba y me encendía el cuerpo al mismo tiempo.

—Era bastante asombrosa —declaré en voz baja, mientras las sombras oscuras seguían bailando por la habitación con el parpadeo de la chimenea—. Desde que tengo uso de razón, me decía que le buscara el lado bueno a la vida y que nada es tan sencillo como parece. —Lo miré a los ojos, preguntándome si entendía lo que quería decir. Asintió con la cabeza, y era increíble lo mucho que significaba su consuelo—. Cuando era niña y actuaba malcriada por comer mis verduras o por un juguete que no podía tener, me hacía

mirar a los niños que luchaban incluso por conseguir una comida al día o que nunca tenían un juguete. Pero cuando nunca lo experimentas, es difícil imaginarlo, ¿sabes? Era bastante mimada —afirmé, ligeramente avergonzada por los recuerdos de lo malcriada que me comportaba cuando era niña—. Finalmente, mi madre se hartó. Me llevó con ella a visitar a una mujer que acababa de dar a luz y estaba muy enferma. Hasta ese momento, creía que todo el mundo tenía lo mismo que yo. Era todo lo que veía a mi alrededor. Mis amigos tenían casas grandes parecidas, cantidades similares de juguetes y ropa, y personal por todos lados.

Respiré hondo e hice una pausa. No me gustaba pensar en mí misma como una mimada, desafortunadamente, no podía borrar que mi infancia fue muy fácil y cómoda en comparación con la de muchos otros.

—La mujer enferma vivía en la parte dura de la ciudad. Mi madre llamó al timbre y abrió la puerta una niña más pequeña que yo. Aquel año era un invierno frío y recuerdo que me sorprendió verla apenas vestida. Pensé que tal vez hacía calor en su casa, pero no era así. No había electricidad. Nunca olvidaré esa sensación. Las palabras de mi madre no me llegaron hasta ese momento, y entonces todas se me vinieron encima como una ola. La niña apenas llevaba ropa, porque no tenía nada que ponerse. El lugar estaba casi vacío, aparte de una cama en la sala en la que dormían la madre, el bebé y la hija. Los ojos de la niña se quedaron clavados en mí con mi ropa perfecta, mi muñeca *American Girl* vestida exactamente igual que yo. Pasó el dedo por mi muñeca como si estuviera hecha de oro. Mientras tanto yo, le había estado llorando a mi madre en el camino porque quería otra.

Sentía vergüenza ante esta confesión, sabiendo que probablemente tuvo una infancia sin lujos, pero no había ningún juicio en sus ojos.

—Cuando no conoces nada más, es difícil relacionarse. —Su comprensión después de lo que él pasó era asombrosa—. ¿Qué sucedió después?

—Mi madre examinó a la niña, a su madre y al bebé. Creo que mi madre estaba tramando algo con la mujer para que la trasladaran o

algo así. Era difícil entender de qué hablaban. La niña y yo jugábamos con mi *American Girl*. Bueno, ella lo hizo, porque me sentí avergonzada de mi comportamiento y me di cuenta de cuántas cosas tenía que no merecía. Luego, nos fuimos y le dejé mi muñeca. Sabes, hasta este día todavía la conserva.

Acurrucó su cabeza en mi cuello.

—¿Todavía hablas con ella?

—Sí, nos vemos al menos una vez al año. Ella y su madre vinieron al funeral de mamá y luego seguimos en contacto.

—¿Qué hacía tu madre?

—Era enfermera de sala de emergencias y ofrecía mucho de su tiempo fuera de eso. —No podía evitar sentirme orgullosa—. Era excelente en su trabajo. Así es como acabó viajando por todo el mundo. Incluso pasó un año en Rusia.

—Eres igual de increíble. Estaría orgullosa —comentó y me dio un ligero beso mientras yo parpadeaba rápidamente para que no se me salieran las lágrimas. Quería preguntarle si sabía algo de sus padres, pero no quería herirlo.

Como si me hubiera leído el pensamiento, dijo:

—Cuando tenía unos dieciséis años, fui en busca de mis padres. —Levanté la cabeza, observándolo. No parecía triste, solo distante—. Al final, encontré a la mujer que me dio a luz. —Noté que no dijo *madre*—. Era una drogadicta y prostituta. No estaba segura de quién era mi padre y me dijo que ojalá me hubiera abortado.

Mi mano se dirigió a su rostro estoico, colocando mi palma contra su mejilla.

—Pero no lo hizo. Por suerte, estás aquí. Nunca he conocido a nadie como tú, Dimitry. —Sus ojos grises se encontraron con los míos y me incliné para darle un beso—. No me importa quiénes son tus padres o de dónde vienes, lo que cuenta es quién eres ahora. —Entonces no pude evitar burlarme de él—. Aunque me amenazaste con mi primer azote... las palabras exactas fueron un azote en mi trasero desnudo o en el coño, mi elección.

Me di cuenta de que mi voz se había vuelto más ronca. No podía evitar sentirme excitada solo de pensarlo, un dolor palpitante entre mis muslos.

Levantó una ceja y sus hermosos labios se curvaron en una sonrisa.

—Ah, ¿sí?

—Sin embargo, no se sintió como una amenaza. Y me prometiste que me gustaría. ¿Podríamos probarlo?

Debió de ser lo correcto de decir, porque juré que los ojos de Dimitry se iluminaron como diamantes. Su mano me agarró por la nuca y su boca se estrelló contra la mía.

—¿Qué hice para merecerte?

—Me salvaste y luego me amenazaste con azotarme, así que estoy enganchada. —Me froté contra él, un rastro de deseo húmedo se acumulaba entre mis muslos por este hombre. Parecía que era una adicta cuando se trataba de Dimitry.

—Ponte de manos y rodillas, con el trasero al aire.

Rápidamente hice lo que me ordenó y lo observé de reojo mientras se movía perezosamente hacia mí. Me gustaban sus maneras autoritarias y firmes. Me excitaba mucho y me provocaba una oleada de deseo. Su mano golpeó mi nalga desnuda y un pinchazo recorrió mi cuerpo, seguido de un ardor sensual. Mierda, no era un látigo, aunque se sintió demasiado bien.

Se me escapó un gemido y levanté las nalgas para demostrarle que quería más. Su gran mano cubrió el escozor con un apretón posesivo.

Arrastró un solo dedo por mi interior, sintiendo mi humedad.

—Mi mujer está empapada para mí. —La punta de su dedo me rodeó el clítoris, provocándome, haciendo que mis muslos se flexionaran. Luego, hundió un dedo en mi interior y mis paredes internas se estremecieron, ansiosas de su contacto. Me empujé contra su mano, desesperada por más.

Otra nalgada más fuerte en el mismo lugar, seguida de otro gemido. En la habitación solo se oía el crepitar del fuego, sus nalgadas y mis gemidos.

Otra, seguida de su gran mano frotando el punto ardiente.

«Maldición, ¡podría llegar al orgasmo solo con esto!».

—Todavía no, *Milaya* —gimió—. Mi mujer codiciosa se vendrá cuando yo lo diga.

Me agarró por las caderas y me tumbó boca arriba, agachándose entre mis piernas. Separó mis rodillas y colocó mis tobillos sobre sus hombros. Estaba completamente expuesta a él y me recorrió un escalofrío de anticipación.

Enterró la cara entre mis muslos, su lengua lamió mi humedad y el placer me recorrió mientras chupaba y mordisqueaba mi clítoris.

—Dios mío, Dimitry. —Mi voz sonaba sucia, suplicante, desesperada. No me importaba. Haría cualquier cosa por él.... *solo* por él.

Mis caderas se levantaron del suelo y se movieron contra sus labios, deseando más de esta sensación. Abrí los ojos y vi que me observaba mientras me penetraba con el dedo y su boca se acercaba a mi clítoris. La visión era tan erótica que se grabó en mi cerebro para toda la eternidad.

«Dios mío. Dios mío». Estaba en el cielo.

Entonces, su segundo dedo empujó dentro de mí, empapándolo antes de deslizarse más abajo.

—Qu...

Sin embargo, todo quedó en el olvido cuando su dedo rodeó el agujero de mi trasero al mismo tiempo que sus dientes mordisqueaban mi clítoris.

Un fuerte gemido salió de mi garganta mientras un orgasmo desgarraba mi cuerpo. No reconocía a esta mujer lasciva, y tenía la sensación de que era solo por Dimitry. Nadie más podía hacerme sentir así.

—Vuelve sobre tus manos y rodillas.

Mi confuso cerebro tardó unos segundos en captar sus palabras. Lo único de lo que era plenamente consciente era de este hombre y del deseo que encendía en mis venas. Me apresuré a obedecerlo, con las rodillas temblorosas por el intenso orgasmo que acababa de experimentar. Sentí su verga deslizándose entre mis piernas, sobre mi calor resbaladizo, y empujé mi trasero hacia él.

Volvió a darme otra nalgada. Con la polla lista en mi abertura, se enterró hasta el fondo de un solo empujón.

—*Ohhhhh.* —No estaba segura si lo grité o lo gemí.

Se retiró y volvió a penetrarme con fuerza. El intenso placer comenzó a crecer de nuevo, cegándome a todo excepto a este hombre.

—Por favor, Dimitry. —No tenía vergüenza cuando se trataba de él. Le rogaría, me arrastraría hasta él, con tal de que me diera este placer. Nuestros cuerpos se movían en perfecta armonía, cada fuerte embestida se encontraba conmigo empujando mi trasero contra él. Era el baile perfecto, la armonía perfecta, y nadie lo igualaría jamás. Mi cuerpo solo estaba en sintonía con él, solo sería él.

Su mano se deslizó a mi alrededor y buscó mi clítoris con el pulgar. Su toque era áspero aunque delicioso. Apreté cada vez más fuerte, mordiéndome el labio para no gritar de placer.

—Tócate —ordenó con voz ronca.

Sin dudarlo, seguí sus instrucciones, mi dedo alcanzó mi clítoris, empapando mis dedos. Nunca había sentido algo así.

—Dios, Dimitry. —Mis fuertes gemidos resonaban en el dormitorio. Mi cerebro solo estaba concentrado en este hombre que podía darme todo lo que mi cuerpo necesitaba y deseaba—. No pares... ¡Más!

No tenía vergüenza cuando se trataba de él. Consumía mi cuerpo, mi alma y mi corazón. Le di todo de mí, y él me lo dio todo.

Sus manos me agarraban las caderas antes de que sintiera otra intrusión. Su dedo se deslizó dentro de mi culo mientras él seguía empujando con fuerza. Mis gemidos se convirtieron en gritos cuando un intenso placer me recorrió todo el cuerpo, estrellas estallando detrás de mis párpados, un orgasmo tan intenso sacudiéndome hasta lo más profundo de mi ser.

—¡Mierda! —Escuché el gemido de Dimitry, pero estaba demasiado sumida en mi propio placer. Me penetraba una y otra vez mientras mi coño se apretaba alrededor de su longitud. Entonces sentí cómo se vaciaba dentro de mí, cómo disparaba esperma caliente antes de que ambos nos desplomáramos en el suelo.

La respiración agitada de los dos era el único ruido que rompía el silencio de la noche. El placer alucinante que me proporcionaba se estaba convirtiendo rápidamente en una intensa necesidad.

—¿Estás bien? —preguntó en tono ronco.

No podía levantar la cabeza para mirarlo a los ojos, sin embargo, mi perezosa sonrisa debió de ser respuesta suficiente. Me devolvió la sonrisa, negando con la cabeza.

—Eres tan increíble —halagó por lo bajo, su boca tomó la mía en un beso que lo consumía todo.

—Tú hiciste todo el trabajo. —Mi voz era áspera por los intensos sentimientos que retumbaban dentro de mi pecho, mi cuerpo consumido por el dolor más dulce.

Apoyé la cabeza en el pecho de Dimitry, escuchando los fuertes latidos de su corazón. Apreté mi cuerpo contra él, como si fuera mi escudo personal. Su aroma masculino y único me envolvía. El ritmo constante de los latidos de su corazón se convirtió poco a poco en lo único en lo que me concentraba, y mi mente se fue apagando lentamente.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

DIMITRY

Anastasia se acurrucó a mi lado, su cuerpo apretado contra el mío mientras su respiración se estabilizaba lentamente. No se parecía a nadie que hubiera conocido antes. Su sabor y cómo respondía su cuerpo a mí, eran afrodisíacos. No había manera de que renunciara a eso. A menos que me rechazara, sería un idiota si la dejaba ir. Estaba dispuesto a luchar y matar por ella, a quemar el mundo por ella.

Su mano estaba sobre mi pecho, cubriendo el tatuaje del sagrado corazón. Mi corazón latía bajo su palma y cada bombeo de sangre era por ella. Era mi razón para respirar. Nunca me había sentido tan satisfecho como en ese momento, con ella entre mis brazos. Se estaba enamorando de mí. Incluso después de admitirle que había matado por primera vez a los ocho años y que desde entonces había hecho cosas peores, no se alejó. No le importó que mi madre fuera una prostituta común y una drogadicta, o que yo no tuviera ni idea de quién era mi padre. Mi mujer era resistente y fuerte, con un alma y un cuerpo hermosos... y era toda mía.

Lo único que impedía mi completa felicidad en estos momentos era el miedo a que me abandonara. Aún no sabía que la *Rússkaya Máfiya* de la que formaba parte era la misma que dirigía Boris. El que mató a su madre. La única forma de compensar a Anastasia por ocultarle esa verdad sería matándolo.

Sabía que Boris vagaba por el mundo, en ese instante, cazándola. El despiadado asesino que había en mí me exigía ir tras él y acabarlo. Quería cazarlo, acorralarlo, matarlo, pero no quería arriesgarme a dejar a Anastasia con nadie más.

Mis dedos se enredaron gentilmente en su cabello sedoso, mientras su aroma invadía toda la habitación. Todo en ella era delicado, tan distinto a todo en mí. No recordaba ni un solo momento en toda mi vida en el que hubiera sido tierno con alguien, o alguien conmigo.

—Te vi merodeando por mi territorio, chico. —Ambos estábamos en un callejón oscuro, en las afueras de Moscú.

Sabía que no debía llamar la atención de Boris Jovanov ni de sus hombres. Por suerte, se trataba de un solo hombre. Podía manejarlo.

Nikolai, Sergei y yo nos habíamos vuelto más audaces con nuestros robos. Cuanto más dinero pudiéramos robar, más pronto podríamos salir del orfanato y no volver jamás. Tenía que asegurarme de que teníamos suficiente para cuidar de Sergei y Nikolai. Estaba listo para irme, pero no podía arriesgar la vida de mis dos hermanos. Especialmente Sergei. Aún era demasiado joven, y atraería la atención de las autoridades.

No le contesté al tipo, solo lo miré fijamente. Tenía aspecto rudo, como un exsoldado, y olía a pescado muerto. Aunque solo tenía trece años, tenía la complexión de un chico de dieciocho. Y lo usaba a mi favor. No retrocedería hasta conseguir lo que quería... y eso era la libertad para mis hermanos y para mí.

—Vas a darme lo que robaste hoy, y luego te dejaré vivir. —Se creía mi superior. Estaba equivocado.

—No.

—Te mataré, muchacho. —Su mano izquierda me rodeó el cuello. Antes de que pudiera apretar, le agarré el brazo y se lo retorcí al revés, haciendo crujir sus huesos.

Lo empujé y cayó de espaldas sobre su trasero. Había confusión en sus ojos, intentando comprender cómo lo había hecho. Entonces,

sacó el arma y me apuntó. Mi corazón no se aceleró, mi corta vida no pasó ante mis ojos. Mientras miraba el cañón de la pistola, no sentí nada más que vacío.

—Vas a morir ahora, muchacho.

Antes de que su última sílaba saliera de sus labios y pudiera apretar el gatillo, alcancé su brazo, retorciéndoselo. Su aullido resonó en el callejón vacío. Dándole la espalda, con la mano detrás, le quebré el cuello, su última imagen del contenedor de basura. Lo solté y su cuerpo se desplomó en el suelo. Contemplé cómo sus ojos sin vida miraban al cielo mientras su cuerpo yacía inerte en el suelo sucio, rodeado de inmundicia. Éramos basura rodeados de basura.

Mientras miraba el cuerpo a mis pies, supe que traería a Boris a mi puerta. No era como que tuviera una puerta a la que venir, pero me encontraría en las calles.

No se lo puse difícil para que me encontrara, y veinticuatro horas después, lo hizo.

—¿Me estás esperando, Dimitry? —Así que ya sabía mi nombre. Bien, mejor que lo recordara. Boris decía que Moscú era su ciudad, no obstante, lo que no sabía era que un día no muy lejano la perdería. Puede que no fuera mañana, ni el mes que viene, ni el año que viene, no obstante, su tiempo estaba llegando a su fin—. Me estás esperando.

Boris se echó a reír. Era una carcajada sádica.

—Tienes coraje, muchacho. Te concederé eso.

No me digné a contestarle. Me daba igual lo que pensara. Me observó, con ojos astutos y calculadores.

—Te diré una cosa, muchacho. Ya que me falta un hombre, ¿por qué no te unes a mi equipo?

—No me interesa.

—¿Por qué?

—Ya tengo un equipo.

—¿Cuántos?

—Tres de nosotros.

Siguió observándome, claramente sopesando sus opciones.

—No quieres convertirte en mi enemigo. —No lo desafié, aunque mi silencio podría haber sido un desafío en sí mismo—. Me recuerdas

a mí cuando era más joven.

Eso me sorprendió, mas no dejé que se notara. Si le recordaba a su yo más joven, mi futuro no era tan prometedor. Si es que vivía lo suficiente para tener algún futuro.

—Tú y tu equipo pueden unirse —sugirió—. Serán independientes, pero estarán bajo mi mando. Si necesito un trabajo especial, estarán disponibles. Techo sobre tu cabeza con todas las comodidades: comida y protección todos los días.

Sopesé mis opciones. Las comidas eran cada vez menos frecuentes en el orfanato. Nikolai, Sergei y yo nos habíamos convertido en ladrones completos, aunque eso no ayudaba a nuestra situación de alojamiento. Se acercaba el invierno y Sergei tendía a enfermarse con frecuencia. Necesitaba un lugar con calefacción.

—Un apartamento con agua y calefacción, separado de todos tus otros hombres —exigí rotundamente. No quería que pensara que lo necesitaba más que él a nosotros. Sabía exactamente por qué nos quería en su equipo.

—Sí. —Sacó un cuaderno y garabateó una dirección, tirándomela —. El apartamento del último piso es tuyo.

Agarré el trozo de papel sin romper contacto visual. Desdoblé el papel arrugado y un rápido vistazo a la dirección me dijo que este apartamento sería adecuado... por ese momento. Desde luego, era mejor que el orfanato. No sabía si Sergei sobreviviría otro invierno allí sin calefacción, medicinas y ropa adecuada. El invierno pasado, una neumonía casi lo mató. No estaba seguro de si era mejor atarnos al psicópata asesino y arriesgarnos a que nos matara o morir de negligencia en el orfanato. Quería luchar por la vida que quería... por una cama cómoda, un hogar cálido y comida en la mesa.

—De acuerdo. —Y así de simple, el trato estaba hecho. Nos conseguí un trato con el diablo. A partir de ese momento, teníamos que ganarle en su propio juego.

En ese instante sonó el teléfono de Boris, que contestó con impaciencia.

—¿Encontraste a Alexandra?

No oí la respuesta, pero la sorpresa en su cara era evidente.

—¿Tuvo una niña?

La expresión en su rostro era devastadora, todos los demás a su alrededor olvidados durante una fracción de segundo antes de que su rostro se endureciera.

—Desentierra todo. Ella y la niña están marcadas por mí —escupió y terminó la llamada. Entonces su atención volvió a centrarse en mí. Me lanzó una llave y la agarré en el aire—. Esta es la llave de tu nueva casa. Llega antes de este fin de semana. Si no, será de otra persona.

Anastasia se removió en mis brazos con un profundo suspiro, acurrucándose más contra mí y devolviéndome al presente. Su confianza ciega y su comodidad a mi alrededor me sorprendían. Normalmente, la gente me temía, me despreciaba, le daba asco o simplemente se sentía intimidada por mí. Pero ella no. Si bien se enfrentaba a mí si no estaba de acuerdo con algo, al mismo tiempo no me menospreciaba por mi origen y mi falta de legado.

Su palma seguía colocada sobre mi corazón, reclamando para sí cada centímetro de él sin siquiera darse cuenta. Ansiaba todo su hermoso corazón para mí. Su amor y su aceptación serían más valiosos que cualquier otra cosa que poseía.

Los moretones que cubrían su cuerpo cuando la rescaté se habían desvanecido hasta adquirir un color amarillo pálido.

Solo la idea de volver a verla así de herida me ponía furioso. Merecía ser golpeado y retenido en los pozos más oscuros de la tierra, pero ella no. Anastasia merecía la luz y todo lo mejor de este mundo. Nunca debió haber sufrido tanto.

Volví a pensar en mi primer encuentro con Boris. Estaba seguro de que la Alexandra que mencionó por teléfono aquel día era la madre de Anastasia. Ese tipo de coincidencias sorprendentes no se daban. No tenía ninguna duda de que la madre de Anastasia era la mujer que Boris amaba. Como el desgraciado enfermo que era, probablemente no pudo soportar su rechazo. Aunque conociendo su herencia, era extraño que esos dos alguna vez se conectaran. Debió de ser un encuentro casual mientras su madre pasaba una

temporada en Rusia. No podía deshacerme de la persistente sensación de que había algo importante que me estaba perdiendo.

Sabía que no debía ignorar mis instintos, al fin y al cabo, me habían mantenido con vida muchas veces. Así que tendría que centrarme en averiguar qué pieza del rompecabezas faltaba en lo referente a la conexión entre Boris y la familia de Anastasia.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

ANASTASIA

El sol apenas se asomaba por el horizonte del río cuando me desperté en brazos de Dimitry junto a la chimenea. Tenía la cara hundida en su pecho y su aroma estaba impregnado en mis pulmones. Recordaría su olor para siempre, el aroma de un amante. Sabía que nadie lo igualaría jamás. Era increíble que en cuestión de días se hubiera convertido en alguien tan importante para mí.

Levanté la cabeza y miré su hermoso rostro. No me extrañaba que tuviera líneas duras; la vida había sido dura y cruel con él desde muy pequeño. Me estremecí al pensar en un niño que pasó hambre... tanta hambre que tuvo que matar para conseguir comida y protegerse. Tenía la persistente sensación de que también hizo muchas cosas horribles para proteger a Nikolai y Sergei. Dimitry Alexeyev era un buen hombre debajo de todo eso. Solo que lo ocultaba.

Mamá siempre me enseñó a buscar el lado bueno de las cosas, tanto en la vida como en las personas. Papá no pensaba exactamente igual, lo cual tenía sentido, ya que era fiscal penal. Pero no todas las personas tenían la suerte de poder permitirse el lujo de elegir lo correcto. Si Dimitry no hubiera robado comida de la panadería, él y sus hermanos ya podrían haber muerto de hambre. Aunque la sociedad los consideraba delincuentes, diría que la culpa era del orfanato. Deberían haber cuidado de los niños. Culparía a los

padres que deberían haber cuidado de sus hijos. Era un círculo vicioso interminable.

Aunque mi padre se quejaba de que Dimitry Alexeyev había salido ileso de su procesamiento, no estaba de acuerdo con él. Dimitry había pagado por sus pecados e intentaba aferrarse a su humanidad a pesar de todo lo que había presenciado durante su vida. Hombres más débiles que Dimitry, Nikolai y Sergei se habrían entregado por completo al crimen. No les habría importado quién saliera herido en el proceso, sin embargo, a estos tres hombres les importaba mucho. Sí, Dimitry había cometido errores en su vida, no obstante, se estaba arrepintiendo de ellos, y en el fondo era un buen hombre.

Incluso mientras lo justificaba, sabía que nada de eso le importaría a mi padre. Si hacías el mal, independientemente de lo que te obligara a ello, eras culpable. Pero mi padre lo había enviado a salvarme, así que tal vez habían llegado a algún tipo de acuerdo. Eso era algo que no podía hacer: elegir entre mi familia y Dimitry. Me negaría a elegir a uno sobre el otro.

Hablaría con mi padre la próxima vez que lo viera, aunque sabía que no estaría contento. Sería estúpida si me mintiera a mí misma. Probablemente, estaría muy enojado y decepcionado.

«No lo puedo evitar. Amo a Dimitry Alexeyev».

Esos pensamientos resonaban en mi cabeza. Mientras no hiciera daño a inocentes, podía vivir con su pasado. Y confiaba en sus palabras cuando decía que no los hería.

Le di un suave beso en el pecho y respiré hondo, saboreando su calor. Debió de agarrar el edredón de la cama y nos arropó. Era hora de volver a mi rutina normal en la medida posible. No había mejor momento que este.

Me zafé suavemente de sus brazos cuando su mano me rodeó con más fuerza.

—¿Adónde vas?

Sus instintos eran agudos. Seguía con los ojos cerrados, pero apreté suavemente los labios contra su mejilla.

—Quiero volver a correr. Hace casi tres semanas que no lo hago. Se me están poniendo rígidas las articulaciones.

—Podría ayudarte con eso. —Su oferta era tan tentadora.

Me aparté de él, de lo contrario caería en la tentación.

—Puedes ayudarme más tarde, pero tengo que hacer esto.

Intentó refunfuñar un poco.

—De acuerdo, también iré.

Lo observé sospechosamente.

—¿Eres un corredor?

—Suelo correr en la caminadora.

Intenté pensar cuál era la mejor manera de decirle lo que necesitaba sin que pareciera que no quería que viniera.

—¿Por qué no te quedas en la cama? No tardaré mucho.

—No quiero que vagues sola por las calles. —Estaba completamente despierto, y la resolución en sus ojos me dijo que no era negociable.

—Dimitry, no es que no quiera que vengas. —Empecé a explicar —. Pero prefiero correr sola. No saldré de la propiedad. Este lugar es lo suficientemente grande como para correr kilómetros. —No contestó mientras su mirada se detenía en mí. Continué rápidamente —: Siempre ha sido algo que me ha gustado hacer a solas. Me ayuda a despejar mi cabeza, ya sabes.

Asintió con la cabeza.

—De acuerdo, pero quédate en la propiedad. Avisaré a los guardias para que te vigilen a distancia.

Tuve la sensación de que era un gran problema para él dar marcha atrás y dejarme hacer esto sola. El hecho de que me quedara dentro del recinto fue probablemente la única razón por la que accedió. Sin embargo, no me importaba su actitud autoritaria. Sabía que lo hacía para mantenerme a salvo, ¿y quién podía quejarse de eso?

Me cepillé los dientes rápidamente, me lavé la cara, me puse unos *shorts* para correr, una camiseta suelta y los tenis. Antes de salir de la habitación, me acerqué a Dimitry y pegué mis labios contra los suyos.

—Te veré en un rato.

Me dio suavemente una nalgada.

—Corre rápido, *Milaya*.

Riéndome, lo dejé en nuestro dormitorio y salí corriendo de casa. En cuanto puse un pie fuera, el frío del aire me erizó la piel.

—*Brrr* —solté para mí misma, frotándome los brazos.

Ignorando el frío, estiré las piernas y la espalda antes de empezar a trotar despacio. Era algo que hacía desde los doce años, recomendado por mi terapeuta después del secuestro. Bailaba seis días a la semana antes del secuestro, aunque después ya no pude hacerlo.

Mi terapeuta pensaba que había acumulado demasiada energía física y que eso empeoraba mi estado mental. Tenía razón cuando me recomendó correr, aunque en aquel momento no entendía por qué iba a ayudarme. Cada vez que mi pie tocaba el suelo, sentía otra capa de paz y mi mente se aclaraba. Era la mejor terapia.

Escuchando música con mis auriculares, sentí que mi cuerpo y mi mente se relajaban con cada kilómetro que pasaba. Me encantaba la sensación única de correr con la cabeza despejada y en calma. Perdida en esa sensación, ni siquiera me di cuenta de que ya había pasado una hora entera y tenía ocho kilómetros a mis espaldas.

Cuando volví a la casa, encontré a Dimitry con una taza de café en el *porche* de la cabaña. Llevaba *jeans* y una camisa blanca desabrochada, y sus tatuajes jugaban al escondite. Me costaba apartar la mirada de su pecho, sus abdominales y músculos me tentaban.

Ugh, el hombre era *sexy*.

—Hola, guapo. ¿Me esperabas? —pregunté, con la voz entrecortada.

Sonrió, y me encantó ser la causante de ello.

—Ya lo sabes, *Milaya*. ¿Qué tal el correr?

Subí los escalones y fui directa a sus brazos.

—¡Genial! La mejor terapia.

—¿Correr es una terapia para ti? —Me dio una botella de agua y me la bebí con gratitud.

—Sí, me lo recomendó mi terapeuta —declaré—. Llevo haciéndolo desde los doce años. —Apoyé la cara en su pecho, inhalando profundamente—. No tenía sentido cuando me lo

recomendó, pero en aquel momento merecía la pena intentarlo. Me enganché a la primera semana.

—¿En qué sentido ayudó?

Me encogí de hombros.

—Creo que me ayudó en todo. Con mi inquietud, mis hábitos de sueño, mis pesadillas. —Me reí un poco incómoda y luego añadí—: Brian te diría que también me ayudó con mi estado de ánimo durante la adolescencia.

Sus dedos jugaron con mi cabello y me sorprendí a mí misma empujando contra su mano como una gata hambrienta por las caricias de su dueño.

«Contrólate, Anastasia».

—Ya lo mencionaste antes. ¿Quién es Brian? —Su pregunta era casual, pero su cuerpo estaba tenso.

—Ha sido mi guardaespaldas durante los últimos diez años.

—¿Con el que bailaste en el *club*?

Levanté la cabeza de su pecho para ver sus ojos.

—Sí, es un gran tipo.

Al parecer, no fue lo correcto de decir, porque se puso aún más rígido. Apreté la palma de la mano contra su pecho, su cicatriz bajo las yemas de mis dedos me recordaba su duro pasado. ¿Cómo podía explicarle a Dimitry que era el único que me importaba? Él era el único que me hacía sentir chispas.

—Ya sabes, me vio en mis etapas rebeldes, en mi adolescencia, en mis arrebatos poco favorecedores y malcriados, se sentaba a la mesa conmigo y con mi cita para asegurarse de que el pobre chico no se acercara demasiado... En fin, lo que intento decir es que con él nunca hubo chispa, y nunca pensé en él más que como un guardia de seguridad más cercano a mi edad y no como un odioso total como el anterior.

—Pero él te desea. La mujer en la que te has convertido lo atrae. —No era una pregunta.

Ladeé la cabeza, observándolo. Si tenía alguna duda de si Dimitry era un amante arrollador y posesivo, en ese momento se esfumó.

—¿Y viste todo eso a través de los videos? —Permaneció callado, sus ojos grises como el acero, intensos en los míos—. De acuerdo,

sí, creo que le gusto. Pero creo que es más como una hermana. Lo volví loco demasiadas veces a lo largo de los años como para que simplemente lo olvidara. —No parecía creerme, así que continué—: Además, no importa, porque te deseo a ti.

Me agarró la barbilla entre el pulgar y el índice y me acercó a sus labios. Su beso era posesivo, devorador y oscuro. Lo amaba. No tenía reservas cuando se trataba de Dimitry.

Cuando se apartó, me quedé jadeando, con la respiración agitada. Algo que ni siquiera trotar todos esos kilómetros era capaz de hacerme.

Apoyó su frente contra la mía, y me pregunté qué pasaba por su mente. Sabía que luchaba con su pasado y con las cosas que había hecho. Pero yo no lo veía en blanco y negro. Se estaba defendiendo de gente peligrosa. Si no lo hubiera hecho, ellos lo habrían destruido, y él no habría sido quien me salvara. Todos tenemos un rayo de luz entre tanta sombra, y él era el mío.

—¿Qué tal si me meto en la ducha y luego nos preparo el desayuno? —sugerí.

—Yo prepararé el desayuno. —Me besó la punta de la nariz, y ese pequeño movimiento cariñoso hizo que mi pecho se agitara—. Dúchate.

—Sí, señor. —Dejé un beso más contra sus labios, luego corrí hacia la casa y subí las escaleras.

Veinte minutos más tarde, estaba duchada y arreglada con un vestido verde de mangas largas que me llegaba justo por encima de la rodilla. Al bajar la escalera, el olor a comida hizo que mi estómago rugiera y el llanto de una mujer me hizo preguntarme qué estaba pasando.

En cuanto entré en la cocina, tres pares de ojos se posaron en mí. Dimitry parecía casi exasperado.

—Hola ¿qué está pasando? —Misha también estaba allí, sosteniendo a la mujer.

—Nada. —La respuesta de Dimitry fue cortante.

Resoplé ante una respuesta tan corta.

—Bueno, claramente algo está pasando si la mujer está llorando.

Misha intercambió una mirada con Dimitry, y supuse que esperaba su permiso para compartir lo que fuera que estuviera ocurriendo. Finalmente, Dimitry asintió con la cabeza, aunque vi que no le hacía ninguna gracia.

—Esta es Natasha. —Misha presentó a la joven. Levantó la cabeza del pecho de Misha y nuestras miradas se cruzaron. Parecía joven, al menos unos años menor que yo. Le sonreí, pero parecía bastante disgustada—. Nos casaremos mañana.

No era lo que esperaba. Debería estar extasiada de felicidad, no llorando.

—Felicidades. Es maravilloso. —Todo el mundo parecía como si los acababa de felicitar por una fatalidad, no por un matrimonio. Preocupada por si se me había escapado alguna señal, añadí vacilante—: ¿Lo es?

—Sí, pero no podemos casarnos en nuestra ciudad natal por culpa del trabajo de Misha. —informó Natasha entre lágrimas—. Y mi *svideteli* se niega a venir.

Estaba totalmente confundida. Me regañé a mí misma por dejar de lado el aprendizaje del ruso en medio de todo el caos. Y había que admitir que el sexo de Dimitry tenía mi mente y mi cuerpo concentrados exclusivamente en él. Necesitaba volver a aprender el idioma y seguir el curso de defensa personal que había accedido a darme.

«Esas cosas que hacemos en el dormitorio desde luego no se pueden considerar defensa personal», pensé irónicamente y al instante sentí que se me enrojecían las mejillas. «*¡Concéntrate, Anastasia!».*

Miré entre la mujer y Misha y Dimitry, esperando una explicación.

Ambos permanecieron irritantemente callados, así que finalmente pregunté:

—¿Qué es *svideteli*? ¿Y por qué no puedes casarte en tu ciudad natal? ¿No te casarás mañana?

—Nos casaremos en la iglesia local —anunció Misha, aunque seguía sin explicarme nada.

—No lo entiendo, Misha. ¿Por qué está alterada entonces?

—Su testigo se negó a venir. —Realmente deseaba que ampliara sus respuestas.

Al final, Dimitry se apiadó de mí.

—En la Iglesia Ortodoxa Rusa, la dama de honor y el padrino se llaman *svideteli*. Su dama de honor se negó a venir.

—*Oh.* —No debía de ser tan buena amiga, pero por supuesto no le diría eso a Natasha—. ¿Por qué no pueden casarse en su ciudad natal? ¿No puede pedirle a otra que sea su *svideteli*? —Tuve que pronunciar la palabra despacio, aunque estaba segura de que seguía diciéndola mal.

—No, es demasiado peligroso y podríamos arriesgar la vida de Misha y la nuestra para que vuelva a su ciudad nativa. —Las palabras de Dimitry eran definitivas y no negociables. Aunque estaba de acuerdo con él. No era un buen momento para volar de ida y vuelta.

Me di cuenta de que no había respondido a la pregunta sobre la dama de honor de Natasha, así que posé mi mirada en ella.

—¿Puedes encontrar otra *svideteli*?

Sacudió la cabeza y rompió a llorar de nuevo. Vaya, sí que estaba emocional con estas cosas. Esperaba que las novias no fueran así de emotivas... de lo contrario, tendría que insistir para no estar en las bodas de Olivia y Scarlett.

Miré a Misha, quien frotaba la espalda de su prometida. Me miró a los ojos y me dedicó una sonrisa tímida.

—Natasha está embarazada, de ahí las emociones.

—*Ah.*

Natasha golpeó a Misha mientras se sonrojaba y murmuraba algo en ruso. Luego, me miró, avergonzada.

—Yo... Nosotros... Fue...

Levanté la mano para detenerla.

—Oye, no hace falta que me des explicaciones. Me parece estupendo. Mientras sean felices, es lo único que importa.

Y sin más, Natasha sonrió.

—Gracias.

Le lancé una mirada burlona a Misha mientras me acercaba a Dimitry.

—Aunque tengo que decir, Misha. Estoy decepcionada de que no compartieras eso conmigo mientras te estaba curando. ¡Qué vergüenza! —Su sonrisa infantil se extendió por su rostro—. Natasha, ¿quieres desayunar conmigo? Quizá puedas contarme todo sobre tu boda, ya que Misha lo mantuvo todo en secreto.

Se sentó a mi lado, Dimitry a mi otro costado y Misha al de su futura esposa.

—Tus padres deben estar emocionados con tu embarazo.

Volvió a sonrojarse.

—Nadie lo sabe —susurró—. La iglesia no nos casaría si se supiera.

Observé a Dimitry y a Misha para confirmarlo.

—*Wow*, ¿de verdad son tan estrictos aquí? —Los tres asintieron con la cabeza—. ¿También creen que no hay sexo antes del matrimonio? —De nuevo, asintieron con la cabeza—. De acuerdo, pues alguien está delirando en este país.

Dimitry me rozó el muslo con la mano y me excité al instante. Sí, la iglesia era totalmente delirante.

Natasha respondió:

—Mis padres tuvieron sexo por primera vez después de casarse.

Mi cabeza se giró hacia ella.

—¿En serio?

—Sí. ¿Los tuyos? —Suponía que su pregunta tenía sentido, pero tenía la sensación de que, aunque mi madre siguiera viva, no sabría la respuesta a esa pregunta.

—Ni idea, y no pienso preguntarle a mi padre. Demasiado incómodo. —Mordí mi comida, imaginando cómo sería esa conversación. Sí, nunca le preguntaría. Ni siquiera podía imaginar lo terriblemente embarazosa que sería esa conversación.

—¿Tienes muchos hermanos y hermanas? —inquirió. Dimitry y Misha hablaban de seguridad y otros detalles, mientras Natasha y yo seguíamos charlando. Sin duda, ya estaba de mejor humor—. Tengo cinco hermanos.

Me reí entre dientes.

—Soy hija única. Son muchos hermanos. Supongo que lo del sexo les funcionó a tus padres después de todo.

Se rio.

—¡Lo sé! Es exactamente lo que siempre he pensado.

—¿No podrías hacer que una de tus hermanas sea tu dama de honor? —cuestioné, pensando en el día siguiente.

Suspiró profundamente.

—Son demasiado jóvenes. —Ambas agarramos nuestra comida con el tenedor y mordimos al mismo tiempo, pero entonces Natasha se sentó derecha—. ¡Tú podrías hacerlo!

—Hacer ¿qué?

—Sé mi *svideteli.* —Sus ojos estaban esperanzados y emocionados.

—*Um,* no lo sé —murmuré—. No tengo ninguno de mis documentos aquí.

—Absolutamente no —añadió rápidamente Dimitry. No me di cuenta de que estaba manteniendo una conversación con Misha, pero seguía escuchando la nuestra.

Natasha parecía a punto de llorar de nuevo, y lo fulminé con la mirada.

—No puedes tomar esa decisión por mí.

—La seguridad es la prioridad —soltó entre dientes.

Abrí la boca para discutir cuando se me ocurrió que Dimitry probablemente era tan testarudo como mi familia en lo que se refería a mi protección. No lo desafiaría; sin embargo, intentaría un enfoque diferente. Le sonreí dulcemente mientras colocaba la mano sobre su muslo, frotándolo suavemente, acercándome peligrosamente a su ingle. Su mirada de sorpresa no tenía precio.

—Estoy de acuerdo, Dimitry —asentí, mi mano rodeando su muslo—. ¿Podríamos averiguar cómo hacerlo seguro para poder ayudar a Natasha y Misha? —Le rocé su longitud con los dedos y juré que escuché rechinar sus dientes—. Por mí, ¿por favor?

—*Milaya*, estás jugando con fuego —advirtió entre dientes. Su rostro era cuidadosamente inexpresivo, a excepción de su mandíbula, que estaba apretada, y sus ojos, que ardían como el fuego.

Empujé más fuerte con la mano.

—Es mejor que vayamos con tu estrategia de seguridad en mente que yo escabulléndome. ¿Ves?, soy buena escuchando.

Su mano se posó en mi muñeca, pero en lugar de retirarla, la apretó con más fuerza contra su creciente bulto. Mis mejillas se encendieron al instante y desvié la mirada hacia Misha y Natasha, quienes nos observaban con curiosidad, ajenos a lo que ocurría debajo de la mesa. Sabía que no podía ganarle, aunque sin duda me estaba gustando este jueguito.

—Es decisión de Dimitry —comentó Misha.

Debió de pensar que buscaba su ayuda, cuando en realidad solo quería asegurarme de que no me atraparían manoseando a Dimitry por debajo de la mesa.

Fingí que de repente me interesaba la comida y me metí otro bocado mientras Dimitry seguía masajeándose con mi mano su longitud. Si Natasha y Misha no se iban pronto, me atragantaría con la comida, o con la verga de Dimitry, delante de ellos.

—Estoy de acuerdo —respondí después de pasar la comida con cuidado. Tomé un vaso de jugo de arándanos, clavé los ojos en Dimitry y tragué despacio, lamiéndome los labios después. Su mirada se calentó un nivel... quizá tres.

«Dos pueden jugar a este juego», pensé con suficiencia.

—¿Qué dices, Dimitry? ¿Puedes hacer que suceda por mí?

—Misha, tú y Natasha vayan a arreglar todos los detalles para mañana y registren a Anastasia para *svideteli* —ordenó Dimitry, y ambos se levantaron de inmediato—. Envíenme los detalles de la boda y el nombre del sacerdote. No prometo nada.

—¡Gracias! —exclamó Natasha—. ¡Muchísimas gracias!

Ambos se apresuraron a salir por la puerta, dejándonos solos. Sintiéndome atrevida, me estiré para agarrar su cinturón, ansiosa por su polla.

—Anastasia. —Dimitry me levantó de la silla y me subió a su regazo—. No arriesgaré tu seguridad por una boda.

Lo encaré y le rodeé la cintura con las piernas. Sus grandes brazos me apretaron contra él.

—De acuerdo —murmuré suavemente contra sus labios—. Pero si no hay amenaza, iremos. —Me froté contra él, mi clítoris palpitaba

con cada roce contra sus *jeans*.

Una mano me tiró del cabello y me echó la cabeza hacia atrás para que pudiera mirarlo a la cara. Sus ojos grises brillaban de deseo.

—Podría ser nuestra primera cita. —Prácticamente gemí.

Su boca se posó en mi cuello, sus dientes mordieron mi clavícula, y jadeé, mi cuerpo se sacudió ante la sensación. Sentí su lengua en mi piel y un escalofrío me recorrió la columna vertebral. Le sujeté el rostro con ambas manos y lo atraje hacia mí hasta que nuestros labios se encontraron.

Sentí su toque entre mis piernas, los dedos empujando por debajo de mis bragas. En cuanto introdujo uno, jadeé en su boca.

—Estás mojada —murmuró.

—Parece ser la reacción de mi cuerpo cada vez que me tocas —contesté con voz entrecortada—. Aún estoy buscando una cura. —Intenté provocarlo, pero estaba demasiado excitada por su dedo entrando y saliendo de mí.

—*Soy* tu cura.

—Sí —gemí—. Sí, lo eres. Ahora no pares, por favor.

Me quemó con sus besos hasta dejarme sin sentido. Su otra mano se deslizó por mi vestido, y un grito ahogado salió de mis labios cuando sentí su mano recorrer mis pechos. Con cada beso, con cada roce de sus dedos, mi cuerpo se llenaba de sensaciones. Mis dedos se perdieron en su cabello, mientras me entregaba al viaje más intenso de mi vida con este hombre maravilloso.

Se levantó y me llevó con él, sin romper el beso. Me acompañó a la parte trasera de la cabaña y la puerta se cerró de golpe tras nosotros. Mis piernas lo rodearon mientras actuábamos como dos amantes desesperados que no se habían visto en meses. Se separó de mí, miró a su alrededor y se acercó al gran escritorio, despejándolo todo con un rápido movimiento.

Me quitó el vestido y me bajó las bragas. Palpitaba con una necesidad que solo él podía satisfacer.

Me encontré con su mirada fogosa, ardiendo por el deseo.

—Ahora te haré pagar por provocarme, *Milaya*.

De acuerdo, tal vez lo había provocado demasiado mientras teníamos invitados, pero maldita sea, se sintió tan bien.

—Sí, hazme pagar.

Me dio la vuelta y me inclinó sobre el escritorio, la fría superficie presionándose contra mis pechos.

Nalgada.

—¡Ay! —Exhalé. La palma de su mano me escocía la nalga, e inmediatamente me ardió cuando frotó el lugar. El dolor y el placer se mezclaban de la forma más inusual y erótica. Y para mi sorpresa, la evidencia de la excitación goteaba por mis muslos.

No dudó en tomarla con su dedo, y miré por encima del hombro justo a tiempo para ver cómo se lo llevaba a la boca y lo lamía como si fuera el postre más delicioso.

«Santos cielos, este hombre es puro sexo. Voy a llegar al orgasmo solo de verlo hacer eso».

Nalgada.

Esta vez, un fuerte gemido escapó de mis labios y mi trasero empujó con más fuerza contra él.

—¡Otra vez! —supliqué en un gemido—. Hazlo más fuerte.

Había sorpresa en su cara, aunque no podía estar más sorprendido que yo. Sin embargo, me complació y volvió a darme otra nalgada. Entonces, sentí un ligero beso antes de que su lengua me lamiera el escozor mientras mis piernas temblaban de anticipación.

Me dio la vuelta de nuevo y me sentó bruscamente sobre el escritorio.

—Un día de estos voy a atarte y darte unas buenas nalgadas, aún más fuertes —gruñó, y más humedad se acumuló entre mis piernas.

—Sí. —Mi voz salió suplicante, sin aliento. Su cinturón tintineó y luego se bajó la bragueta, y me sorprendió ver que no llevaba bóxer debajo. Mierda, eso también era *sexy*.

Me separó las rodillas y me penetró con fuerza, mientras mis dedos se aferraban a sus hombros. Me embistió una y otra vez, su boca en mis pezones me empujaba sin piedad hacia el olvido.

—Dios mío. —Jadeé sin pensar, mi cuerpo alcanzando nuevas alturas. Cada vez que este hombre me follaba, era mejor que la anterior.

Sus dedos se clavaron en mis caderas mientras me penetraba el coño, tocando todos los puntos adecuados. Estocada tras estocada.

—Mírame, *Milaya* —gruñó, y obedecí, abriendo a duras penas mis pesados párpados. Una embestida más y el placer estalló en mi cuerpo, mi orgasmo llevó a Dimitry al límite conmigo.

Sus brazos me rodeaban, abrazándome con ternura mientras mi frente descansaba sobre su hombro. No se escuchaba nada en la habitación, salvo nuestras respiraciones agitadas.

—Definitivamente eres mi cura, Morskoy —mencioné sin aliento, y su pecho retumbó con su risa.

—Será mejor que sea tu cura para el resto de nuestras vidas. —Su voz era intensa, alcanzando todos los deseos y sueños más profundos dentro de mí—. Porque sin duda eres mía.

—Para siempre. —Tarareé complacida al oír sus palabras.

El silencio siguió las promesas tácitas. Quería estar para siempre con él, pasara lo que pasara. Nunca habría nadie más para mí.

—¿Qué deberíamos hacer el resto del día? —indagué, con el cuerpo envuelto en la más dulce satisfacción.

—Supongo que estaremos comprando un regalo de boda y ropa para la ocasión —replicó, pellizcándome ligeramente el muslo—. Y quiero enseñarte algunos movimientos de defensa personal. Nunca volvimos a eso.

—Gran plan. —Acepté, sonriendo como una tonta.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

DIMITRY

Anastasia llevaba un vestido Chanel rosa pálido sin mangas y estaba hermosísima. Parecía demasiado joven e inocente para estar con alguien tan crudo y rudo como yo.

¿Cuál era esa expresión? ¿Un lobo vestido de oveja? Llevaba un traje a la medida, no obstante, en el fondo seguía siendo el mismo hombre despiadado. Y ella también lo sabía, pero no le importaba.

Mientras Anastasia parecía elegante y brillaba como una luz, yo me cernía como una nube oscura a su alrededor, amenazando a todo el que osara acercársele.

«Demonios, me está deshaciendo centímetro a centímetro. Se ha convertido en lo más importante para mí».

Nunca me había reído tanto en mi vida, como lo había hecho con ella en la última semana.

Tenía el escote abierto y llevaba el collar de diamantes en forma de lágrima que le había colocado en el cuello esta mañana. Sonreí, recordando su emoción cuando lo saqué de la caja de regalo. Mi Anastasia amaba los regalos, sobre todo las joyas. Saltaba como una niña pequeña, tan emocionada por su presente. Me moría de ganas de mimarla.

—Pensaba que tenías bastantes diamantes y joyas —dije.

—Pero este es especial porque viene de ti —reconoció, sonriendo —. Además, si una chica te dice que no le gustan las piedras preciosas o los regalos, miente. —Apretó sus labios contra los míos —. También quiero regalarte algo.

Me dejó completamente atónito. No se parecía a ninguna otra mujer que hubiera conocido. Ella me había dado más de lo que nunca sabría.

—¿Me lo pondrías, Dimitry? —Se apartó el cabello oscuro del cuello y me dio la espalda. Cuando coloqué el collar alrededor de su cuello de marfil, no pude resistirme a darle un beso en la nuca, mordisqueándolo con los dientes.

—Hermosa —halagué contra su suave piel.

Se giró para mirarme y presionó sus labios en mi mejilla.

—También eres hermoso.

Eso era una primera vez. Normalmente era un desgraciado despiadado, un demonio guapo... Era todo menos hermoso.

Su mano tomó la mía y entrelazó nuestros dedos mientras conducía. Su toque me centraba por completo. Me concentré en lo que nos rodeaba, no quería sorpresas.

Me miró, con voz suave dijo:

—Gracias, Dimitry. —Asentí con la cabeza. Anastasia no estaba acostumbrada a estar encerrada en casa con guardias de seguridad que limitaban su libertad. Sabía que algo de normalidad era importante para ella—. Excepto por lo de dama de honor, estaré a tu lado todo el tiempo —prometió.

Mis ojos siguieron su movimiento, sus dedos enredados alrededor del collar de diamantes. La había atrapado haciéndolo varias veces, y me encantaba la idea de que pensara en mí cada vez que lo hacía. Le instalé un dispositivo de rastreo para mayor seguridad. Cuando se lo conté, en lugar de sentirse indignada, me felicitó por la buena idea.

Con razón me convenció de llevarla a la boda. Tenía algo especial en su manera de ser. Nuestra primera cita, así lo llamó.

Me hacía querer cosas que no debería querer. Esposa, familia, hijos. Podía tener dinero y poder, mas no hacía alarde de ello. No creía que su vida fuera más valiosa que la de los demás, independientemente de sus orígenes.

Anastasia era la luz en mi oscuridad. Nunca supe que habría algo más que un mundo duro y frío para gente como yo.

Te deseo, me dijo. No había posibilidad de malinterpretar sus palabras; era abierta y directa.

Misha ya estaba en la iglesia con un puñado de hombres, asegurándose de que estuviera despejada y fuera de peligro. El resto de la escolta de protección iba en el vehículo detrás y delante de nosotros. Todos llevábamos armas ocultas para asegurar que estuviéramos preparados.

Mientras se preparaba, me puse en contacto con su padre. Me dio un rápido resumen de la búsqueda de Boris. No tenía mucho, por desgracia. Solo la confirmación de que había huido del país y había aterrizado en Rusia. Yo había puesto una recompensa en el mercado negro por información sobre él. Hasta ese momento, no había nada concreto.

Deseaba que esa amenaza desapareciera definitivamente para poder llevarme a Anastasia a casa. Quería llevármela a Moscú, a mi casa de St. Petersburg y, lo que era más importante, a San Francisco. La quería a mi lado todo el tiempo. Se sentía como mi hogar, el hogar que nunca había tenido.

Llegamos a la iglesia y sus ojos brillaron al mirarme.

—Es la primera vez que voy a formar parte de un cortejo nupcial. Espero no meter la pata. Natasha realmente no envió ninguna instrucción, así que estoy improvisando.

Le rodeé el cuello con la mano y la acerqué a mí.

—Te las arreglarás muy bien.

Le di un beso posesivo en los labios y cedió dulcemente. Mi instinto alfa se disparaba cuando se trataba de esta mujer.

—Si algo sale mal...

Apretó sus labios contra los míos.

—Te prometo que, si pasa algo, seguiré nuestro plan.

Salí del coche y le abrí la puerta a mi mujer. *Mi mujer.* Me gustaba cómo sonaba eso.

En cuanto entramos en la iglesia, Anastasia se apartó hacia el lado de la novia. Debíamos de ser los últimos invitados previstos, porque justo cuando me senté, sonó la música que señalaba a la novia y todas las miradas se giraron hacia el fondo de la iglesia.

En cuanto vi a Anastasia avanzar por el pasillo con un pequeño ramo de flores, arrojándolas al suelo para la futura novia, sentí como si alguien me hubiera dado un golpe en el estómago. Quería verla caminar hacia mí. Quería que nuestro futuro estuviera unido para siempre por el sacramento del matrimonio. Nunca quise nada de eso, nunca lo vi en mi vida, hasta Anastasia. Ella era mi futuro; era el único futuro que me importaba.

En su rostro se dibujó una suave sonrisa que captaba involuntariamente las miradas de todos los hombres, pero no se daba cuenta de nada. Sus ojos solo me observaban a mí.

Al pasar a mi lado, me guiñó un ojo con picardía. Mi pequeña seductora.

La ceremonia fue larga y en ruso. Hacía tiempo que no asistía a una boda rusa, así que ni se me ocurrió advertirle a Anastasia. Su entusiasmo inicial decayó a los treinta minutos. Empezó a inquietarse, cambiando de un pie a otro. Incluso, la sorprendí un par de veces poniendo los ojos en blanco.

«Si Misha y Natasha no intercambian anillos y votos pronto, podrían perder su svideteli*»,* musité para mis adentros.

El sacerdote se giró hacia Anastasia y le pidió anillos, pero, por supuesto, ella no lo sabría, ya que no entendía ruso.

Misha tradujo rápidamente, y el suave murmullo de Anastasia resonó en la iglesia.

—*Oh*, gracias a Dios.

Mis labios se elevaron en una sonrisa. Al darse cuenta de que todo el mundo la había oído, se sonrojó y entregó rápidamente los anillos al sacerdote. Era una maldita diosa. Finalmente, la ceremonia terminó unos diez minutos después. Estaba seguro de que la mayor parte de la iglesia sentía lo mismo que Anastasia por la larga boda. Se tomó una foto con los novios y luego se escabulló hacia mí.

—Eso fue una tortura —murmuró. La rodeé con mis brazos, atrayendo su suave cuerpo contra mí. Sus ojos verdes me miraban con seriedad—. Si nos invitan a otra boda rusa, di que no.

—De acuerdo, *Milaya* —le susurré al oído mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja. Amaba que se planteara asistir a futuros eventos conmigo.

—Natasha mencionó que hay una fiesta después. ¿Quieres ir?

Intenté calibrar si quería ir por su expresión, pero no había entusiasmo ni desacuerdo en su rostro.

—¿Quieres ir, Anastasia?

—Podríamos hacer notar nuestra presencia y luego escabullirnos —sugirió—. ¿Tal vez tomar un largo camino a casa?

Dios, esta mujer me hacía sentir más joven de lo que nunca me había sentido.

—¿Por qué tengo la sensación de que has hecho esto antes?

Sonrió feliz, apretando más su cuerpo contra el mío.

—*Ahhh*, Dimitry. Nunca lo he hecho contigo. Normalmente somos las chicas y yo las que nos escapamos juntas. Sería mucho mejor contigo.

Le pellizqué ligeramente el trasero a través de la fina tela del vestido.

—Me alegra saber que no saliste a escondidas con chicos.

Echó la cabeza hacia atrás con una suave carcajada.

—No, no lo hice. Siempre pensé que estaba más segura en lugares públicos con chicos.

Cuando llegamos a la recepción, la fiesta ya estaba en pleno apogeo. Anastasia y yo caminábamos de la mano hacia los novios. Cuando Misha y yo nos dimos la mano, Natasha y Anastasia se abrazaron.

—Chicos, siento mucho mi comentario al sacerdote —se disculpó.

Misha se rio.

—Tenías razón, fue muy largo.

Natasha asintió con la cabeza y añadió:

—Al menos ahora sabes qué esperar cuando te cases en la iglesia ortodoxa rusa.

La suave risa de Anastasia fue música para mis oídos.

—¿Verdad? Convence a los rusos de que hay una ceremonia matrimonial más corta. —Todos nos reímos ante su comentario.

—Este es su regalo de parte de Anastasia y mío. —Saqué un sobre y se lo entregué al novio.

Anastasia y yo habíamos hablado de esto, pero no habíamos llegado a un acuerdo. Ella sabía que no podía ir a comprar un regalo o encargar algo por Internet, ni tampoco transferir o retirar dinero. Se quejaba de que no le parecía bien que el regalo viniera solo de mí. Seguimos dando vueltas hasta que se resignó a que no había una solución mejor. Aprendí que Anastasia era mejor dando que recibiendo, y por alguna razón eso no me sorprendió.

—Gracias, pero no debieron haberlo hecho.

Anastasia se mordió el labio, como conteniendo las palabras. No le gustaba la idea de atribuirse el mérito del regalo.

—De nada. Si no te importa, Anastasia me prometió un baile.

La tomé de la mano y, a pesar de la música *dance* que sonaba en los altavoces, la acerqué más a mí. Me siguió y me rodeó el cuello con las manos, rozándome suavemente el cuero cabelludo con las uñas. Nos movíamos lentamente en la pista de baile, olvidándonos de todos los demás.

—Es de los dos —insistí de nuevo.

Un fuerte suspiro salió de sus labios.

—Sí, excepto que salió de tu cuenta bancaria y de tu bolsillo. —Apretando su cuerpo contra el mío, sentí sus palabras más que escucharlas—. Es que odio no poder ir a comprar algo tan simple como un regalo. ¿Sabes?

Le froté la espalda para reconfortarla. Podía entender su lucha interna, tener su libertad y no poder disfrutar de ella. Ya no estaba cautiva por los hombres de Boris, pero seguía sin tener completa libertad. Tenía que permanecer en el recinto para mantenerse a salvo, no podía llamar a sus amigas o a su padre a su antojo, no podía retirar su propio dinero de su cuenta... todo por miedo a que Boris la localizara.

—¿Qué podría ayudar? —Estaba deseando enterrar a Boris bajo tierra para que dejara de ser una amenaza para ella.

Su cuerpo se movía al ritmo del mío, nuestro baile lento entre las otras parejas.

—Déjame devolverte la mitad cuando todo esto acabe —susurró. Debería haber sabido que no debía proponer algo tan estúpido.

—No.

—Dimitry... —Intentó discutir, pero no lo permití.

—Esta es nuestra primera cita, y el hombre siempre paga la cuenta.

La sorpresa apareció en su rostro, seguida de una sonrisa.

—Maldición, me has atrapado. Pero cuando obtuviste el regalo, era para una boda, así que técnicamente...

—No vamos a andarnos con tecnicismos. —Cambié el tema—. Ahora, Anastasia, ya que esta es nuestra primera cita, cuéntame algo sobre ti. ¿Cómo es que una mujer tan hermosa como tú está soltera?

Se echó a reír y sonreí ante aquel hermoso sonido. Me di cuenta de que otros hombres la miraban, atraídos por su vibrante personalidad, esperando una fracción de su atención. No obstante, para ella no existía nadie más que nosotros dos. Nunca entendería cómo era capaz de hacerme sentir así. Nadie me había hecho sentir que era el único que importaba como ella. Nunca había sido todo un mundo para nadie, ni siquiera para mi propia madre que me dio a luz.

—Bueno, señor Alexeyev... ¿O puedo llamarlo Dimitry? —Pestañeó, haciéndome entrar en su juego.

—Sí, por favor. Sería un honor tener mi nombre en sus labios.

Soltó una risita.

—Oh, Dimitry, gracias. Me encanta tu nombre. Bueno, para responder a tu pregunta entonces... Había buscado y buscado por esta tierra un hombre que encendiera fuegos artificiales dentro de mí. —Se inclinó más hacia mí y susurró—: Ya sabes, en el dormitorio. Sin embargo, todo lo que conseguí fueron petardos. —Suspiró profundamente para dramatizar, y no pude evitar una risita —. Pero un día, un tipo irrumpió por la puerta con una pistola... y *pum*.

Recordé su comentario en el coche cuando dijo que no quería morir, porque aún necesitaba experimentar los fuegos artificiales. Suponía que se refería a esto.

—¿Lo supiste enseguida? —la incité.

—No, pero debería haberlo sabido. Porque nunca me había quedado dormida al lado de un hombre. Nunca. —Recordé aquel primer día y cómo se quedó dormida en el coche, rodeada de cristales rotos y agujeros de bala, con moretones cubriéndole el cuerpo. Me daban ganas de volver y matar a todos esos hombres—. Me haces sentir segura, Dimitry.

Si bien el calor se extendió por mi pecho ante su admisión, el miedo a perderla también se hizo mayor. Anastasia era un tatuaje en mi corazón y no podía quitármelo, aunque quisiera.

Inhalando su aroma, le hice una promesa solemne.

—Siempre te rescataré, Anastasia. Y te mantendré a salvo. No importa lo que pase.

Su mirada esmeralda se encontró con la mía.

—¿Me prometes una cosa?

—¿Sí?

—Nunca te hagas daño en el proceso. —Me besó la barbilla—. ¿De acuerdo?

No podía prometerle eso. Daría mi vida por ella.

—Te prometo que nos mantendré a salvo a los dos. —Esa era la única promesa que podía hacerle. Porque si llegábamos a ese punto de ella o yo, siempre sería ella.

Debió intuir mis pensamientos, porque me abrazó más fuerte.

—También prometo mantenernos a salvo a ambos.

Me pregunté si seguiría diciéndolo si supiera mi relación con Boris cuando era joven. Debería decírselo, pero quería dejarlo todo en el pasado. Mis fantasmas y actos sucios nunca deberían tocar su luz. Preferiría arrancarme los ojos antes que oscurecer su espíritu.

—¿Estás listo para salir a escondidas? —susurró, sus ojos mirando alrededor discretamente—. Tal vez podríamos llevar esta cita a un nivel completamente nuevo.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

ANASTASIA

La carcajada de Dimitry resonó en la terraza y amaba el sonido de su risa. Mi instinto me decía que rara vez lo hacía.

—Me encantaría llevar esta cita a otro nivel, *Milaya* —anunció entre risas, apretando sus labios contra los míos—. Voy a hablar con Misha y vuelvo enseguida.

—De acuerdo, iré a despedirme de Natasha. —Poniéndome de puntillas, no pude resistirme a darle otro beso en los labios—. Hagámoslo rápido.

Se dirigió a la zona del bar y me apresuré a buscar a Natasha, de pie con su madre y algunas otras señoras.

—Hola, Natasha —saludé, y tanto ella como su madre me dedicaron una amplia sonrisa.

Me abrazó mientras su madre murmuraba algunas cosas en ruso.

—Mi mamá dice gracias por ser mi *svideteli*, y muchas gracias por tan generoso regalo.

Le di una palmadita en la espalda, incómoda por recibir gratitud por un regalo que no era mío.

—Honestamente, Natasha, eso fue Dimitry.

—Fueron los dos. Dimitry no lo habría hecho si no hubieras aceptado ser mi *svideteli*.

La madre de Natasha me abrazó, y me quedé inmóvil. Con una opresión en el pecho, me di cuenta de que era la primera vez que me abrazaba una mujer mayor desde que murió mi mamá. Aunque

la de Olivia y la mía eran mejores amigas, cuando murió la mía, la de Olivia perdió las ganas de vivir. Si apenas podía consolar a Olivia y Oliver, mucho menos a mí. Me dolía la garganta, como si alguien me la hubiera apretado demasiado. Su gesto se sintió bien, cálido, como el abrazo de una madre.

Le di torpemente unas palmaditas en la espalda, con miedo de que, si le devolvía el abrazo, no la soltaría.

—*Spasiba* —charló un poco más en ruso, aunque esa fue la única palabra que entendí.

Natasha tradujo.

—Dice: *Que Dios te mantenga a salvo.* Y gracias por no juzgarme por estar embarazada. —Miré sorprendida a Natasha. Pensé que nadie lo sabía, así que continuó explicando—: Le conté por qué no podíamos aplazar la boda para hacerla en nuestra ciudad natal.

—Realmente no es gran cosa, pero de nada.

—¿Crees que Dios te salvará, Anastasia? —La voz de Vlad nos hizo girarnos las tres hacia él. Parecía un poco borracho y arrastraba las palabras.

Decidí ignorarlo y hablé con Natasha.

—Solo he venido a despedirme. Dimitry y yo vamos de salida. Gracias por recibirnos.

Me abrazó una vez más.

—Nos veremos.

Les dediqué otra sonrisa a ella y a su madre y me di la vuelta para marcharme. A los pocos pasos, me di cuenta de que Vlad me seguía.

—Disfruta de la boda, Vlad. — Esperaba que le quedara claro que no quería hablar con él. No quería a un borracho detrás de mí.

—Dimitry quería que te diera las llaves del coche. —Extendió la mano y, al ver las llaves de la Range Rover de Dimitry, las agarré sin decir nada más. Cuando iba a apartarme de él, sus dedos se clavaron en la parte alta de mi brazo—. ¿Quieres saber un secreto?

Alarmas de advertencia se encendieron en mi cerebro y un mal presentimiento me recorrió la espalda.

—En realidad, no —repliqué secamente, tratando de zafarme de su agarre.

No prestó atención a mi respuesta.

—Dimitry, Nikolai y Sergei formaban parte del grupo de Boris. ¿Lo sabías?

Estaba segura de que mi corazón había dejado de latir y de que el mundo había dejado de existir. Lo único que sentí fue traición, como una ducha helada. Busqué en el rostro de Vlad cualquier señal de engaño, desesperada porque sus palabras no fueran ciertas.

Todo lo que Dimitry me había contado volvió, pasando por mi mente. Me dijo que formaba parte de un grupo del crimen organizado, aunque no especificó que fuera de Boris. Volvió a mi mente otra de sus palabras de la noche en que le dije que era el culpable de la muerte de mi madre, porque le revelé a un desconocido dónde estaríamos. ¿Él ya lo sabía? ¿Estaba allí? Nunca mencionó que formaba parte del grupo de Boris a pesar de que tuvo amplias oportunidades. ¿Nunca aprendería?

Me sentí traicionada de que hubiera ocultado algo así. Le había contado mi secreto más profundo y me había dejado a oscuras. Al encontrarme con los ojos de Vlad, mi voz salió sorprendentemente calmada.

—Por favor, dile a Dimitry que agarré su coche y me fui a casa.

Me di cuenta demasiado tarde de que había dicho casa, no *su* casa. Mierda, esto dolía. Él se sentía como un hogar. No mentí cuando le dije que me hacía sentir segura. Solo necesitaba estar sola en ese momento para no decir o hacer cosas de las que me arrepentiría.

Le di la espalda a Vlad y me dirigí al estacionamiento, lo que probablemente fue una estupidez, ya que la última vez que dejé una fiesta y crucé uno sola, me secuestraron. Pero era pleno día y había bastante gente alrededor.

Corrí hacia su vehículo y no me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración hasta que entré en él y cerré la puerta tras de mí. Metí la llave en el contacto, el coche rugió y lo puse en marcha.

—Sí, esto como que duele —musité en voz baja mientras tomaba el camino hacia la casa de Dimitry.

«¿Trabajaba Dimitry para Boris cuando nos secuestraron a mi madre y a mí?, me pregunté.

No tenía ninguna duda de que Dimitry, Nikolai y Sergei no se parecían en nada a Boris. Y sabiendo lo poco que sabía de su infancia, no podía culparlos por intentar sobrevivir. Él decía que nunca lastimaba a inocentes, y aún le creía. Incluso así, debería habérmelo dicho. Debería habérmelo dicho él, nadie más.

Contuve las lágrimas. Se me nubló la vista, mas me negué a llorar. Estaba muy dolida, aunque si lo pensaba, solo conocía a Dimitry desde hacía una semana. No debería importarme tanto, pero me importaba. Todo sobre él me importaba.

Un recuerdo rondaba en el fondo de mi mente y lo busqué desesperadamente. Había encerrado tantos recuerdos de aquella época en que mamá y yo fuimos secuestradas y obligadas a estar en aquel sótano. Me ponía enferma recordar cualquier cosa de esos días.

—Vlad —murmuré para mis adentros—. Ese nombre...

El recuerdo llegó de golpe, junto con el amargo sabor de la culpa. La culpa por la muerte de mi madre sabía a ceniza, óxido y sangre. Recordé a Vlad en aquel sótano.

Él fue el tipo que le dio un puñetazo al hombre que intentó venir por mí, haciéndolo caer al suelo como un saco de patatas.

—¡Llévala arriba! —bramó la voz de Boris desde lo alto de la escalera, lo que hizo que levantara los ojos de inmediato. Era el hombre con el que había hablado el día anterior. El hombre al que le dije dónde encontrarnos; era culpa mía que estuviéramos aquí.

—Vamos. —Vlad jaló a mi madre, casi exasperado. Hizo que el otro tipo también saliera de la habitación.

—Mamá, por favor —objeté, rogándole sin palabras que se quedara conmigo. Como si pudiera elegir.

En cuanto mi madre estuvo al alcance de Boris, la agarró bruscamente por el cabello y tiró de ella para besarla con rudeza. Un grito salió de mis pulmones, ardiendo en mi garganta, dejándola en

carne viva. Luego, la abofeteó tan fuerte que su cabeza voló hacia un lado.

—Anastasia, cariño. —Su voz temblaba, sus ojos en los míos—. Cierra los ojos.

Se me llenó la cara de lágrimas al recordarlo, el corazón me dolía como si alguien lo hubiera herido físicamente. Quería olvidarlo todo. Vlad fue uno de los hombres en esa casa que hirió a mi madre.

Nunca vi el otro vehículo. En un segundo estaba conduciendo por la carretera vacía, perdida en aquellos recuerdos olvidados, y al segundo siguiente escuché un fuerte choque. Mi coche giraba sin control mientras agarraba el volante, intentando desesperadamente estabilizar la SUV. El mundo ante mis ojos seguía girando mientras el auto rodaba y rodaba, mi cabeza golpeándose contra el parabrisas una y otra vez.

«No me despedí de Dimitry», fue el último pensamiento en mi mente antes de desmayarme.

Cuando el mundo empezó a volver lentamente, no podía ver nada. Estaba segura de que tenía los ojos abiertos, aun así, parpadeé un par de veces para asegurarme. La oscuridad seguía rodeándome, y me invadió el pánico.

Entonces escuché las voces.

—Boris nos va a descuartizar, pedazo a pedazo, si ella muere.

«¡Dios mío! Otra vez no». ¿Por qué Boris Jovanov se empeñaba tanto en secuestrarme? ¿Qué le hice a este tipo?

—Fue tu estúpida idea chocar contra ella —señaló el otro tipo.

—Estaba casi de vuelta a casa de Dimitry. Una vez dentro de ese recinto, todas las alarmas habrían alertado si tan siquiera nos hubiéramos acercado a su coche. Así que cierra la maldita boca y ayúdame a meterla en la furgoneta.

Con el pulso acelerado, levanté mi cabeza palpitante. Me dolía muchísimo. Intenté abrir la boca para gritar, aunque solo salió un gemido doloroso. ¿Cuándo iba a tener un descanso de ser secuestrada?

—Se está moviendo —dijo uno de ellos—. Está viva. Deprisa, métela en la furgoneta y llévala con Boris.

Intenté patalear, aunque sospeché que no daba mucha resistencia. Tenía las manos atadas y cada movimiento hacía que me doliera aún más el cuerpo. Me arrojaron al suelo de la furgoneta y escuché cómo la puerta se cerraba tras de mí con un fuerte golpe.

La falta de oxígeno me nublaba el cerebro y la cabeza cubierta me dificultaba aún más la respiración. Pero, sobre todo, quería que me quitaran la cubierta para poder ver adónde me llevaban.

—No puedo respirar. —Mi voz era áspera.

—Cállate.

Bien, tendría que poner en práctica mis dotes de actriz. Empecé a agitarme, a hiperventilar, a gemir como si estuviera a punto de desmayarme.

Uno de ellos murmuró algo que sonaba como una maldición en ruso.

—Mierda. —Uno de ellos me estaba creyendo—. Se lo quitaré.

Me lo quitó, y tuve que tener cuidado de no aflojar la teatralidad demasiado pronto. Aunque me ayudaba respirar sin el paño alrededor de la cabeza.

—Intenta cualquier cosa y te lo vuelvo a poner —advirtió.

Asentí, obedientemente, sin decir palabra. Me concentré en despejar la mente para encontrar una forma de escapar.

Me dolía todo el cuerpo. Apreté los dientes e intenté meditar a pesar del dolor. Sospechaba que me había roto una o dos costillas durante el accidente. Mi cerebro seguía confuso e intenté mirar por el parabrisas delantero para hacerme una idea de por dónde íbamos. Aunque era inútil, el paisaje me era completamente ajeno.

No tenía ni idea de cuánto tiempo habíamos conducido. Me esforcé por no caer en la desesperación más absoluta. Fue culpa mía que me capturaran. Se suponía que debía quedarme con Dimitry. Pero entonces, tal vez fue bueno que me fuera sin él. Si hubiéramos estado juntos en el vehículo, ambos habríamos resultado heridos.

Las palabras de Dimitry se repetían una y otra vez en mi mente. «*Siempre te salvaré, Anastasia*».

Estaba tan absorta en mis pensamientos que no me di cuenta de que habíamos parado hasta que uno de los tipos me sacó de la furgoneta y me metió en un almacén. En cuanto entré, me quedé helada.

Uno de los hombres que estaban detrás de mí me empujó hacia delante y tropecé. Habría caído de rodillas si una mano no me hubiera agarrado. Era Boris Jovanov, el hombre que mató a mi madre. El hombre al que le dije dónde estaría en mi décimo cumpleaños.

Me quité su mano de encima, empujándolo.

—¡No me toques! —reviré con una bravuconería que en realidad no sentía.

—Hola, Alexandra.

—Es Anastasia —corregí con desprecio—. Mataste a Alexandra, mi madre, hace quince años.

Un destello de algo pasó por su rostro; no obstante, desapareció antes de que pudiera localizarlo. Parecía tristeza, pero no podía serlo ya que él fue la causa de su muerte. Él, y yo, ya que fui una niña estúpida que le dijo a un extraño dónde estaríamos.

Ignoró mi comentario y se giró hacia los otros dos.

—¿Qué le pasó?

Antes de que pudieran responder, contesté secamente:

—Tus estúpidos secuaces casi me matan, eso es lo que pasó. Los idiotas me embistieron mientras conducía.

La furia cruzó su rostro y ni siquiera me di cuenta de que había dado un paso atrás. Este hombre daba bastante miedo.

—¡Fuera, ahora, antes de que les dispare en el acto! —rugió. Ambos salieron corriendo antes de que Boris terminara su oración. ¡Malditos cobardes! Ojalá me llevaran con ellos.

A pesar de mi valentía, mi cuerpo temblaba de miedo y me rodeé el abdomen con los brazos. Observé a Boris Jovanov con recelo. Era alto, casi tanto como Dimitry. Debía de haber sido guapo en algún momento, probablemente podría pasar por guapo incluso a su edad si su crueldad no estuviera grabada en todo su rostro.

Mientras lo observaba, él también me miraba. Como si estuviéramos evaluando los puntos fuertes y débiles del otro. No

había mucha competencia; estaba segura de que los suyos y los míos eran completamente distintos.

—Te pareces mucho a Alexandra. —Si bien sus palabras me sorprendieron, lo que me impactó aún más fue el tono de su voz. Era suave, melancólico.

No hablaría de mi madre con este psicópata. Me quedé quieta, inmóvil, observándolo como el verdadero depredador que era.

—He oído que eres una doctora. Bastante galardonada —continuó, ignorando claramente mi obstinado silencio. Esperó mi respuesta a su cumplido, pero al darse cuenta de que no tenía intención de hablar, añadió—: Hay un baño en la esquina más alejada de este almacén. Ve a asearte.

Mis ojos se dirigieron al lugar que había mencionado y vi una puerta que debía de ser el baño. Me gustaría saber si era más seguro quedarme aquí o entrar en el aseo. La puerta de salida estaba más cerca si me quedaba aquí, pero si podía encerrarme en el baño, tal vez hubiera una ventana por la que pudiera escabullirme.

Como si pudiera leerme el pensamiento, añadió:

—El baño no tiene ventana. Si no haces lo que te digo, te llevaré allí y te limpiaré yo mismo.

Eso me hizo moverme de inmediato, y su risa cruel logró que el miedo me recorriera la espina dorsal.

Esto no estaba bien, ¡para nada bien!

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

DIMITRY

Eché un vistazo a la terraza y vi a Anastasia hablando con Natasha y su madre. Me dediqué a terminar rápidamente mis asuntos con Misha. Boris fue visto el día anterior en Moscú por Sergei y uno de nuestros hombres, y acababa de reportarlo durante la ceremonia. Sergei lo siguió, aun así, perdió su rastro cerca del aeropuerto privado. Comprobó todos los registros de vuelo, pero no había constancia de Boris Jovanov. Eso no me sorprendió en absoluto. Como era un hombre buscado, no viajaría con su nombre real.

Eché un vistazo al registro y vi un vuelo alarmante. Miré a Misha, que claramente había pensado exactamente lo mismo. No había muchos vuelos a este lado del país, y este era un avión privado contratado.

Sentí todos mis sentidos activarse como una alarma de advertencia. Volví a levantar la vista en busca de Anastasia. Encontré a Natasha y a su madre, pero no a ella.

Sin mediar palabra, corrí hacia Natasha, Misha justo detrás de mí.

—Natasha, ¿dónde está Anastasia? —Mi pregunta salió más dura de lo debido, asustando a la joven. Misha tomó a su joven novia en brazos, y no podía culparlo—. Me disculpo. —No era su culpa que hubiera un lunático tras mi mujer.

—Dijo que tú y ella se iban. Lo último que vi fue que Vlad le dio las llaves del coche, habló con ella y se fue.

—¡¿Dónde está Vlad?! —bramé, con la rabia y el miedo mezclándose en mis entrañas. Las mujeres se escabulleron y Misha susurró unas palabras a su esposa, quien asintió y se fue con su madre.

Sabía que yo era un desgraciado. Era su boda.

—*Misha, vete con tu esposa* —ordené en ruso. Apenas podía contener mi rabia. Estaba viendo rojo de furia. Le dije a mi mujer que la mantendría a salvo, y uno de mis propios hombres podría haberla puesto en peligro.

—No, te ayudaré a encontrarla. Cuando esté a salvo contigo, volveré. Natasha entiende.

Asentí con la cabeza porque no tenía sentido perder el tiempo.

Divisé a Damir y le hice un gesto para que se acercara.

En cuanto estuvo frente a mí, no perdí el tiempo.

—¿Dónde está la Range Rover? —inquirí—. Necesito mis llaves —exigí.

Cuando llegamos antes, Damir estacionó todos los vehículos estratégicamente para asegurarse de que pudiéramos salir deprisa en caso de necesitarlo. Y demonios si no lo necesitábamos en ese instante teniendo en cuenta que mi mujer se había ido.

—Dimitry, Vlad dijo que le pediste las llaves. —La voz de Damir era vacilante, pero no había ni rastro de engaño, y supe mi error.

Vlad era el traidor, el que nos daba mala información. Él estaba detrás de todo esto. Debería haber sabido mejor que confiar en su aceptación de cerrar todas las operaciones ilegales. Así como apuñaló por la espalda a Boris, también se volvió contra nosotros.

La furia que ardía en mi interior no era nada comparada con el miedo atroz que sentía al perder a mi mujer. Esta angustia era tan potente que me pondría de rodillas, no obstante, en ese minuto tenía que mantenerme fuerte. Tenía que encontrarla.

—El rastreador de tu Range Rover muestra que el coche casi está en tu casa, pero se ha parado.

Antes de que terminara de hablar, estaba al volante de uno de los otros vehículos, conduciendo como un loco hacia mi casa. Misha llamó a uno de los guardias que habíamos dejado en la casa para

comprobar si Anastasia estaba allí, aunque le confirmó que aún no había vuelto.

—Dile que compruebe la ubicación del Rover. —Mi voz era una orden áspera, pero me importaba una mierda. No había llegado a donde estaba por ser considerado. Nada me importaba excepto ella. Era mi vida.

—Se quedará al teléfono —murmuró Misha. El guardia tardó dos minutos en llegar al lugar de la señal del Rover. Dos malditos minutos que parecieron una eternidad. Apreté los dientes, furioso. Cuando le pusiera las manos encima a Vlad, le arrancaría el cuello con mis propias manos.

Escuché el grito del guardia y supe que la cosa estaba mal. Misha lo puso en el altavoz.

—El coche quedó destruido, no sirve para nada —hablaba en tono apresurado y angustiado. El pavor era como plomo en mi estómago mientras pisaba el acelerador con más fuerza—. Parece que alguien chocó dos veces contra él y se salió de la carretera. Voy a ver si hay algún cadáver.

Apenas aguantaba. La piel se me tensó, la sangre me hervía. Mi rabia y mi hambre de venganza eran lo único que me empujaba en este momento. Llegamos a un cruce en la carretera, a apenas un kilómetro y medio de mi casa. El Rover estaba patas arriba, destrozado, apenas reconocible.

Hice derrapar el vehículo hasta detenerlo y salí de él justo cuando Damir subía de nuevo a la carretera.

—No está ahí. —Gracias a Dios—. Hay huellas de pisadas. Dos grupos. Ambas demasiado grandes para pertenecer a una mujer. Parece que se la llevaron cargada.

Misha debía estar pensando lo mismo que yo.

—No se la habrían llevado si estuviera...

—*Da.*

Damir me dio su teléfono y su bolsa. El Rover no era lo único con el rastreador.

—Su collar tiene un rastreador —informé. Rápidamente saqué mi teléfono y vi la luz parpadeante en movimiento—. Nos dividiremos. Damir, tomaré tu rifle y cualquier arma que tengas en tu auto.

Solo llevaba mi pistola, que no era suficiente.

—Iré contigo —indicó Misha. Se sentía responsable, pero no más que yo. Nunca debí dejar que esto pasara.

En cuestión de minutos, los dos estábamos armados y listos para partir.

Me giré hacia Damir.

—Haz que uno de los hombres en los que más confías encuentre a Vlad. Lo quiero. No me importa en qué condiciones esté, mientras esté vivo cuando lo vea.

Asintió sin rechistar. Vlad acababa de firmar su propia sentencia de muerte.

—Misha te enviará la dirección de su ubicación. Consigue que tus mejores hombres se reúnan con nosotros allí. No más de siete.

Mataría a Boris de una vez por todas. Los dos de vuelta en el vehículo, le di mi teléfono.

—Dame direcciones generales.

Nunca había entendido el concepto de estar muerto de miedo; sin embargo, en ese momento ciertamente sí lo entendía. Tenía miedo de perder lo mejor que me había pasado tal y como lo había encontrado. Era la única mujer para mí. Nunca pensé que una mujer pudiera amarme por mí, con todo mi feo pasado y mis feas cicatrices, pero ella había empezado a hacerlo. Me dio amor y esperanza cuando yo no merecía ni lo uno ni lo otro.

El miedo a perderla era tan grande que me carcomía por dentro. Nunca había experimentado tanto dolor... ni cuando tenía hambre de niño, ni cuando me moría de frío, ni cuando me alcanzó una bala, ni cuando me apuñalaron. Volvería a soportar todo eso solo por mantenerla a salvo.

—Gira a la derecha en el cruce. —Misha interrumpió el silencio.

Gracias a Dios que no me hacía comentarios idiotas como la gente solía hacer.

«Estará bien. Es fuerte. No es culpa tuya». Esas palabras eran suficientes para ponerme furioso. Esa era la razón por la que me agradaba. Estaba cortado con la misma tijera que mis hermanos y yo.

Caía la noche cuando llegamos a nuestro destino. Estacioné a media manzana para asegurarnos de no alertar a nadie. Sacamos nuestras armas del maletero, sincronizamos los auriculares y nos los pusimos. Tanto Misha como yo aún llevábamos la ropa de la boda, pero no nos importaba. Eran solo un disfraz de nuestra verdadera crueldad. No me importaba si la sangre salpicaba mi camisa blanca o mi traje negro a la medida, siempre que no fuera la de Anastasia.

Exploré la zona. Era un viejo almacén abandonado. Me rechinaban los dientes solo de pensar en mi mujer retenida en un edificio así. No había ventanas que permitieran ver bien el interior.

Había hombres merodeando fuera del almacén, vigilándolo. Era una señal segura de que mi mujer estaba allí adentro. En la oscuridad de la noche, con solo la luna iluminando nuestro camino, dos de nosotros cruzamos a la choza del otro lado para ponernos encubierto. Tuve que derribar a los hombres que custodiaban el almacén antes de poder entrar. Odiaba cada segundo que ella tenía que pasar allí. Era hora de acabar con Boris de una vez por todas.

—Conté once. ¿Y tú? —inquirí en un susurro áspero.

—Once —respondió con tono vacío.

Respirando hondo, empecé a disparar el arma, balas insonoras derribando uno a uno a los hombres de Boris gracias al silenciador.

Los once estaban muertos. Escaneé el perímetro varias veces más para asegurarme de que no había ningún rezagado.

Nada.

—Voy a entrar —siseé. Antes de que Misha pudiera decir algo, añadí—: Necesito que te quedes aquí y des órdenes a los hombres cuando lleguen. —Misha ya le había enviado la dirección a Damir. Una guerra estaba a punto de comenzar aquí—. Mantén toda la comunicación abierta a través de los auriculares.

Sin mirar atrás, me dirigí a la puerta. Fue entonces cuando lo escuché. El grito de Anastasia fue de auténtico terror. El pavor se disparó directo a mi corazón. Volé por el estacionamiento, con la escopeta al hombro y una pistola en la mano.

CAPÍTULO CUARENTA

ANASTASIA



No podía creer que golpeé a este tipo con todas mis fuerzas. Sucedió tan rápido que ni siquiera pude procesarlo, pero, por otro lado, fue como si todo hubiera sucedido en cámara lenta.

Cuando entré en el baño, mi reflejo daba miedo. Me corría sangre por las mejillas y tenía un feo corte en la frente. Probablemente, cuando me golpeé la cabeza con la ventanilla mientras el coche daba vueltas. Trabajé con los pocos suministros que tenía a mi disposición en el baño para vendármelo lo mejor que pude. Me lavé la cara y me puse una gasa en la frente para detener la hemorragia. También tenía una herida en el cuero cabelludo. Me toqué las costillas y, efectivamente, tenía dos rotas. Con razón me costaba respirar.

Me aseé lo mejor que pude y salí del baño para encontrarme a otro hombre esperándome. Una mirada suya y me encogí. Lo recordé. Ojos negros, inhumanos y malvados mirándome fijamente. El hombre que intentó violarme cuando estaba en aquel sótano con mi madre.

Di un paso atrás.

—¿Dónde está Boris? —No podía creer que estuviera preguntando por él, pero cualquiera sería mejor que este brutal animal.

Su risa hizo que se me erizaran todos los cabellos del cuerpo.

—No te preocupes. Volverá.

Se me acercó y su hedor a alcohol y sudor me dio náuseas. Me rodeó el cuello con su mano grande y sucia, y supe que no le costaría mucho partirlo por la mitad.

—Aléjate de mí. —Quise sonar dura, autoritaria, aunque en lugar de eso mi voz reflejaba todo el terror que sentía. Volvía a ser aquella niña indefensa en el sótano, viendo cómo maltrataban a mi madre en su intento de protegerme.

Un grito me desgarró la garganta, haciéndola sentir en carne viva. Me dio un revés tan fuerte que vi estrellas y oscuridad amenazando con tragarme. Pero entonces lo escuché.

La voz de Dimitry gritando por mí. La puerta del almacén se abrió con tanta fuerza que fue como si un terremoto sacudiera todo el edificio.

Le clavé el codo en las costillas tal como Dimitry me había enseñado el día anterior, pero no fue lo bastante fuerte como para apartarlo. Sus instintos eran inesperadamente rápidos para una persona tan intoxicada. Me rodeó el cuello con la mano, apretando con más fuerza mientras me utilizaba como escudo humano.

Dimitry se quedó allí parado como un monstruo furioso.

—Déjala ir y puede que te perdone la vida. —La voz de Dimitry era fría, sin una pizca de emoción. Apuntaba con la pistola al tipo que tenía detrás, y no me atreví a moverme.

—Dimitry, el *Russian Sinner.* —El aliento del tipo apestoso estaba en mi nuca, y no estaba segura de qué me estaba sofocando más: su mano o su aliento alcohólico—. Por fin te has unido a la fiesta. Genial, quizá podamos matarlos a ambos.

Me apretó el cuello con más fuerza y estaba segura de que solo pasarían unos segundos antes de que perdiera el conocimiento.

—Igor. —Oí la voz de Boris a lo lejos, sin embargo, mi mente ya estaba nublada por la falta de oxígeno—. Suelta a Alexandra y tráemela.

Y sin más, su agarré en mi cuello se aflojó. Me encorvé, resollando, mientras intentaba llevar oxígeno a mis pulmones. Me arrastró hacia Boris, usándome como escudo.

—Voy a matarte, Igor. —Las palabras de Dimitry eran frías y tranquilas, como si acabara de anunciar que mañana era domingo.

La furia avivó mi ira y, antes de pensarlo mejor, mi puño conectó con la mandíbula de Igor.

—Maldito imbécil. ¡Esto es por mi madre! —solté mientras su cabeza se movía en cámara lenta.

Igor iba a devolverme el puñetazo, pero por alguna milagrosa razón, Boris atrapó su mano y lo detuvo con un:

—*Nyet.*

—Boris, se acabó. —Dimitry debió de acercarse mientras yo entraba en mi modo de ira—. Todos tus hombres afuera están muertos.

Se rio, completamente despreocupado.

—Tengo muchos más aquí dentro —replicó con suficiencia.

Y justo así, estábamos rodeados. Había al menos veinte hombres alrededor de Dimitry y otros diez vigilando la espalda de Boris. El pavor se arremolinó en mi interior y el corazón se me paró de miedo por Dimitry.

Fui a darle otro golpe a Igor; sin embargo, Boris me agarró de la muñeca y me paró en seco. Había perdido la cordura. Quince años de rabia y culpa se desbordaban.

—¡Suéltame! —grité—. Violó a mi madre una y otra vez. Tú también. Iba a hacerme lo mismo. —Intenté golpear también a Boris, no obstante, era demasiado fuerte para mí.

—Cálmate, Alexandra —ordenó Boris.

—¡No me digas que me calme, demonios! —grité—. ¡Y mi nombre es Anastasia! ¡Tú mataste a Alexandra!

Me apuntó a la frente con el arma e inmediatamente me quedé inmóvil.

Escuché puñetazos y gruñidos detrás de mí, y me dio miedo darme la vuelta. Esperaba que Dimitry no estuviera intentando algo estúpido como llegar hasta mí. Y efectivamente, estaba allí, empujándome a sus espaldas. Convirtiéndose en un blanco.

—Dimitry, para. —Seguí intentando ponerme delante de él, pero se quedó ahí como un gigante, manteniéndome a salvo detrás de su cuerpo y frente a la pistola que nos apuntaba.

—Interesante —comentó Boris, dando la señal a sus hombres para que se quedaran atrás—. Esto me sorprende.

No tenía ni idea de qué diablos estaba hablando, no obstante, darme cuenta de nuestra terrible situación me hizo temblar por dentro. Esto era una mierda. Lo más probable era que ni Dimitry ni yo saliéramos vivos de esta.

—La hija de Alexandra y Dimitry Alexeyev —declaró Boris—. Tu madre no estaría muy contenta con tu elección.

—No sabes nada de mi madre —resoplé con una valentía que no sentía.

No le afectó en absoluto.

—Anastasia, ¿sabías que Alexandra y yo fuimos amantes antes de que conociera a tu padre? —Boris continuó, y me sorprendió que usara mi nombre en lugar del de mi madre. Fruncí el ceño, sin entender a dónde quería llegar. Entendía su inglés, pero no acababa de captar el significado. O no quería—. Sí, éramos toda una pareja. Quería casarme con ella.

—¡Mentiroso! —espeté—. Eres un psicópata enfermo y un mentiroso.

Se echó a reír.

—Probablemente tengas razón en lo de psicópata. El odio después de que tu madre me dejara, me convirtió en uno. Pero no soy un mentiroso. —Sacó su teléfono y marcó un número.

Miré a Dimitry, intentando ver si sabía lo que estaba pasando. Este Dimitry que tenía delante era un hombre distinto del que me había enamorado. Era duro, despiadado e insensible. No había ni un ápice de emoción en su rostro, aun así, sabía que era su fachada. Su armadura.

Apoyé la palma de la mano en su espalda; era lo único que podía hacer para demostrarle que, pasara lo que pasara, seguía amándolo.

Sonó el teléfono de Boris y, justo cuando pensaba que no iba a contestar, se descolgó la línea.

—*¿Hola?* —La voz de mi padre sonó por el altavoz y me quedé helada.

—Señor fiscal del Estado. —El título de mi padre en los labios de Boris era una burla—. Tengo a su hija.

Dos latidos y la voz de mi padre se ahogó una palabra estrangulada.

—*¿Anastasia?*

—Papá, estoy bien —aseguré, aunque Dimitry y yo no estábamos nada bien en este momento. No podía imaginarme por lo que estaba pasando papá. Tenía suficientes preocupaciones para durarle toda la vida.

—Sí, "mini" Alexandra está bien —interrumpió Boris—. Ahora, señor fiscal del Estado, ¿podría iluminar a su hija para nosotros, por favor?

—*¿Sobre qué?* —cuestionó mi padre con voz dolida.

—No cree que su madre fraternizaría con alguien como yo. Sin embargo, su hija es claramente la puta de Dimitry. —Se rio maliciosamente—. Supongo que, de tal palo, tal astilla.

Un músculo se movió en la cara de Dimitry y apreté más fuerte la palma de la mano contra él, deseando que se quedara quieto. No me importaba cómo me llamara Boris. Me importaba salir viva de aquí con Dimitry.

—*Sí, Anastasia.* —La voz de mi padre era fuerte, y amaba cómo me llamaba por mi nombre. Era un pequeño *jódete* a Boris—. *Tu madre salió con Boris antes de aceptar mi propuesta de matrimonio.*

Si me dijera que la nieve era realmente morada, me escandalizaría menos que oír esta noticia.

«Pero ¿qué se puede hacer? Todos cometemos errores, ¿verdad?».

Regresé los ojos hacia Boris y allí vi el triunfo.

—De acuerdo, salió contigo antes que con mi padre —pronuncié —. Pero deberías aprender a seguir adelante, Boris. A nadie le gusta un hombre que no sabe dejarlo ir. ¿Me entiendes?

—Anastasia —regañaron Dimitry y mi padre advirtiéndome al mismo tiempo. Tenían razón, por supuesto, aunque estaba harta de que me secuestraran, torturaran, golpearan y asfixiaran.

—Debes tener el espíritu de tu padre —espetó Boris—. Porque Alexandra nunca habló desafiante e irrespetuosamente así.

—Quizá no la conocías tan bien —siseé.

—*Milaya*, no lo provoques ahora —advirtió Dimitry. Maldita sea, realmente esperaba que saliéramos vivos de aquí porque quería escuchar sus palabras cariñosas el resto de mi vida.

Mi padre empezó a hablar por teléfono.

—*Anastasia, escúchame. Lo que voy a decir a continuación no cambia nada para mí. Te amo. No importa lo que pase, por favor recuerda eso. ¿De acuerdo?*

—Está bien, papá. —Me hizo sentir como si volviera a ser una niña. Mis ojos se llenaron de lágrimas—. También te amo. —Me quedé mirando el teléfono que sostenía Boris como si aparecería una foto de mi padre... o mi padre mismo.

—Qué dulce despedida —se burló Boris.

Tenía que admirar a Dimitry por mantener la calma. Ni una gota de sudor en la frente mientras yo transpiraba, al borde de un ataque de pánico. Agarré el dobladillo de su chaqueta y me recordó la noche en que atacaron la casa de Sergei. Entonces, también me entró el pánico, pero me salvó, tranquilo y reconfortante.

—*Boris, escúchame antes de que cometas otro error. Hay una cosa que Alexandra no te dijo cuando te dejó y aceptó mi propuesta*. —Mi padre hablaba en un tono uniforme, pero era como si cada palabra le doliera decirla—. *Estaba embarazada de Anastasia.*

Se hizo el silencio. Las palabras quedaron suspendidas en el aire, cayendo como una tonelada de ladrillos sobre todos nosotros.

Entonces, mi padre lanzó la última piedra.

—*Es tu hija, Boris.*

«¿Qué?». Escuché inhalaciones por todo el almacén y luego un silencio absoluto. Parecía un cementerio.

—Estás mintiendo. —La voz de Boris estaba entrecortada. Lentamente levanté los ojos de su teléfono para encontrarme con la mirada de Boris. «*¡No puede ser!».*

—¡¿Papá?! —grité, esperando por un código o una pista que me dijera que no me preocupara.

—*Boris, sabes que no estoy mintiendo. Alexandra no quería criar a su hija en tu mundo, y no estabas dispuesto a renunciar a él.* —No podía respirar, todo mi mundo como lo conocía era falso. Toda mi vida.

—Respira, *Milaya.* —La voz de Dimitry me hizo retroceder y mi mirada se centró en él—. Eso es, respira.

«Nunca le pregunté qué significaba Milaya», el pensamiento me pasó por la cabeza. Qué momento tan estúpido para eso.

—Si sigues sin creerme, Boris, hazte una prueba de paternidad y ahí tendrás tu respuesta. —Sonó la voz de mi padre a través del teléfono.

—Papá, no. —Mi voz era un susurro, pero había tanto silencio que aún podía oírme.

—Lo siento, pequeña. Siempre te amaré.

Sonó un disparo y el mundo entero se desató. De repente, estábamos en medio de una zona de guerra. El miedo me mantuvo congelada y Dimitry se hizo cargo, protegiéndome con su cuerpo mientras me jalaba por el suelo del almacén, intentando encontrar algún tipo de cobertura que pudiéramos tomar.

—Dame un arma, puedo ayudar —murmuré.

—*Milaya*, no eres una asesina —susurró contra mi oído—. Eres una sanadora.

Disparó su arma con precisión y los cuerpos caían como panqueques. Era tal la conmoción, que no podía saber quién estaba de nuestro lado y quién no. Divisé a Igor acercándose sigilosamente a nosotros al mismo tiempo que Dimitry, y fue entonces cuando me di cuenta de que un Dimitry enfurecido era un Dimitry aterrador. Lo agarró por el cuello antes de que Igor pudiera ponerme las manos encima, lo levantó por encima de la cabeza y lo estrelló contra el suelo del almacén.

Seguí la mirada de Dimitry cuando levantó la vista. Vi a Misha y podría haber llorado. Trajo refuerzos.

—No dejes de cubrirnos —habló por el auricular, y Misha asintió en señal de confirmación.

Dimitry crujió sus nudillos y marchó hacia Igor. Lo levantó de nuevo por el cuello y lo lanzó de espaldas contra la pared, su cabeza crujiendo al chocar contra ella.

Parecía que Igor no saldría vivo de esta.

Dimitry me jaló hacia unas cajas mientras más hombres de Boris nos rodeaban.

—Dimitry, te amo —pronuncié mientras golpeaba a otro de los hombres de Boris—. No me importa nada de tu pasado. Solo tú.

Realmente te amo. Como el tipo de amor en el que quisiera tener tus bebés.

—¿Ahora? —preguntó asombrado, aunque con una amplia sonrisa en su rostro.

—No creo que *ahora* sea el momento perfecto para tener bebés, pero como quieras. Simplemente te amo.

Se rio entre dientes.

—No, me refería a que ahora me dices que me amas. ¿En medio de todo esto? —Luego, le dio otro puñetazo a otro tipo sin rostro.

Sonreí.

—Sí. Quería decírtelo el otro día, pero me acobardé.

—También te amo, *Milaya*.

Se centró en su siguiente víctima, y no pude evitar sonreír estúpidamente en medio de este baño de sangre. Dimitry también me amaba. Me giré para ver cómo Misha y su equipo despejaban a la gente a la izquierda de nosotros y detrás de él.

Pero entonces lo vi. El arma apuntando a Dimitry.

—¡No! —No estaba segura de si lo grité o solo lo pensé.

Lanzándome hacia delante, sin pensar en las consecuencias, la bala de Igor destinada a Dimitry me alcanzó y salí disparada hacia atrás. El dolor ardiente me atravesó y pensé que me desmayaría en este momento. Luego vi que Igor volvió a apretar el gatillo. Sabía que era imposible sobrevivir a dos balas. El suelo se desvanecía bajo mis pies, y la voz de Dimitry fue lo último que alcancé a oír.

—¡Anastasia! —Se abalanzó sobre mí, con la mandíbula tan tensa que pensé que se le rompería la cara—. Maldita sea, se supone que *yo* que debo salvarte. —Observé su hermoso rostro sobre mí. Sus tiernos ojos me miraban fijamente, brillantes, y su cara se arrugaba de dolor, que reflejaba el dolor físico que sentía en ese minuto. Con las últimas fuerzas que me quedaban, levanté la mano para presionar mi palma contra su mejilla por última vez.

—Te amo. —Intenté decir, mas con todo el zumbido en mis oídos, no estaba segura de hacerlo.

—Te tengo, *Milaya*.

«Qué raro, ni siquiera sentí la segunda bala». Y entonces el mundo se volvió oscuro y me desmayé por última vez.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

DIMITRY

La atrapé antes de que pudiera desplomarse en el suelo, olvidándome de todos los que me rodeaban. Había tanta sangre que el corazón se me apretó de miedo.

«¡Recibió la bala por mí, carajo!». No podía creer que fuera tan imprudente. No podía perderla; *no* la perdería. Finalmente encontré mi luz. Era mía; su vida me pertenecía.

No se movió, y un miedo desgarrador se extendió por mí. Las balas eran disparadas a nuestro alrededor, pero Misha y el resto de los hombres acabaron con los últimos rezagados.

—Mantente viva por mí, *Milaya* —susurré contra su pálida mejilla con otro moretón más. Mis manos recorrieron su cuerpo con suavidad, buscando desesperadamente los puntos de entrada de las balas para poder detener la hemorragia.

—Joder —solté, encontrando la primera herida y apretando mi mano contra su abdomen—. ¡Llama al helicóptero! —grité a cualquiera que pudiera oírme—. ¡Tiene que ir al hospital! ¡Ahora mismo!

Misha eliminó al último hombre y sacó su teléfono.

—No te atrevas a morirte, *Milaya.* —Su piel estaba pálida y fría. Cada segundo contaba, y cada gota de sangre importaba en ese momento. Me quité la chaqueta y la apreté contra su herida, rezando para que fuera suficiente hasta que la lleváramos al hospital.

Boris se tambaleó hacia nosotros, sangrando profusamente por el estómago. Protegí el cuerpo de Anastasia con el mío, la rabia alimentando mi ira contra este hombre que le había causado tanto dolor. Levanté el brazo y lo apunté con la pistola. Estaba dispuesto a dispararle de cerca y acabar con él para siempre. No se merecía nada mejor.

—¿Está bien? —Su voz salió jadeante.

—La salvaste de la segunda bala que seguramente la hubiera matado. ¿Por qué? —La pregunta de Misha me sorprendió. Se giró hacia mí—. Tiempo estimado de llegada: dos minutos.

Esos dos minutos seguro que me quitarían diez años de vida.

—Es mi hija —susurró Boris, con sangre saliéndole de la boca.

—No te acerques más —decreté entre dientes. Me importaba un demonio si era su padre biológico o no, no dejaría que volviera a acercarse a Anastasia. No quería a esa porquería cerca de mi mujer.

El hombre tuvo la suficiente inteligencia para detenerse y se apoyó en la pared para deslizarse hasta el suelo. No se veía bien, sin embargo, no sentía más que odio por él. Lo quería muerto. No bastaba con que recibiera la segunda bala. Debería haberlas recibido todas. Anastasia nunca debería haber resultado herida. Todo era culpa suya.

—Puedes mantener a mi hija a salvo, *Russian Sinner*. —Sus palabras gorgoteaban de sangre—. No podría haber elegido a un hombre mejor. Me vendiste, y aun así te elegiría para mi pequeña *rússkaya printsessa* «Mi princesa rusa». De Alexandra y mi *printsessa*.

Su aprobación no significaba nada para mí. Mis ojos estaban clavados en el pálido rostro de Anastasia. Los segundos pasaban como una eternidad mientras esperábamos el helicóptero.

—No me dejes, *Milaya* —supliqué en voz baja, con su cuerpo inconsciente aún entre mis brazos. No me importaba quién me oyera o lo patético que sonaba. Rogaría de rodillas a quien sea y lo que fuera para asegurarme de que viviera. La vida sin ella no merecía la pena. El sonido del helicóptero acercándose me dio esperanzas. Si podíamos llevarla al quirófano a tiempo, ella podría volver conmigo.

La levanté en brazos y me dirigí al tejado donde aterrizaría el helicóptero.

—Dimitry —me llamó Boris—. Dile... dile... —Esperé, aunque no valía la pena la espera ni transmitirle las palabras. Lo hacía solo por Anastasia. Ella podía decidir si sus palabras significaban algo—. Dile que lo siento.

Seguí adelante, mirando hacia atrás a Misha.

—Llévatelo —ordené.

Las siguientes cuarenta y ocho horas fueron las peores de mi vida. Mi fuerte y hermosa mujer, apenas sobrevivió cuando su corazón se detuvo durante la operación. No podía soportar hablar ni ver a nadie excepto a ella. Mientras yacía inmóvil en la cama, le murmuraba palabras sin sentido, esperando que, contra todo pronóstico, las oyera. Esperando que la trajeran de vuelta a mí.

Misha llamó al padre de Anastasia y lo puso al día sobre su estado de salud. Ya estaba en un vuelo hacia acá. También llamó a Nikolai y Sergei, que insistieron en venir a nosotros. Lo único que los detuvo fue mi orden. Anastasia querría que se ocuparan primero de sus amigas.

Me senté en la silla junto a su cama de hospital, con su mano entre las mías. Tocarla me tranquilizaba, aunque su tez pálida me asustaba. El médico informó que si sobrevivía a las próximas cuarenta y ocho horas, estaría fuera de la zona de peligro. Veía pasar los minutos y cada pitido lento y constante del respirador era un alivio.

El goteo de las vías intravenosas era lo único que se movía en la habitación. Estaba llena de moretes. Tenía varias costillas rotas, una conmoción cerebral por el accidente de coche y había perdido mucha sangre. La rabia me recorría las venas y quería castigar a todos los que habían participado en el dolor de Anastasia. Empezando por Vlad y Boris. Les arrancaría las extremidades una a una. Pero no me

atrevía a dejarla ni un segundo, temía que me abandonara para siempre.

Reviví una y otra vez el momento en que recibió la puta bala destinada para mí. Cuando despertara, tendríamos una seria discusión sobre eso. Mi trabajo era salvar su vida, no al revés.

Besé sus nudillos magullados.

—Joder, Anastasia —susurré a su forma quieta e inmóvil—. No te atrevas a dejarme. Dijiste que me amabas. Así que quédate y ámame.

Bip. Bip. Bip.

No recordaba haber llorado nunca de niño. Ni cuando tenía hambre, ni frío, ni cuando me pegaban. Había sido el duro *Russian Sinner* desde que tenía memoria. Listo para golpear a los otros chicos por quitarnos la comida a mis hermanos y a mí. Nada me asustaba. Aguantaba la paliza una y otra vez mientras maquinaba cómo vengarme. No se me saltaron las lágrimas cuando a los siete años recibí un latigazo en la espalda tras ser sorprendido robando ofrendas de comida de la iglesia. Ni cuando a los doce años me encerraron cinco días en aislamiento por llevarme mantas de más mientras Sergei temblaba de frío por neumonía.

Sin embargo, en ese instante, los ojos me ardían con lágrimas por esta mujer de corazón cálido que me había dado más en el poco tiempo que llevaba conociéndome que cualquier otra persona, incluida mi jodida madre quien me había abandonado a las puertas del maldito orfanato.

La puerta de su habitación de hospital se abrió. Estaba a punto de gruñir a quienquiera que se atreviera a entrar cuando me di cuenta de que era su padre, junto con un anciano con bastón. Los ojos verdes del anciano me recordaban a Anastasia, y supuse que era su abuelo. Su padre estaba pálido, con el cabello y el traje habitualmente meticulosos hechos un desastre.

Ambos parecían sorprendidos de verme aquí, sus ojos se desviaron hacia donde tenía su mano entre las mías. Si pensaban que iba a dejarla, estaban equivocados.

—El hospital dijo que su esposo estaba con ella —comentó su padre cansado, con voz suave, mientras ayudaba a su abuelo a

sentarse en la silla al otro lado de la cama de Anastasia. Escuchar a su padre con voz débil fue un puñetazo en el estómago. Prefería su voz de mando en el tribunal. Su miedo alimentaba el mío.

—Sí.

—¿Cómo ha acabado mi nieta con una herida de bala? —Los ojos de su abuelo no se apartaban de su nieta, su mano acariciaba suavemente la de ella.

—Recibió una bala destinada a mí —informé en voz baja. Me dolía muchísimo saber que yacía casi muerta en la cama del hospital por mi culpa.

Ninguno de los dos parecía sorprendido. El silencio acompañaba a su máquina respiratoria y lentamente sentí que mi cuerpo se relajaba cuando habló su padre.

—Más te vale estar a la altura del corazón de mi hija, Dimitry. —Clavé los ojos en el hombre que la había criado y me había perseguido durante los últimos quince años para encerrarme junto a Boris, el verdadero padre biológico de su hija—. Eso no era parte del trato —continuó—. Se suponía que la mantendrías a salvo. No seducirla. Necesita algo mejor, se *merece* algo mejor.

No podía discutir con el padre de Anastasia. Sabía que se merecía algo mejor que yo, pero no podía dejarla ir. Se había convertido en mi oxígeno, y el verdadero miedo me invadía ante la idea de perderla.

—Puedo decirte ahora mismo que no la merezco. —Mi voz era dura. La idea de perder a Anastasia o dejarla ir me quitaría toda mi humanidad—. Pero me esforzaré el resto de mi vida para ser digno de su corazón y merecerla... si ella me acepta. Me niego a renunciar a ella por ti o por cualquier otra persona.

Nos quedamos viendo con recelo, ninguno dispuesto a retroceder. Dejar a Anastasia, mi sirena, sería como ser arrastrado a las profundidades más oscuras del océano. Mi humanidad no sobreviviría.

—Te lo puede decir ella misma —declaró su abuelo en voz baja, rompiendo el duelo de miradas entre su padre y yo—. Hola, dormilona.

Mis ojos se desviaron hacia Anastasia, su mirada verde desorientada.

Inclinándome hacia delante, le susurré suavemente con el corazón atascado en la garganta:

—*Milaya*, estás a salvo.

Sus ojos se encontraron con los míos y una débil sonrisa apareció en sus labios.

—Te acepto, Dimitry —susurró, con voz ronca y frágil. Mi nombre era un suave consuelo en sus labios—. Te amo.

Mierda, podría ponerme a llorar en ese mismo instante.

—Y yo a ti, *Milaya.* —Correspondí con voz ronca, rozando su mejilla con un beso—. Pero tendremos que establecer algunas reglas. Nunca, *jamás* volverás a ponerte en peligro ni a recibir una bala por nadie.

Trato de reírse, pero se estremeció y cerró los párpados.

—*Auch*... me duele todo.

—Maldición —solté—. Iré a buscar a un médico.

Volvió a abrir los ojos.

—¿Tal vez un poco de agua primero, por favor? —Me apresuré a agarrar un vaso de agua y un sorbete.

Mientras me esperaba, la escuché decir:

—Hola, ustedes dos.

Su abuelo negó con la cabeza.

—¿Qué vamos a hacer contigo? —Estaba de nuevo junto a su cama, sus ojos puestos en su familia. Había lágrimas brillando en los ojos de todos. Por fin entendí qué podía hacer llorar a un hombre adulto.

—Los amo a ambos, ¿saben? —musitó—. Tengo la esperanza de que te quedes conmigo. A pesar de la mierda del padre biológico.

—Ante todo, eres hija de tu madre —expresó su abuelo.

Su padre tosió, y tuve la sospecha de que intentaba aclararse un nudo en la garganta.

—Siempre serás mi niña, Anja. Siento no haber hecho un mejor trabajo manteniéndote a salvo.

—*Oh*, papá, pero lo hiciste. —Extendió la mano de su abuelo a su padre, y él la agarró—. Eres el mejor padre que una niña podría

desear.

—Vas a hacer llorar a tu viejo —masculló.

—Creo que estoy deshidratada, así que no puedo llorar. —Intentó bromear Anastasia con voz entrecortada—. ¿Podría tener algo de beber, por favor?

Le pasé un brazo por la espalda para sujetarla.

—El doctor mencionó que estarías deshidratada cuando despertaras —informé suavemente—. Dijo que te diera solo agua.

Su abuelo me quitó el vaso de la mano y su padre le acercó la pajita a los labios. Dio el primer trago y luego otro, con un gemido de satisfacción saliendo de ella.

En ese momento entró el médico. Estaba seguro de que nos veíamos ridículos, como tres enfermeros atendiendo a un paciente sin saber muy bien lo que hacíamos.

—Buenas tardes —nos saludó a todos. La cabeza de Anastasia cayó en el hueco de mi brazo—. Veo que la paciente está despierta.

«Sí, no me digas, Sherlock». Pero mantuve la boca cerrada. Lo principal era que hiciera mejorar a mi *milaya*.

Procedió a acercarse a la cama. Su abuelo y su padre se apartaron, así que me quedé con ella sosteniéndola en brazos.

—Su marido permaneció a su lado todo el tiempo —habló el doctor mientras comprobaba sus signos vitales—. Se negó dejarla.

Anastasia elevó una ceja.

—Sí, a veces puede ser autoritario.

Su abuelo soltó una risita en el fondo de la habitación y sonreí ante la idea de que Anastasia ni siquiera pestañeó al ser llamada mi esposa. Aunque luchó por incorporarse, siseó cuando sintió dolor.

—Tranquila, *Milaya* —declaré.

—Sí. —Aceptó el médico—. Tendrás que tomártelo con calma durante unos días para asegurarte de que la herida no se abra. Todavía estás débil por la pérdida de sangre.

Asintió con la cabeza y permaneció inmóvil durante el resto del examen. Diez minutos más tarde, el doctor nos dejó después de decir que tendría que quedarse en el hospital al menos otros tres o cuatro días.

Cuando se fue, todos volvimos a nuestras posiciones. Los dedos de Anastasia se enredaron con los míos y me rozó ligeramente los nudillos mientras hablaba con su familia.

—Entonces, ¿qué pasó con Boris? —Su brusco cambio de tema fue como un corte en el aire.

Su padre apretó los labios en una línea recta.

Al final se lo dije.

—Lo llevamos al hospital, pero no sobrevivió a la cirugía.

Tres latidos y luego respondió:

—Bien.

Me debatí entre contarle o no las últimas palabras de Boris. No quería que mirara al pasado.

—Recibió la segunda bala —confesé suavemente, apretando su mano en señal de consuelo—. Me pidió que te dijera que lo sentía.

Sus ojos se desviaron entre los tres, como si comprobaba que era verdad.

—Es demasiado tarde —objetó—. Nunca podría perdonar lo que le hizo a mamá. Aunque tal vez deberíamos enterrarlo.

Podía entenderlo. Si bien había cosas que nunca se podían perdonar ni olvidar, Anastasia seguía teniendo un corazón blando. Estaba dispuesta a darle un entierro apropiado al hombre que tanto dolor le había causado.

Su corazón bondadoso era la razón por la que se molestó siquiera en mirar a un hombre como yo. Se había convertido en mi todo. Era como que me moría de sed, y ella era mi agua. No podía dejar de tocarla para asegurarme de que estaba realmente despierta.

Le pasé la mano por el cabello.

—Me encargaré.

Su padre tomó la palabra.

—Entonces, ¿cómo va a funcionar esto?

—¿Qué quieres decir? —Anastasia frunció el ceño. Sabía que debía interrumpir la conversación e insistir en que descansara. Tendría que recuperar fuerzas poco a poco.

—Tú y Dimitry —indicó.

—Papá, te amo, pero por favor no me hagas elegir. —La mirada de Anastasia estaba clavada en su padre, una triste resolución allí, y

el miedo me punzó el corazón—. Nunca renunciaría a ti, aunque tampoco puedo renunciar a él. Lo amo. Por favor, no me hagas elegir.

Un profundo suspiro abandonó a su padre.

—Lo sé, pequeña. —Pasaron unos segundos en silencio, no obstante, Anastasia se negaba a retroceder, con la mirada clavada en la de su padre. Era la primera vez en mi vida que alguien no estaba dispuesto a renunciar a mí. La mujer a la que amaba estaba luchando por nosotros, y si alguna vez había una pizca de mí mismo que estaba conteniendo, en ese segundo había desaparecido. Si tenía que hacerlo, pasaría el resto de mi vida demostrándole a su padre que la elección de Anastasia era la correcta. Trabajaríamos juntos para convencerlo.

Su padre finalmente continuó:

—Me refería a si van a vivir en Rusia o en San Francisco, ¿dónde? Quiero saberlo porque me voy a donde esté mi hija.

—Yo también —concretó su abuelo.

Los ojos de Anastasia se llenaron de lágrimas.

—¿En serio?

—Claro que sí —respondieron al unísono. Su aceptación de la elección de Anastasia, sabiendo que podía hacerlo mucho mejor, me golpeó justo en el pecho.

Me miró a los ojos y apartó las lágrimas.

—Dímelo tú, *Milaya* —animé suavemente, apartándole el cabello de su frente—. Dondequiera que vayas, te seguiré.

—Y luego te preguntas por qué te amo —susurró. Sosteniéndome la vista, continuó—: Abuelo, ya que Dimitry y papá están en San Francisco, ¿qué te parece si nos mudamos allí también?

—Estoy dispuesto —replicó alegremente—. ¿Crees que podría tener un bisnieto pronto? Ya sabes, puesto que ya estás casada.

Solté una carcajada. Empezaba a ver de dónde venía parte de la personalidad de Anastasia.

—En cuanto *Milaya* esté curada al cien por ciento, nos pondremos con eso —prometí—. No quiero arriesgar su salud, y tuvimos suerte de que la bala no alcanzó los órganos principales.

Lo único que quería más que a Anastasia como esposa y madre de mis hijos era que estuviera viva.

—Basta, los dos —objetó con una amplia sonrisa—. Primero necesito un trabajo. Papá está de acuerdo conmigo.

Su padre sonrió, asintiendo.

—Estoy de acuerdo. Aunque estaría bien ser abuelo. —A Anastasia se le salieron los ojos de las órbitas.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

ANASTASIA



Me sentía más débil que nunca, pero jamás había sido tan feliz. Estaba viva, mi padre y abuelo habían aceptado a Dimitry y estaban tramando cómo ampliar nuestra familia. Los amaba con todo mi corazón. Y estaríamos juntos. Por primera vez en mucho tiempo, no tenía ninguna duda de que mi familia estaría por fin a salvo, feliz y unida. Y mamá también estaría siempre con nosotros.

Una enfermera entró en la habitación con una bandeja de comida y mi estómago gruñó.

—*Uups* —murmuré, avergonzada.

—No has comido nada en varios días —me justificó Dimitry.

—Anja, ¿qué tal si nos vamos el abuelo y yo para que puedas descansar? No quiero dejarte, pero sé que Dimitry tampoco dejará que nadie más te cuide.

Tenía que darle la razón. Dimitry estaba encima de mí y absolutamente lo amaba. Era como si tuviera que asegurarse de que estaba bien y no perecería delante de sus narices.

—¿Dónde se están quedando? —cuestioné mientras la enfermera daba instrucciones a Dimitry sobre la medicina que tenía que tomar con la comida.

—En casa de Dimitry —contestó el abuelo, y luego ambos me dieron un beso antes de marcharse detrás de la enfermera.

Dimitry puso un dedo bajo mi barbilla y acercó mis labios a los suyos.

—Recibiste una bala por mí. —Lo observé en silencio. Lo volvería a hacer. No podía esperar que estuviera bien que arriesgara su vida por mí, pero no pudiera hacer lo mismo por él—. ¡Podrías haber muerto! —añadió con voz desesperada.

Entrelacé mis dedos con los suyos mientras mi otra mano se enredaba en su cabello en una lenta caricia.

—Pero no morí.

Mi mano se movió hacia su pecho, donde latía su corazón y el sagrado corazón que estaba tatuado en su piel.

—Te amo, Dimitry. En cuestión de una semana, te has convertido en mi todo. No puedes esperar que deje que alguien te haga daño, igual que no dejarías que nadie me hiciera daño.

—No te merezco, pero no me importa, *Milaya* —confesó—. Nunca te dejaré ir.

—Te lo mereces todo, Dimitry. Y, por favor, no me dejes ir nunca —pedí, levantando la mano hacia su cara—. Quiero explicarte por qué me fui de la fiesta.

—Tú no...

Lo detuve.

—Quiero contártelo todo, y quiero que te sientas cómodo para decirme todo. —Esperaba que pudiera confiar en mí. Sabía que era difícil para él, ya que solo había dependido de sí mismo durante toda su vida—. No me estaba alejando de ti. Iba a casa... a tu casa. Solo quería tener algo de tiempo a solas para pensar después de que Vlad me dijera que estabas en el grupo del crimen organizado de Boris. —Apretó la mandíbula, aun así, continué. Era importante—. No te culpo por tomar las decisiones que tenías que tomar para sobrevivir. Lo único que me importa es que nunca hayas hecho daño a un inocente. Si tuviste que robarle a un ladrón o defenderte de asesinos, me alegro de que lo hicieras. Lo que me molestó fue que no te escuché decir eso, y pensé que se debía a que tal vez sabías que mi madre y yo habíamos sido secuestradas hace quince años.

Me tomó la cara entre las manos.

—Te juro, *Milaya*, que en ese entonces no lo sabía. No formábamos parte del plan que las secuestró a ti y a tu madre. Llevo dos décadas intentando acabar con Boris. —Respiró hondo y explicó

—: Debería habértelo dicho, pero una parte de mí estaba segura de que te apartarías de mí. De que no podrías amar a alguien como yo.

El dolor en sus palabras, en su expresión, me llegó directamente al corazón. Ojalá pudiera encontrar a los padres que abandonaron a este hombre tan hermoso y bondadoso para hacerles ver lo que se habían perdido.

—Escucha, Dimitry. Aparte de mi familia, nunca le he dicho a otro hombre que lo amo. —Dejé que comprendiera mis palabras, esperando que se diera cuenta de lo especial que era para mí—. Aunque descubras que no soy la indicada para ti, no retiraría mis palabras. Eres un hombre increíble, y no podría importarme menos si fueras un mendigo. Te seguiría amando.

—Demonios, Anastasia. —Su voz era gutural—. Quiero casarme contigo ahora mismo. Eres la única para mí. Solo el pensar en que me dejes me hace perder toda la cordura.

Sonreí.

—Entonces se acabaron las dudas y las preguntas sobre si me mereces o te merezco. ¿De acuerdo?

—Cásate conmigo, Anastasia. —Me quedé mirándolo atónita.

—¿En serio? Yo... Yo... —Ahora estaba tartamudeando—. Pensé...

Se arrodilló, me agarró la mano y colocó la palma sobre su sagrado corazón.

—Anastasia Manciatti, ¿te casarías conmigo, por favor? Te amo tanto que me muero de miedo. Eres mi luz y mi razón de vivir. ¿Me harías el honor de convertirte en la señora Alexeyev?

Aunque estaba en la cama de un hospital y probablemente ambos lucíamos terriblemente, fue el momento más bonito de toda mi vida. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Sí. Sí. Sí. —La sonrisa de su cara reflejaba la mía—. Y no puedes retirarlo. Ahora eres mío.

—Y tú mía, *Milaya.* —Acortó la distancia y apretó mis labios contra los suyos, un beso nada apresurado, distinto a todos los que habíamos compartido antes. Se apartó demasiado pronto—. Ahora vamos a alimentarte.

Me pidió que me casara con él. Y le dije que sí. No podía esperar para hacerlo. Si arrastraba a un sacerdote hasta aquí en ese mismo

instante, lo haría encantada. Un millón de pensamientos me rondaban por la cabeza mientras me daba de comer pequeñas porciones de una dieta líquida que se suponía era fácil de digerir. En cuanto le indiqué que estaba llena, me dio mi medicamento.

Me recosté contra la almohada, sintiendo que el cansancio me invadía. Me sentía tan feliz que pensé que iba a estallar en mil pedazos. Pero primero, tenía muchas ganas de asearme.

—Morskoy, ¿hay alguna posibilidad de que me ayudes con un baño de esponja? —Levanté la mirada suplicante—. ¿O tal vez podríamos ducharnos juntos... ya sabes, como antes? —Intenté batir las pestañas; no obstante, estaba tan agotada que mis ojos permanecieron cerrados demasiado tiempo.

Se rio entre dientes.

—Déjame consultar con la enfermera. Puede que no sea mala idea. Me dijo que iba a volver para cambiarte las vendas. Pero no será como nuestra última ducha juntos —me advirtió, y mi corazón se hinchó—. Solo baño de esponja. Y no te hagas ilusiones, mujer.

«Gracias a Dios». Realmente quería una ducha, con o sin sexo. Aunque estaba segura de que no podría soportarlo. Me dolía mucho el cuerpo. Se fue y, mientras esperaba a que volviera, me tumbé contra las almohadas con los ojos cerrados.

Boris era mi padre biológico. Y estaba muerto. Tenía tantas preguntas que hacerle a mi padre y a mi abuelo sobre la historia de mamá. Mi madre era tan gentil y suave... ¿Cómo terminó involucrada con alguien como Boris? No podía entender el amor de Boris que destruyó a mi madre. Eso no era amor; era obsesión. Había tanto que no sabía sobre mi madre o mi padre. En serio tendríamos que desenterrar algunos esqueletos del armario.

Dimitry volvió y abrí los ojos. Me sentía realmente cansada, pero no era de extrañar teniendo en cuenta que me habían disparado, magullado, roto algunas costillas y perdí una cantidad considerable de sangre.

—Hola —solté, notando que aún llevaba la misma ropa de la boda—. ¿Todo bien?

—Sí, dijeron que es seguro darte un baño de esponja. Incluso una ducha. Solo tenemos que asegurarnos de que no te esfuerces y

abras la herida. Voy a preparar el agua. Quédate ahí.

Sonreí.

—No iré a ninguna parte, Morskoy.

Lo escuché mover las cosas en el cuarto de baño mientras abría la ducha y luego volvió a la habitación para quitarse la ropa. Se acercó a mí y me ayudó a quitarme con cuidado la bata de hospital.

Dentro del cuarto de baño, me puso suavemente bajo el agua mientras se colocaba detrás de mí con un brazo sujetándome los pechos. Me lavó suavemente y con cuidado; cada pocos segundos me preguntaba si me dolía. Aplicó la misma delicadeza al lavarme el cabello, y mi corazón se hinchó ante su cuidadosa caricia.

Cuando terminamos, se lavó rápidamente y salimos de la ducha. Después me ayudó a vestirme y, solo con una toalla alrededor de la cintura, me llevó a la cama del hospital.

—¿Bien?

Exhalé, sintiéndome mucho mejor.

—Sí, gracias.

—Vuelvo enseguida. —Desapareció en el baño y volvió rápido, fiel a su palabra. Se puso ropa limpia.

Juré que las enfermeras habían calculado bien el tiempo, porque en cuanto salió del baño ya estaban aquí para cambiarme las vendas. Me quedé quieta, dejando que hicieran su trabajo. Era la forma más rápida de salir del hospital.

Fueron eficientes, entrando y saliendo. Después, Dimitry se sentó a mi lado y me envolvió en sus brazos. En cuanto mi cabeza tocó su pecho y mi palma sintió los latidos de su corazón, el sueño se apoderó de mí.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

DIMITRY

Anastasia acabó permaneciendo en el hospital una semana más. Su recuperación era lenta, pero estaba decidida a hacer todo lo que le dijeran los médicos para acelerarla. Estaba deseando salir del hospital y volver a nuestra casa.

Cada día encargaba flores a domicilio y sus ojos se iluminaban de alegría. Su padre y su abuelo la visitaban, lo que me daba tiempo para ocuparme de mis asuntos. Misha y mis hombres seguían buscando a Vlad, lamentablemente, no lo habían encontrado. Era la última bala perdida de la que había que ocuparse para garantizar la seguridad de Anastasia.

Por fin llegó el día en que la dejaron salir del hospital. Mis hombres estaban afuera con Misha, armados al máximo, con los vehículos listos para asegurarse de que no nos encontráramos con ningún problema de camino a casa. Solo era octubre, aun así, la primera nevada cubría el suelo.

Mientras la sacaba en silla de ruedas del hospital, exclamó sorprendida.

—¿Ya nieva?

No había visto fuera de su habitación y el hospital tenía todas las ventanas cubiertas, así que no pudo verla.

—Sí, aquí hace frío rápido. La nieve es una buena señal. —La besé en la frente. Todavía estaba un poco pálida.

Sonrió y sus ojos se desviaron hacia los vehículos.

—Hola, Misha —saludó.

Pensé que Misha iba a llorar por la forma en que parecía atragantarse.

—Natasha envió esto para ti. —Le entregó un paquete.

—Gracias. ¿Cómo se encuentra? ¿Todo bien con el embarazo? —Y esta era la razón por la que todo el mundo se sentía atraído por esta mujer. La sacaban del hospital y se interesaba por el embarazo de su esposa.

—Sí, ella y el bebé están bien —respondió, aclarándose la garganta. No podía culparlo por atragantarse, ella tenía el mismo efecto en mí. Verla sufrir me dolía más que sentir el dolor yo mismo. Porque no podía evitarlo.

—Maravilloso. Eso me hace feliz.

—Vamos a llevarte a casa, *Milaya* —murmuré suavemente.

El viaje a casa duró casi dos horas, y la nieve lo retrasó un poco más. Misha conducía nuestro vehículo mientras me sentaba atrás con Anastasia, su cuerpo apoyado contra el mío, su cabeza sobre mi pecho. Se durmió a los treinta minutos de viaje.

—¿Se pondrá bien? —Misha me preguntó en ruso—. *Está pálida.*

Enredé suavemente los dedos en su cabello suave y oscuro, su aroma me envolvió, me tranquilizó.

—Sí. Sus signos vitales son fuertes. Perdió mucha sangre y tardará en recuperarse.

Asintió y nuestros ojos se encontraron en el espejo.

—Es una mujer fuerte. Casi se me detuvo el corazón al verla recibir esa bala.

Estaba seguro de que el mío se detuvo y solo se reanudó con la esperanza de mantenerla conmigo.

—¿Algo sobre Vlad? —inquirí en su lugar.

—Tenemos información de que apareció en St. Petersburg. Intentó acercarse a Olivia Fray en casa de Nikolai. —Podía oírlo en la voz de Misha, estaba enojado, porque aún no habían encontrado a Vlad—. Desapareció antes de que los guardias pudieran llegar hasta él. Seguiremos buscando.

Sin embargo, no dudaba de que Misha lo encontraría. Vlad había sido el que nos había vendido. Era el traidor que me ocultaba

información a propósito y se la daba a Boris. Saqué mi teléfono, con cuidado de no mover a Anastasia ni despertarla. Necesitaba todo el descanso posible.

Les envié un mensaje rápido a Nikolai y Sergei. Me había mantenido en contacto con ambos durante la recuperación de Anastasia para asegurarle que sus amigas estaban a salvo. Sergei y Nikolai estaban tomando todas las precauciones. Todos estábamos de acuerdo en que era demasiado arriesgado que estuviéramos en el mismo lugar. Por lo que ambos me habían contado, era difícil mantener a raya a sus amigas.

Mis labios se torcieron en una sonrisa. Si se parecían en algo a mi Anastasia, estaba seguro de que mis hermanos tendrían mucho trabajo.

Miré por la ventana y vi que había comenzado a nevar de nuevo. Los inviernos aquí siempre empezaban demasiado pronto y eran demasiado desoladores. Aunque, dado que Anastasia estaba conmigo, estaba deseando quedarme encerrado en casa. Ni siquiera me importaba que su padre y su abuelo siguieran allí. Hacían feliz a Anastasia y eso era lo único que me importaba.

Se agitó en mis brazos.

—Morskoy —murmuró, sin abrir los ojos—. ¿Estamos casi en casa?

—No, todavía no. Te despertaré cuando lleguemos.

Su mano trepó por mi camisa y colocó la palma contra mi corazón palpitante. Siempre se acercaba a mi tatuaje del sagrado corazón, justo donde mi corazón yacía en mi pecho. Era apropiado, ya que le pertenecía.

Por su respiración, me di cuenta de que había vuelto a dormirse profundamente.

—¿Te acaba de llamar Morskoy? —preguntó Misha, divertido.

—No.

Se rio, pero no dijo nada más.

Cuando por fin volvimos a casa, la desperté suavemente. Sus ojos se encontraron con mi mirada y sonrió soñadoramente como si hubiera acabado de despertar de un hermoso sueño y yo era la estrella del mismo.

Sonriendo, la saqué del coche con Misha pisándome los talones.

—Bájame, Dimitry. —Me golpeó ligeramente en el bíceps—. Quiero caminar. Ayuda en la recuperación.

—Quiero cargarte a todas partes.

—Pero cuanto antes me recupere, más pronto podremos tener sexo —declaró en voz baja, y Misha empezó a atragantarse detrás de mí.

«Se lo merece. Debería darnos un poco de intimidad en vez de estar alrededor de mi mujer», pensé con suficiencia.

Al darse cuenta de que estaba justo detrás de nosotros y había oído sus palabras, Anastasia se sonrojó ligeramente.

—*Ugh,* Misha. Por favor, finge que no escuchaste eso —pidió.

—Con mucho gusto. —Tosió incómodo—. Voy a revisar los detalles de seguridad.

La puse de pie con cuidado y me agarró de la mano mientras subíamos lentamente las escaleras hasta el porche de la cabaña. Intentó disimular lo mucho que había perdido fuerza, pero lo notaba a cada paso, su agarre en mi mano se debilitaba.

—Uno más —animé—. Lo tienes. No te soltaré.

Sonrió y se esforzó por llegar al *porche*. En cuanto lo hicimos, la amplia puerta doble se abrió. Su padre y su abuelo estaban allí dándonos la bienvenida.

—Ahí está nuestra chica. —Su abuelo se acercó lentamente con un bastón—. Bienvenida a casa, querida.

—Gracias, abuelo —manifestó, con la voz entrecortada—. Puede que tenga que robarte ese bastón. Hola, papá.

—Hola, pequeña. —Besó a su hija en la mejilla—. Espero que no te importe que Dimitry nos haya dicho que podemos permanecer aquí todo el tiempo que queramos. Esperamos quedarnos hasta que estés totalmente recuperada.

Anastasia giró la cabeza hacia mí.

—¿Está bien, Dimitry?

—Absolutamente. Si no, no lo habría ofrecido. Esta es tu casa, y tu familia siempre es bienvenida.

—Gracias. —Su amplia sonrisa y sus ojos brillantes eran el mejor pago. Si me pidiera que le cediera todos mis bienes y cuentas

bancarias mientras sonreía así, lo haría encantado. La amaba tanto que no podía negarme a Anastasia Manciatti.

—Hemos hecho la cena. Imaginé que estarías cansada de la comida del hospital —dijo su padre.

—Sí. La comida de hospital rusa no es mejor que la estadounidense.

La ayudé a sentarse en una silla. Su abuelo se sentó a su lado y dejó la otra silla para mí.

—Deberíamos asegurarnos de que Misha y los demás también tengan suficiente para comer —comentó.

—Ya les hemos dado de comer a todos los hombres menos a los que fueron a buscarte —explicó su padre.

—Agarraré más platos. —Su abuelo empezó a levantarse de su sitio. Estaba empezando a ver de dónde sacaba Anastasia sus cualidades.

—Yo me encargo. —Ofrecí. Le envié un mensaje rápido a Misha, llamé a los hombres y rápidamente preparé otros cinco lugares.

—Ahí están —anunció su abuelo—. Vengan a cenar con nosotros. Los otros hombres ya comieron.

Durante las dos horas siguientes, Anastasia estuvo rodeada de hombres, todos pendientes de ella.

—Amo esto —declaró feliz, aunque parecía agotada. Tendría que asegurarme de que fuera una cena rápida para que pudiera descansar—. Deberíamos hacer de esto una tradición anual, venir aquí. ¿Qué les parece?

Damir habló primero.

—Vivo en esta ciudad, así que me parece bien. —Todos nos reímos. Resultó que los otros cuatro hombres también vivían aquí.

—¿Y tú, Misha? Deberíamos hacer que Natasha venga también —sugirió.

—Me encanta la idea, y estoy seguro de que a Natasha también.

—Maravilloso. Y el año que viene traerás también al bebé —indicó Anastasia, sonriendo y ahogando un bostezo. Misha sonrió, claramente feliz por tener un bebé y ser incluido—. ¿Y tú, papá? ¿Abuelo?

—Nada me detendría —comentó su abuelo.

Desvió la vista hacia su padre.

—Lo sabes, pequeña. También vendré.

A pesar del evidente cansancio, los ojos de Anastasia brillaban como esmeraldas de felicidad al encontrarse con los míos.

—Nuestra primera tradición.

Como si acabara de recordar algo, frunció el ceño y se giró hacia su padre.

—Papá, ¿no pasa nada por estar tanto tiempo fuera de tu trabajo?

—¿No te lo dije?

—Decirme ¿qué? —Esperó la explicación de su padre.

—Estoy jubilado desde la semana pasada —comunicó, y Anastasia se quedó boquiabierta. Supongo que podía entender su sorpresa. Aunque no conocía a su padre tan bien como ella, todo lo que sabía de él era que era un gran adicto al trabajo. Le apasionaba su trabajo y meter a los delincuentes tras las rejas. Tenía una tasa de condenas del 99.9 %.

Ese 0.01 % era yo, al que no consiguió meter tras las rejas. Durante la visita al hospital de la semana pasada, se disculpó conmigo. Pero sería un hipócrita si me hiciera el inocente. Le confesé, extraoficialmente, por supuesto, que, aunque nunca había hecho daño a inocentes, no llegué a mi fortuna por medios estrictamente legales. Y le dije que fui quien envió las pruebas que le permitieron encerrar a Boris, que fui quien reunió toda la información a lo largo de los años y se aseguró de que fuera condenado.

Si estaba sorprendido, no lo hizo saber. Me aconsejó pasar toda la fortuna que obtuve por medios ilegales a través de organizaciones benéficas que merecían la pena. Y fiel a su palabra, me consiguió las dos últimas firmas para legalizar todos mis negocios. Con Anastasia lo haría todo como se debía.

—Maldición, papá —contestó, con un claro asombro en su rostro —. ¿En serio? ¿Qué vas a hacer? ¿Tienes algún pasatiempo?

—Sí, pescaré en río, en hielo y pesca con mosca.

—Honestamente pensé que tu pasatiempo era tu trabajo. Nunca recuerdo que fueras a pescar.

—Hace más de veinte años que no lo hago, pero no puede haber cambiado tanto. ¿Quizá pueda enseñarte a hacerlo? —sugirió.

Anastasia lo miró dudosa.

—Supongo que la técnica de pesca no ha cambiado, aunque no voy a pescar contigo. ¿Sabes conducir un bote? ¿Y si nos caemos al agua?

Todos nos reímos. Mi sirena era valiente cuando se trataba de salvar vidas, pero no tanto cuando se trataba del mar.

—¿Y tú, Dimitry? ¿Te apuntas? —Su pregunta me sorprendió tanto como su pasatiempo a su hija.

—Sé pescar —informé—. Aunque no soy un experto. Pero claro, cuando vayas a pescar y te apetezca compañía, llámame.

Su padre se frotó las manos.

—Maravilloso.

—Todo lo que tengo que decir es que más vale que ninguno se caiga del bote —amenazó Anastasia en voz baja, y todos los hombres estallaron en carcajadas.

Pasó otra hora antes de que cada uno se fuera por su lado, dejándonos solos a Anastasia, su padre, su abuelo y a mí.

—Nos has dado un susto, cariño. —Rompió el silencio su padre con tono tembloroso.

—Si Dimitry no hubiera llegado hasta ti... —Su abuelo estaba visiblemente agitado.

—Lo siento. —Era increíble ver el amor que esta familia sentía por los demás. Y me hicieron parte de su familia ahora también—. Papá, ¿qué pasó con mamá y Boris?

Sabía que Anastasia no lo olvidaría. Su mente inquisitiva siempre estaba trabajando. A decir verdad, era difícil comprender que su madre hubiera tenido algún tipo de relación con Boris. Pero la gente probablemente diría lo mismo de Anastasia y de mí.

Su padre respiró hondo.

—Le prometí que me llevaría el secreto a la tumba —murmuró cansado—. Pero no podía arriesgarme a que Boris te hiciera daño.

Anastasia tomó la mano de su padre al otro lado de la mesa y la apretó.

—Lo sé.

—Durante el año de Alexandra en Rusia, trató a Boris por una herida menor. Podía ser bastante encantador cuando quería, dijo ella. Fue antes de que yo la conociera. A ella le gustaba mucho; no obstante, cuando se dio cuenta de lo que hacía para ganarse la vida, le dio un ultimátum. Él se negó a dejar su vida de delincuente, pero entonces ella se enteró de que estaba embarazada y regresó a Estados Unidos. —Sus ojos se clavaron en su hija—. Tu madre era una buena mujer, la mejor de hecho. Y era hermosa. Cuando la conocí, sacudió mi mundo. —La boca de su padre esbozó una pequeña sonrisa—. Fue sincera conmigo desde el principio. No me importaba lo que hubiera pasado antes de conocernos. Así que nos casamos y ambas fueron mías. Todo mi mundo. Pero poco después de que tu madre y yo nos casáramos se hizo evidente que Boris no la dejaría.

Sí, era mucha información para procesar. Aunque sin duda demostraba lo buen hombre que era Manciatti. Siguió el silencio y me pregunté qué estaría pasando por la cabeza de Anastasia.

—Gracias, papá —susurró suavemente—. No podría amarte más.

—Siento lo mismo, pequeña. —Se atragantó. Su abuelo también parecía conmocionado.

El fantasma del pasado fue ahuyentado y, con Boris fuera de nuestras vidas, todos mirábamos hacia nuestro futuro.

—Aunque es raro... —Anastasia volvió a hablar con su voz suave —. Que independientemente de si me hubiera criado Boris o tú, como quiera Dimitry hubiera estado en mi vida.

Francamente, ni siquiera se me había ocurrido, pero tenía razón. Por fin, sabía con certeza que era Anastasia la que la gitana veía en mi futuro. Siempre fue la mujer para mí.

—No sé tú —empezó su padre—, pero creo que tu viejo está listo para irse a la cama.

Su abuelo lo siguió de cerca, dejándonos solos a Anastasia y a mí.

—¿Estás bien? —Quería ahuyentar todas sus preocupaciones.

Me dedicó una sonrisa radiante.

—Sí.

—¿Puedo llevarte a la cama? —Ofrecí, mientras desviaba la mirada y observaba las escaleras como si fueran su peor enemigo.

En ese momento me alegraba de haber puesto a su padre y a su abuelo en las habitaciones de abajo. Serían designadas como sus habitaciones para todas las futuras visitas. No quería a nadie cerca del dormitorio de Anastasia ni del mío.

—¿Sabes?, aceptaré tu oferta. Estoy muy cansada y no quiero que subir las escaleras sea un asunto de toda la noche.

—Buena chica —elogié, levantándola en mis brazos. Me moría de ganas de sorprenderla.

Di dos pasos a la vez para llegar más rápido a nuestro dormitorio. En cuanto se abrió la puerta, jadeó.

—Dios mío. —La puse de pie. La habitación estaba iluminada con velas y la luna llena que salía del río. Había flores colocadas alrededor de la habitación y sonaba música suave.

—Quería hacerlo apropiadamente —declaré, y me arrodillé. Saqué la cajita del bolsillo y la abrí. Jadeó y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Anastasia Manciatti, ¿me dejarías ponerte este anillo en el dedo para que todo el mundo sepa que eres mía?

Me agarró la mano y me levantó. Mientras deslizaba el anillo en su dedo, susurró una promesa.

—*Oh,* Morskoy. Siempre seré tuya.

No pude resistirme a apretar mi boca contra la suya. Y ella me lo dio todo en ese beso. Su cuerpo se apretó contra el mío, y tuve cuidado de no apretarla demasiado contra mí.

—Si quieres un anillo más tradicional, también podemos conseguirlo —dije.

—No, me encanta. —Miró su dedo, el anillo de esmeralda rodeado de diamantes. El color de la esmeralda hacía juego con sus hermosos ojos—. Es perfecto. Como tú, Morskoy.

Acerqué mi boca a la suya, deleitándome con su sabor y su olor. Por primera vez, mi futuro parecía prometedor... y todo gracias a esta mujer que me puso de rodillas con su amor.

Fin

CICATRICES

RUSSIAN SINNERS LIBRO DOS

PRÓLOGO

OLIVIA

Seis meses atrás

«Mi anuncio de compromiso», pensé irónicamente.

La sola idea era repugnante. Cuando los últimos invitados se marcharon, me quedé de pie en el pasillo con Malcolm a mi lado. Su olor me repugnaba; su cercanía me disgustaba. No quería quedarme, pero me lo exigió. Detestaba todo de él. El sentimiento de odio era tan intenso que temía ahogarme en él.

La mirada preocupada de Anastasia volvía una y otra vez a la mía mientras se alejaba de mí. Le asentí con una falsa valentía mientras en mi cabeza resonaban gritos silenciosos. Me zumbaban los oídos por las intensas emociones. Cuando Anastasia volvió a observarme por encima del hombro, me obligué a esbozar algo parecido a una sonrisa y recé para que no pareciera una mueca de dolor. Sabía que estaba luchando contra el impulso de decir algo o de sacarme de aquí, odiando el hecho de que me dejaba con este hombre despreciable y cruel.

Una vez que desapareció de mi vista, me dirigí hacia su biblioteca. Deteniéndome junto a los grandes ventanales, esperé... inmóvil, aunque todos mis instintos me instaban a correr. Tenía que huir lo más lejos posible de aquí.

Mi desesperación por escapar de esta escena crecía con cada latido de mi corazón. Sabía lo que vendría después. Malcolm me consideraba de su propiedad, con la plena bendición de mi padre. Nada le impediría hacer realidad todas sus promesas.

Estaba harta y cansada de que los hombres de mi vida tomaran decisiones sobre mi bienestar. Debería decirlo de otro modo: *tomaban* decisiones para su propio bienestar, utilizándome como si no fuera más que un objeto de su propiedad. Si no fuera por mi madre, los habría mandado a la mierda y me habría marchado. Sin embargo, no podía dejarla a que sufriera las consecuencias. Era más fuerte que ella, al menos eso esperaba, y de alguna manera saldría ilesa.

—Al fin solos, Olivia. —La voz de Malcolm estaba cerca de mí, demasiado cerca para mi comodidad. Tuve que reprimir el escalofrío de asco que amenazaba con recorrerme la columna vertebral.

Un verdadero terror como nunca había sentido retumbó en mi interior y me hizo tragar saliva con fuerza. Esperaba que desapareciera de mi mente. Las imágenes se reproducían allí, provocando un pánico creciente con cada respiración agitada. Esperaba que desaparecieran pronto, mientras mi corazón se aceleraba y una sensación de mareo me amenazaba. En ese instante, no podía permitírmelo.

—¿Qué deberíamos hacer? —debatió, mientras su dedo recorría la piel expuesta de mi espalda, y al instante me arrepentí de llevar esta blusa ligera con la espalda abierta. Con este hombre, aunque me pusiera un suéter doble, seguiría sin ser suficiente para sentirme limpia y protegida.

—Podría irme a casa —solté en un susurro con las pocas agallas que me quedaban—. Y puedes ir a masturbarte solo o irte al infierno... Lo que sea. Me importa una mierda.

Antes de que pudiera volver a tomar otra respiración, su mano me rodeó el cuello. Para ser un hombre repugnante y mayor, su agarre era sorprendentemente fuerte. Presionó su mano lo suficiente fuerte como para interrumpir mis vías respiratorias, mas no lo suficiente como para dejar una marca.

—Ten cuidado, Olivia —advirtió, con su aliento contra mi mejilla.

Pero no me besaría, lo sabía. Odiaba besar. Prefería herir a sus mujeres de formas enfermizas y retorcidas. Después de todo, había oído sus palabras muchas veces, sus enfermizas promesas de lo que vendría cuando fuera suya. Y ese día por fin me había atrapado.

Un fuerte estruendo resonó en la habitación cuando me rompió la blusa por la mitad. Me quitó la tela de los hombros y me ató las muñecas con ella usándola como *bondage*, apretando tanto el nudo que no pude evitar una mueca de dolor.

—¿Por qué estás haciendo esto? —susurré, con el corazón latiéndome de miedo.

—Porque puedo.

Su sonrisa cruel era puro odio. No podía entender por qué quería esto si me despreciaba tanto como yo a él. Le repugnaba tanto como él a mí.

—Pero no te preocupes —se mofó de la peor manera posible—. No te violaré. Guardaré eso para nuestra noche de bodas.

Un gemido involuntario salió de mis labios. Este hombre era pura maldad; no quedaba ni una pizca de humanidad en él.

«Hay diferentes tipos de violaciones, y todas duelen», pensé en silencio mientras me preparaba para lo que se avecinaba.

Mis sentidos estaban abrumados por el palpitar de mi corazón, el amargo sabor del miedo en mi lengua. *«No habría forma de salir ilesa de esto».* Qué pensamiento tan estúpido e ingenuo había sido. Pensarías que no debía tener esperanzas donde no las había.

Con las manos atadas delante del cuerpo, sacó un pañuelo del bolsillo y me lo puso alrededor de los ojos, cegándome la vista. Jalándome por la blusa que me envolvía las muñecas, tropecé tras él lo que creí que era el umbral del pasillo. Sin previo aviso, me empujó contra la pared.

Con cada latido, aumentaba mi pánico y me esforzaba desesperadamente por contenerlo. Malcolm se excitaba con el miedo de las mujeres y me negaba a darle esa satisfacción... por muy asustada que estuviera en ese instante.

Su cuerpo se apretó contra mi espalda, empujándome aún más contra la pared. Sentí que las lágrimas me picaban en los ojos, amenazando con derramarse en cualquier momento, pero

rápidamente las aparté parpadeando y me mordí el interior de la mejilla para evitar que se me escaparan los sollozos.

Mi falda siguió, dejándome de pie presionada contra la pared llevando solo mi sujetador blanco, bragas y tacones.

Sus ásperas manos agarraron el elástico de las bragas y me mordí la mejilla con más fuerza para detener la protesta que se formaba en mis labios. La soltó, y un fuerte chasquido resonó en la habitación, el escozor en mi piel era bienvenido, porque significaba que mis bragas permanecerían puestas. Sin la vista, y con el pánico y el miedo inundando mi cuerpo, todos mis demás sentidos parecieron agudizarse drásticamente. Guardé silencio y traté de mantener la respiración uniforme, con cuidado de no revelar el alivio que me producía tener aquel pedacito de tela puesto.

Sus manos sudorosas recorrieron mi trasero, acariciando con rudeza una nalga y luego la otra antes de meter la mano entre mis piernas y agarrarme el coño a través de la fina tela de algodón. Pero no fue esa mano la que me hizo contener la respiración. Fue su otra mano la que presionó el metal afilado y frío contra la cara interna de mi muslo, a centímetros de mi lugar más íntimo.

—Las cosas que podría hacer con esto. —Su voz se deslizó sobre mí como un lodo tóxico mientras me pasaba la cuchilla por el muslo. Cerré los ojos con fuerza, a pesar de que estaban ocultos tras la venda, al sentir un cálido río de sangre que se deslizaba por mi pierna.

—Ven. Creo que es hora de un poco de diversión. —Me separó de la pared y me llevó a lo que solo podía imaginar que sería mi perdición. Después de varias vueltas y giros por la casa, escuché una puerta cerrarse detrás de nosotros mientras me empujaba al suelo —. Mi hermosa Olivia. —Acentuaba la O de mi nombre cada vez que lo decía, y me encogía al oír mi nombre en sus labios.

—¿Por qué me haces esto? —pregunté. No lo entendía.

Sentí su aliento caliente en mi cuello mientras se inclinaba más hacia mí.

—Porque eres mía. —Me quitó la venda de los ojos y contemplé estupefacta la escena que tenía ante mí.

La habitación estaba completamente a oscuras, a excepción de una pared iluminada con un foco. El marco en forma de X que se erguía en el centro de la pared me heló la sangre. Me jaló del suelo y me acercó al marco de madera. Luché contra él, intentando liberarme de la pesadilla en la que sin duda había caído. No obstante, cada forcejeo era inútil cuando me empujaba hacia delante, golpeando mi cuerpo contra el marco. No era rival para este hombre. Aunque tuviera más de cincuenta años, era más fuerte que yo.

—Por favor, sigue luchando. Solo va a hacer que nuestro tiempo juntos sea más agradable por mi parte.

Sonrió mientras me metía la mano en el cabello y me jalaba la cabeza hacia atrás. Su lengua se deslizó por un lado de mi cara, el hedor rancio del humo del puro me llegó a la nariz y tuve que contenerme para no tener arcadas.

Me liberó las manos de la blusa antes de levantármelas por encima de la cabeza y sujetármelas con las esposas de cuero que colgaban de la parte superior del marco. Pasó rápidamente a mis tobillos y los sujetó con las mismas esposas de cuero, de modo que quedé abierta de piernas, de espaldas a él y mirando a la pared. Era una de las posiciones más vulnerables en las que podía estar.

«Algún día te haré pagar por todo», me prometí.

Lo escuché mover algo metálico detrás de mí y, aunque intenté espiar por encima del hombro, mis movimientos eran limitados. El calor de mi sangre seguía corriendo en riachuelos por mi pierna. Me sobresalté cuando sentí que su mano recorría la línea de sangre, untándola en la cara interna de mi muslo, y cuando pasó al otro muslo, supe lo que se avecinaba.

No me moví, ni siquiera mi respiración se aceleró mientras el cuchillo presionaba con más fuerza en mi piel, disparando el dolor por toda mi pierna.

El sonido del metal al chocar con el suelo resonó en toda la habitación y me di cuenta de que había tirado el cuchillo. Aun así, sabía que no había terminado. Acababa de empezar.

Mi mente y todos mis sentidos se apagaron mientras me concentraba en los remolinos de la madera que tenía delante. Nunca

me había sentido tan sucia como en este momento, sufriendo bajo las caricias de este hombre.

—Ahora la verdadera diversión.

Había una alegría retorcida en su tono cuando se movía por la habitación. Me quedé quieta mientras sentía el dolor de las heridas en mis muslos y recé a quienquiera que estuviera escuchando para que esto acabara pronto. En el momento en que resonó el chasquido del látigo, no estaba segura de poder evitar gritar de dolor. Tirando frenéticamente mi brazo, intenté soltarlo del grillete.

El siguiente chasquido del látigo resonó aún más fuerte, y con él, un dolor abrasador distinto a todo lo que había sentido antes me recorrió la espalda.

—La próxima vez, quizá lo pienses dos veces antes de luchar contra mí. —Volvió a sonar el chasquido y otro jadeo de dolor me recorrió el cuerpo. Esta vez, no pude contener el grito que salió de mis labios—. Y tal vez guardes tus comentarios sarcásticos para ti.

Otro latigazo. Otro grito.

—Por favor... —supliqué entre sollozos—. Por favor... lo siento. —Otro crujido. Otro grito—. Malcolm, ¡por favor! —supliqué—. Lo que quieras... lo haré —prometí. Otro crujido.

Me rompería. No era cuestión de si podría romperme, sino de cuánto tardaría. No sería capaz de sobrevivir a su mano o a su ira. Tenía que encontrar una salida. Encontrar una manera de ser libre. Pero tampoco arriesgaría la vida de mi madre, que era exactamente lo que ocurriría si intentaba marcharme. Padre no lo pensaría dos veces antes de entregarla a este monstruo en pago por mí o por él mismo. Tendría que salvarnos a ambas, sacarnos con vida.

Un suspiro salió de mis labios cuando me desenganchó los tobillos. Las piernas me temblaban y sabía que no tenía fuerzas para mantenerme en pie. En cuanto me soltó las muñecas, me desplomé en el suelo como una muñeca de trapo desgastada. Permanecí tumbada hasta que el médico al que le pagaba muy bien por atenderme me ayudó a subir a una mesa cercana. Cubrió los azotes de mi espalda con un ungüento... solo unos pocos me habían abierto la piel.

Malcolm era muy intencional a la hora de colocar sus marcas... siempre en un lugar fácil de ocultar... nunca en algún sitio que no pudiera cubrirse.

¿Quieres conocer la historia de Olivia?

Consigue tu copia de *Cicatrices*: Clic aquí

AGRADECIMIENTOS

Quiero darles las gracias a mis amigos y a mi familia por su continuo apoyo.

A mis lectoras alfa y beta: son increíbles. Aguantan mis plazos locos y mi organización aún más loca. No podría hacerlo sin ustedes.

Mis libros no serían lo que son sin cada uno de ustedes.

A los *bloggers* y reseñadores que ayudaron a correr la voz sobre cada uno de mis libros. Se los agradezco mucho y saber que les gusta mi trabajo ¡lo hace mucho más gratificante!

Y por último, pero no por ello menos importante, ¡a todos mis lectores! Esto no sería posible sin ustedes. Gracias por creer en mí. Gracias por sus increíbles y solidarios mensajes. Simplemente, GRACIAS.

Puedo hacer esto gracias a todos ustedes.

XOXO

Eva Winners

¿QUÉ SIGUE?

¡Muchas gracias por leer *Marcada*! Si te gustó, déjame una reseña. Tu apoyo significa mucho para mí.

Cicatrices es el próximo libro de esta serie, y abordará la historia de Nikolai.

Si tienes sed de más debates con otros lectores de la serie, puedes unirte al grupo de Facebook, Eva's Soulmates (https://bit.ly/3gHEe0e)

SOBRE LA AUTORA

¿Tienes curiosidad por conocer los otros libros de Eva? Puedes consultarlos aquí. Libros de Eva Winners https://bit.ly/3SMMsrN

Eva Winners escribe novelas románticas de todo tipo, desde enemigos a amantes hasta libros que despiertan sentimientos. Sus héroes a veces son villanos, porque ellos también necesitan amor, ¿verdad? Sus libros están salpicados de un toque de suspenso y misterio, una buena dosis de angustia, una pizca de violencia y oscuridad, y mucha pasión tórrida.

Cuando no está trabajando y escribiendo, pasa los días en Croacia o Maryland, soñando despierta con su próxima historia.

Encuentra a Eva a continuación:

Visita www.evawinners.com y suscríbete a mi boletín.
Grupo FB: https://bit.ly/3gHEe0e
Página FB: https://bit.ly/30DzP8Q
Insta: http://Instagram.com/evawinners
BookBub: https://www.bookbub.com/authors/eva-winners
Amazon: http://amazon.com/author/evawinners
Goodreads: http://goodreads.com/evawinners
TikTok: https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/